

GRAND PLACE

PENSAMIENTO Y CULTURA
PENTSAMENDUA ETA KULTURA

13 zk.

2020 uztaila



Eusko Jaurlaritzako Hezkuntza eta Kultura Sailaren laguntza izan du aldizkari honek
VITAL KUTXAren laguntza du aldizkari honek.

Grand Place

Mario Onaindia Fundazioaren aldizkaria / Revista de la Fundación Mario Onaindia

Zuzendaria/Director:

Felipe Juaristi

Erredakzio Kontseilua / Consejo de Redacción:

Luisa Etxenike, Iván Igartua, Belen Altuna, Jon Sudupe, Alberto Agirrezabal,
Gaizka Fernández Soldevilla, Xabier Garmendia, Alberto López Basaguren, Antonio Rivera

Harremanetarako e-maila / e-mail de contacto

felipejuaristigaldos@gmail.com

Azala / Portada:

Josean Legorburu

Barneko irudiak / Ilustraciones:

José Ibarrola eta "Betimugan Factory" (Juan Luis Alcorta, Jose Luis Urchulutegui eta Ramon Aranzabal)

Mario Onaindia Fundazioaren Helbidea / Dirección

Zuberoa kalea, 24 20800 Zarautz

© Artikulugileek, testuena / De los textos, los colaboradores

© José Ibarrola eta "Betimugan Factory" (Juan Luis Alcorta, Jose Luis Urchulutegui eta Ramon Aranzabal) irudiena

ISSN: 2386 - 429X

Legezko Gordailua: SS - 992/2014

Harpidetza / Suscripción

info@marioonaindiafundazioa.org

Maketazio eta inprenta lanak / Maquetación e impresión

Itxaropena, S.A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

itxaropena@itxaropena.net

GRAND PLACE

PENSAMIENTO Y CULTURA
PENTSAMENDUA ETA KULTURA



SUMARIO / AURKIBIDEA

EDITORIAL / EDITORIALA	7
NORTE / IPARRA	
Por qué la política (afectiva) que nutre al populismo es sexy <i>BORJA BARRAGUÉ</i>	11
El ultranacionalismo de VOX. Cinco claves para comprender “La España viva” <i>XAVIER CASALS</i>	27
Extremas derechas 2.0. ¿De qué estamos hablando? <i>STEVEN FORTI</i>	37
La deriva populista del nacionalismo catalán <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	53
Los orígenes del movimiento 5 Stelle: entre el populismo y el movimientismo <i>GIANCARLO MINALDI, SORINA SOARE</i>	61
Populism <i>JULIE WARD</i>	67
Hacia una delimitación conceptual del populismo <i>JESÚS CASQUETE</i>	75
Populismoaren mendea? <i>JON SUDUPE</i>	91
Da nord a sud, la scommessa della lega “sovranista” di Matteo Salvini <i>ANDREA MICCICHÈ</i>	95
Los orígenes de la extrema derecha en Europa: los casos de Italia y Francia <i>AITOR AURREKOETXEA</i>	111
OESTE / MENDEBALDEA	
Cernuda. Exilio y deseo, vida y destino <i>FELIPE JUARISTI</i>	135
Al abrigo <i>ELISA SÁNCHEZ PRIETO</i>	143
Hada del tedio <i>JAVIER ALCIBAR</i>	153
Todo se irá acabando <i>KARLOS LINAZASORO</i>	155

Mater Dolorosa: Galdós y el mito del carácter nacional en la historiografía española	
<i>IÑAKI VÁZQUEZ LARREA</i>	157
Simbolismo y espiritualidad	
<i>ZIGOR PERALES HERNÁNDEZ</i>	161
ESTE / EKIALDEA	
1916: Patrick Pearse y la rebelión de pascua irlandesa a las revelaciones patrióticas del pequeño Patrick Pearse	
<i>IÑAKI VÁZQUEZ LARREA</i>	179
Nuevo feminismo	
<i>LUIS ROCA JUSMET</i>	193
SUR / HEGOA	
Aves del paraíso	
<i>MANUEL LEZERTUA</i>	197
Italia como referencia	
<i>JOSU DE MIGUEL BÁRCENA</i>	203
La masacre que marcó la transición	
<i>LUIS ROCA JUSMET</i>	205
HABLANDO CON RAFAEL BENGOA	
<i>FELIPE JUARISTI</i>	207
COLABORADORES / PARTE HARTU DUTE	217

EDITORIAL / EDITORIALA

Todos queremos la claridad y refugio en la luz. Todos queremos que la vida sea sencilla, libre de sobresaltos, despejada de dudas, alejada de temores y, en la medida de lo posible, sin ningún atisbo de dolor. Todos buscamos la manera de ser felices y, si ello no es posible, nos conformamos con algo que lo sustituya, un placebo, el ibuprofeno, la metadona o netflix; buscamos que nuestras horas e, incluso nuestros días, transcurran sin que nada perturbe nuestro ánimo. Y siempre hay gente dispuesta a ofrecernos la panacea, la solución de todos los problemas, el paraíso en la tierra, la pócima universal, el bálsamo de fierabrás, y a saber qué cosas más.

El político populista es como aquel vendedor ambulante, disfrazado de médico, que recorría el salvaje Oeste, vendiendo a buen precio jarabes y potingues en botellas oscuras, ofreciendo a todos la sanación total, una vez comprado el frasco. El político populista es el que tiene remedio para todo, sea el problema que sea: el que ofrece el paraguas cuando la lluvia y la consiguiente riada ha anegado los campos y llevado en su ímpetu calles enteras; el que compra ventiladores, cuando la sequía ha arruinado cosechas y convertido territorios enteros en parcelas desérticas. El político populista es el que tiene solución para todo, aunque no sea la necesaria y precisa, porque el mundo es complejo. Desentrañar las claves del populismo es el objeto de este número.

Denok nahi dugu argitasuna eta beroaren baitan bildurik bizitzea. Denok nahi genuke bizitza izatea erraza, airosoa, kezkarik gabea, zalantzez libre, beldurrak urrutian, eta, ahal dela, minaren zartadarik sentitu gabe. Denok bilatzen dugu zorientsu izateko modua, eta, bera posible ez bada, ordezkoren bat eskatzen dugu: ibuprofeno, metadona edo netflix. Nahi genuke gure orduak eta gure egunak igarotzea gure arima eta animoa ezerk hunkitu eta asaldatu gabe. Eta, egia esan, nonahi eta noiznahi aurki ditzakegu gure arazoei irtenbidea eman-go dietenak, edo emango dietela esango dutenak; lurrean paradisua, sendagarri unibertetsala, miruaren miraria, eskainiko dizkigutenak.

Politiko populistak gaitz guztien sendabidea eta erremedioa dauzka. Edozein delarik ere arazoa, badaki zer egin. Aterkia eskaintzen du, ekaitzak eta euriak lurra larrutu eta urak landa lohitu eta kaleak berarekin indarrez eramandakoan; haizagailua eskaintzen du, lehortek lurralde osoak kiskali eta basamortu bihurtu dituenean. Populistak denetarako du soluzioa, nahiz ez den behar dena edo egoki dena. Mundua izan ere, oso da konplexua eta zaila. Populismoa zertan den azaltzea da zenbaki honen helburua.





NORTE
IPARRA



POR QUÉ LA POLÍTICA (AFECTIVA) QUE NUTRE AL POPULISMO ES SEXY

BORJA BARRAGUÉ

Introducción

El populismo es sexy. Tanto que hoy las cuatro democracias más pobladas del mundo están gobernadas por populistas: Narendra Modi en India, Donald Trump en Estados Unidos (EE. UU.), Joko Widodo en Indonesia y Jair Bolsonaro en Brasil. Tanto que de acuerdo con el politólogo holandés Matthijs Rooduijn, el diario *The New York Times* empleó los términos “populismo” o “populista” 671 veces¹. Un año después, ese número se había doblado, hasta las 1.399. En 2017, el periódico los empleó más de 2.500 veces. Para los electores y los periodistas es como si nunca hubiera “populismo” suficiente. Siempre quieren más².

El ejemplo más reciente del *zeitgeist* populista lo ha proporcionado la gestión de la crisis de la COVID-19. En el Congreso de los Diputados español se han oído acusaciones de golpismo, separatismo, chavismo y connivencia con el terrorismo. Dentro de todo el ruido y la furia, Vox logró hacerse un hueco propio gracias a sus convocatorias de protestas callejeras masivas. Una de ellas, la convocada en Madrid, culminó con los líderes del partido subidos a un autobús en la plaza de Cibeles y provocando un atasco que colapsó el centro de la capital y violó las medidas sanitarias.

Pero junto a ese ruido y esa furia de Vox, entre los partidos que la literatura científica ha venido considerando populistas encontramos reacciones muy desiguales ante las medidas adoptadas por los gobiernos para atajar la pandemia. Más aún, entre los partidos populistas de extrema izquierda lo más habitual es encontrar actitudes de apoyo a los gobiernos para enfrentar una situación verdaderamente excepcional.

Esa divergencia de actitudes en los parlamentos la encontramos también en el debate que existe en la academia acerca del populismo. Algunos académicos como Jordan Kyle y Yascha Mounk (2018) subrayan que el populismo tiende a ser extraordinariamente corrupto y a perpetuarse en el poder deslegitimando a la oposición, hasta el punto de que con frecuencia termina convirtiéndose en una amenaza para las instituciones democráticas. Otros, incluyendo a la filósofa política Chantal Mouffe (2019) o el economista Dani Rodrik, han subrayado los elementos positivos que podemos encontrar en algunas ramas (igualitarias) del populismo y sugerido que

los (hiper) críticos con cualquier forma de populismo en el fondo suelen tener preferencias por defender el *statu quo*.

A nadie puede extrañarle, por tanto, que, durante un fin de semana primaveral, alrededor de 50 académicos de todo el mundo se congregaran en la London School of Economics con un ambicioso plan: definir el populismo. Nadie se hacía demasiadas ilusiones porque, como hizo notar uno de los asistentes, el término había sido empleado para fenómenos políticos tan diversos como el macartismo en EE. UU. y el maoísmo en China. Finalmente, fracasaron en su objetivo y no les quedó otro remedio que concluir que “no cabe ninguna duda de la importancia que tiene hoy el populismo. Pero nadie tiene claro qué es”³.

Lo que seguramente sí sorprenderá a más de un lector es que ese congreso se celebró hace más de 50 años, en 1967. Después de todo el tiempo pasado y todos los intentos realizados, la realidad es que el populismo sigue empleándose como factor explicativo del éxito de Trump y Bolsonaro, pero también de Syriza y Podemos. No exageraríamos si dijésemos que el “populismo” ha servido para explicar casi cualquier disrupción política ocurrida en los últimos años.

Ahora bien, esto no significa que la magnitud de un fenómeno cuya delimitación conceptual sigue siendo escurridiza no haya cambiado. Con la misma seguridad con la que podemos afirmar que es una realidad analíticamente compleja, podemos afirmar también que su atractivo electoral está creciendo. El voto a partidos populistas en la Unión Europea (UE), sobre todo de extrema derecha, se ha triplicado en los últimos 20 años, pasando del 7% en 1998 al 25% actual⁴. Hace apenas dos décadas, el populismo era una cosa de unos pocos extremistas. Hoy se encuentra cómodamente asentado en el *mainstream* político, hasta el punto de que uno de cada cuatro europeos vota a un partido populista. ¿Qué explica ese crecimiento? Las explicaciones que se han esgrimido han tendido a ofrecer dos relatos más bien excluyentes entre sí: el de los perdedores de la globalización económica y el de los perdedores de la globalización cultural.

De acuerdo con el primero, la globalización ha generado una serie de ganadores entre los sectores profesionales más cualificados de los países ricos de la OCDE y los cientos de millones de personas que (sobre)vivían con infraempleos en India, China y otros países del este asiático y ahora han ascendido a la clase media global. Pero junto a estos ganadores, la globalización ha causado el declive de regiones enteras en los países ricos, porque los barcos gaseros ya no se construyen en los astilleros de La Naval de Sestao, sino en Corea, y los zapatos ya no se cosen en Elda, sino en Beijing o Marruecos. Ante la falta de expectativas económicas, los perdedores de la economía global han abrazado recetas económicas típicas del populismo como el establecimiento de aranceles o la expulsión, más o menos sumarísima, de los inmigrantes.

Pero como dice el economista serbobosnio Branko Milanovic, la globalización, por definición, conduce además a cierto grado de desarraigo identitario. Lo hace porque la globalización implica acostumbrarse a nuevas formas de vestir y de pensar y de hablar y de pronunciar y de trabajar y de relacionarse y... En definitiva, de estar en el mundo. Además, implica acostumbrarse a cierta movilidad geográfica por razones laborales. Todo esto pone en peligro

los lazos identitarios que habían mantenido unida a la población, al “nosotros”, generando al mismo tiempo sentimientos de hostilidad hacia “ellos”, los que no son parte de nuestro grupo –porque tienen otra nacionalidad, religión o acento.

El argumento principal de este artículo es que esa amenaza a la identidad grupal que supone la economía global ha disparado la política basada en la identidad y que el populismo está surfando la ola del identitarismo en beneficio propio. Dicho de otra forma: el argumento es que el auge de la identidad promovido por los líderes y partidos políticos para conservar la fidelidad de sus votantes ha disparado la polarización política, y que esa mixtura que surge del auge del identitarismo y la polarización es lo que sirve de base a y explota el populismo.

El (creciente) populismo se alimenta de una (creciente) polarización que se alimenta de una (creciente) política basada en la identidad partidista.

El argumento se desarrolla en tres etapas. La sección 2 ofrece una definición operativa y minimalista del populismo, basada en la identificación de sus rasgos más característicos. El apartado 3 revisa los dos determinantes más frecuentemente invocados para el auge reciente del populismo, mientras que la sección 4 discute la influencia de un factor mucho menos discutido: el incremento de la polarización partidista. El apartado 5 concluye.

De qué hablamos cuando hablamos de populismo

A pesar de que la montaña de artículos científicos y periodísticos que abordan el fenómeno del populismo no para de crecer, mucha gente continúa tan confundida como antes acerca del significado del término. Es una etiqueta tan versátil que abarca a políticos de extrema derecha como el holandés Geert Wilders y de extrema izquierda como Yannis Varoufakis, Jean-Luc Mélenchon o Pablo Iglesias, pasando por políticos como los Kirchner. Para los académicos que afirman que el populismo es un fenómeno bien perimetrado en la teoría política y cada vez más escorado a la derecha en la práctica política, el populismo es un fenómeno político que amalgama dos ingredientes: el autoritarismo y el nacionalismo. Para otros académicos más escépticos, el término ha terminado convirtiéndose en un cajón de sastre que designa todo aquello que no nos gusta –populistas son siempre los otros, igual que ocurre con los nacionalistas.

El problema, claro, es que la utilidad de un concepto es inversamente proporcional a su maleabilidad o ductilidad. A fin de cuentas, ¿para qué sirve un concepto que designa fenómenos opuestos? ¿Para qué sirve un término acerca de cuyo significado los politólogos son incapaces de ponerse de acuerdo y de aplicar de manera consistente?

Llegados a este punto, existen dos opciones. Una es abandonar el concepto *tout court*, porque con los términos inútiles ocurre lo mismo que con los trastos inútiles: es mejor tirarlos porque ocupan mucho espacio. La otra es tratar de delimitar mejor el concepto, en la creencia de que, adecuadamente delimitado, puede ser útil pues designa un fenómeno político con consecuencias reales y palpables en nuestras vidas. Creo que con la primera opción perdemos más de lo que ganamos, por lo que a continuación se propone una definición minimalista basada en cuatro rasgos característicos⁵.

El primero y más reconocible es la apelación a un pueblo virtuoso –la contraposición a la élite corrupta sin embargo no siempre está presente–. Con matices, este es un rasgo que encontramos en la literaturas latinoamericana, estadounidense y europea sobre el populismo. En Estados Unidos, donde en 1891 se fundó un Partido del Pueblo al que todo el mundo se refería como el Partido Populista o simplemente “los populistas”, el pueblo suele identificarse con un movimiento que hunde sus raíces en los intereses del pueblo llano: un “pueblo” básicamente agrícola (*grassroots movement*). Se trató de un partido de izquierdas nacido en un momento de elevadísima desigualdad (*Gilded Age*), para el que las élites eran básicamente élites económico-empresariales estadounidenses de la época.

En Latinoamérica la apelación al “pueblo” tiene connotaciones distintas, porque ni denota tan explícitamente los intereses de un colectivo (popular) específico ni, sobre todo, es una demanda que surja de abajo a arriba (*bottom-up*). En Latinoamérica la literatura se ha centrado en el discurso de figuras como Perón y Chávez, líderes carismáticos, autoritarios y más bien de izquierdas, con un mensaje muy paternalista donde el pueblo se identifica con la nación y las élites con un conglomerado de intereses difuso donde se mezclan terratenientes, multinacionales y gobiernos extranjeros.

En Europa la literatura ha tendido a poner el foco en los mensajes de partidos populistas de extrema derecha como el Frente Nacional de Le Pen, La Lega de Salvini o el PVV de Wilders. En el discurso de estos partidos el pueblo se identifica básicamente con “los de casa”, los nacionales, mientras que no hay una contraposición clara con unas élites corruptas, ya que la población musulmana, así como la inmigración en general, no tienen nada de élite. Más bien todo lo contrario.

En definitiva, todos los populistas confieren un papel central al pueblo. Qué quieran decir por “pueblo” está, sin embargo, mucho menos claro y existen diferencias contextuales importantes. Lo que sí está claro, al menos en su discurso, es que ese pueblo existe y que es homogéneo (en su discurso, insisto). Lo cual nos lleva a la segunda característica.

El segundo rasgo que comparten todos los populismos es el rechazo de la complejidad. No es sólo, como acaba de decirse, que afirmen la existencia de un solo pueblo que piensa de manera uniforme –si esto fuera así, la vida sería bastante más sencilla, eso hay que reconocerlo–. Es que el diagnóstico de los problemas y las soluciones propuestas orillan expresamente la complejidad. Me explico.

Desde mediados de la década de 1980, el paro es un elemento más bien estructural en muchos países europeos, mientras que al otro lado del Atlántico el salario real del estadounidense medio se ha estancado en las últimas cuatro décadas. Esto obedece a muchas causas, porque los problemas complejos rara vez son monocausales. El populismo consiste precisamente en eso, en convertir problemas complejísimos en problemas sencillos, que obedecen a única causa, y que por tanto son más o menos fácilmente solucionables. En algunos casos –el desempleo en la Baja Sajonia, en Almería o en Nuevo México– el problema son “ellos”, los inmigrantes que vienen de fuera, que nos están quitando el trabajo a nosotros, los “de casa”. La solución:

poner un muro o deportarlos. En otros casos –una crisis financiera enorme–, el problema son ellos, las élites corruptas de Wall Street, que nos están arruinando a nosotros, los ahorradores que no participamos de la economía especulativa de casino. La solución: meterlos a todos en la cárcel y que devuelvan lo robado porque “no es una crisis, es una estafa”. El chamán populista tiene pócimas mágicas que solucionan problemas complejíssimos en un santiamén. Esto, a su vez, nos dirige a la tercera característica.

El tercer rasgo que comparten es una tendencia al autoritarismo. Dada la divergencia de opiniones existente en la academia a la que nos referíamos antes, un grupo de expertos liderados por J. Kyle y Y. Mounk decidió abordar las discrepancias teóricas acerca de los efectos del populismo sobre la democracia de una manera empírica⁶.

El primer resultado destacable es que, en promedio, los gobiernos democráticos permanecen en el poder un periodo de tiempo más bien breve: tres años. Por el contrario, los gobiernos populistas consiguen permanecer más del doble, alrededor de seis años y medio. Esta circunstancia no deriva únicamente del hecho de que sea más probable que sean reelegidos una o dos veces, sino de que también es mucho más probable que se perpetúen en el gobierno más de una década. La probabilidad de que un líder populista permanezca en el poder más de seis años después de haber ganado sus primeras elecciones es el doble que la de un líder no-populista; si fijamos el horizonte temporal en los doce años, entonces la probabilidad es más de cinco veces mayor.

Siendo la habilidad para perpetuarse en el poder importante, que lo es, no es lo más determinante. Lo decisivo es qué hacen con ese poder. Concretamente, si el tiempo que permanecen en el poder provoca un “retroceso democrático”, por decirlo en la jerga politológica al uso. O sea, un deterioro en la extensión y profundidad de los derechos y libertades fundamentales que disfrutaban los ciudadanos. En este aspecto, los resultados del estudio liderado por Kyle y Mounk impresionan: un 50% de los populistas o bien re-redactaron la Constitución del país o bien introdujeron reformas en ella al acceder al poder, las más de las veces con el doble objetivo de ampliar los poderes del Ejecutivo y eliminar el límite de mandatos.

Ahora ya contamos con una definición más o menos operativa del término, que nos permite entender qué une a líderes de ideologías aparentemente tan opuestas como Trump y Bolsonaro, de una parte, y Morales y Maduro de otra. Pero ¿qué hace de la época actual un tiempo histórico especialmente propicio para el populismo? ¿Cuáles son los determinantes del “momento populista” que vivimos?

Sospechosos habituales del auge del populismo: economía y cultura

En la literatura sobre populismo, existen dos grandes relatos acerca de las causas de su auge reciente: el de los perdedores de la globalización económica y el de los perdedores de la globalización cultural⁷.

Aunque de manera seguramente no buscada, el relato de los perdedores económicos queda muy bien condensado en el libro de J. D. Vance titulado *Hillbilly Elegy*. “Nací siendo pobre”,

comienza diciendo Vance, “en el cinturón industrial [de EE. UU.], en una de esas “ciudades del acero” de Ohio que se han estado desangrando por la hemorragia de empleos y de esperanza [en el futuro] desde que tengo uso de razón”. Durante cerca de un siglo, relata Vance, la historia de la región de los Apalaches donde se establecieron los primeros miembros de su familia –inmigrantes de origen escocés e irlandés– se contaba como una historia de éxito y movilidad social ascendente. Pero en algún momento de finales de la década de 1970 el cuento cambió y comenzó la hemorragia de empleos y de esperanza. Hasta tal punto que hoy en día la Calle Mayor de Middletown es un supermercado de droga al aire libre.

En definitiva, según esta explicación, la inseguridad económica y la depauperación social asociada a las transformaciones de la economía global han alimentado el resentimiento hacia las clases gobernantes tradicionales, aupando con ello a los partidos populistas.

La otra explicación del éxito del populismo parte de la observación de que la globalización no tiene efectos exclusivamente económicos, sino que provoca además una sensación de pérdida o desarraigo cultural. Según esta visión, la (contra)reacción cultural que nutre el voto populista se explica como una contestación a la agenda cultural del liberalismo o progresismo cosmopolita. De acuerdo con la politóloga de Harvard Pippa Norris (2016), el periodo de extraordinario crecimiento económico posterior a la II Guerra Mundial garantizó unos niveles muy altos de seguridad económica, los cuales determinaron un giro cultural hacia valores típicamente post-materialistas como el cosmopolitismo, el multiculturalismo, el medio ambientalismo y el feminismo. Este cambio cultural está bien documentado por la literatura y en ocasiones ha sido presentado como inevitable, debido a que la movilidad social ascendente y las oportunidades educativas han alcanzado a sectores cada vez más amplios de la población. En definitiva, continúa esta explicación, era solo cuestión de tiempo que los valores post-materialistas típicos de las sociedades posindustriales sustituyeran a los de las generaciones anteriores, a medida que las cohortes más jóvenes iban a desplazando a sus padres y abuelos.

La tesis de la (contra)reacción cultural presenta una ventaja importante con respecto a la de los perdedores de la economía global. Si la creciente inseguridad económica generada por la economía global fuera el responsable principal, el apoyo al populismo debería ser mayor entre los sectores económicamente más vulnerables. Cuando analizamos los resultados empíricos, los estudios confirman que el apoyo al populismo es significativamente mayor entre quienes menos ingresos tienen y entre aquellos que tienen un historial mayor de desempleo, lo que a priori avalaría la tesis de los perdedores económicos.

Sin embargo, el voto al populismo también es significativamente mayor entre las generaciones mayores, que en muchos casos –España, por ejemplo– han quedado mejor protegidas durante las crisis de 2008 y la actual de la COVID-19 gracias a la seguridad material que aportan las pensiones. Ese apoyo también es mayor entre los varones y entre los grupos étnicamente mayoritarios, lo cual es, de nuevo, difícilmente explicable desde el prisma económico. Estas particularidades sí quedan bien explicadas, en cambio, desde del enfoque cultural, que afirma que el apoyo al populismo se refuerza entre quienes muestran actitudes antiinmigra-

ción, desconfían de la gobernanza global, apoyan valores autoritarios y tienden a ubicarse en el extremo derecho del espectro ideológico. Cuando incluimos esas variables, somos mucho más capaces de predecir el voto populista que cuando contemplamos factores exclusivamente socioeconómicos.

Esto es cierto –es decir, es cierto que incorporar factores sociodemográficos y variables que miden el cambio cultural hace que seamos mucho más capaces de explicar el “momento populista”–, pero una transformación cultural que lleva décadas en marcha difícilmente puede explicar el *zeitgeist* populista que hemos presenciado en la última década. Si la globalización y el cambio de valores promovido por el paso a sociedades posindustriales fueran capaces de explicar el fenómeno, Hillary Clinton no comenzaría su libro titulado *What Happened* confesando que “[m]e he pasado una parte de casi todos los días desde el 8 de noviembre de 2016 luchando con una sola pregunta: ¿por qué perdí?”⁸.

La confesión de Hillary revela una estupefacción difícilmente compatible con la evolución progresiva y gradual de procesos como el cambio cultural, que requieren de décadas para sedimentar. La siguiente sección introduce un factor que arroja algo de luz sobre el estupor y la incompreensión profundas de Hillary: el cambio político.

El populismo como política de la identidad (o los determinantes políticos del populismo)

Coja el manual de Ciencia Política que uno coja, la función primaria de los partidos políticos se definirá, aunque con otras palabras, como la de servir de atajos mentales a los electores. La vida en sociedad es muy compleja y el tiempo del que disponen las personas para informarse sobre temas políticos, limitado. Dada esa restricción temporal, no es sencillo poder formarse una opinión meditada sobre los pros y contras de la maternidad subrogada (altruista), los pros y contras de limitar el precio de los alquileres, los pros y contras de las tasas de congestión en las grandes ciudades o la elasticidad de las grandes fortunas a los tipos marginales (muy) altos, cuando uno tiene además que fichar ocho horas diarias en el trabajo, hacer la compra en el supermercado, poner y tender la lavadora y atender las necesidades emocionales de su familia. Es mucho más fácil saber si nos cae mejor Abascal, Sánchez, Arrimadas o Urkullu.

La función de los partidos es amalgamar la información relativa a todos esos temas y presentarla en un menú de opciones coherente. Por eso una persona de izquierdas, aunque no sepa lo que es una elasticidad, estará a favor de limitar los precios de los alquileres y aumentar los impuestos medioambientales y a las grandes fortunas, pero en contra de los toros y la maternidad subrogada y las preferencias de una persona de derechas mostrarán una imagen especular, porque serán exactamente las contrarias –en contra de los impuestos, a favor de los toros–. Si un partido no ofrece un menú claro de opciones coherentes y que le distingan de forma reconocible del resto de partidos, está incumpliendo su misión fundamental.

Entendido así, el conflicto político no es necesariamente malo y, además, es inevitable. Más aún, los partidos articulan la competencia electoral sobre esa divergencia de preferencias, ofre-

ciendo la variedad de menús de la que hablábamos. Hasta aquí todo correcto y bien sabido. Pero a lo que estamos asistiendo en los últimos tiempos es a un político por el que la división o conflicto ya no está basado en temas (*issues*), sino en identidades básicas.

El ejemplo más claro y reciente de este giro identitario (o afectivo) en la naturaleza del conflicto político lo tenemos en la gestión del COVID-19. Como mostró una encuesta de empresas 40DB, la forma en que los ciudadanos valoraron la gestión del coronavirus por parte del gobierno de Sánchez está fuertemente influida por sus preferencias partidistas⁹. Los votantes socialistas y los de Unidas Podemos la valoran muy positivamente, mientras que el resto de los electores la suspenden sin miramientos. Dicho de otra forma: el factor que mejor predice nuestra opinión sobre la gestión de la crisis del COVID no es la gestión de la crisis del COVID, sino nuestras afinidades políticas. La polarización política que caracteriza el sistema político español es la principal razón de que últimamente observemos todo desde una óptica partidista.

En su reciente libro *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, Francis Fukuyama afirma que “con frecuencia, los individuos no demandan un reconocimiento de su individualidad, sino un reconocimiento de su semejanza con otros individuos” (Fukuyama, 2018: 104). La gente quiere que su identidad grupal sea reconocida y respetada, por lo que “la política de la identidad”, concluye Fukuyama, “es en todas partes una lucha por el reconocimiento” (*Ibidem*). Pero como matiza Fukuyama, esa identidad de la que se demanda reconocimiento no es ya individual, como en las revoluciones liberales de los siglos XVIII-XIX, sino colectiva o de grupo.

¿Pero qué tiene que ver el populismo con esto? En mi opinión, mucho. Más arriba decíamos que uno de los rasgos característico del populismo es la presión que ejerce sobre los ciudadanos para que estos distinguan constantemente entre el “nosotros” (buenos) y el “ellos” (malos). Como dice el economista de la London School of Economics Andrés Velasco, “el populismo es una forma de política de la identidad que *manipula y exagera las divisiones basadas en la identidad con fines políticos*” (Velasco, 2020: 22. *Cursivas en el original*). El populismo es siempre una forma de política basada en la identidad y en la exacerbación de los sentimientos de grupo. Es siempre, por tanto, una forma de política que evita debatir si hay que hacer más hospitales o más colegios o si hay que medicalizar las residencias de mayores, sino que plantea la política como un deporte de equipo, en el que lógicamente los míos (el “pueblo”) siempre tienen razón. Esto merece dos comentarios.

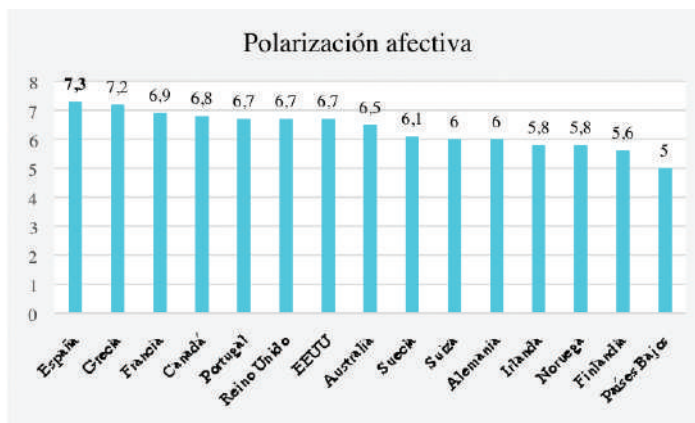
El primero es que esta forma populista de política-basada-en-la-identidad genera una polarización distinta a la de la política-basada-en-temas (más dinero para escuelas vs. más dinero para hospitales), que los politólogos denominan “polarización afectiva”. En un artículo publicado en 2012, Shanto Iyengar y sus coautores definen la polarización afectiva como la distancia social (Bogardus, 1947) o, más sencillamente, el rechazo u odio hacia otros partidos (Iyengar et al., 2012). El argumento principal del trabajo de Iyengar es que la polarización ha sufrido

una mutación, de forma que ya no se basa en las (enfrentadas) preferencias de los electores sobre la conveniencia de invertir más en educación o en infraestructuras, sino en la hostilidad/simpatía motivada por (des)afectos partidistas.

Alguien podría decirnos, sin embargo, que esto es tan viejo como el mundo. Al fin y al cabo, el *homo sapiens* es una especie social cuyos individuos se representan a sí mismos como miembros de un grupo socioeconómico y cultural –vasco, de clase trabajadora, de la Real Sociedad, vegano, más rural que urbanita, etcétera, etcétera–, más que como un conjunto de células definible a partir de rasgos como el peso, la estatura y el color de pelo.

En Estados Unidos, el país que más literatura ha producido acerca de la polarización afectiva, esa identidad grupal ha terminado coincidiendo con el sentimiento partidista. Es decir, con identificarse como Demócrata o Republicano. ¿Qué sabemos de la polarización fuera de EE. UU. y, más concretamente, del grado de polarización de la sociedad española?

Para tratar de responder a esa pregunta, Noam Gidron y sus coautores analizaron encuestas de elecciones generales de veinte países para el periodo 1996-2015 (Gidron et al., 2018). Sin entrar en detalles metodológicos acerca de cómo miden la polarización afectiva¹⁰, lo relevante ahora es que encuentran que esta es muy elevada en EE. UU. también en términos comparados, ya que solo unos pocos países lo superan. Pues bien, uno de esos es España, que no sólo supera al país polarizado (afectivamente) por excelencia que es EE. UU., sino que lidera el ranking elaborado por Gidron y compañía.



Fuente: Gidron et al (2018)

Esto es importante porque cuando las personas hacen eso, pasan a dividir el mundo entre aquellos que forman parte de su grupo –los rojos, los de mi partido– y aquellos que están fuera del grupo –los azules, los de otros partidos–. Existen muchísimos estudios en el campo de la psicología social que muestran que esa agrupación entre “los míos” y “los de fuera” genera efectos considerables en nuestras percepciones, por muy triviales que sean las características que motivan esa agrupación. Lo ilustraré con un estudio que resume bien, creo, los hallazgos de esa vasta literatura psicológica.

Como relata Ezra Klein en su reciente (y excelente) *Why We're Polarized*, en 1970 el psicólogo social Henri Tajfel publicó un artículo científico que terminaría convirtiéndose en un hito de la psicología social a pesar de tener un título tan sexy como “Experimentos sobre discriminación intergrupala” (Klein, 2020: 49 y ss.). Tajfel (1970) comienza relatando una anécdota personal: hace muchos años, dice, un amigo esloveno una vez le detalló los estereotipos que circulaban en su país, la república más rica de la extinta Yugoslavia, sobre los inmigrantes de Bosnia, una región más pobre que Eslovenia. “Un tiempo después”, continúa Tajfel, “le mostré esta descripción a un grupo de estudiantes de la Universidad de Oxford y les pedí que trataran de adivinar quién la había empleado y a quién se refería. La respuesta casi unánime fue que era la forma en que los oriundos ingleses representaban a los inmigrantes “de color”: gente proveniente fundamentalmente de las Indias Occidentales, India y Pakistán” (Tajfel, 1970: 96).

A partir de esta anécdota, Tajfel diseñó a lo largo de la década de los 70 una serie de experimentos que le llevaron a la conclusión, hoy ampliamente aceptada, de que la discriminación y los prejuicios que sufren las minorías varían en intensidad entre culturas, pero tienen siempre una y la misma explicación: la discriminación hacia los miembros que no pertenecen a nuestro grupo, hacia quienes no son “de casa”.

Seguramente no es ocioso anotar que Tajfel era un polaco judío que antes de enseñar en Oxford y adquirir la nacionalidad inglesa pasó cinco años en un campo de la Alemania nazi durante la II Guerra Mundial. Al haber emigrado a Francia y ser capturado como combatiente del ejército francés, Tajfel logró ocultar su identidad judía al abrigo de la francesa. De no ser por eso, simplemente hubiera muerto. Con independencia de sus rasgos particulares como individuo. Los nazis simplemente habían naturalizado el odio criminal contra otro grupo identitario, que resultaba ser aquel al que pertenecía Tajfel. No es de extrañar que sus intereses como científico social se dirigieran hacia las bases psicológicas de la discriminación y el prejuicio entre grupos sociales.

Ya sabemos, por tanto, que la polarización afectiva importa porque tiene consecuencias muy importantes sobre la forma en que concebimos a quienes no son parte de nuestro grupo y que esta es tan alta en España que, según un estudio reciente, es la más elevada de entre los países para los que tenemos evidencia. Ahora bien, si la capacidad de agrupar –y al final del día, naturalizar el afecto a los que son de mi grupo y la hostilidad hacia quienes no– es

tan innata y por ello tan vieja como el mundo, ¿a qué se debe la explosión del interés por la polarización afectiva? En lo fundamental, a dos cambios: los producidos por la irrupción de Internet y las redes sociales en los medios de comunicación y los provocados por una forma esencialmente negativa de hacer y comunicar la política.

La primera cuestión ya la abordamos en el número 9 de esta misma revista y deviene del creciente potencial polarizador de los medios de comunicación de masas del siglo XXI¹¹. Debido a la inercia, hoy damos por hecho que podemos acceder sin demasiado problema al editorial de cualquier periódico del mundo para cotejar sus opiniones acerca de la última declaración de Trump o Salvini acerca del COVID-19. Pero, lógicamente, esto no siempre ha sido así.

Hagamos un pequeño ejercicio mental, querido lector, y trata de retrotraerte en el tiempo hasta no hace mucho, hasta 1995. En aquella época, alguien como tú, es decir, alguien interesado en la política, tenía a su disposición en el kiosco un puñado de periódicos locales y nacionales, unas cuantas cadenas de radio y televisión y, si realmente era consumidor ávido de información política –y su kiosco de referencia estaba bien surtido–, alguna revista como *The New Yorker*, *Harper's* o *The Economist*.

Ahora adelanta el reloj mental quince años. En 2010, alguien como tú, interesado en la política, tiene ya a golpe de *click* cualquier periódico no sólo de su país sino de todo el mundo, se puede conectar a través de su red wifi a cualquier estación de radio del mundo y, de repente, han surgido miles y miles de blogs políticos como *Monkey Cage* o *FiveThirtyEight*.

Esto es importante porque en la mayoría de las teorías de la democracia la información disponible es la principal restricción del modelo. Los votantes tienen un empleo, una familia y unas amistades que conservar y algunos hobbies que cultivar, por lo que no pueden estar al cabo de cada novedad legislativa que proviene de la Carrera de San Jerónimo. Por eso la ciudadanía necesita profesionales de la política que medien y les representen en los parlamentos. En ausencia de esas restricciones informativas, el principal problema con el que se enfrentan los sistemas democráticos quedaría resuelto.

Y de pronto, gracias a la revolución de los ordenadores e internet, quedó “resuelto”. Pero como decíamos en estas mismas páginas en 2018, eso no mejoró la calidad de la democracia ni el conocimiento sobre la política del ciudadano promedio. Comenzando por el impacto sobre el conocimiento ciudadano del funcionamiento democrático, retrocedamos mentalmente de nuevo a 1995. Entonces muchos medios de comunicación eran generalistas, de forma que, si uno se informaba a través de *El País*, por ejemplo, ahí encontraba una sección de política junto a una de cultura, que daba paso a los deportes.

A diferencia de lo que ocurría hace apenas veinte años, hoy un *freaky* de la alimentación puede pasarse el día leyendo noticias y blogs y viendo canales donde solo se informa de recetas para sustituir la carne por proteína vegetal. Lo mismo ocurre si uno es un *freaky* de la infor-

mática, los videojuegos o el running. Más información no equivale a un mejor funcionamiento de la democracia debido a un incremento del conocimiento político ciudadano: en 2020, estar muy informado (sobre algo) es perfectamente compatible con no haber leído ni escuchado nada sobre política nacional o internacional en los últimos tres meses.

Además, tener más información tampoco se ha transformado en una mejor calidad de la deliberación democrática, porque los medios han abandonado su tradicional enfoque generalista por uno mucho más dirigido a comunidades cada vez más pequeñas. Un medio de Donostia que, para ser rentable, necesitaba llegar a 10.000 ciudadanos todos los días, por ejemplo, no podía permitirse hablar solo de los vatios que mueve Alejandro Valverde en los cinco últimos kilómetros del Tourmalet. Eso provocaba que los lectores interesados en el ciclismo se pasearan también por las páginas de política nacional y opinión. Además, en esa sección de opinión, seguramente se encontraría firmas de gente más bien progresista, de centro y conservadora, porque el objetivo del periódico era que 8 de cada 10 donostiarras lo pidieran antes o después de ir a comprar el pan.

Eso ha dejado de ser así y las redes sociales tienen mucho que ver en ello. Hoy la mayoría de la gente la mayoría de los días comparte una noticia en su muro de Facebook o su perfil de Twitter sin haberlo abierto previamente. Porque, como dice Klein, “mucho de lo que los medios pensaban que era eran intereses [de la gente] eran en realidad identidades” (Klein, 2020: 154). La gente no comparte el artículo sesudo de Olivier Blanchard sobre los estabilizadores automáticos o los vatios que mueve Valverde solo porque le interese. Lo hace también porque quiere sentirse parte del grupo de *freakies* de la Macroeconomía o el ciclismo. Porque quiere expresar que él es, también, ese tipo de persona. En ese punto, el interés se ha transformado en identidad de grupo.

Los medios son conscientes de ese cambio y se han adaptado. Cambiemos a Valverde por Trump y las recetas veganas por información política. Hoy hay millones de personas que se informan en medios como Breitbart en EE. UU. y Okdiario.com en España. Esos medios ya no sólo no se dirigen a un público lo más amplio posible –por lo que no mezclan firmas más bien progresistas con otras más bien conservadoras–, sino que se esfuerzan por crear una comunidad de lectores basada en una identidad de grupo donde la gente exprese sin complejos su derechismo, su hostilidad a los medioambientalistas, su rechazo a los consensos científicos que discuten sus ideas y su odio a la gente de izquierdas en general y a la gente de izquierdas que ocupa posiciones de gobierno en particular.

En definitiva, más información no equivale a una mejor deliberación democrática porque los medios de comunicación hoy, alentados por el comportamiento de la gente en las redes sociales, han creado una fractura identitaria que va mucho más allá del clivaje tradicional entre izquierda y derecha. Porque la polarización que han contribuido a cimentar ya no es sólo política, sino afectiva.

El segundo factor que ha contribuido al incremento de la polarización en los últimos años es de carácter político. Hubo un tiempo, no tan lejano, en que la (comunicación) política consistía en transmitir esperanza, ilusión e incluso alguna idea, por vaga que fuera, sobre cómo mejorar la sociedad a través de la(s) política(s). Uno de los eslóganes más conocidos de las campañas del PSOE de Felipe González fue el que decía “España en positivo”. El eslogan más potente de Obama rezaba que “Sí, se puede”. Blair prometía “Un futuro justo para todos”. Eran días pan y rosas en el mundo de la (comunicación) política.

Hagamos de nuevo un ejercicio, querido lector. Te animo a que entres en el perfil de *Twitter* de Santiago Abascal y analices los diez últimos tuits. No es mucho trabajo. Cuando escribo esto, al margen el tuit que tiene fijado, el último tuit afirma que lo mejor que pueden hacer los políticos en Galicia es dejar “de entorpecer y esquilmar”. En el anterior dice que Pedro Sánchez quiere “derribar la monarquía parlamentaria y violar el orden constitucional” –lógico, matiza, en un “gobierno apoyado por comunistas y etarras”–. En el anterior se refiere al PNV y Urkullu como “la mafia”. En el anterior afirma que un acto de campaña de Vox en Galicia fue un éxito “a pesar del acoso sistemático, del silenciamiento mediático y de las mentiras e insidias de Feijóo”. En el anterior aseveran que los gallegos están “hartos de las imposiciones de la dictadura progre”.

Podría seguir, pero creo que has captado la idea. El conocido eslogan de Trump de “Hagamos América grande otra vez” transmitía una falsa sensación de positivismo. En realidad, lo que transmite es la idea de que EE. UU. es hoy un país tenebroso, apocalíptico, donde la esperanza ha desaparecido y el conflicto civil y la violencia están a la vuelta de la esquina. Esa hecatombe tiene dos responsables directos: por un lado, una élite corrupta que ha venido gobernando el país con el único ánimo de esquilmar, a través de impuestos, en beneficio propio; por el otro lado, un lumpen proletariado de origen inmigrante que ha llegado al país con el único ánimo de esquilmar, a través de servicios públicos y prestaciones, en beneficio propio.

La (comunicación) política ya no va de persuadir en positivo mediante propuestas más o menos concretas para alcanzar una sociedad más justa y mejor, sino de generar una hostilidad hacia quienes nos impiden alcanzarla. Porque todo lo que necesitamos para hacer de “nosotros”, España, o “nosotros”, EE. UU., un país maravilloso de nuevo es librarnos de “ellos”. Porque todo lo que necesitamos “nosotros” para ganar las elecciones y recuperar el paraíso perdido es recuperar el “nosotros”. Porque nada es más eficaz a la hora de generar el “nosotros” que inocular el odio hacia “ellos”.

Conclusión

El populismo está en auge. Hasta el punto de que hoy las cuatro democracias más pobladas del mundo están gobernadas por populistas. Este artículo ha perimetrado primero el concepto, atendiendo a sus rasgos más característicos, y ha analizado las principales causas y consecuencias de su auge reciente después. La cada vez más abundante literatura sobre el populismo

distingue dos grandes explicaciones del incremento del fenómeno: la de los perdedores de la globalización “económica” y la de los perdedores de la globalización “cultural”. Sin embargo, esta visión tradicional es excesivamente angosta porque no es capaz de integrar adecuadamente los determinantes específicamente “políticos” del auge reciente del populismo, en una suerte de silogismo que podríamos resumir así: la identidad está en auge → el populismo es una política de la identidad → el populismo-como-política-de-la-identidad está en auge. A partir de ahí, el artículo concluye analizando las causas y las consecuencias del éxito del populismo-como-política-de-la-identidad:

- (i) En cuanto a las “causas”, se identifican dos: los cambios producidos por la irrupción de Internet y las redes sociales en los medios de comunicación y los provocados por una forma beligerante y hostil de hacer y comunicar la política.
- (ii) En cuanto a las “consecuencias”, el problema es que el hiper identitarismo de la política populista que comienza en las redes termina trasladándose a los grupos de amigos en *Whatsapp* y los grupos parlamentarios del Congreso, como hemos tenido ocasión de comprobar a raíz de la crisis de la COVID. Esto es grave no sólo porque dificulta llegar a acuerdos sobre políticas concretas, sino porque existe evidencia de que puede terminar produciendo importantes daños a las instituciones democráticas.

NOTAS

¹ Rooduijn (2019).

² El mismo fenómeno lo encontramos en la academia. De acuerdo con Rooduijn (2019), una búsqueda en la *Web of Science* revela que en 2010 sólo se publicaron 76 artículos con las palabras “populismo” o “populista” en el título. En 2015 ese número había crecido a 155, en 2016 a 208 y en 2017 a 332. Hoy hay incluso una revista científica enteramente dedicada al estudio del populismo, lo que sugiere que el populismo se ha convertido en una disciplina propia dentro de la ciencia política.

³ Cit. en De Vreese et al. (2018).

⁴ Vid. Lewis et al. (2018).

⁵ La definición es una síntesis de Mudde (2004), Rooduijn (2013) y Norris (2020).

⁶ Kyle y Mounk (2018).

⁷ Una versión extendida del argumento de los perdedores de la globalización económica se encuentra en Barragüé (2019: 110 y ss.).

⁸ Cit. en Klein (2020: ix).

⁹ Vid. <https://elpais.com/espana/2020-03-19/el-36-valora-la-gestion-del-gobierno-y-un-34-la-critica.html> (fecha de última consulta 13/07/2020).

¹⁰ Una forma habitual y sencilla de medir la polarización afectiva es observar, por grupos ideológicos (autoubicación ideológica) el porcentaje de individuos que afirma que, en un vector de probabilidad del 0 al 10, votaría a un partido con una probabilidad de 0 (que sería el rechazo frontal u hostilidad).

¹¹ Vid. Barragué (2018).

BIBLIOGRAFÍA

BARRAGUÉ, Borja: *Larga vida a la socialdemocracia*, Barcelona, Ariel, 2019.

(2018): "Periodismo y deliberación democrática en tiempos de Facebook", *Grande Place*, No. 9, pp. 11-23.

BOGARDUS, Emory S. (1947): "Measurement of Personal-Group Relations", *Sociometry*, Vol. 10, No. 4, pp. 306-311.

DE VREESE, Claes H., ESSER Frank, AALBERG Toril, REINEMANN Carsten y STANYER James: "Populism as an Expression of Political Communication Content and Style: A New Perspective", *International Journal of Press/Politics*, Vol. 23, No. 4, pp. 423-438, 2018.

FUKUYAMA, Francis: *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, LONDRES: Profile, 2018.

GIDRON, Noam, ADAMS James y HORNE Will: "How Ideology, Economics and Institutions Shape Affective Polarization in Democratic Polities", 2018, disponible en <https://ces.fas.harvard.edu/uploads/files/events/GAH-Affective-Polarization-in-Democratic-Polities.pdf> (fecha de último acceso 13/07/2020),

IYENGAR, Shanto, SOOD Gaurav y LELKES Yphtach: "Affect, Not Ideology: A Social Identity Perspective on Polarization", *Public Opinion Quarterly*, Vol. 76, No. 3, pp. 405-43, 2012.

KLEIN, Ezra: *Why We're Polarized*, Londres: Profile, 2020.

KYLE, Jordan y MOUNK Yascha (2018): "The Populist Harm to Democracy", Tony Blair Institute for Global Change, 26 de diciembre. Accesible *online* en <https://institute.global/policy/populist-harm-democracy-empirical-assessment> (fecha de último acceso 13/07/2020).

LEWIS, Paul, CLARKE Seán, BARR Caelain, HOLDER Josh y KOMMENDA Niko (2018): "Revealed: one in four europeans vote populist", *The Guardian*, 20 de noviembre. Disponible en <https://www.theguardian.com/world/ng-interactive/2018/nov/20/revealed-one-in-four-europeans-vote-populist> (fecha de última consulta 13/07/2020).

MOUFFE, Chantal: *For a Left Populism*, Londres, Verso, 2019.

MUDDE, Cass: "The Populist Zeitgeist", *Government and Opposition*, Vol. 39, No. 4, pp. 541-563, 200).

NORRIS, Pippa (2020): "Measuring Populism Worldwide", HKS Working Paper No. RWP20-002. Disponible online en https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3541314 (fecha de último acceso 13/07/2020).

(2016): "Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash", HKS Faculty Research Working Paper No. RWP16-026. Disponible online en <https://www.hks.harvard.edu/publications/trump-brexit-and-rise-populism-economic-have-nots-and-cultural-backlash> (fecha de último acceso 13/07/2020).

RODRIK, Dani: "Is Populism Necessarily Bad Economics?", *AEA Papers and Proceedings*, Vol. 108, pp. 196-99, 2018.

ROODUIJN, Matthijs: "State of the field: How to study populism and adjacent topics? A plea for both more and less focus", *European Journal of Political Research*, Vol 58, No. 1, pp. 362-372, 2019.

(2013): "The Nucleus of Populism: In Search of the Lowest Common Denominator", *Government and Opposition*, Vol. 49, No. 4, pp. 573-599.

TAJFEL, Henri: "Experiments in Intergroup Discrimination", *Scientific American*, Vol. 223, No. 5, pp. 96-103, 1970.

VELASCO, Andrés: "Embracing Identity", *IMF Finance & Development*, Vol. 57, No. 2, pp. 20-23, 2020.

EL ULTRANACIONALISMO DE VOX. CINCO CLAVES PARA COMPRENDER “LA ESPAÑA VIVA”

XAVIER CASALS

El ultranacionalismo de Vox se percibe como una variante autóctona del nativismo propio de la ultraderecha. El politólogo Cas Mudde describe este concepto como “una ideología que sostiene que los Estados deben estar habitados exclusivamente por miembros del grupo nativo (‘la nación’) y que los elementos no nativos (personas e ideas) están amenazando fundamentalmente al Estado-nación homogéneo”. Remarca que “histórica e ideológicamente, el nativismo está estrechamente relacionado con la idea del Estado-nación”, en el sentido de que “cada nación debería tener su propio estado y [...] cada Estado debería tener solo una nación”¹. Ciertamente Vox es nativista², pero, más allá de constatarlo, consideramos que su ultranacionalismo merece un análisis detenido, pues hunde sus raíces en el integrismo nacionalista decimonónico a la vez que formula un discurso acotado de oposición a la globalización. Lo analizamos a continuación, a partir de cinco aspectos clarificadores al respecto.

La continuidad del integrismo nacionalista surgido en Ultramar

El ultranacionalismo de Vox tiene su eje y capacidad de movilización en el temor

a la amputación de la patria, un discurso surgido esencialmente en la Cuba colonial³. Lo acuñó su lobby peninsular al combatir al separatismo cubano y bloquear toda reforma de signo autonomista que alterara su statu quo. Tal nacionalismo fue conocido como “incondicionalismo”, al definirse sus dirigentes: “ni conservadoras, ni liberales... somos patriotas incondicionales”⁴. Este discurso rebrotó después de 1898 y tuvo su epicentro en Barcelona, al juzgar el catalanismo de la Lliga Regionalista, capaz de convertir a Cataluña en una “segunda Cuba”, lo que generó un antirregionalismo asimilado a antiseparatismo.

Así, a fines de 1918, se formó en la urbe el primer grupo ultranacionalista: la Liga Patriótica Española [LPE], nutrida esencialmente por militares, junto a funcionarios, carlistas españolistas y lerrouxistas, para oponerse a una campaña autonomista. Entonces los “ligueros” se enfrentaron a bastonazos a los catalanistas en Las Ramblas y hubo muertes por arma de fuego. Aunque la LPE careció de producción teórica, puso las bases programáticas del ultrapatriotismo español: abogó por el castellano como único idioma oficial, por una instrucción

pública exclusiva del Estado y por la disolución de la Mancomunidad (el órgano que unía las cuatro diputaciones catalanas y dirigía la Lliga) por ir “contra la unidad nacional”. Incluso planteó ya la *lawfare* o lucha jurídica propia de Vox al querer imputar a Francesc Cambó y a otros dos líderes de la Lliga por delitos de desórdenes públicos, rebelión y sedición⁵. Este integrismo nacionalista tuvo dilatada trayectoria y el franquismo lo integró institucionalmente. En la Transición lo abanderó la ultraderecha, notablemente Fuerza Nueva [FN] (su partido hegemónico que en 1979 obtuvo un escaño) y lo plasmó la consigna “España una, y no cincuenta y una”. Al ganar el PSOE los comicios de octubre de 1982, FN se disolvió en noviembre y la extrema derecha entró en la atonía y su ultranacionalismo devino marginal. Vox lo ha situado de nuevo en el *mainstream* político.

Este partido tiene su origen en un sector del PP descontento con Mariano Rajoy por contemporizar supuestamente con los nacionalistas periféricos. En julio de 2012 este ámbito promovió la plataforma Reconversion.es (que preconizó suprimir las autonomías en aras de la eficiencia administrativa), y en diciembre de 2013 promovió la constitución de Vox, que dirigió inicialmente Alejo Vidal-Quadras. Este no logró un escaño en los comicios europeos de mayo de 2014 (captó el 1.5% del voto) y dejó el partido en febrero de 2015. Entonces le reemplazó Santiago Abascal en el liderazgo del partido y Vox adoptó su discurso actual, sin éxito en las urnas hasta que la crisis secesionista catalana de octubre de 2017 le aupó electoralmente en los comicios andaluces de diciembre de 2018

(10.9%), y en los legislativos de noviembre de 2019 devino la tercera fuerza del Congreso (15.1%).

Ello confirió una nueva centralidad al integrismo nacionalista español, pues la *ultima ratio* de Vox es la defensa de una España asimilada a un ente biológico, la “España viva”, y supedita toda su acción a la presunta preservación y engrandecimiento de esta. De este modo, Abascal exalta a la Corona porque “ha cumplido una función de cohesión nacional”, pero afirma su accidentalismo en la forma de gobierno: “Yo soy español. Ni monárquico ni republicano. [...] España, su soberanía y su unidad están por encima de la monarquía, de la república, de la Constitución y de la democracia”⁶. Cabe inferir de ello que Vox es potencialmente disruptivo, al poder considerarse legitimado a explorar formas políticas no democráticas que preserven a España como nación si juzga que esta peligrará.

Una cúpula dirigente que plasma un nacionalismo ofensivo

La cúpula de Vox refleja este rechazo beligerante a los nacionalismos subestatales, percibidos como una amenaza “balcanizadora”.

Vidal-Quadras lo acreditó con el anticaltanismo contundente que exhibió mientras lideró el PP catalán; llevó a Jordi Pujol a condicionar su apoyo a José M^e Aznar en 1996 a que este apartase al dirigente popular de la política catalana, a lo que Aznar se plegó. Si analizamos ahora la cúpula actual de Vox, observamos que esta, por una parte, encarna la crítica que las nuevas generaciones de la derecha efectúan al “régimen del

78", al querer enmendar la Carta Magna suprimiendo el Estado autonómico⁷. En tal sentido, los líderes de Vox nacieron prácticamente con la Constitución: Rocío Monasterio nació en 1974, Jorge Buxadé en 1975, Abascal en 1976 y Macarena Olona en 1979. Son ligeramente mayores Iván Espinosa de los Monteros (1971) y Javier Ortega-Smith (1968). Por otra parte, también reflejan un españolismo exaltado. Es visible en la ascendencia familiar y la trayectoria de Abascal en su Amurrio natal: su abuelo fue un alcalde franquista, y el padre un militante histórico de Alianza Popular [AP] que recibió numerosas amenazas de ETA, y su tienda sufrió un atentado. Abascal, que hizo su carrera política en el PP vasco hasta 2010 (luego se trasladó a Madrid amparado por Esperanza Aguirre), también fue amenazado por ETA. Cercano a María San Gil y Jaime Mayor Oreja, abanderó la oposición al derecho de autodeterminación (publicó tres ensayos y Aznar le prologó uno de ellos)⁸. Promovió y presidió la Fundación para la Defensa de la Nación Española [DENAES], constituida en 2006⁹. En 2008, en el ensayo *En defensa de España* (el que fue coautor Gustavo Bueno y editó la citada entidad), defendió ya una concepción orgánica de España:

[...] la "Nación" no solo designa al "Pueblo" que vive en ella, sino también a los muertos que la constituyeron [...] y a los hijos que todavía no han empezado a vivir [...] pero que ya están [...] contemplados en los planes presentes dirigidos al mantenimiento futuro de la nación¹⁰.

El activismo de Abascal fue la fragua de su relación con Ortega-Smith (joseantoniano en su juventud) y Espinosa de los

Monteros (esposo de Rocío Monasterio, que también confluyó en Vox). Estos habrían "sellado" su amistad con Abascal en el marco del juicio que en 2012 tuvo lugar en la Audiencia Nacional por el pleno celebrado al constituirse el consistorio de Llodio en 2003. Entonces Abascal y otros ediles del PP fueron abucheados y agredidos al recoger sus actas¹¹. En el proceso Ortega-Smith (que se integró a DENAES en 2010) fue abogado de la acusación, mientras Espinosa quedó "cautivado" por un video de los hechos de Llodio, y el mismo 2012 devino vicepresidente de DENAES¹². En suma, el núcleo duro inicial de Vox cuajó en torno a la afirmación de españolidad en el País Vasco. También Olona se distinguió allí por su actividad como abogada del Estado entre el 2011 y el 2016:

[...] consiguió que los tribunales permitieran a los agentes sentarse en el banquillo de los acusados con el uniforme puesto [...] y asumió muchos de los juicios que tenían que ver con terrorismo y con la dignidad de las víctimas. Consiguió que absolvieran a cuatro guardias civiles acusados de torturar, denunció a todos los ayuntamientos de Guipúzcoa, menos uno, por no poner la bandera española, arremetió contra el mundo abertzale y se especializó en procesos concursales que tenían como benefactores a cargos del PNV¹³.

Buxadé, cabeza de lista de Vox a Estraburgo, fue en su juventud candidato de FE de las JONS (1995) y de Falange Española Auténtica [FEA] (1996). Ganó notoriedad en 2009 como abogado del Estado al denunciar el plebiscito por la independencia que convocó el consistorio de Arenys de Munt (Barcelona).

Este españolismo belicoso se asocia a un propósito de apoyo incondicional a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado [FCSE], (Ortega-Smith quiso hacer su servicio militar en la Compañía de Operaciones Especiales [COES]) y lo exteriorizó de forma vistosa durante la crisis secesionista catalana. Este sostén a las FCSE tendría su contrapartida en un apoyo significativo en el cuerpo policial y el hecho de que el Ejército estaría políticamente sobrerrepresentado en la formación, tanto en la cifra de candidatos procedentes del Ejército como de votos¹⁴.

En definitiva, el clima político vasco marcado por el terrorismo de ETA favoreció la recuperación del integrismo nacionalista español que Vox defiende, mientras la crisis secesionista catalana le ofreció el marco para expandir este discurso hasta devenir la tercera fuerza del país.

La “España viva” o el retorno de la “anti-España”

“La España viva”, lema e idea-fuerza de Vox, supone la existencia implícita de “una España muerta” a la que se debe combatir, que no es otra que la anti-España. Este concepto ha designado históricamente a una amalgama de ilustrados y liberales, nacionalistas periféricos e izquierdistas que negarían la “España genuina”, que sería la nacional-católica¹⁵. La contraposición entre la España “verdadera” y anti-España menudeó antes de las elecciones generales de 1936, radiografiando la bipolarización del momento¹⁶. Abascal recuperó la vigilia de los comicios de abril de 2019, al afirmar que entonces se debía elegir entre “la España viva” (Vox) y “la anti-España”, (“PSOE, Podemos y los independentistas”)¹⁷, bus-

cando igualmente la máxima polarización política. Reformuló esta dicotomía la vigilia de formarse el gobierno actual: “VOX no va a sentarse a hablar de la investidura mientras el PSOE la negocia con los enemigos de España. No vamos a contribuir al blanqueamiento de Bildu, ni del comunismo bolivariano ni del gopismo. Nos tendrán enfrente”¹⁸. Con Vox, pues, regresa una dualidad simplista (“la España viva” versus la anti-España), muy funcional en una actividad política marcada por mensajes breves y consignas que buscan la viralidad en las redes sociales.

El rechazo del Islám: Una nueva Reconquista

“La España viva” alude igualmente a una España que se afirma y renace de forma simultánea al combatir a sus enemigos seculares, y el Islam parece ocupar un lugar primordial entre ellos. El programa electoral de Vox sólo rechaza el fundamentalismo musulmán y alude a la “prohibición de erigir mezquitas promovidas por el wahabismo, el salafismo, o cualquier interpretación fundamentalista del Islam”¹⁹. Sin embargo, las alusiones a la lucha contra este credo son frecuentes en los líderes de Vox. Rafael Bardají, vocal de su Consejo Nacional, manifestó que “la lucha de VOX por recuperar el sentimiento nacional será recordada como la Covadonga 2.0”²⁰. Ortega-Smith señaló la lucha peninsular contra el dominio musulmán como un elemento de inflexión en la historia europea: “Sin las Navas de Tolosa, sin la Batalla de Lepanto y sin Carlos V, las señoras de esta sala vestirían el burka”²¹. Hasta Abascal ha sido presentado por sus seguidores como un nuevo Cid²².

Ello entronca con la pretendida esencia de España, ya que para Abascal esta "comienza como Imperio frente al Islam"²³. De ese modo, la Reconquista es la piedra angular de la identidad española. No por azar, Vox planteó la campaña de los mencionados comicios andaluces de 2018 como el inicio de otra Reconquista.

Esta islamofobia implícita en el mensaje de Vox, propia de fuerzas europeas ideológicamente afines²⁴, cumple una triple función. En primer lugar, refuerza el discurso de contención y oposición a la inmigración del Magreb y apuntala su propuesta de erigir muros "trumpianos" en Ceuta y Melilla. En segundo lugar, afirma el vínculo estrecho del partido al catolicismo (para Abascal la cruz es un "elemento esencial de nuestra civilización")²⁵, a la par que asienta de forma elíptica su discurso antifeminista. Al presentar a las sociedades musulmanas como retrógradas, por la situación de la mujer en ellas, se deja implícito que su libertad en las occidentales no es resultado de luchas reivindicativas, sino de la evolución *per se* de una cultura "cuyos fundamentos cristianos contendrían los gérmenes de valores democráticos, igualitarios y universales, que aguardarían el momento oportuno para eclosionar"²⁶. En tercer lugar, el rechazo al Islam favorece la adopción de valores del liberalismo cultural que esta religión supuestamente amenaza, pues Vox –como otros partidos similares– se erige en paladín de los derechos de mujeres y homosexuales frente su pretendida opresión musulmana²⁷. Ello facilita que Vox atraiga un electorado femenino y también homosexual (que ha asumido un homonacionalismo)²⁸.

La importancia de la Hispanidad

De modo simultáneo, el discurso de Vox ha recuperado el ideal de Hispanidad. Recordemos, en tal sentido, que en el ámbito de la inmigración el partido plantea "cuotas de origen, privilegiando a nacionalidades que comparten idioma y lazos culturales"²⁹. Abascal ha manifestado que "no es lo mismo un inmigrante procedente de un país hermano hispanoamericano, con una misma cultura, una misma lengua, con una misma cosmovisión del mundo, que la inmigración procedente de los países islámicos"³⁰. Este vínculo con la América hispana se visualiza en la cúpula de Vox, pues Ortega-Smith tiene la nacionalidad española y argentina³¹, mientras Monasterio posee la española y cubana (el régimen castrista expropió la compañía azucarera de la que su padre era principal accionista y este se instaló en España) y mantiene vínculos con la comunidad cubana de Miami, pues al acabar sus estudios vivió medio año en allí³². De hecho, se ha señalado que Vox quiere "posicionarse como la formación 'puente' entre las derechas radicales europeas y las incipientes derechas latinoamericanas", como testimoniarían "contactos crecientes" con "el uruguayo Guido Manini Ríos, el chileno José Antonio Kast o el peruano Rafael López Aliaga"³³.

Un análisis reciente del hispanismo de Vox destaca que Abascal ha aludido al concepto de "Hispanosfera", una comunidad de países hispanos que podría tener una potencial doble función: crear eventualmente un espacio de proyección de España al margen de la Unión Europea [UE], y ofrecer un contrapeso a las "otras identidades, que rivalizan con la española al interior de

la península ibérica³⁴. Advierte este estudio que Abascal apuntó tal escenario en 2008: “Quizás sea el desarrollo de esta identidad hispana de España la única vía para la conservación de su unidad, toda vez que desde la perspectiva [...] las diferencias regionales internas a la Nación española se desdibujan y disuelven³⁵. Asimismo, el trabajo citado remarca que estas “solidaridades hispanistas” tienen “usos complementarios”:

[...] Por un lado, acentuar el discurso antiinmigración, subrayando que el asilo debe ser un privilegio solo concedido a los refugiados políticos de Cuba y los regímenes iliberales latinoamericanos del otro lado del Atlántico, como “hermanos” hispanos que se ven perseguidos por el autoritarismo izquierdista. Por otro lado, [...] ha permitido estigmatizar a los regímenes de Venezuela y Cuba, a los cuales se somete a un proceso de identificación con la izquierda española, subrayando sus fracasos y su carácter antidemocrático y provisionándose así de capital simbólico para sus narrativas adversariales internas³⁶.

La dimensión externa del hispanismo de Vox, pues, sería tan importante como la interna. A este componente cabe añadir su fugaz testeo del iberismo: el partido convocó manifestaciones el 12 de enero de este año con un mapa de España que incluía a Portugal y el lema “España existe”. Ello provocó la queja del partido ultraderechista portugués Chega, que lidera André Ventura³⁷. Este había felicitado a Vox por su éxito en los comicios de noviembre de 2019³⁸.

La creación de la “Hispanosfera”, unida a un eventual anexionismo de Portugal y la reintegración de Gibraltar (cuya soberanía española considera irrenunciable)³⁹, imple-

mentarían del lema trumpiano de Vox: “Hacer España grande otra vez”.

Vox como nacional-populismo español

La asociación que hace Vox entre inmigración y *Establishment* político le permite fundir el enemigo interno y el externo, ya que Abascal alude a la “existencia de una avalancha migratoria” que han admitido “todos los partidos⁴⁰. De esta forma, el populismo de extrema derecha (a diferencia del izquierdista) aúna antielitismo y xenofobia, conformando lo que el politólogo Pierre-André Taguieff define como nacional-populismo. Sus formaciones y líderes, señala, se dirigen al pueblo centrandó su llamamiento en la dimensión “nacional”, con la premisa de que este es “homogéneo” y “se confunde con la nación unida, dotada de una unidad sustancial y de una identidad permanente”. Así, lo que diferencia a los partidos nacional-populistas del resto es que el objeto de su denuncia y crítica prioritaria no son tanto “los de arriba” (las élites) como “los de enfrente” (los extranjeros): “las élites son rechazadas en la medida que son percibidas como *el partido del extranjero*”. El antielitismo, señala, se subordina a la xenofobia. Este nacionalpopulismo proyecta un enemigo nuevo: el extranjero-invasor⁴¹. La oposición a la inmigración es así inseparable de la denuncia del carácter antinacional de las élites que supuestamente lo promueven. En el caso de Vox se integra en una cosmovisión de oposición frontal a determinados aspectos de la globalización, notablemente la inmigración ilegal y los entes de gobernanza supranacionales⁴², sin faltar denuncias a supuestos manejos del filántropo millonario

Georges Soros (a quien numerosos ámbitos de la ultraderecha internacional consideran un siniestro promotor de la globalización)⁴³.

En definitiva, el ultranacionalismo de Vox conforma un discurso más poliédrico de lo que parece a primera vista y es llamativa la capacidad de la formación para elaborar nuevas síntesis ideológicas, lo que facilita la

ausencia de un discurso de cierta densidad ideológica (oficialmente Vox solo ha generado tres libros de entrevistas)⁴⁴. Se aprecia así como su exaltación de la "España viva" se sitúa en una encrucijada de tradición y modernidad susceptible de sucesivas reelaboraciones que reacomoden al partido a nuevos escenarios.

NOTAS

¹ C. Mudde, "The populist radical right: a pathological normalcy", en C. Mudde (ed.), *The populist radical right* (Routledge, Londres-Nueva York, 2017), p. 428.

² C. Ferreira. "Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología", *Revista Española de Ciencia Política*, 51 (2019), p. 81.

³ Sobre la cuestión véase E. Ucelay-Da Cal: "Cuba y el despertar de los nacionalismos en la España peninsular", *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 15 (1997), pp. 151-192.

⁴ J. M^º Fradera, *La nación imperial (1750-1818)*. Vol. II (Edhasa, Barcelona, 2015), p. 1.096.

⁵ Sobre la LPE véase E. Ucelay-Da Cal: "La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923", en Borja de Riquer (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona. 1898-1931*, Volum 2 (Barcelona, Diputació de Barcelona, 2007), pp. 153-156; J. Esculies, "La primera denúncia per aturar un Estatut d'Autonomia", *Revista de Catalunya*, 291 (julio-septiembre 2015), pp. 15-25.

⁶ S. Abascal, *Hay un camino a la derecha. Una conversación con Kiko Méndez-Monasterio* (Stella Maris, Barcelona, 2015), p. 115.

⁷ X. Casals, "Vox, Podemos y Ciudadanos: tres miradas a la Transición", www.elperiodico.com (13/IX/2019).

⁸ J. M^º Aznar, "Prólogo" a S. Abascal Conde, *La farsa de la autodeterminación. El Plan Ibarretxe: el asalto del País Vasco y España* (Ediciones Áltera, Barcelona, 2005), pp. 9-14. Véase también: *Derecho de autodeterminación? Sobre el pretendido derecho de secesión del Pueblo Vasco* (CEPC, Madrid, 2004) y *Secesión y exclusión en el País Vasco* (Ikusager, Vitoria, 2004);

⁹ Véase S. Abascal y G. Altozano, *No me rindo. Sin miedo contra ETA y frente a la cobardía política* (La esfera, Madrid, 2014).

¹⁰ S. Abascal y G. Bueno, *En defensa de España* (Fundación DENAES-Ediciones Encuentro, Madrid, 2008), p. 148.

¹¹ Véase "18 condenados por agredir a ediles del PP tras constituirse el consistorio de Llodio", www.elpais.com (26/III/2012).

¹² L. Iglesias, "La cúpula de Vox...", pp. 61-62.

¹³ “Macarena Olona, la dama de hierro de Vox: un bebé en su Porsche Panamera”, www.elmundo.es (9/XII/2019).

¹⁴ L. Gonzalo Segura, *El Ejército de Vox* (Akal, Madrid, 2020), pp. 20-23 y 41-41; “Vox alienta el malestar contra el Gobierno de las fuerzas de seguridad”, www.elpais.com (31/V/2020).

¹⁵ Véase J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (Taurus, Madrid, 2001), pp. 303-607.

¹⁶ J. F. García Santos, *Léxico y política de la Segunda República* (Universidad de Salamanca, Salamanca, 1980), pp. 522 y 526.

¹⁷ “Abascal desentierra la “antiEspaña” para descalificar a la izquierda”, www.elpais.com (27/IV/2019).

¹⁸ “Abascal descarta entrevistarse con el PSOE porque ‘negocia con los enemigos de España’”, www.lavanguardia.es (12/XII/2019).

¹⁹ Punto 24 de 100 medidas para la España viva (Vox, s.n., s.a.), p. 7. Accesible en www.voxespana.es [consultado el 26/V/2020].

²⁰ G. Altozano y J. Llorente, *La España Viva. Conversaciones con 12 dirigentes de Vox* (Kalma, Madrid, 2018), p. 101.

²¹ “Ortega Smith: ‘Sin las Navas de Tolosa, sin la Batalla de Lepanto y sin Carlos V, las señoras de esta sala vestirían el burka’”, www.ABC.es (6/III/2019).

²² A. Soler, “Electro Vox”, www.elpais.com (19/XI/2018).

²³ S. Abascal y G. Bueno, *En defensa de España*, pp. 31-32.

²⁴ J. P. Zúquete, “The European extreme-right and Islam: New directions?”, *Journal of Political Ideologies*, 13:3 (2018), pp. 321-344.

²⁵ @Santi_ABASCAL, “A Franco no le perdonan que muriese en la cama (en realidad no se lo perdonan ellos); a la Cruz, elemento esencial de nuestra civilización, la odian como odian su propia identidad; y a la Corona no le perdonan que se pusiese junto al pueblo español contra el golpe separatista”. Twitter, (3/VII/2018), 10:34. https://twitter.com/Santi_ABASCAL/status/1014064813348216832 [Consulta: 26 de mayo de 2020].

²⁶ S. Crépon, “La politique des mœurs au Front National”, en S. Crépon, A. Dézé y N. Mayer (dirs.) *Les faux-semblants du Front National. Sociologie d’un parti politique* (Presses de Sciences Po, París, 2015), pp. 195-196.

²⁷ P. Ignazi, “Les partis d’extrême droite en l’Europe de l’Ouest”, *Les extrêmes droites en Europe: Le retour?* Actes du colloque du 5 novembre 2010 (Les Cahiers du CEVIPOF, 53, abril 2011), p. 72.

²⁸ El homonacionalismo es mal conocido. Véase al respecto D. Lestrade, *Pourquoi les gays son passés à droite* (Seuil, París, 2012); J. K. Puar, *Ensamblajes terroristas: el homonacionalismo en tiempos queer* (Edicions Bellaterra, Barcelona, 2017); D. A. Fernández García, “Islamofobia queerizada y resistencias musulmanas queer en tiempos de homonacionalismo”, *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 24 (2018), pp. 71- 88.

²⁹ Punto 22 de 100 medidas para la España viva (Vox, s.n., s.a.), p. 6. Accesible en www.voxespana.es [consultado el 26/V/2020].

³⁰ "Abascal (Vox): 'No es lo mismo un inmigrante hispanoamericano que la inmigración de los países islámicos'", www.eldiario.es (17/IV/2018).

³¹ "Ortega Smith & Wesson", www.elcritic.cat (4/IV/2019).

³² L. Iglesias, "La cúpula de Vox...", p. 75. Es interesante al respecto "Rocío Monasterio: 'El sufrimiento de los cubanos es nuestro sufrimiento también'", <https://espanolesdecuba.info> (30/IV/2019).

³³ G. Fernández Vázquez, "La venezuelización de Vox durante la pandemia", *La U. Revista de cultura y pensamiento* (28/V/2020)

<https://la-u.org/la-venezuelizacion-de-vox-durante-la-pandemia/> [Consulta: 5/VI/2020].

³⁴ G. Aranda, R. Escribano y J. Riquelme, "Hispanidad e Hispanósfera: Raíces y actualizaciones de post Guerra Fría", *Revista Izquierdas (Universidad Austral de Chile, Santiago de Chile)*, 49 (mayo 2020), pp. 3439-3440.

³⁵ S. Abascal y G. Bueno, *En defensa de España*, p. 107.

³⁶ G. Aranda, R. Escribano y J. Riquelme, "Hispanidad...", p. 3439.

³⁷ "Indignación en Portugal por el mapa de Vox que lo incluye como territorio español", *La Vanguardia* (9/I/2020).

³⁸ @Partido_CHEGA, "O CHEGA congratula o VOX e apresenta votos de que seja possível encontrar em Espanha uma solução política de estabilidade para os próximos quatro anos, desejavelmente com forças de verdadeira direita! #CHEGA". Twitter, (10/XI/2019), 11:15. <https://twitter.com/PartidoCHEGA/status/1193653350010634248>

³⁹ "Vox dice que nunca renunciarán a la soberanía de Gibraltar", *Málaga 24h TV Noticias* <https://www.youtube.com/watch?v=cxaptbZ9KNw> [Consulta: 5/VI/2020].

⁴⁰ "Abascal: 'Están ocultando la delincuencia de la migración'", www.Moncloa.com (29/VIII/2019).

⁴¹ P. A. Taguieff, *L'illusion populiste* (Berg International, París, 2002), pp. 132.

⁴² J. Buxadé, "El gobierno mundial", www.abc.es (26/IV/2020).

⁴³ "Vox achaca al magnate Soros el manifiesto contra la manipulación de datos", *www.lavanguardia.com* (8/XI/2019).

⁴⁴ G. Altozano y J. Llorente, *La España Viva*; S. Abascal, *Hay un camino a la derecha*; F. Sánchez Dragó, *Santiago Abascal. España vertebrada* (Planeta, Barcelona, 2019).



EXTREMAS DERECHAS 2.0. ¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO?

STEVEN FORTI

Adaptando por enésima vez la frase de Marx, podemos afirmar que “un fantasma recorre Europa: el fantasma de la ultraderecha”. Ya no cabe duda de ello, por lo menos desde 2016. Ese año se debe interpretar como un claro punto de inflexión debido a dos grandes acontecimientos: en el Reino Unido ganó el *Leave* en el referéndum del mes de junio, y menos de cinco meses más tarde Donald Trump se hacía con la victoria en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. A estos dos eventos deberíamos sumar también el golpe de Estado fracasado en Turquía del mes de julio que dio pie a un marcado giro autoritario de Recep Tayyip Erdoğan. A partir de aquel entonces, en todo el mundo occidental el avance de partidos de extrema derecha se hizo aún más tangible. En 2017 Marine Le Pen conseguía el 34% de los votos –unos 10 millones de sufragios– en la segunda vuelta de las presidenciales francesas y el Partido de la Libertad austriaco (FPÖ) accedía al gobierno del país alpino en coalición con los populares. La primavera siguiente la Liga de Matteo Salvini formaba un ejecutivo nacional-populista con el Movimiento 5 Estrellas (M5E) en Italia y a finales de año Jair Bolsonaro se convertía en presidente de Brasil.

Además, por esas mismas fechas, la entrada en escena de Vox en Andalucía, seguida al año siguiente por la de Chega! en Portugal, ponía fin a la que se definió con naiveté la “excepción” ibérica. Podríamos seguir con esta panorámica a vista de pájaro mirando también al norte y, sobre todo, al este del Viejo Continente, donde tanto Jarosław Kaczyński como Viktor Orbán han dado pasos agigantados hacia un modelo de democracia iliberal en Polonia y Hungría, respectivamente. Las nuevas extremas derechas, pues, son a día de hoy un actor político de primer plano en todo el mundo occidental, se sientan ya en todos los parlamentos nacionales europeos –las únicas excepciones son Irlanda y Malta– e incluso gobiernan algunos estados.

En los últimos años, y aún más en el último trienio, se han vertido ríos de tinta para intentar describir e interpretar este fenómeno. Monografías científicas, libros colectivos, ensayos, artículos en diarios y revistas han propuesto desde posiciones distintas, y a veces distantes, análisis históricos, politológicos y sociológicos. Si sobre las causas del avance de las nuevas ultraderechas parece existir un cierto consenso, estamos aún lejos de llegar a él en lo que respecta a cómo lla-

mar este fenómeno. Hay quien propone llamarlo populismo de derecha radical, quien se decanta por nacionalpopulismo, quien aboga por posfascismo y quien defiende la utilización del término fascismo a secas. Parece evidente que existe una cierta confusión. Además, hay divergencias también sobre si tiene sentido o no utilizar una macro-categoría en la cual incluir todos estos partidos y movimientos que, además de unas notables analogías, tienen también unas diferencias nada desdeñables. ¿Vox y Ley y Justicia serían algo distinto a Alternativa para Alemania y la Liga? ¿El trumpismo sería algo distinto a Fidesz? Nada nuevo bajo el sol por otro lado: tras más de medio siglo de investigaciones y debates aún no hay consenso en la historiografía sobre cuáles regímenes deben considerarse fascistas en la Europa de entreguerras, empezando por el franquismo.

No se trata de una cuestión baladí, ni, aunque pueda parecerlo, de un debate terminológico tan solo académico, enclaustrado, para así decirlo, en la angosta torre de marfil de los intelectuales. Definir un fenómeno es el primer paso necesario para poderlo entender. En este artículo mi propósito es el de hacer un repaso de las diferentes interpretaciones existentes y, posteriormente, ofrecer una serie de elementos para explicar por qué definiendo una definición aparentemente *sui generis* de este fenómeno, la de *extrema derecha 2.0*.

El “escollo” del populismo

No se puede reflexionar sobre las nuevas extremas derechas sin antes abordar el concepto de populismo que, de alguna forma, se presenta como un “escollo” interpretativo. Aparte de unas pocas excepciones, a la ultraderecha de esta segunda década del siglo XXI

se le pone generalmente la etiqueta de populista hasta el punto de considerarla una característica crucial para su misma definición, como en el caso de los que se decantan por la fórmula de *nacionalpopulismo* o la de *populismo de derecha radical*. Pero, si no cabe duda de que todas estas formaciones son populistas o utilizan un estilo populista, ¿tiene sentido definirlos así? De hecho, llevamos más de dos décadas preguntándonos qué es el populismo y a día de hoy, y muy probablemente también en los años venideros, no tendremos una respuesta satisfactoria que ponga de acuerdo a todo el mundo. Siendo brutos, pero también francos, es indudable que el populismo se ha convertido en un cajón de sastre donde poner todo lo que no encaja en el pensamiento y la práctica política tradicional en una época que ya no es líquida, sino más bien gaseosa. Todo objeto político no identificado, desde Trump al chavismo venezolano pasando por el Movimiento 5 Estrellas, acaba siendo tachado de populista. Incluso al presidente galo Emmanuel Macron o al expremier italiano Matteo Renzi se le puso la etiqueta de populistas, en este caso de “extremo centro”. Quizás el único consenso existente al respecto es justamente la “natura proteiforme” del populismo y su ser “un concepto esencialmente controvertido” y “polémico políticamente”¹. De hecho, desde la ciencia política, la sociología y la historia se han desarrollado diferentes aproximaciones teóricas en su estudio: hay quien lo considera una ideología –más bien “delgada” que se mezcla con otras más “gruesas”–; quien prefiere definirlo una lógica o estrategia política utilizada por unos líderes carismáticos para conseguir o ejercer el poder; y quien se centra en la naturaleza discursiva o performativa del fenómeno.

El enfoque que ha tenido más éxito es quizás el “ideacional” de Cas Mudde a quien se debe una de las más citadas definiciones del populismo². En una obra más reciente, Mudde junto a Cristóbal Rovira Kaltwasser retoma su ya clásica definición, según la cual el populismo es “una ideología delgada, que considera a la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el ‘pueblo puro’ frente a la ‘élite corrupta’, y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general (*volonté générale*) del pueblo”³. En oposición a este enfoque encontramos otras propuestas: por un lado, Ernesto Laclau considera el populismo una lógica marcada por la lucha por la hegemonía; por otro lado, Ferran Sáez Mateu explica que es sencillamente el lenguaje de adulación de las masas; y, finalmente, Benjamin Moffitt y Sebastian Tormey lo definen un estilo político caracterizado por la apelación al pueblo como portador de la soberanía y su oposición respecto a una élite corrupta, por la asunción de que hay una situación de emergencia debido a la percepción de crisis o amenaza y por la incorrección política⁴.

Si intentamos huir de encasillamientos demasiado teóricos, que a veces pecan de querer moldear la realidad en vez que de describirla, en realidad estos enfoques no son de por sí excluyentes. Más bien se yuxtaponen. También porque en sus acciones y su comunicación los distintos partidos y líderes utilizan en diferentes grados una amplia variedad de rasgos populistas. Así, si tenemos en cuenta las interpretaciones propuestas hasta la fecha y relativizamos el enfoque ideacional reteniendo de todos modos algunos de los elementos señalados por sus defensores, encontramos otras características del popu-

lismo que resultan útiles para definir las nuevas extremas derechas. En la estela de Pierre Rosenvallon, Nadia Urbinati apunta que el populismo establece una relación parasitaria con la democracia representativa y “define *ex ante* la sustancia [del pueblo] para oponerlo a lo que no es el pueblo”, decretando una “exclusión ontológica e inmutable”. La politóloga italiana subraya también que el líder populista quiere “una identificación emotiva más que una demanda de *accountability*”⁵. Por su lado, Jan-Werner Müller añade que todo populismo es “una forma de política identitaria” cuyo postulado principal es “una forma moralizada de antipluralismo”⁶. Asimismo, Mudde y Rovira Kaltwasser recuperan en su análisis la noción de *heartland* acuñada por Paul Taggart –“la idea populista de comunidad y territorio que retrata una identidad homogénea supuestamente auténtica e incorruptible”– y el elemento del “estilo paranoico en la política” –la creencia populista de que el poder no reside en los líderes elegidos democráticamente, sino en ciertas fuerzas en la sombra– puesto de relieve hace décadas por Richard Hofstadter⁷.

En la categorización de los fenómenos populistas se suele también diferenciar entre un populismo inclusivo y otro excluyente a partir de la interpretación del concepto de pueblo como *plebs* o *populus*. Según Yves Mény e Yves Surel, serían al menos tres las definiciones de pueblo: el pueblo-soberano, basado en la idea que la comunidad política debe tomar decisiones en plena autonomía defendiendo sus intereses; el pueblo-clase, identificado con los explotados del sistema económico dominante; y el pueblo-nación, fundado en una visión más cultural e identitaria que considera la comunidad de refe-

rencia como un conjunto de personas que ha desarrollado un sentimiento de pertenencia conectado con un determinado territorio, una lengua o una etnia⁸. A este respecto, Koen Abst y Rudi Laermans diferencian tres manifestaciones principales de populismo en el actual contexto europeo: el populismo de derecha radical, el populismo neoliberal y el populismo social o de izquierdas⁹. Poniéndole cara a estas categorías, Le Pen, Berlusconi y Tsipras vendrían a representar las tres manifestaciones del populismo actual.

Más allá del populismo (I): las causas de la fase populista

Dicho lo cual, ¿nos sirve de algo una categoría tan amplia que incluye Podemos, la Liga, el peronismo, el People's Party estadounidense de finales del siglo XIX, Orbán, Syriza, Trump, Fujimori, los Demócratas Suecos, el M5E e incluso Macron y Renzi? ¿Tiene sentido hablar del populismo como de una ideología, ya que no dispone de un verdadero corpus doctrinal ni tiene detrás a grandes figuras intelectuales? Quizás la solución, como sugiere Enzo Traverso, es la de considerar el populismo no como un sustantivo, sino como un adjetivo: no se trataría pues de una ideología, sino de un procedimiento retórico que consiste en exaltar las virtudes "naturales" del pueblo para movilizar a las masas contra el sistema¹⁰.

El populismo vendría a ser entonces más bien una fase –o un *momento*– que dibuja la época actual marcada por una crisis sistémica del mundo tal y cual lo conocíamos¹¹. Una crisis que es el fruto de procesos que venían dándose, con desigual intensidad según los diferentes países, como mínimo a partir de los años noventa del siglo XX. No es casua-

lidad, de hecho, que la llamada tercera ola populista tuviese lugar entre mediados de los años setenta y los noventa, con la aparición de fenómenos como el berlusconismo y la Liga Norte en Italia o una serie de partidos de extrema derecha en toda Europa. La razón principal se encuentra en la conclusión de los "treinta gloriosos" –es decir, del modelo keynesiano– a partir de la crisis del petróleo de 1973 y su progresiva sustitución, acelerada tras el fin de la Guerra Fría, por el modelo neoliberal. El proceso de globalización sin reglas –financiarización de la economía, concentración empresarial, privatizaciones, deslocalización de las empresas, precarización del trabajo, etc.– que se empezó en los años ochenta, junto a las transformaciones tecnológicas de la llamada cuarta revolución industrial, ha tenido como consecuencia a medio y largo plazo también un debilitamiento de la soberanía política. En el Viejo Continente, estas dinámicas se han solapado con el proceso de integración europeo que, tras dos décadas de generalizado optimismo, empezó a entrar en crisis a partir del fracaso de la Constitución Europea en 2005 y sobre todo del estallido de la crisis económica en 2008-2010. A todo esto debe sumarse el aumento de las migraciones –que ha conllevado, de una forma u otra, un replanteamiento de lo que es la identidad– y la crisis de las democracias liberales con los corolarios de la desconfianza hacia los políticos y las instituciones y del desalineamiento, es decir el debilitamiento de los lazos entre los partidos mayoritarios tradicionales y la ciudadanía¹².

No por casualidad, intentando definir el populismo contemporáneo Marco Revelli habla de "revuelta de las periferias" y "fibrilación de los márgenes": "una especie de ren-

coroso desapego y hostilidad hacia las élites de gobierno y los actores institucionales” por parte de los que “se sienten olvidados” que, por su situación material y la percepción de “haber caído fuera del relato colectivo” y haberse convertido en invisibles, buscan frenéticamente a alguien “que pueda representar su inseguridad”. Se trataría del “síndrome del *forgotten man*”, conectado con la idea de la existencia de unos ganadores y unos perdedores de la globalización¹³. Según Christophe Guilluy, que para el caso galo ha acuñado el concepto de “Francia periférica”, es decir todo lo que no son las grandes áreas urbanas globalizadas en proceso de gentrificación, se trata de un “sentimiento de relegación cultural y geográfica” que se conecta al achicamiento de la clase media occidental¹⁴. Inseguridad, relegación, insatisfacción, percepción de ser olvidados... son todos conceptos que se conectan con el resentimiento generalizado que ha estallado en la última década; una década marcada “por el contraste entre las promesas de libertad, autonomía y prosperidad que nos ofrecía la globalización y la verificación empírica de desigualdades o asimetrías crecientes entre culturas, grupos o modos de vida”¹⁵.

La democracia liberal ha entrado en crisis porque, según Yascha Mounk, se han disipado las contingencias históricas que le habían permitido asentarse. Es decir, un crecimiento económico, el de la posguerra mundial, que redujo las desigualdades y consintió un generalizado aumento del nivel de vida; unos medios de comunicación moderadores del debate nacional que operaban como barreras a la difusión de ideas extremas; una composición étnicamente homogénea de las sociedades occidentales que evitaba que la cuestión de la identidad nacional cobrase centralidad en

la competición política¹⁶. La triple crisis económica, política y migratoria y sus derivadas, junto a la profunda transformación de los medios de comunicación tradicionales –y el desdibujamiento de su papel de *opinion makers*– por el auge de internet y las redes sociales hicieron saltar por los aires este equilibrio.

Asimismo, la crisis política no se ha limitado a una generalizada desconfianza hacia los partidos tradicionales y las instituciones o, incluso, al mismo sistema democrático¹⁷, sino que se ha convertido en una crisis mucho más profunda del modelo de partido de masas *novecentesco* y las mismas ideologías que habían marcado la época contemporánea. Han desaparecido en buena medida los partidos que, junto a los sindicatos, muy debilitados respecto al pasado, canalizaban las reivindicaciones, protestas e insatisfacciones de los territorios, jugando un papel de correa de transmisión entre la ciudadanía y las instituciones. Aquellos partidos, arraigados en el territorio, con secciones y militantes, han sido sustituidos por organizaciones “ligeras” o *brands* que ya no consiguen, y a menudo ni quieren ni pueden, esterilizar y neutralizar los discursos populistas¹⁸. A veces, por mantenerse a flote o por su misma razón de ser, necesitan cabalgarlos o impulsarlos. Esto también ha conllevado que el eje tradicional izquierda-derecha, si bien no haya desaparecido, sí ha perdido centralidad, siendo sustituido por el laclauiano alto-bajo o el 99% versus 1% en boga durante el movimiento Occupy Wall Street. Según *The Economist*, la nueva división política estaría entre los globalistas (*open*) y los que quieren levantar muros (*closed*), mientras que según David Goodhart esta fractura estaría entre las personas cosmopolitas que son de “cualquier lugar” (*anywhere*) y las que

son de “algún lugar” (*somewhere*), es decir más arraigadas y que priorizan los vínculos de grupo y valoran la seguridad que no tienen frente a incertidumbres y cambios¹⁹. La que se ha venido creando en la última década es pues una verdadera crisis cultural y de valores que atañe en especial modo al mundo occidental.

Más allá del populismo (II): ¿turbopopulismo, nacionalpopulismo, tribalismo, pueblocracia?

Si populismo es un adjetivo y una fase, ¿cómo llamamos pues a Trump, Salvini, Le Pen, Orbán y Abascal? Existen otras propuestas que, aunque intentan ir más allá del concepto de populismo y nos ofrecen ideas cautivadoras, acaban atrapadas, consciente o inconscientemente, en él. Sin minusvalorar las diferencias de fondo entre un populismo más progresista y otro conservador o directamente reaccionario, el ya citado Marco Revelli considera que gracias a la ruptura de la transversalidad entre derecha e izquierda operada por el mismo populismo, este produce un nuevo populismo que en parte modifica algunos caracteres de rebelión y transgresión de los orígenes, torciéndolos hacia contenidos, lenguajes y formas de comportamiento claramente de derecha. Según Revelli, el populismo hoy es pues sinónimo de soberanismo, identitarismo y neo-nacionalismo con tendencias autoritarias y supremacistas. Por esto acuña el concepto de *turbopopulismo* o *populismo 3.0*²⁰.

Por otro lado, en un libro publicado ya en 2012, Pierre-André Taguieff se decanta por el concepto de nacionalpopulismo. Según el politólogo galo, todos los nuevos nacionalpopulismos, entre los cuales nombra al Frente

Nacional francés, la Liga Norte, los húngaros de Jobbik y los Verdaderos Finlandeses, comparten algunas características comunes como “el llamamiento personal al pueblo lanzado por el líder”, “el llamamiento al pueblo en su conjunto contra las élites ilegítimas”, “el llamamiento directo al pueblo auténtico que es ‘sano’, ‘sencillo’ y ‘él-mismo’”, “el llamamiento al cambio, que implica una ruptura purificadora con el presente (‘el sistema’, supuestamente ‘corrupto’), inseparable de una protesta antifiscal (en ocasiones ligada a la exigencia de referéndums de iniciativa popular)”, y “el llamamiento a ‘limpiar’ el país de elementos supuestamente ‘inasimilables’ (nacionalismo excluyente, contrario a la inmigración)”²¹.

Más recientemente, también Roger Eatwell y Matthew Goodwin han recuperado el término de nacionalpopulismo para aplicarlo en un sentido más amplio a la eclosión ultraderechista de los últimos tiempos. Los dos politólogos británicos consideran el nacionalpopulismo una ideología, distinta del fascismo histórico, “basada en corrientes muy profundas y duraderas”. Por esto, están convencidos de que, primero, debe examinarse como un todo por su carácter internacional y, segundo, que ha llegado para quedarse porque su avance depende de “cambios profundos y a largo plazo” en las sociedades occidentales. Añaden que el nacionalpopulismo no es de por sí un desafío antidemocrático: al contrario, plantea también interrogantes democráticos legítimos y sus partidarios “no son fascistas que quieren derribar nuestras principales instituciones políticas”²².

La búsqueda de un concepto satisfactorio ha conllevado a proponer otras alternativas. Por un lado, Marlene Wind ha acuñado el concepto de *tribalismo* para definir el Brexit,

la Hungría de Orbán, la Polonia de Kaczinski o el *procés* catalán. Según la politóloga danesa, el fenómeno de la tribalización está representado por una mezcla de antiglobalismo y política identitaria: su principal consecuencia es la reducción de la democracia a la mera voluntad del pueblo. El tribalismo o “neonacionalismo” es el fenómeno en el que “grupos culturales, étnicos y nacionalistas de tamaño y niveles de organización diversas aspiran cada vez más a revocar las estructuras internacionales creando, fundando o manteniendo sus propios Estados o entidades análogas a estos, al tiempo que (retóricamente y/o en la práctica) excluyen de ellos a otros”²³.

Por otro lado, tenemos la propuesta de Marc Lazar e Ilvo Diamanti: más que de populismo, sostienen, se debería hablar de un concepto más amplio, el de *pueblocracia*, reconocible por la adaptación de todos los actores políticos al lenguaje y las reivindicaciones de los populistas. Es decir, la difusión generalizada, más allá de fuerzas políticas definidas claramente como populistas, no solo de prácticas como la personalización de los partidos y las instituciones, sino también de ideas como la de la soberanía popular sin límites donde la separación de poderes es vista como un estorbo para una democracia que debe ser inmediata, sin intermediaciones²⁴. Un concepto como el de *pueblocracia* encaja perfectamente con la idea de que, por un lado, el populismo no es una ideología, sino un estilo y, por el otro, de que estamos viviendo una fase o un momento populista.

Más allá del fascismo

Umberto Eco nos dejó en febrero de 2016, justo al principio de un año que marcaría un antes y un después en la política in-

ternacional. No pudo así escribir sobre la ola ultraderechista que se estaba ya asomando al horizonte. Sin embargo, un año después de su muerte se volvió a publicar –antes en Italia, luego también en traducción española– una conferencia que dio en Estados Unidos en 1995 titulada *Eternal Fascism*²⁵. Ahí Eco plantea el concepto de *Ur-Fascismo* o *fascismo eterno*, es decir una serie de características típicas –ahistóricas podríamos decir– de lo que sería el fascismo: desde el culto de la tradición, el rechazo del modernismo y el culto de la acción por la acción a la indisponibilidad en aceptar cualquier crítica, el miedo al Otro, el llamamiento a las clases medias frustradas y la obsesión por el complot, pasando por el culto de la guerra, un elitismo popular, el heroísmo, el machismo, un “populismo cualitativo” y la creación de una neo-lengua. Según Eco, la presencia de al menos una de estas características sería suficiente para que se pudiese crear “una nebulosa fascista”²⁶.

La propuesta de Eco no deja de ser interesante y, no cabe duda de ello, cautivadora. Sin embargo, se debe también contextualizar: el semiólogo italiano hablaba a un público de estudiantes norteamericanos un 25 de abril, día de la liberación del nazifascismo en Italia, poco después de que Estados Unidos había sufrido el atentado de Oklahoma City y había descubierto la existencia de organizaciones militares de extrema derecha. Además, al autor de *El nombre de la rosa* no podía no rondarle en la cabeza lo que había pasado un año antes en Italia: el fin de la Primera República nacida de la resistencia y la llegada al poder de Berlusconi que abrió las puertas del poder a los posfascistas del Movimiento Social Italiano/ Alianza Nacional de Gianfranco Fini.

En el último trienio, la tesis de Eco ha tenido un gran predicamento sobre todo entre las izquierdas: al contrario de lo que sostiene prácticamente toda la historiografía internacional, el fascismo –se sostiene directa o indirectamente– habría seguido existiendo también después de la derrota del Eje en 1945 y, como un río cárstico, puede reaparecer también en la actualidad. Salvini, Trump y Abascal serían la prueba fehaciente de ello. En continuidad con la tesis de Eco, en una obra publicada en 2018, Jason Stanley apuesta por definir *fascismo* el “ultranacionalismo de distinto tipo (étnico, religioso, cultural), en el que la figura de un líder autoritario representa a la nación y habla por ella”²⁷. El filósofo estadounidense se centra especialmente en los casos de Rusia, Hungría, Polonia, la India, Turquía y Estados Unidos, pero se refiere a fin de cuentas a toda la ola nacionalista de extrema derecha que ha calado en gran parte del mundo. Stanley analiza la que llama “la política fascista”, es decir “las tácticas fascistas como mecanismo para obtener el poder”, a saber: “el pasado mítico, la propaganda, el antiintelectualismo, la irrealidad, la jerarquía, el victimismo, el orden público, la ansiedad sexual, el llamamiento al espíritu de la nación y el desmantelamiento del estado del bienestar y la unidad”²⁸.

Ahora bien, ¿tiene sentido utilizar el concepto de fascismo –aunque hablemos de políticas o estrategias fascistas– para definir las nuevas extremas derechas del siglo XXI? ¿Utilizándolo tanto y a veces de forma totalmente indiscriminada, el riesgo no es el de vaciar de significado el concepto de fascismo, haciendo además un flaco favor al conocimiento histórico? De hecho, fascista, o más sencillamente *facha*, hoy en día no es

nada más que un insulto que ha perdido todas (o casi) sus connotaciones ideológicas²⁹. A este respecto, Emilio Gentile afirmaba que “el fascismo es el único fenómeno político al cual se le atribuye una extraordinaria capacidad mimética, la vocación de volver camuflado con otros ropajes”. El historiador italiano considera la tesis del *fascismo eterno* como una consecuencia de la defascistización y la banalización del fascismo que ha llevado a la que define una especie de “ahistoriología [...] en la que el pasado histórico se va adaptando continuamente a los deseos, esperanzas y temores actuales”³⁰.

Según Gentile, “no podemos prescindir del fascismo histórico para definir quién es fascista o usar el término ‘fascista’ para movimientos políticos que no presentan en absoluto sus características peculiares, o incluso tienen características opuestas al fascismo histórico”, es decir al fenómeno político que se impuso en Italia en los años de entreguerras “como partido milicia, régimen totalitario, religión política, regimentación de la población, militarismo integral, preparación belicosa a la expansión imperial” y que se convirtió en un modelo para otros partidos y regímenes surgidos en la Europa de entreguerras. Así, el historiador italiano defiende que “los actuales neonacionalistas populistas, que poseen una legitimación democrática” son algo distinto: en su origen se encuentra “un temor a la modernidad, la adopción de una política de proteccionismo defensivo, para cerrar puertas y ventanas, para salvaguardar inciertas identidades nacionales, amenazadas por la globalización y por las ‘invasiones de inmigrantes’”³¹.

De forma similar a Gentile, Enzo Traverso considera que la palabra *fascismo*

es más bien un obstáculo para entender la difusión de la ultraderecha en la actualidad y prefiere hablar de *posfascismo*. A diferencia del *neofascismo*, que reivindica abiertamente el fascismo histórico, el *posfascismo* ha conseguido emanciparse de él y ya no reivindica esa matriz político-cultural. “Lo que caracteriza el posfascismo”, escribe Traverso, “es un particular régimen de historicidad –el inicio del siglo XXI– que explica su contenido ideológico fluctuante, inestable, a menudo contradictorio, en el cual se mezclan filosofías políticas antinómicas”³². Según el historiador italiano, no se puede reducir el fascismo al carácter de un líder ni a las predisposiciones psicológicas de sus partidarios: al contrario de lo que afirmaron varios intelectuales de la izquierda *liberal* estadounidense, Trump no sería un fascista, sino “un líder posfascista sin fascismo”. El posfascismo, explica Traverso, no tiene unos valores “fuertes” como sus antepasados en los años treinta, sino que “pretende llenar el vacío dejado por la política reducida a *impolítica*” a través de unas recetas políticamente reaccionarias y socialmente retrógradas, además de la defensa de un modelo de democracia plebiscitaria que anula toda deliberación colectiva en una relación emotiva entre el pueblo y el líder³³.

También Federico Finchelstein defiende que el fascismo terminó con el final de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, afirma que es justamente la derrota del Eje en 1945 lo que comporta una transformación del populismo que de movimiento en la oposición, es decir un *populismo incompleto*, pasa a ser un *populismo moderno*. Habría pues una continuidad histórica: “el populismo está genética e históricamente ligado al fascismo.

Se podría sostener que es su heredero: un posfascismo para tiempos democráticos, que combina un compromiso limitado con la democracia y que presenta impulsos autoritarios y antidemocráticos”. Dicho de otro modo, el populismo vendría a ser “una reacción posfascista contra el liberalismo y la izquierda”. “El fascismo”, explica Finchelstein, “postulaba un orden totalitario que produjo formas radicales de violencia política y genocidio”. En cambio, el populismo “intentaba reformar y modular el legado fascista en clave democrática”, es decir “transmite una concepción plebiscitaria de la política y rechaza la forma fascista de la dictadura”. Según el historiador argentino, el populismo es pues “una forma de democracia electoral autoritaria”, puede ser de izquierda, centro o derecha y tiene puntos en común con el neofascismo –la mitificación del pueblo, el liderazgo carismático, la identificación del pueblo con una comunidad nacional que para el populismo de derecha radical se define en término étnicos–, pero también diferencias. Así “cuando el populismo se vuelve antidemocrático totalmente, deja de ser populismo” y se convierte en una dictadura. En el caso de Trump, por ejemplo, Finchelstein afirma que a partir de 2017 “el populismo norteamericano se ha convertido en el posfascismo más relevante del nuevo siglo”³⁴.

Extrema derecha 2.0

Entonces, ¿con qué nos quedamos? ¿Populismo de derecha radical? ¿Nacional-populismo? ¿Fascismo? ¿Posfascismo? Sin duda, todas estas propuestas tienen sus virtudes y podemos compartir mucho de cómo describen este fenómeno. Sin embargo, creo que la respuesta debe ser otra.

Por un lado, debemos partir de una premisa que a grandes rasgos comparten todos los historiadores y politólogos antes mencionados: nos encontramos delante de un fenómeno radicalmente nuevo. La Liga, Alternativa para Alemania, el Partido de la Libertad holandés, la Agrupación Nacional o Fidesz no son el partido milicia fascista de la época de entreguerras. No quieren encuadrar a la sociedad, instaurar un régimen autoritario unipartidista o construir un “hombre nuevo”. No tienen un proyecto imperialista en política exterior. Como mucho, y no todos, llenan su retórica de la grandeza nacional del pasado: la Hungría milenaria, *Make America Great Again*, etc. Tampoco son algo parecido a los partidos neofascistas de la segunda mitad del siglo XX. Los ultras de la actualidad visten camisa y americana, a veces incluso se ponen una corbata: ya no se les ve con cabeza rapada, chupas de cuero y esvásticas tatuadas haciendo el saludo romano en concentraciones autoguettizantes. Esto no quiere decir, ça va sans dire, que no sean peligrosos. Hablan, así dicen, el lenguaje de la gente corriente, defienden el “sentido común”, se alejan formalmente de las ideologías del pasado. Al mismo tiempo, el mundo ha cambiado. Radicalmente. Aunque nuestros sistemas institucionales son hijos de la época contemporánea y no han sufrido grandes transformaciones, nuestras sociedades ya no son las mismas. Por más inri, el miedo a los cambios rápidos que estamos viviendo —en el mundo del trabajo, las comunicaciones, la tecnología, etc.— han conllevado una verdadera crisis cultural y de valores difícilmente comparable con épocas anteriores. Estas formaciones son hijas de este comienzo de principios de siglo XXI, de sus transformaciones, miedos y percepciones³⁵.

Tal y como apuntan Gentile, Traverso, Finchelstein, Eatwell y Goodwin, no tiene sentido pues hablar de fascismo o neofascismo para definir estas formaciones políticas. Para un fenómeno nuevo es necesaria una definición nueva: no podemos recurrir a conceptos ya existentes. Ahora bien, si consideramos que el populismo no es una ideología, sino un estilo, un lenguaje o una estrategia política, como defienden, entre otros, Laclau, Moffitt y Tormey, Diamanti y Lazar o el mismo Traverso, tampoco nos sirve el concepto de populismo, se decline como se decline: nacional, turbo o de derecha radical. Eso sí, todas estas formaciones y sus líderes son demagogos y utilizan sin duda alguna las herramientas populistas porque nos encontramos en una fase o momento populista. Definirlos por lo que es una marca de los tiempos —y, a fin de cuentas, un adjetivo— no ayuda en su comprensión. Al contrario: acaba, consciente o inconscientemente, blanqueándolos.

A todo esto hay que añadir otras tres consideraciones. Por un lado, aunque Trump, Salvini, Le Pen y compañía rechacen definirse de extrema derecha y jueguen con el desdibujamiento de las ideologías y la superación del eje izquierda-derecha, no cabe duda alguna de que se sitúan, ideológicamente y políticamente hablando, en la extrema derecha, aunque puedan tener algunos elementos, para así decirlo, inusuales o peculiares en sus discursos y propuestas. No olvidemos que también el fascismo del periodo de entreguerras se diferenciaba de las derechas reaccionarias del siglo XIX: sin embargo, esto no implica que no se le considere *de (ultra)derecha*. Por otro lado, las nuevas tecnologías han revolucionado nuestras sociedades: no hace falta recordar aquí cómo y cuánto han cambiado

el papel de los medios de comunicación, las mismas relaciones sociales y la propaganda política en los últimos veinte años. Todas estas formaciones han demostrado ampliamente saber aprovechar más y mejor que los partidos tradicionales estas nuevas tecnologías, empezando por las redes sociales –Facebook, Twitter, Instagram, Whatsapp, TikTok, etc.– y continuando con la perfilación de datos de forma a-legal o directamente ilegal, como demostró el escándalo de Cambridge Analytica. Es esta una característica que no podemos pasar por alto ni considerar secundaria.

En tercer lugar, las macro-categorías son útiles para entender los procesos históricos. Nadie, por ejemplo, ha puesto en duda la utilización del concepto de liberalismo o comunismo para hablar de fenómenos muy distintos en la época contemporánea. Para centrarnos en el segundo caso, todo el mundo, sin grandes aspavientos ni intensos debates teóricos, ha llamado y sigue llamando *comunistas* tanto la URSS de Stalin como la de Gorbachov, tanto la China de Mao como la de Xi Jinping, así como la Cuba castrista, la Camboya de Pol Pot, la Hungría de Rákosi o la Corea del Norte de Kim Jong Un. Eso no quiere decir que se sostenga que sean experiencias idénticas: sencillamente, hay un consenso generalizado en que todas entran en una macro-categoría que define algunos de sus rasgos principales. Como sabemos, en el caso del fascismo no ha sido lo mismo: el debate sobre si el franquismo fue un régimen fascista, fascistizado o autoritario es interminable. Salvando las distancias, algo similar podemos decir del Portugal de Salazar, la Francia de Vichy o la Hungría de Horthy. Hay quien defiende que el de fascismo es un término correcto solo para hablar del régimen de

Mussolini o como mucho de Italia y Alemania y quien lo amplía a todos los regímenes autoritarios de derecha que llegaron al poder en la Europa de entreguerras. De fondo, la cuestión es si es útil una macro-categoría o no lo es. Personalmente, creo que lo es en la estela de lo que planteó hace más de tres décadas Enzo Collotti³⁶. Y lo mismo pienso para la actualidad. Volveríamos de alguna forma a la cuestión primigenia: ¿por qué entonces no podemos definir fascistas a Salvini y Trump? La respuesta está en los contextos históricos: el fascismo es una experiencia que tiene unos límites cronológicos claramente establecidos (1919-1945), así que la macro-categoría de fascismo es útil para el periodo de entreguerras. Ahora es necesaria otra macro-categoría para definir este nuevo fenómeno que se ha dado en la actualidad.

Resumiendo, considero que a) nos encontramos delante de un fenómeno radicalmente nuevo; b) aunque pueda tener –y de hecho los tiene– algunos elementos que ya encontramos en los fascismos de entreguerras, este fenómeno no puede llamarse fascismo ni neofascismo; c) aunque utilice las herramientas populistas, tanto en su discurso como en su práctica política, tampoco puede llamarse populismo, nacionalpopulismo o populismo de derecha radical porque el populismo es un adjetivo y no un sustantivo y porque nos encontramos en una fase o momento populista que lo empapa todo; d) aunque no se definan de extrema derecha y jueguen con el fin de las ideologías, todos estos partidos se sitúan claramente en la extrema derecha; e) entre sus características, resulta particularmente importante la capacidad de utilizar las nuevas tecnologías, sobre todo en lo que respecta a la propaganda política; f) acu-

ñar, crear y utilizar macro-categorías para entender los procesos históricos es útil y, en el caso concreto que nos atañe, es necesaria una macro-categoría para incluir todos estos partidos, más allá de las diferencias que tienen en los programas políticos, las formas organizativas y las decisiones que toman una vez lleguen al gobierno.

Por estas razones, propongo definir este fenómeno como *extrema derecha 2.0*. En esta definición entrarían toda una serie de formaciones políticas (la Agrupación Nacional francesa, la Liga italiana, el Partido de la Libertad de Austria y Holanda, Hermanos de Italia, Vox, Chega!, el Brexit Party, Fidesz, Ley y Justicia, Alternativa para Alemania, el Partido Popular Danés, los Demócratas Suecos, el Partido del Progreso noruego, el Partido de los Finlandeses, Solución Griega, etc.) que son miembros de los grupos de Identidad y Democracia y de los Conservadores y Reformistas Europeos en el Parlamento. Entrarían también movimientos identitarios que se mueven en las mismas coordenadas y fenómenos *sui generis* como el trumpismo y el bolsionarismo. Se trata de una macro-categoría en la cual, sin embargo, no entrarían los partidos de la derecha tradicional –miembros en general del Partido Popular Europeo– aunque en algunos casos, como los tories británicos o el PP en España, vemos un más o menos marcado proceso de ultraderechización, es decir lo que Eatwell y Goodwin llaman “nacionalpopulismo ligero”³⁷. Tampoco entrarían los gobiernos y los movimientos políticos liderados por Duterte en Filipinas, Modi en India o Erdogan en Turquía, tratándose de experiencias fruto de culturas y contextos políticos muy distintos de los occidentales: Duterte, Modi y Erdogan, así como Putin, responden más bien a

la ola autoritaria global y van más allá de una definición como la de *extrema derecha 2.0*. La que aquí se propone es una macro-categoría no definitiva que podría ser sustituida por otra con el paso del tiempo, pero que como mínimo permite, por un lado, ubicar ideológicamente sin medias tintas estas formaciones y, por el otro, subrayar su diferencia respecto al pasado, poniendo de relieve la importancia de las nuevas tecnologías.

Todas las formaciones de la *extrema derecha 2.0* tienen de hecho unos mínimos comunes denominadores –un marcado nacionalismo, la recuperación de la soberanía nacional, un alto grado de euroescepticismo, un general conservadurismo, la importancia de la identidad verdadera del “pueblo”, la islamofobia, la condena de la inmigración tachada de “invasión”, la toma de distancia formal de las pasadas experiencias de fascismo–, pero también unas diferencias nada desdeñables en temas como la economía –hay formaciones ultraliberistas como Vox y otras que abogan por un Welfare Chauvinism como la Agrupación Nacional–, los derechos civiles –hay quien defiende una postura muy dura sobre el aborto, los derechos LGTBI o la familia y otras que son más abiertas sobre estos temas– o la geopolítica –hay atlantistas y rusófilos–. Efectivamente, como sugiere Clara Ramas San Miguel, se podrían clasificar estas formaciones bajo dos categorías, los “social-identitarios” y los “neoliberales autoritarios”. Esto no significa que no sean parte de la que la misma Ramas San Miguel define como “Internacional Reaccionaria”³⁸. Adaptando lo que comentó Ricardo Chueca hablando de los fascismos de entreguerras, “cada país da vida a la *extrema derecha 2.0* que necesita”. En síntesis,

sus diferencias no impiden incluirlas en una misma macro-categoría.

Además, todas estas formaciones muestran otras características comunes. En primer lugar, en cuanto a las estrategias políticas su principal objetivo es polarizar a la sociedad, marcar el debate político con temas divisivos y escorar hacia la ultraderecha la opinión pública. Un objetivo facilitado por las redes sociales: de ahí que el tema de la posverdad y las fake news no sea algo baladí, sino central en su *modus faciendi*³⁹. En todo esto, directa o indirectamente, se percibe también la influencia del trabajo teórico que ha venido desarrollando Alain De Benoist desde principios de los años setenta: a través de la relectura de Antonio Gramsci, el filósofo francés propuso que la ultraderecha abandonase el objetivo de la toma del palacio de Invierno y se centrase en la batalla cultural, sustituyendo, por ejemplo, los temas raciales, inaceptables después de Auschwitz para la mayoría de la sociedad occidental, con cuestiones identitarias. Es ahí cuando empiezan a utilizarse los conceptos de etno-pluralismo y diferencialismo, hoy en día en boga.

En segundo lugar, todas estas formaciones muestran un exacerbado tacticismo: lanzan continuamente *ballon d'essai* en el debate público para ver si tienen recorrido y pueden cambiar de postura sobre temas cruciales en poco tiempo. Piénsese en el programa económico del Frente Nacional que pasó del ultraliberalismo en los tiempos de Jean-Marie Le Pen al Estado del bienestar para nativos con su hija Marine⁴⁰. O, más recientemente, a la postura sobre el euro y la Unión Europea: Salvini y Le Pen han pasado en pocos meses de defender el Italexit y el Frexit a abanderar una reforma del proyecto comunitario⁴¹.

En tercer lugar, todas estas formaciones, más allá de sus programas económicos, no niegan formalmente la democracia en sí, sino que critican la democracia liberal tachándola de no democrática, es decir como algo desconectado de la voluntad del pueblo⁴²: de ahí su irritación por la separación de poderes y las reglas de funcionamiento básicas de las democracias liberales, pero también su más o menos explícita defensa de un modelo que el premier húngaro Viktor Orbán, retomando la feliz expresión de Fareed Zakaria, ha definido *democracia iliberal*. Como recuerdan Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, las democracias pueden morir no solo a manos de hombres armados, sino también de líderes electos, presidentes o primeros ministros que las erosionan lentamente, de forma casi imperceptible: “la paradoja trágica de la senda electoral hacia el autoritarismo”, afirman los dos politólogos estadounidenses, “es que los asesinos de la democracia utilizan las propias instituciones de la democracia de manera gradual, sutil e incluso legal para liquidarla”⁴³. Esta es quizás la gran novedad que ha introducido la extrema derecha 2.0 en comparación con sus antecesores del siglo XX.

Queda aún mucho por estudiar, analizar y escribir acerca de este fenómeno, sin duda complejo, resbaladizo, heterogeneo y en continua evolución. No cabe duda de que lo que aquí se ha trazado es, ni más ni menos, que un estado de la cuestión parcial a lo que se suma una propuesta interpretativa que, de momento, es más bien un *work in progress*, o una aproximación, y no una teoría definida y cerrada. Para esa hace falta tiempo. Y perspectiva histórica.

NOTAS

¹ Paolo Graziano, *Neopopulismi. Perché sono destinati a durare*, Bologna, Il Mulino, 2018, p. 13; Cas Mudde, Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2019, p. 28; Jan-Werner Müller, ¿Qué es el populismo?, Ciudad de México, Grano de Sal, 2017, p. 21, respectivamente.

² Cas Mudde, "The populist zeitgeist", *Government and Opposition*, 39 (4), 2004, pp. 541-563.

³ Mudde y Rovira-Kaltwasser, *Populismo*, cit., p. 33.

⁴ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005; Ferran Sáez Mateu, *El populisme. El llenguatge de l'adulació de les masses*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2018; Benjamin Moffitt y Simon Tormey, "Rethinking Populism: Potitics, Mediati-sation and Political Style", *Political Studies*, 62 (2), 2014, pp. 381-397.

⁵ Nadia Urbinati, "Maggioranza o maggioritarismo? Sui caratteri della democrazia populista", en Manuel Anselmi, Paul Blokker y Nadia Urbinati (eds.), *Populismo di lotta e di governo*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2018, pp. 16-45.

⁶ Müller, ¿Qué es el populismo?, cit., pp. 14, 34.

⁷ Mudde y Rovira-Kaltwasser, *Populismo*, cit., pp. 51, 43.

⁸ Yves Mény e Yves Surel, *Populismo e democrazia*, Bologna, Il Mulino, 2001.

⁹ Koen Abst y Rudi Laermans, "Populism: Definitions, Questions, Problems, and Theories", en Günther Pallaver, Michael Gehler y Maurizio Cau (eds.), *Populism, Populists, and the Crisis of Political Parties. A Comparison of Italy, Austria, and Germany 1990-2015*, Bologna-Berlin, Il Mulino-Duncker & Humboldt, 2018, pp. 63-79.

¹⁰ Enzo Traverso, *I nuovi volti del fascismo*, Verona, Ombre Corte, 2017, p. 20.

¹¹ Rogers Brubaker, "Why populism?", *Theory and Society* 46 (5), 2017, pp. 357-385.

¹² Roger Eatwell y Matthew Goodwin, *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, Barcelona, Península, 2019, pp. 24-27.

¹³ Marco Revelli y Luca Telese, *Turbopopulismo. La rivolta dei margini e le nuove sfide democratiche*, Milán, RCS, 2019, pp. 68-69, 105-106, 83, 90.

¹⁴ Christophe Guilluy, *No Society. El fin de la clase media occidental*, Madrid, Taurus, 2019, p. 25.

¹⁵ Fernando Vallespín y Máriam M. Bascuñán, *Populismos*, Madrid, Alianza, 2017, p. 105.

¹⁶ Yascha Mounk, *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, Barcelona, Paidós, 2018, pp. 139-186.

¹⁷ Según un estudio del Pew Research Center elaborado en 2019 en 34 países, el 52% de los encuestados mundiales no está satisfecho con el funcionamiento de la democracia en su país. Véase, Ionit-Cosmin Popescu, "La democracia, en declive", *La Vanguardia*, 28-02-2020.

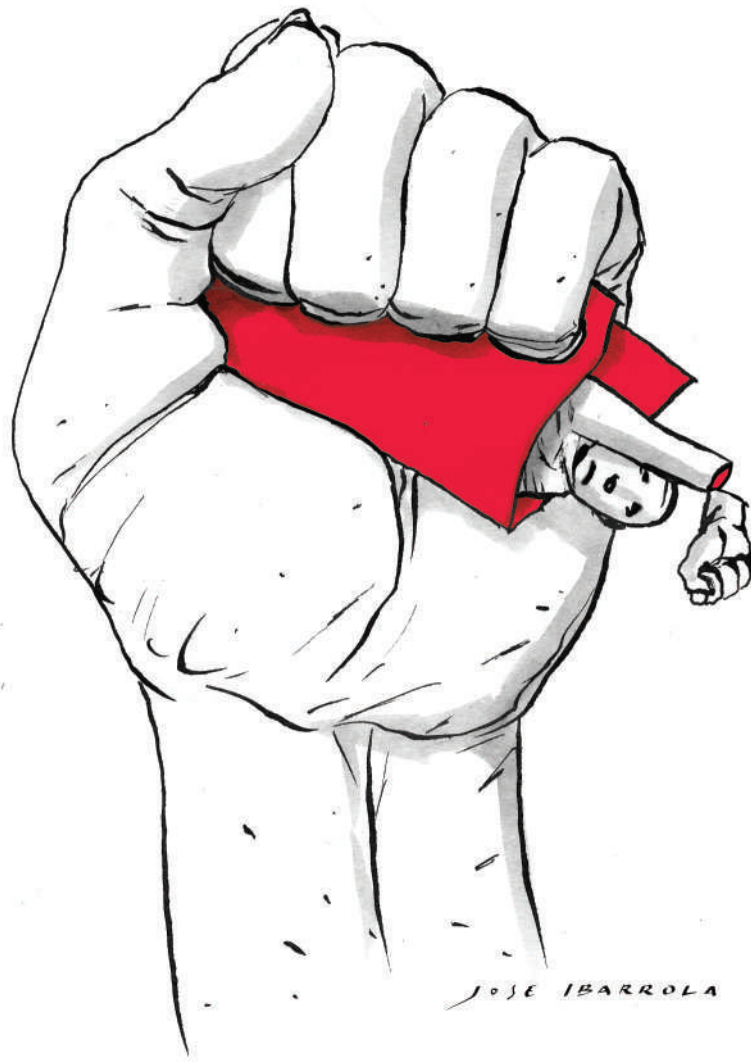
¹⁸ Revelli y Telese, *Turbopopulismo*, cit., p. 77.

¹⁹ "The New Political Divide", *The Economist*, 30-06-2016; David Goodheart, *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics*, Londres, Penguin, 2017.

²⁰ Revelli y Telese, *Turbopopulismo*, cit., pp. 195-199.

²¹ Pierre-André Taguieff, *Le nouveau national-populisme*, París, CNRS Éditions 2012, p. 62.

- ²² Eatwell y Goodwin, *Nacionalpopulismo*, cit., pp. 11, 41, 13.
- ²³ Marlene Wind, *La tribalización de Europa. Una defensa de nuestros valores liberales*, Madrid, Espasa, 2019 (Kindle edition), pos. 125.
- ²⁴ Ilvo Diamanti y Marc Lazar, *Popolocrazia. La metamorfosi delle nostre democrazie*, Bari-Roma, Laterza, 2018.
- ²⁵ Umberto Eco, *Il fascismo eterno*, Milán, La nave di Teseo, 2017.
- ²⁶ Eco, *Il fascismo eterno*, cit., pp. 45, 33.
- ²⁷ Jason Stanley, *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*, Barcelona, Blackie Books, 2019, p. 7.
- ²⁸ Stanley, *Facha*, cit., p. 8.
- ²⁹ Steven Forti, “¡Sois todos unos fascistas!”, *Atlántica XXII*, 59 (2018), pp. 47-49.
- ³⁰ Emilio Gentile, *Quién es fascista*, Madrid, Alianza, 2019, pp. 181, 14-15.
- ³¹ Gentile, *Quién es fascista*, cit., pp. 28-29, 139-140.
- ³² Traverso, *I nuovi volti del fascismo*, cit., p. 13.
- ³³ Traverso, *I nuovi volti del fascismo*, cit., pp. 26, 32.
- ³⁴ Federico Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia*, Madrid, Taurus, 2019, pp. 259, 42, 15, 19, 21, 27, 258.
- ³⁵ Sobre todo esto véase Francisco Veiga, Carlos González-Villa, Steven Forti et alii, *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*, Madrid, Alianza, 2019.
- ³⁶ Enzo Collotti, *Fascismo, fascismi*, Florencia, Sansoni, 1989.
- ³⁷ Eatwell y Goodwin, *Nacionalpopulismo*, cit., p. 310.
- ³⁸ Clara Ramas San Miguel, “Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria”, en Adoración Guamán, Alfons Aragonese y Sebastián Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2019, pp. 73-87.
- ³⁹ Véanse Matthew D’Ancona, *Posverdad. La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla*, Madrid, Alianza, 2019 y Angela Nagle, *Muerte a los normies. Las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*, Tarragona, Orciny Press, 2018. Sobre la estrategia polarizante de la extrema derecha durante la emergencia del coronavirus, véase Steven Forti, “Dadme el poder o desato el caos. La extrema derecha en tiempos de coronavirus”, *LaU. Revista de cultura y pensamiento*, 14 de mayo de 2020: <https://la-u.org/dadme-el-poder-o-desato-el-caos-la-extrema-derecha-en-tiempos-de-coronavirus/>
- ⁴⁰ Véase Guillermo Fernández-Vázquez, *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019.
- ⁴¹ Steven Forti, “Objetivo Europa. La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0.”, en Fundación de los Comunes (ed.), *Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020, pp. 65-78.
- ⁴² Véase Mounk, *El pueblo contra la democracia*, cit., pp. 31-136.
- ⁴³ Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018, p. 16.



LA DERIVA POPULISTA DEL NACIONALISMO CATALÁN

LUIS ROCA JUSMET

La gran pregunta, por tanto, es por qué de la existencia de unos rasgos culturales diferenciados debemos deducir que al grupo humano portador de tales rasgos ha de corresponder la gobernación del territorio en el que habita.

José Álvarez Junco (2016)

Pienso que el verdadero problema es que cuando a la gente le preocupa ante todo su nacionalidad o identidad étnica particular, empieza a examinar cada pronunciamiento político y cada acontecimiento local en busca de las implicaciones para dicha identidad. Con ese estado de ánimo, todos los debates sobre impuestos, o sobre líneas de trenes de alta velocidad, o sobre adjudicaciones del agua, o sobre derechos de gestión de costas, o sobre subvenciones a los museos de arte o las salas de conciertos, etcétera, se convierten automáticamente en debates que implican a “nuestra cultura” y a “nuestra identidad”[...] No tengo ni idea del porcentaje de personas que, como yo, piensan que su identidad consiste en sus creencias políticas y morales, en sus preferencias estéticas, en sus gustos y aptitudes acumulados y en las muchas imágenes de sus primeros años de vida que han establecido esos principios y esos gustos, la mayoría de los cuales no tienen nada que ver ni con la raza ni con la nacionalidad. Probablemente el porcentaje será muy pequeño. De otro modo, los nacionalismos no tendrían ni remotamente la fuerza que tienen. Pero, a menos que exista algún elemento de nacionalismo oculto entre los componentes de mi identidad personal, tengo que insistir contundentemente en que no todos somos nacionalistas de algún tipo.

Gabriel Jackson (2000)

Hipótesis

Mi hipótesis es que tanto el nacionalismo y el populismo son movimientos modernos de carácter reaccionario. Lo son, porque van en contra de lo más progresista de la modernidad, que es la potenciación de un sujeto emancipado en una sociedad democrática. Es decir, contra el presupuesto de que cada ciudadano tiene la capacidad de gestionar su vida en relación con los otros. Es la doble dimensión de la autonomía personal y de la exigencia de la convivencia social, que supone el respeto al otro como un igual. Ello nos lleva al reconocimiento de la conquis-

ta histórica de los ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que hoy se concretan en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Lo cual se fundamenta políticamente, a mi modo de ver, en la puesta en marcha del Estado democrático y social de derecho. Es decir, la creencia de que somos ciudadanos en un territorio en el que el Estado garantiza el cumplimiento de los derechos civiles, políticos y sociales, a cambio del cumplimiento de las leyes y obligaciones sociales. Justamente la función de la política es hacerlo posible. Estos son, para mí, los presupuestos de la izquierda democrática.

Cornelius Castoriadis señalaba además que la gran aportación de Grecia y de la Europa moderna es la idea de que cada sociedad tiene autonomía para transformar sus leyes y sus instituciones.

Esto se contrapone a la sacralización de la tradición y a las concepciones esencialistas de la sociedad. Cada sociedad puede cambiar lo que decide en cada momento, siempre y cuando respete los principios de igualdad de derechos. La idea de la Constitución es que se recojan estos principios, que deberían ser universales, y que este ha de ser el único límite para los cambios.

Tanto en el caso del nacionalismo, como en el del populismo, podemos decir que son reacciones contra esta defensa complementaria de la autonomía individual y del Estado de derecho. Son reaccionarios, porque se basan en lo identitario, en lo tribal. Este aferrarse a lo propio del grupo (en el sentido que compete sólo a una parte de los humanos) se opone tanto a la autonomía singular como a los principios universales de igualdad de derechos. Por una parte, quiere mantener la homogeneidad, la uniformidad interna, lo cual le lleva a oponerse a la crítica y, también, a la disidencia de un sujeto que forme parte del grupo. Por otra, se opone también al universalismo de lo humano, porque, al igual que incluye a unos (el "nosotros"), también excluye y separa a los otros (el "ellos"). En sus peores manifestaciones, segrega y, en el límite, quiere eliminar al otro, al que ve como un adversario a destruir. Fácilmente, el nacionalismo se convierte en una cultura del odio. Amartya Sen ha escrito un magnífico ensayo denunciando todos los discursos basados en la identidad única. Hay una tendencia tribal en los humanos, que hace que

esta doble conquista, la de las dimensiones singular y universal, de la emancipación sea tan difícil. Por una parte, tenemos el miedo a la libertad, que nos hace buscar un líder, un guía, que nos dirija, un grupo que nos proteja. Es lo que se ha llamado la servidumbre voluntaria. Su otra cara es la del rechazo del diferente, la del racismo o la xenofobia. La mejor definición de *nación* la dio, a mi modo de ver, Benedict Anderson, al definirla como "una comunidad imaginada". Es decir, que se basa en la identificación con una serie de elementos simbólicos y culturales que conforman un grupo supuestamente homogéneo. No es el que el Estado moderno se construya sobre la base de una nación preexistente. Es que Estado se inventa la nación. Esto no quiere decir que sea imaginario, en el sentido de irreal. Simplemente, lo que se hace es potenciar la identificación particular, de grupo, sobre la base de una serie de elementos que pueden ser más o menos comunes, más o menos importantes. Anne-Marie Thiesse lo precisa: "El verdadero nacimiento de una nación es el momento en que un puñado de individuos declara que existe y se empeña en probarlo. Esta voluntad política se logra cuando se tiene el plebiscito del *Pueblo*". El culto a los antepasados (la tradición), desde el Mito fundacional de la nación, es el que debe mantenerse a través de un relato histórico que continúa hasta el presente y le da sentido. Hay que crear un patrimonio cultural y difundir el culto. Es un trabajo de bricolaje: reconstruir, de manera más o menos fiel el pasado, distorsionarlo si hace falta, inventarlo, incluso si es necesario. Fabricar una identidad colectiva, una ficción, a la que hay que adherirse. ¿Para qué? Para convertirse en un "dios útil" al ser-

vicio del poder. O para los que ya lo tienen o para los que lo quieren tener. Los ciudadanos se identifican con la nación en términos emocionales. Slavoj Žižek ya planteó que el nacionalismo es la patología de la democracia liberal. Porque la democracia formal es un sistema formal en que los ciudadanos son sujetos sin atributos. Cualquiera que vive en un Estado y es reconocido como parte de él, es un ciudadano al que se le reconocen unos derechos y que debe cumplir unas leyes. Es la invención de la sociedad civil, la de los ciudadanos que, en un marco de igualdad, deben decidir sobre sus vidas. Pero, como nos enseñó Spinoza, los humanos nos movemos, sobre todo, por pasiones más que por sus razones. El ciudadano ideal que definió Kant, el del “*sapere aude*”, capaz de tener un criterio y pensar por sí mismo, capaz de construir un proyecto propio de vida, compartido por los otros, es difícil.

Populismo

El término *populismo* se ha puesto de moda y lo hace de una manera muy ambigua, englobando movimientos que son heterogéneos. Hay que, por tanto, intentar precisar al máximo el término, si no queremos perdernos en la confusión. Algunos de estos movimientos proceden del fascismo (Frente Nacional) y otros del marxismo (las conceptualizaciones de Ernesto Laclau), junto a los que reivindican la “antipolítica” (Movimiento Cinco Estrellas), o suponen la irrupción de los no políticos en la política (Trump). ¿Qué es lo que hay en común en este populismo del siglo XXI? En primer lugar, la oposición “pueblo”/antipueblo”. El “antipueblo” se presenta como la oligarquía, que se identifica básicamente con la élite política. Hay,

a veces, un chivo expiatorio (diferente del “antipueblo”) que es el que se ve como causa de todos los males: en el populismo de derechas son los inmigrantes. Se busca un líder carismático que moviliza, a partir de un mensaje demagógico basado en la configuración de una contradicción “pueblo-antipueblo”. Busca la movilización en la calle y defiende las propuestas plebiscitarias, en contra del pluralismo democrático y del valor y de la autoridad de las instituciones y de las leyes. Su demagogia está en que reduce y simplifica la complejidad de intereses y conflictos sociales a la de un grupo que llama “pueblo”, que se opone a una casta política, culpable de todos los males sociales que sufre este pueblo. Se distorsiona, por tanto, la descripción de lo real para adecuarlo a la coherencia de una narración que tiene un objetivo político. Se dice también lo que la gente quiere hoy, como propuestas, sabiendo que no es posible. Los populismos comparten una lógica narrativa que se basa en una idealización de una comunidad imaginada, a la que se llama *pueblo*. Se da aquí lo que Freud llamaba “el narcisismo de las pequeñas diferencias”, que no coincide nunca con el colectivo heterogéneo al que se refiere. Por otra parte, la oligarquía, el “antipueblo”, es otra simplificación, basada en este caso en una idealización negativa. Y no digamos cuando buscan un chivo expiatorio. El análisis político es totalmente reduccionista y, por tanto, falso. Nos movemos en la postverdad, en la negación de una exigencia de veracidad. Cuando hablamos de sus propuestas nos encontramos con su imposibilidad. No hay nunca en el populismo un conjunto de propuestas concretas y realizables, sino unas vaguedades que nunca se llevan

a la práctica, pero que recogen las aspiraciones de aquellos a los que se dirigen. Se crea un imaginario muy cerrado, basado en lo emocional, en imágenes primarias que crean identificaciones y rechazos.

Nacionalismo catalán

El nacionalismo catalán ha sido política y culturalmente hegemónico en Cataluña desde la instauración de un régimen democrático en España. Jordi Pujol tenía, desde el principio, un proyecto de “catalanización” de la sociedad. Esto quería decir: una voluntad política de construir una nación, dentro de España, sobre bases étnicas, es decir, culturales. En primer lugar, y como tema básico, el de la lengua como marca de identidad cultural. Bajo la retórica de “normalizar el catalán” (con la justificación de que era una lengua minoritaria oprimida). En realidad, lo que quería hacer era sustituir el español por el catalán. En segundo lugar, la creación de unos medios de comunicación al servicio de la causa nacionalista. En tercer lugar, la de construir una escuela catalana en la que se hablara únicamente catalán (el castellano se daría con el inglés, como lenguas extranjeras), en la que se refiriera siempre a Cataluña como un país, en la que se mostrara una historia de Cataluña separada de España y en la que se tratara a esta como un Estado opresor. En cuarto lugar, el proyecto de potenciar a base de subvenciones públicas todo lo que se pudiera considerar como diferencial de la cultura catalana: sardana, castellers, fiestas tradicionales..., y hacer del 11 de septiembre la fiesta nacional y el símbolo de la libertad catalana frente al dominio español. En definitiva, se trata de ir transmitiendo de manera subliminal el men-

saje clave: Cataluña es una nación soberana oprimida políticamente, colonizada culturalmente y explotada económicamente por el Estado español. Generaciones de catalanes se han formado con este mensaje. Crear un sentimiento identitario en el que ser catalán quiere decir hablar catalán e interiorizar este relato nacionalista. Para conseguir este objetivo utilizó todos los recursos y fondos públicos directa o indirectamente. Consiguió concesiones de los gobiernos del PSOE y del PP a cambio de su apoyo. Lo único que le faltaba era el reconocimiento de la soberanía de Cataluña y de que una nación tiene derecho a un Estado. Pujol era un corredor de fondo y sabía que no podía precipitarse. Cuando se dice que Pujol no era independentista, se incurre en una confusión. Pujol era nacionalista y, por tanto, soberanista y, como tal, aspiraba a un Estado propio. Un largo camino que debía seguirse sin prisas, pero sin pausas.

El tema de la soberanía es aquí central. Porque soberanía quiere decir que se considera que Cataluña es una nación. Esto supone implícitamente reconocer que, si Cataluña es una nación, tiene derecho a un Estado propio. Pero esta nación únicamente puede formularse en términos identitarios: una lengua, una cultura, una historia. La nación se convierte entonces en el significante-uno del que derivan todos los demás. Este significante se basa en una identificación imaginaria (“yo soy catalán”), que está por encima de cualquier elemento singular (me diluyo en el grupo) o universal (nosotros contra ellos). Pujol se convierte en el líder carismático del proceso. Los hijos políticos de Pujol (Mas, Oriol Pujol) aceleran la propuesta hacia el soberanismo y se alían

con ERC, mientras sus nietos (CUP) mezclan este ideal con consignas antisistema. Las torpezas del PP sólo son pretextos para ir avanzando en el proyecto. Martín Alonso, en los tres volúmenes de su preciso y riguroso libro *Catalanismo: del éxito al éxtasis* lo explica muy bien. Se consagra “el derecho a decidir”. Y por un mecanismo de mimetismo, poco a poco, una gran parte de la sociedad catalana interioriza esta propuesta. Se va instaurando lo que Alexis de Tocqueville consideraba el peligro de la democracia: “La tiranía de la mayoría”.

Poco a poco el movimiento va adquiriendo cada vez un carácter más populista y antidemocrático. Aparecerán otros líderes que se pretenden carismáticos (como Puigdemont y Torrà), como representantes únicos, directos, del “pueblo catalán”, sin mediación ni de las instituciones ni de la legalidad. Con una idea de la “democracia” totalmente identitaria y plebiscitaria. Se pasa a hacer política en la calle y se crean organizaciones de masas (ANC Omnium Cultural), y para enfrentarse al dominio del Estado español. De esta manera el ciudadano ya no es un sujeto universal, un sujeto vacío de derechos, sino el que se identifica con un relato. El que no lo hace, es un *botifler*, un traidor a su pueblo. Hay un cierto supremacismo, en el sentido de lo que Freud llamaba “el narcisismo de las pequeñas diferencias”.

Lo básico del populismo se cumple. Por una parte, la reducción simplificadora pueblo-antipueblo se cumple. El pueblo es entonces “el poble catalá”, que es una idealización de una entidad que realmente no existe, por lo que acaba identificándose con los que se identifican con ella. El “antipueblo” es entonces “España”, que viene a ser una idea-

lización negativa absolutamente confusa: El Estado español, el gobierno del PP, Madrid, los andaluces. Hay cada vez más una movilización en la calle que se considera más representativa que los votos, aunque también se utilicen cuando interesa. La propuesta es igualmente ilusoria. Primero, por plantear una independencia que no es posible; y, segundo, por la imagen que se da de una Cataluña independiente. El relato es cada vez más distorsionado y el discurso más demagógico. Esta es, precisamente, la fuerza hipnótica del nacionalismo como populismo. Todo ello llevó al delirio que estaba en la base del movimiento, dirigidos por políticos irresponsables (primero Mas, después Puigdemont y Oriol Junqueras) que condujo al desastre de la declaración unilateral que todos conocemos. Y hoy Torra, aunque en un proceso en el que se quiere convertir cada vez más a Puigdemont en este líder carismático tan necesario para el populismo. En la figura que encarna la idea con la que se identifican las masas, como bien nos explicó Freud.

La izquierda

Resulta especialmente penosa la manera como este movimiento ha fagocitado a la izquierda en Cataluña. Esto teniendo en cuenta que los valores de la izquierda democrática son claramente incompatibles con los planteamientos del nacionalismo y del populismo. Pero en el caso de España, se ha dado una perversa alianza entre los partidos que se reclaman de la izquierda

Debemos referirnos a la lucha antifranquista para entender las dinámicas con respecto “al problema catalán” de los que fueron inicialmente los grupos más importantes de la Cataluña postfranquista: el PSUC y el

PSC. Empezaré por el PSUC, claramente hegemónico en la lucha antifranquista. Fue un partido creado el año 1936 a partir de la fusión de cuatro partidos de ámbito catalán: la federación catalana del PSOE, el Partit Comunista de Catalunya, la Unió Socialista de Catalunya y el Partit Català Proletari. Ya tenía, de entrada, un carácter catalanista, aunque no nacionalista. Jugó, en el franquismo, un papel integrador de los obreros procedentes de otras partes de España y los movilizó en la exigencia de reivindicaciones catalanistas, como la exigencia del estatuto de Autonomía o la normalización del catalán. En las tres primeras elecciones, los resultados fueron buenos (sobre el 18%), pero, desde 1982 hasta su disolución, cayó en picado. Del PSUC surgieron ICV y EUiA (antes se había escindido el PCC). La postura, frente al nacionalismo hegemónico del pujolismo, fue de un cierto seguidismo. Aunque criticaban la política derechista de Pujol y sus acólitos, fueron cediendo a sus continuas reivindicaciones nacionalistas y presentándose como partidos “nacionales” catalanes, aceptando que el catalán era la lengua propia de los catalanes, que Cataluña era una nación y reduciendo a España a un Estado ajeno. Todo ello propiciado, básicamente, por dirigentes procedentes de familias catalanas y con unos cuadros y unas bases obreras que, poco a poco, iban asumiendo esta dinámica como natural para ser plenamente integrados en Cataluña. Al disolverse ICV e integrarse en els Comuns, este discurso nacionalista se fue acentuando, sobre todo, al ir identificando cada vez a España con el gobierno del PP y la defensa del Estado de derecho con un rancio nacionalismo español. Al aparecer el famo-

so “derecho a decidir”, impulsado por los nacionalistas catalanes lo que se pretendía consolidar era la soberanía de Cataluña. Tanto ICV como EUiA, y luego los Comuns, defendieron este soberanismo, sin entender lo que estaba en juego, que era establecer la soberanía de un pueblo definido en términos étnicos. El Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE), por su parte, se había formado a partir de la fusión del PSC-Congrés con la Federación Catalana del PSOE. El primer grupo era el claramente mayoritario y había surgido de la fusión de diversos grupos socialistas catalanistas. El PSC-PSOE cada vez se presentaba más como el PSC, tenía Congresos propios y se definía como un partido catalanista. Cuando se forma el gobierno Tripartito del PSC-ICV y ERC, como alternativa al pujolismo, lo que se plantea es un cambio del eje izquierda-derecha, no un cuestionamiento de su línea nacionalista. No podía ser de otra manera, si ERC estaba en el gobierno y los dirigentes del PSC y de ICV había interiorizado tanto el discurso nacionalista, que sentían pavor por ser tildados de “españolistas” o “anticatalanistas”. La propuesta de nuevo Estatut fue un tremendo error, ya que hablaba de Cataluña en términos claramente soberanistas. El PSC se apuntó así al soberanismo, en la medida que aceptaba la necesidad de un referéndum vinculante, es decir la soberanía catalana. De hecho, siempre se había hablado de las “dos almas” del PSC con respecto al problema catalán, aunque la hegemonía la tenían los catalanistas. A medida que la situación se polarizaba, el PSC tuvo dos escisiones. Una primera, en la que algunos cuadros y dirigentes fueron a Ciudadanos. Y una segunda, en la que dirigentes,

cuadros y militantes acabaron en la órbita abiertamente nacionalista. Pero el PSC, finalmente, optó por una posición soberanista y defensora de una España Federal. Otra cosa es que el discurso dominante del PSC no haya roto totalmente de las influencias del nacionalismo catalán a partir de su definición como catalanista. Pero está claro que, dentro del espacio institucional catalán, es la única referencia, si se quiere imperfecta, de una alternativa socialista democrática al nacionalismo, que ya ha presentado su verdadera cara, la secesionista. Respecto a lo que podríamos llamar extrema izquierda, hay que decir que se mueve en el espacio soberanista. La influencia de Jaime Pastor, histórico dirigente troskista y férreo defensor del derecho de autodeterminación de las naciones periféricas del "Estado español".

Tenemos finalmente el caso de las CUP, grupos assemblearios que adoptan una retórica izquierdista radical, pero que, en realidad, sólo funcionan como una opción nacionalista radical, por lo tanto extremadamente dogmática y sectaria.

Ciudadanos apareció en el 2006 como una posible alternativa. Yo mismo escribí en la revista *El Viejo Topo* un artículo titulado "¿Una nueva alternativa de izquierdas en Cataluña?". Se trataba de saber si este movimiento cívico, transversal que criticaba al nacionalismo catalán podía tener una orientación progresista, ya que se definía en un espectro que iba del liberalismo igualitario a la socialdemocracia. La historia desmintió esta posibilidad y Ciudadanos ha tenido una deriva cada vez más clara hacia la derecha liberal e incluso el nacionalismo españolista.

Hay que señalar que se han dado en los últimos años algunos intentos de crear una

izquierda no nacionalista, más allá del PSC y els Comuns. Se formó un pequeño grupo que quiso coordinar estos esfuerzos, llamado ASEC/ASIC (Asamblea social de la izquierda en Cataluña), se intentó montar un partido (Izquierda en positivo), pero que no cuajó en una alternativa consistente desde el punto de vista electoral. Me parece más razonable y realista buscar en la unión del PSC, en los Federalistas que están en Común y en alguna plataforma que pueda reunir todos estos pequeños grupos, una alternativa de izquierda no soberanista en Cataluña. Que ha de ser federal, pero cuestionando conceptos que no tienen nada que ver con el discurso de la izquierda como "derechos históricos". Un federalismo que ceda competencias, pero que se base en una idea clara de lealtad. No en una profundización de la lógica de los reinos de taifas ni en un planteamiento nacionalista-populista que, para mí, es la negación del federalismo democrático de izquierdas. Ni tampoco en la interesada confusión entre federalismo y confederalismo. Por muy compartidas que sean hoy las soberanías la referencia, siempre es el Estado de derecho, que decide ceder competencias a nivel interno y llegar a acuerdos a nivel externo. Y a este Estado de derecho le corresponde, en sentido cívico, el nombre de *nación*. Nación cívica, que es culturalmente plural, por supuesto. Pero por una diversidad heterogénea, no porque esté formado por supuestas comunidades culturales homogéneas que solo existen en la ideología de los nacionalistas. Estado democrático y social de derecho que sea capaz de garantizar los derechos cívicos, políticos y económicos a la ciudadanía.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, Martín: *El catalanismo, del éxito al éxtasis. I: La génesis del problema social*. Barcelona, El Viejo topo, 2014.

ALONSO, Martín: *El catalanismo, del éxito al éxtasis. II: La intelectualidad del "proceso"*. Barcelona: El Viejo Topo, 2015.

ALONSO, Martín: *El catalanismo, del éxito al éxtasis. III: Impostura, impunidad y desestimiento*. Barcelona, El Viejo Topo, 2016.

ÁLVAREZ JUNCO, José Álvarez: *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE, 2007.

BLANCO VALDÉS, Roberto L.: *Los rostros del federalismo* Madrid, Alianza editorial, 2012.

CANDEL, Miguel y LÓPEZ, Salvador: *Derechos torcidos. Conversaciones sobre "el derecho a decidir", la soberanía, la libre determinación y la España federal*. Barcelona, El Viejo Topo, 2017.

JIMENEZ VILLAREJO, Carlos: *Catalunya. Mitos y resistencias*. Barcelona, El Viejo Topo.

OVEJERO, Félix: *La seducción de la frontera. Nacionalismo e izquierda reaccionaria*. Barcelona, El Viejo Topo.

PASTOR, Jaime: *Los nacionalismos, el Estado español y la izquierda*. Madrid, La Oveja Roja. 2012.

SEN, Amartya: *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires, Katz, 2007.

THIESSE, Anne-Marie: *La creación de las identidades nacionales. Europa: siglos XVII-XX*. Madrid, Ézaro.

LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO 5 STELLE: ENTRE EL POPULISMO Y EL MOVIMIENTISMO

GIANCARLO MINALDI, SORINA SOARE.

Para tratar de identificar los rasgos esenciales, aunque contingentes, de un partido “en ciernes” como el Movimiento 5 Stelle (M5s), en primer lugar, debemos hacer referencia a sus rasgos genéticos y, por lo tanto, al contexto general de evolución de los partidos en el que se inserta. Respecto a la vasta literatura sobre las transformaciones de los partidos y sus funciones dentro de las democracias contemporáneas, nos limitaremos a recordar sólo algunos elementos esenciales. En las democracias contemporáneas y especialmente en Europa, los grandes partidos que fueron protagonistas de las profundas transformaciones del siglo XX en el eje dimensional derecha-izquierda y el relativo clivaje capital-trabajo han experimentado cambios cada vez más profundos; cambios hacia opciones políticas cada vez más diluidas e indistinguibles, especialmente en lo que respecta a los partidos de izquierda y centro-izquierda, cada vez más subordinados al paradigma neoliberal y a las limitaciones exógenas (internacionales y de mercado); cambios hacia una pérdida progresiva de la función de intermediación entre las instituciones y la sociedad civil. Estas transformaciones se han producido sobre todo en contextos de crecimiento progresivo de la desigualdad y de reducción de los sistemas de bienestar, que han determinado un empobrecimiento general de las clases medias, comprometiendo la estabilidad de las sociedades romboidales que habían caracterizado a los “treinta gloriosos” y la sociedad del bienestar, (Flora y Heidenheimer 1990).

Estas tendencias parecen haber alcanzado su punto culminante en lo que se ha llamado el *neoliberal populist party* o partido populista neoliberal (della Porta et al. 2017), un modelo esbozado precisamente a partir del reconocimiento del vínculo inseparable entre el neoliberalismo y el populismo, que se ha convertido en un verdadero “Zeitgeist de las democracias occidentales contemporáneas”, (March y Mudde 2005, 35).

Estructura ligera, fuerte personalización, divisiones entre facciones sobre bases no ideológicas, fuerte manipulación de los medios de comunicación, poder concentrado en instituciones a menudo “ocupadas” por intercambios clientelares o corruptos, a nivel organizativo este modelo de partido consolidado en los últimos veinte años se basa en la centralización de la dirección, por un lado, y en una implicación puramente formal de los miembros y, sobre todo, de los ac-

tivistas, considerados más intransigentes y, por tanto, un obstáculo potencial para las opciones políticas “moderadas” del liderazgo, (Della Porta et al. 2017). Para compensar la falta de representación y de relaciones con la sociedad civil, los dirigentes de los partidos populistas neoliberales hacen un amplio uso del lenguaje antipolítico, destacando la discontinuidad de los rasgos de personalidad con respecto al profesionalismo político y apelando al “pueblo” contra las “élites” para explotar la creciente desconfianza en las instituciones políticas.

El llamamiento al pueblo, entendido como una entidad única e indistinta frente a una élite igualmente diluida e indistinta, es ciertamente uno de los rasgos distintivos del populismo, pero en los últimos veinte años se ha convertido en un estilo político transversal, (Biorcio 2015).

El estilo populista está disfrutando de un éxito creciente en toda Europa y más allá. Además de los factores económicos y sociales determinantes mencionados anteriormente, los ciudadanos perciben cada vez más a los gobernantes como “un bloque de poder oligárquico autorreferencial, despectivamente distante de la gente común, cuyas formas de proceder se ven enturbiadas por el silencio y la confidencialidad, custodiadas por la imagen no siempre solo metafórica de los edificios inaccesibles donde se toman las decisiones que importan”. El pueblo es utilizado de manera positiva para describir la “comunidad orgánica”, el poseedor de la armonía del orden natural, (Tarchi 2015). También se usa *per negationem*: el pueblo no es la élite. El pueblo es lo opuesto a la élite corrupta y decadente que impide la expresión de la voluntad general.

Si el llamamiento al pueblo proviene de la profunda crisis de representación democrática, las formas de recuperar la centralidad del pueblo frente a los “viejos partidos” pueden ser muy diferentes.

El concepto de pueblo es claramente muy complejo, polisémico y ambiguo. Su etimología nos lleva directamente a los orígenes griegos de *dèmos* en los que convergen tanto el verbo *déô* (vincular, conectar) como el sustantivo *démas* (base del cuerpo). Por tanto, volvemos a encontrar la dimensión orgánica de la comunidad tan estimada por los populistas de hoy en día, pero también la referencia al pueblo sobre la base del cual se legitima la propia democracia. Como señala Alfio Mastropaolo (2017), en lo que respecta a la representación del pueblo por los actores políticos, se pueden distinguir dos direcciones alternativas principales.

- (1) Por un lado, el pueblo como *dèmos*, también un concepto ambiguo que tradicionalmente apela a los partidos de masas y que se refiere a un pueblo que incluye a las clases bajas (más cercano al uso latino de *plebs*) y, más en general, a los que participan en el gobierno democrático de la *polis*. Lo que Mény y Surel (2000) identifican tanto como pueblo soberano (es decir, la base de la legitimidad política de los gobiernos) y pueblo-clase (es decir, la plebe, las víctimas del poder económico y los políticos) confluyen en esta acepción. Esta dimensión se encuentra en la base de las llamadas *fórmulas inclusivas de populismo*. Se trata de declinaciones que construyen programas políticos y/o estrategias de movilización sobre la necesidad de incluir a los grupos marginales y a las clases

medias empobrecidas de la sociedad. No se trata solo de una inclusión basada en una dimensión estrictamente económica (*plebs*) sino también cultural y étnica. De hecho, según el análisis de Mudde y Kaltwasser, las formas inclusivas de populismo se encuentran sobre todo en el contexto latinoamericano (por ejemplo, el Movimiento al Socialismo en Bolivia o el Partido Socialista Unido en Venezuela). En el contexto europeo, la vocación inclusiva del pueblo caracteriza a Podemos en España y a Syriza en Grecia. En muchos aspectos a los que volveremos más tarde, este es también el caso del M5s.

- (2) Por otro lado, están aquellos actores (los populistas de derecha) que representan al pueblo como *ethnos* (nación), dándole una imagen comunitaria e indiferenciada unida por lazos de sangre, tierra, historia, lengua y cultura, (Mastropaolo 2017, 62). A lo que Marco Revelli define como “tierra del corazón” (2017), se le promete protección contra las amenazas del cosmopolitismo y, en general, contra las fuerzas ajenas a la tradición (culturales y religiosas) y capaces de poner en riesgo su supervivencia. Encontramos las connotaciones culturales de *ethnos*, que se define en oposición a las sociedades multiétnicas y que identifica a los inmigrantes y a sus defensores (políticos, intelectuales cosmopolitas) como fuente de una doble amenaza. La desagregación de la comunidad étnica de origen presupone tanto la desintegración del patrimonio material como la destrucción progresiva del patrimonio espiritual. De hecho, según este significado alternativo de pueblo como *ethnos*, se perfila una tricotomía en la que un pueblo desposeído y desorientado (y en su mayoría empobrecido) se contrapone con la misma intensidad y virulencia a un establecimiento corrompido por la globalización y sus instituciones (en Europa, principalmente la UE) y a aquellos que son diferentes o, en su mayor parte, a los últimos, los migrantes, los gitanos (Minaldi 2017). Sin embargo, desde el punto de vista de las opciones políticas, los partidos de la llamada derecha populista siguen anclados en su mayoría en las opciones neoliberales, proponiendo recortes de impuestos o una reducción de la progresividad fiscal, una mayor privatización de los servicios públicos y, en lo que respecta a los mecanismos de legitimación, una visión plebiscitaria basada en la tiranía de la mayoría.

En base a este mapeo, es posible rastrear algunos rasgos de identidad del M5s. De forma consensuada, la bibliografía sitúa en la base del éxito del M5s la capacidad de capitalizar la crisis de la democracia representativa italiana. La bibliografía ha demostrado de manera convincente que el M5s ha logrado movilizar a los ciudadanos desilusionados de la llamada Segunda República, en nombre de una política no tradicional. Sin embargo, no se puede pasar por alto la dimensión postideológica de los programas del M5s, las estrategias de comunicación, la actitud pública y, no menos importante, los votantes de M5s. No es de extrañar entonces que, a pesar de algunas tensiones en la dimensión étnica, el pueblo de referencia del M5s es el *demos*, que se superpone parcialmente a la *plebs*.

Algunos elementos genéticos explican la prevalencia de la dimensión inclusiva. Como señalan Donatella della Porta, Joseba Fernández, Hara Kouki y Lorenzo Mosca en un estudio comparativo emblemáticamente titulado *Movement Parties against Austerity* (2017) y dedicado a Podemos, Syriza y M5s, estos partidos comparten importantes vínculos con los movimientos sociales, la apertura a la participación y la militancia, el uso de la protesta, las estructuras organizativas reticulares y descentralizadas y un cierto grado de personalización. En particular, por lo que respecta al M5s, su parábola de rápido ascenso se dibuja a partir del blog de Beppe Grillo en el período de incubación entre 2005 y 2007. Ya en esa fase, se empezaron a dar los primeros encuentros de los “amigos de Beppe Grillo” a nivel local y principalmente en la región centro-norte, (Lanzone 2015), que derivaron en las grandes campañas antagónicas promovidas por el cómico genovés en el territorio. Los temas son los que típicamente pertenecen a los movimientos sociales: el medio ambiente y el cuidado del territorio, los residuos y la contaminación, la calidad de la vida urbana, la oposición a las grandes obras consideradas innecesarias y perjudiciales. Las grandes campañas nacionales, en cambio, con la participación y el encuentro de los “militantes”, se pondrían en marcha en la siguiente fase (2007-2008) de las “protestas masivas”, (della Porta et al. 2017, 67). Las campañas nacionales irán adquiriendo cada vez más una connotación “anticasta”, de “nosotros”, la mayoría, contra “vosotros”, una pequeña y parasitaria minoría que se enriquece en detrimento de la colectividad, (Biorcio y Natale 2013). El siguiente punto de inflexión, con la presentación de las primeras listas cívicas y luego el nacimiento del movimiento-partido (octubre de 2009), estuvo acompañado de un fuerte incremento de los encuentros en los territorios, cada vez más orientados a transformar la participación virtual de la red en estructuras presenciales, aunque sin una organización rígida y estandarizada, sino más bien abierta a la participación y la inclusión con el fin de construir la identidad política, (Macaluso 2015). Esta expansión se acentuó aún más, especialmente en el sur, (Lanzone 2015), tras el ciclo electoral de 2012-2013, y los primeros éxitos electorales locales importantes (para todos, las elecciones regionales sicilianas de 2012) culminaron con el éxito de las elecciones parlamentarias de febrero de 2013.

Según diversos estudios, el nivel de militancia y activismo de los grupos locales recuerda, aunque en formas completamente nuevas y desideologizadas, al de los partidos de masas, (Biorcio y Natale 2013; Lanzone 2015). Sin embargo, desde el punto de vista organizativo este partido-movimiento es todavía débil y contradictorio. Las estructuras intermedias siguen estando ausentes, de modo que, por un lado, hay un partido “*in central office*” (en la oficina) con el “líder político” y un papel cada vez más remoto del fundador y, por otro lado, el partido “*on the ground*” (en el terreno), que consiste en la red cada vez más densa de encuentros que gozan de una amplia autonomía, especialmente en lo que respecta a las cuestiones de política local y las formas de participación y/o protesta, también en alianza con los movimientos locales, los grupos de voluntarios y la iniciativa cívica. Faltan estructuras organizativas capaces de coordinar y vincular esos dos niveles, de modo que esta función la llevan a cabo, de hecho, los parlamentarios que hablan simultáneamente con la alta dirección (también a través del personal de comunicación) y con sus propios votantes y militantes.

Por último, llegando a la dimensión crucial de la concepción de la democracia, el M5s está plenamente en consonancia con los movimientos sociales de la “nueva izquierda” de los años setenta y ochenta, poniendo el énfasis en la democracia directa y participativa (principalmente a través de internet) y, al mismo tiempo, en oposición a los organismos intermedios (perspectiva de desintermediación), percibidos en su mayoría como otras castas parasitarias alejadas del interés general. Sin embargo, en la estructura del partido, la desintermediación y la perspectiva participativa nunca se contraponen a la centralidad del Parlamento y, en general, la defensa de las asambleas representativas y de la Constitución es una constante de los M5s. El punto de encuentro entre ambas perspectivas se halla en la retórica del “vínculo de mandato”, en la medida en que, además de querer introducir una norma que de alguna manera excede o complementa el artículo 67 de la Constitución italiana, los representantes elegidos (definidos enfáticamente como *portavoce*s) deben ser constantemente supervisados por sus electores. La centralidad de la rendición de cuentas se convierte, por tanto, en un pilar esencial del concepto de democracia (della Porta et al. 2017) para reconectar a los ciudadanos y las instituciones, la participación y la representación.

BIBLIOGRAFÍA

Biorcio, R. y Natale, P.: *Politica a 5 stelle: idee, storia e strategie del movimento di Beppe Grillo*. Milano, Feltrinelli, 2013.

Biorcio, R.: *Il populismo nella politica italiana. Da Bossi a Berlusconi, da Grillo a Renzi*. Milano, Mimesis, 2015.

Della Porta, D., Fernández, J., Kouki, H., Mosca, L.: *Movement Parties against Austerity*. Cambridge, Wiley, 2017.

Flora, P. y Heidenheimer, A. J. (a cargo de): *Lo sviluppo dei welfare states in Europa e in America*. Bologna, il Mulino, 1990.

Lanzone, M. E.: *Il Movimento Cinque Stelle. Il popolo di Grillo dal web al Parlamento*. Novi Ligure (AL), Edizioni Epoké, 2015.

Macaluso, M.: “Attivisti Cinque Stelle a Palermo”. In R. Biorcio (a cargo de), *Gli attivisti del Movimento Cinque Stelle. Dal web al territorio*. Milano, Franco Angeli, 167-81, 2015.

March, L. and Mudde, C.: “What’s left of radical left? The European radical left after 1989: decline and mutation”. *Comparative European Politics*. 3(1): 23-49, 2005.

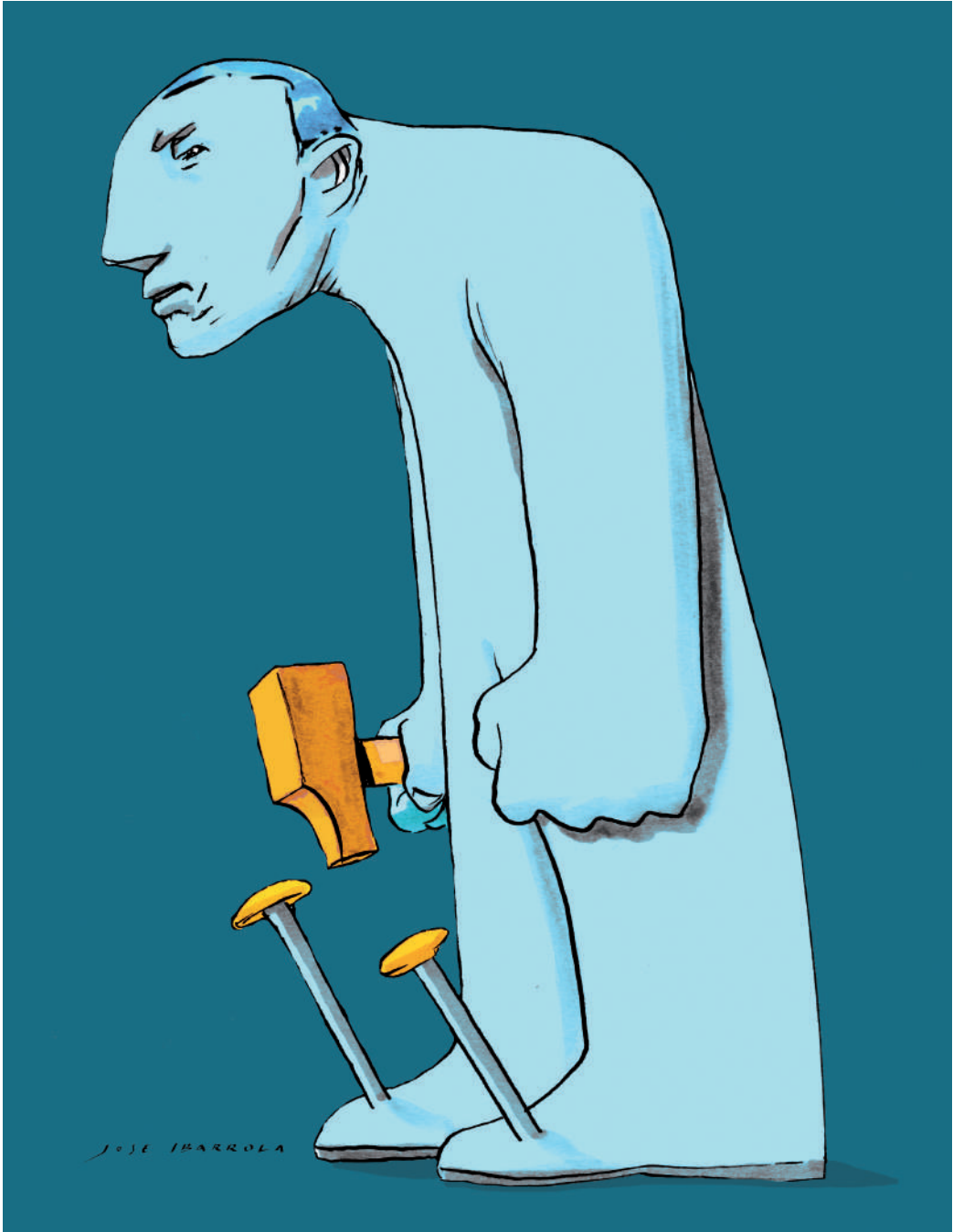
Mastropaolo, A. “Populism and Political Representation”. In R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni: *Political Populism: A Handbook*. Verlagsgesellschaft, Nomos, 59-72, 2017.

Mény, Y. e Y. Surel: *Par le peuple, pour le peuple. Le populisme et les démocraties*. Paris, Fayard, 2000.

Minaldi, G.: “Fenomenologie populiste e vitalità democratica”. *Intrasformazione*, 6(2): 118-23, 2017.

Revelli, M.: *Populismo 2.0*. Torino, Einaudi, 2017.

Tarchi, M.: *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo*. Bologna, il Mulino, 2015a.



POPULISM

JULIE WARD

I was in Berlin the day Americans went to the polls in November 2016. I was staying with two friends, a Brazilian man and a Hungarian woman. My Brazilian friend shook me awake early in the morning saying, "You are not going to be happy - it looks like Donald Trump has won the election." I felt sick. I was already struggling emotionally with my country's decision to turn its back on its European neighbours. The murder of Labour MP, Jo Cox, a week before the UK referendum on continued EU membership after a divisive campaign which scapegoated migrants and refugees, causing a spike in race-related hate crimes, had felt like a new low in politics. Now, here was a gross, pumped-up, billionaire real-estate tycoon with dodgy friends and a long history of misogyny winning the hearts and minds of the American people. My mind raced over all the things that would be at risk - women's rights, Obama Care, African-Americans, the Amazon, global peace and security, the world as we knew it.

I spent the day (November 9th) at the Allianz Forum next to the Brandenburg Gate, an invited speaker at 'A Soul For Europe' conference which focused on the theme of 'Cultural Identities on the Move'. I listened

to impassioned speeches from fellow MEPs and several former presidents of the European Parliament. Martin Schulz, a stalwart supporter of arts and culture, sent the usual video message referencing his humble beginnings as a German bookseller.

My own session focussed specifically on 'Arts And Culture For Europe'. The programme read as follows:

"A positive European self-confidence should be guided by its democratic achievements against the hostile, partially racist and populist movements that are increased by the "refugee crisis", but also have other causes. Arts and Culture in particular convey another visionary image of Europe that needs to be upheld against those who refuse and fight against it. Cultural activities can and must help to convey tolerance and mutual understanding in an acceptable way."

The European Youth Orchestra played in the coffee break and the day ended with a concert from the Berliner Ensemble performing songs from diverse cultures with refugee children as part of a project called MitMachMuzik. I wept as the children smiled and danced and clapped on the stage in

front of us. Indeed they would not know that the world was sliding inexorably into a dangerous 'us and them' situation where vulnerable children, just like them, on the Mexican border would end up inside cages, parched and hungry, separated from their parents at the mercy of the richest country in the world.

When I left the Forum it was dark and people were gathering across the street outside the American Embassy. They were lighting candles and laying flowers. Someone had left their distinctive US passport on the pavement with "RIP DEMOCRACY" scrawled across it. Some people were holding up hand-made cardboard signs with slogans like "Not in my name". It was a defining moment but we should have expected it. The polls and the pundits had been indicating a close result and the unremitting attacks against Hillary Clinton had been ramping up - after all she was an audacious woman seeking power in a man's world, and she was also Bill's wife! But why was the Trump election so much more of a watershed moment than the UK referendum?

Many of us felt that the UK constitutional crisis would turn out to be a blip in history, that the immediate market shock and the social chaos that engulfed us before, during and after would be a warning to democracies everywhere that if you ignore the drip-feed of poisonous anti-other rhetoric you too could fall victim to right-wing populist provocation. But then came the US elections and following that the rise of Jair Bolsonaro in Brasil. Meanwhile, the French continued their flirtation with Le Pen and the AFD made substantial gains in Germany. Salvini stepped into Berlusconi's populist shoes and took Italy to the brink where it continues to teeter

on the edge whilst Sebastian Kurz did deals with the far-right Freedom Party in a coalition government in Austria. The Polish Law and Justice Party dismissed independent judiciary, attacked women's rights and demonised LGBT people. In Hungary Orban continued his populist shift to the right thumbing his nose at the EU whenever he was called to give an account of himself. Meanwhile, President Erdogan of Turkey jailed thousands of opposition voices, journalists, academics, artists, trade unionists, and civil servants, changing electoral law and the constitution to suit himself. In a study by Team Populism (a global network of political scientists) commissioned by The Guardian, "Measured through the speeches of its leaders, Turkey has undergone the largest increase in populist rhetoric of any of the 40 countries (studied)."

In November 2015, almost exactly a year before the US elections I was involved in a parliamentary delegation to the city of Sao Joao Pessoa in Brasil to participate in the annual Internet Governance Forum organised by UNESCO. I had not fully understood the significance of the meeting until I walked into our first meeting to find myself in a room with representatives of the US government. We were there to discuss the renewal of the multi-stakeholder agreement that helps to keep the internet open and widely available as a tool for all sections of society, in line with the 'common good' vision that Tim Berners-Lee had imagined when he first invented his transformational communication tool. The IGF agreement still had a year to run but, in the words of one policy adviser, 'We need to do this now because if Trump wins the American election there's a risk the US will not sign up.'

The same US policy advisers were back at the IGF in Jalisco, Mexico, the following year, visibly cowed by the oncoming onslaught of the Trump administration, unable to offer certainty about any aspect of post-Obama internet policy. They would all be out of job in the New Year when Trump was sworn in and their expertise, knowledge, networks and international diplomacy skills would be all but trashed on the bonfire of 'America First'. The renewal of the IGF multi-stakeholder model a year ahead of time was their enduring heroic act.

In line with his nationalist populist stance Trump's shift away from multi-literalism has seen the US completely pull out of UNESCO after years of financial wrangling and disagreements about the status of Palestine. Cutting federal support for UNWRA which provides vital aid for Palestinian refugees was part of the same punishment regime, and US withdrawal from the Iran Nuclear Deal was largely seen as further destabilising the Middle East, whilst withdrawal from the bilateral INF Treaty with Russia helped move the hands of the Doomsday Clock closer to midnight. Bowing to pressure from the ultra-right pro-life lobby Trump applied a global gag regarding crucial aid for the poorest countries, thereby blocking support for vital health programmes which use planned parenthood models proven to lower maternal deaths as well as prevent unsafe abortions. His attacks on the World Health Organisation have been unrelenting since the novel coronavirus first emerged in Wuhan, giving his conspiracy theorist friends the green light to promote stories about Chinese virus labs releasing the pathogen as part of a communist strategy to take over the world. Trump, the arch populist,

is not a team player at home or abroad, and his example is copied by belligerent populist leaders elsewhere, who declaim their own nationalist slogans in a bid to win the support of so-called 'ordinary people'.

Ever since Trump declared that the EU was his enemy I knew that we must be its critical friend. This is important in the context of a discussion about populism because the EU has its populist detractors on the left as well as the right. However, defining populism is not easy as I discovered whilst talking to feminist activists recently.

"It's simplistic," I said. "It doesn't address complexities. Populists seem to be against everything and for nothing."

Populists of all political colours fiercely criticise the so-called elite who are removed from the society they purport to represent yet seemingly don't know the price of bread or milk. Whilst these criticisms are often well-founded right-wing populists further point the finger at minorities for problems in society, stirring up hatred and division. Populist leaders claim to speak for the ordinary man or woman and yet many are often the epitome of the very elite they purport to scorn - wealthy individuals from privileged backgrounds with big business backers.

In politics you need to have answers, ideas, policies, a project. Right-wing populist politicians and parties generally answer with retrogressive ideas if any at all. Nigel Farage's UKIP toyed with the death penalty, hated tobacco control, supported fox-hunting and backed scrapping paid maternity leave suggesting that women should concentrate on cleaning behind the fridge. In Spain, Italy and other catholic countries right-wing pop-

ulist parties such as Vox and League promote anti-abortion and homophobic views.

Climate change denial is another common trait among populist politicians and this can be seen in both right and left populist movements. Take Claire Fox, for example, a member of the Revolutionary Communist Party in her younger days and former editor of *Living Marxism*, a now defunct magazine that condoned sectarian violence in Ireland and defended the Serbian ethno-nationalism that resulted in genocide and mass atrocities across the Balkans. Fox and her coterie of ultra-Libertarian friends are rabidly anti-EU. Despite posing as a so-called "leftie" she joined forces with former commodities trader Farage and was subsequently elected as a Brexit Party MEP in July 2019, which then saw her sitting alongside the likes of veteran right-wing homophobic politician Ann Widdecombe, who also stood as a Brexit Party candidate, having abandoned her allegiance to the Conservatives. Fox is associated with the media platform *Spiked Online* and the *Institute of Ideas* both of which have received funding from the wealthy Koch Brothers who own stakes in fossil fuels and backed Trump's campaign. Their tentacles reach far and wide encompassing a global network of dark money linked to power and privilege.

"It's hard to describe just what a negative force the Koch brothers have been in United States politics over the past several decades. They have used every means at their disposal to subvert democracy. They funded academic posts, thinktanks, lobbying groups, fake grassroots operations, and political campaigns. They used their tremendous wealth to push a radically far-right economic vision

in which government protections and welfare programs would essentially cease to exist."

<https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/aug/28/the-koch-brothers-tried-to-build-a-plutocracy-in-the-name-of-freedom>

Whilst most of us have been infinitely moved by Greta Thunberg's passionate call for urgent action to save the planet, Fox and friends have publicly derided the girl who spearheads a global movement which continues to inspire and mobilise millions of schoolchildren, their parents, grandparents and teachers.

The French 'Gilets Jaunes' street movement appealed to many Leftist sensibilities but soon became a target for populist disrupters keen to pin the blame for rising fuel prices on migrants and refugees who they blame for all misfortune rather than addressing failed social and economic policies. In fact, anti-migrant sentiment has been at the rotten heart of the recent rise of populism across Europe and much of the developed world. Nigel Farage standing defiantly in front of a Vote Leave poster depicting a long line of refugees lit a touchstone amongst Britons looking for someone to blame for job uncertainty, falling living standards and rising crime.

With the majority of refugees coming from Muslim majority countries Islamophobia has permeated the fabric of our society so much so that leading politicians nonchalantly use abusive language to describe Muslim women who choose to wear the hijab and niqab. Boris Johnson infamously described Muslim women as looking like 'letterboxes' and has never apologised for his comments. He is Prime Minister of a country

that includes a large Muslim population, many of whom run successful businesses vital to the economy. Johnson was recently treated for Covid19 in a NHS hospital that relies on migrant labour with a high proportion of Muslims in the workforce. It is astonishing that he cannot make the connection between his racist comments and the growth of far-right street movements. Following his recovery and release from hospital Johnson stood outside 10 Downing Street to join in with the weekly 'clap for carers' and then went back to work advocating that migrant health workers should pay huge amounts of money to access the NHS for their own health care. Even members of his own party felt this was not a good look in the current crisis with a disproportionate number of BME people dying from Covid19 including frontline workers.

When Thomas Mair pulled a gun on the Labour MP Jo Cox outside a library in a market town in the north of England in 2016 he shouted 'Britain First'. Cox was well-known for her work with refugees and for her support for remaining in the EU. Mair was later found to have a cache of far-right materials in his home and on his computer, demonising Muslims and preaching white supremacy. When the Christchurch mass-murderer rampaged through two mosques in March 2019 he had already written a twisted manifesto of hate ('The Great Replacement') inspired by white genocide conspiracy theories. The shooter, Brenton Tarrant, a 28 year old Australian, supported Brexit, Trump and Serb ethno-nationalists. He opposed the Global Compact for Migration and was discovered to have spent time in Europe prior to his deadly attack, even donating money to

Generation Identity, the new populist youth movement.

Links between the organised alt-right and far right extremists are well-documented by organisations such as the UK organisation, Hope Not Hate, and the Southern Poverty Law Center based in Alabama, the home of the Afro-American civil rights movement. Right-wing populist politicians often try to distance themselves from far-right extremists, preferring to be seen as spokespeople for the ordinary man/woman in the street rather than associated with the violent outright thuggery of patriot street movements, but internet searches soon turn up links and alliances that point to well-funded and highly organised networks of influence. Conservative politicians such as Trump and Johnson inhabit the fringes of these networks, and enjoy the support of populist puppet-masters such as Steve Bannon, the master strategist largely responsible for Trump's successful election campaign who also offered advice to Johnson.

Bannon was a founder of Breitbart News, a right-wing news, opinion and commentary website. I knew nothing about Breitbart until I found myself in it along with a photo stolen from my twitter feed accompanying a bizarre mixed-up half-story about me defending so-called 'EU propaganda' otherwise known as the highly successful EU flagship Erasmus+ youth exchange programme. The article accused me of being a "white racist" for my work promoting intercultural dialogue and youth engagement in the deprived north east of England. More worrying than the ridiculous article were the 122 comments underneath the article, many of which were offensive, sexist and threatening. Populist

politicians often throw out sound-bites that describe non-nationals in perjorative terms and their media mates whip this up into a xenophobic frenzy with provocative headlines. The result is a seething mass of populist anger expressed in comments posted online.

Having got Trump inside the White House Bannon turned his attention to the rest of the world, successfully helping Bolsonaro's divisive presidential campaign in Brasil largely through the use of false messaging via WhatsApp. Then he focused on Europe where he continues to invest time and money. His newest project is the antithesis of my life's inclusive dialogical work with young people - an alt-right 'gladiator school'. Working with Dignitatis Humanae Institute (DHI), a Catholic lobby group, Bannon and his British acolyte Benjamin Harnwell have recently won a legal battle to establish an Academy for the Judeo-Christian West in a former monastery south of Rome.

The influence of the church is another common feature in populist movements. This is particularly marked in the Balkans where Serbian orthodox church leaders are fanning the flames of ethno-nationalism in places like Montenegro, quietly cheered on by Putin who will be the biggest winner yet if EU enlargement fails to happen fast enough across the whole of former Yugoslavia rather than piecemeal, as at present. I well remember my first visit to Bosnia Herzegovina in 2015. I flew into the northern city of Tuzla and took a taxi to Srebrenica. Much of the the road goes alongside the River Drina which marks the border with Serbia. I was shocked to see that nearly every lamppost bore an admiring poster of Putin. The next day I would witness Serb leader, Aleksandar Vučić, narrowly

escape death by stoning as he left the 20th anniversary memorial service for the Muslim genocide victims, dodging missiles from an angry crowd. Ethnic and religious conflict continues to provide a rich picking ground for populist provocateurs, especially in the Balkans, and it occurs to me that Bannon's Trisulti Monastery is not many miles away across the Adriatic Sea.

The 'Gladiator School' is however mostly going to rely on online classes and this should not surprise anyone as it is in the digital sphere where the populists have been winning the war. Bannon was famously Vice President of Cambridge Analytica, the political consulting firm that combined misappropriation of digital assets, data mining, data brokerage and data analysis with strategic communication during electoral processes, eg. applying psycho-social profiling to 'harvested' (stolen) Facebook accounts in order to target messaging, including blatant lies and incitement to hate. Such methods were used by Cambridge Analytica in the Trump campaign, the Vote Leave campaign in the UK referendum and also in the Kenyan presidential elections where I was an election observer for the European Parliament, and where the head of the Electoral Board was found murdered in dodgy circumstances a week before the elections. Chris Msando's killer has still not been found although Cambridge Analytica folded after whistle-blowers revealed what they knew about the company's suspect activity in the UK referendum campaign. Furthermore, Brexit Party MEP Alexandra Phillips, admitted that she had worked for Cambridge Analytica in the Kenyan presidential campaign, a point I followed up in a plenary debate on 'Foreign electoral

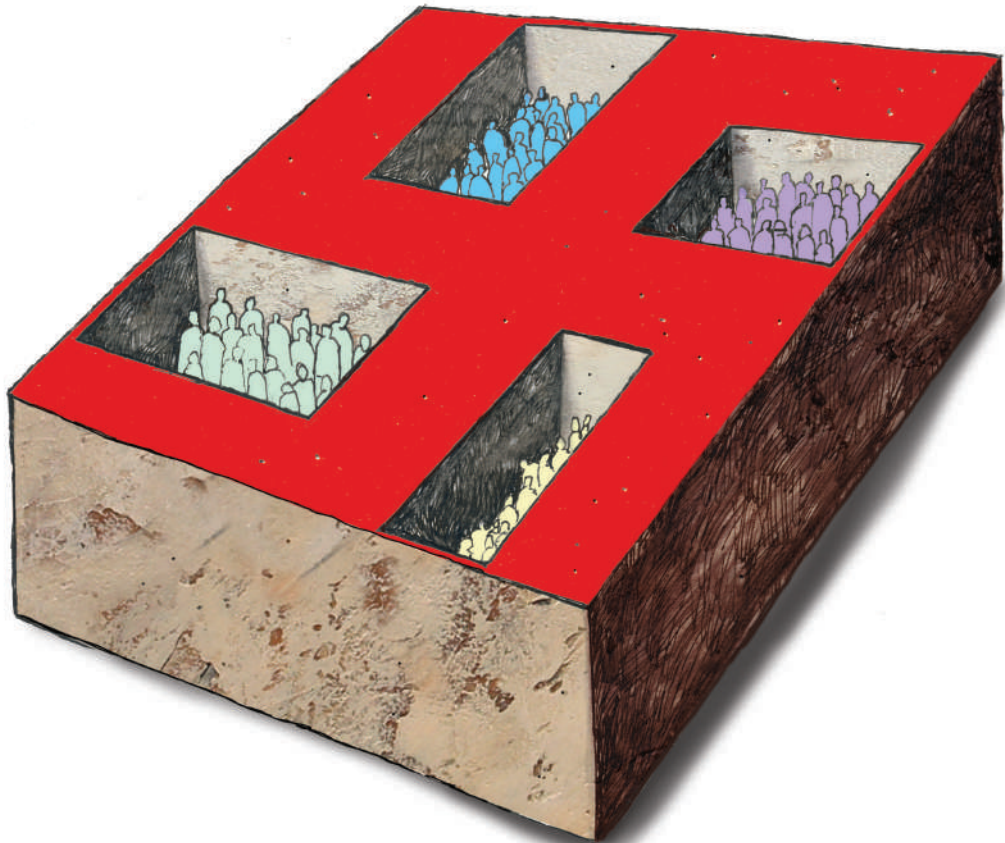
interference and disinformation in national and European democratic processes', much to Ms Phillips annoyance.

It is these complex relational webs between people, places, organisations, money and political earthquakes that define modern right-wing populists along with their use of the world-wide web. Many are strange bedfellows harbouring grudges and obsessed with single issues, some are ambitious politicians who fail to make it in the mainstream and sidestep the establishment taking public sympathy with them. Increasingly they have tuned into the dissatisfaction of the demos and offer glib answers - Take Back Control, they urged in the Vote Leave campaign. But beyond simple slogans they offer very little.

The populists are in love with the idea of democracy especially when they can successfully claim the empty space vacated by non-voters. It must be remembered that Trump won the popular vote in an election where less than 50% of the electorate turned out. And, as can be seen from the erosion of freedoms and liberal values around the world, the use of democracy to undermine democracy is one of the greatest threats we face in a post-truth, post Brexit, post coronavirus world where civil liberties have been

curtailed under the guise of a health emergency and mass surveillance is de rigeur. Our answer as a society must be to demystify politics whilst also demonstrating the complexities of a globalised world. We must show that politics is everyone's business and encourage greater engagement in quality democratic processes that extend the franchise, especially to include young people, whilst providing citizenship and sustainability education such as the UK Student Climate Action Network's 'Teach the Future' initiative.

Thinking back to that November 9th 2016 conference in Berlin, I still believe that arts and cultural organisations have a significant role to play as facilitators for reflection, discussion, debate and respectful disagreement. Participatory arts can develop the individual and collective confidence required to explore complexity, to speak truth to power, to demand accountability, and the creative imagination to come up with people-powered solutions that politicians can then build upon and legislate for with budget lines in the treasury department. Dangerous demagogues will then be consigned to the dustbin of history and Bannon's Gladiator School will be a touristic theme park where you can take the kids on a Sunday afternoon so they can dress up like Russell Crowe.



JOSÉ IBARROLA

HACIA UNA DELIMITACIÓN CONCEPTUAL DEL POPULISMO

JESÚS CASQUETE

Introducción

A finales de la década de 1960, un grupo de historiadores, sociólogos y politólogos se reunió en la London School of Economics para discutir y arrojar luz sobre esta forma de entender y practicar la política que es el populismo. Ghita Ionescu y Ernest Gellner, editores del volumen a resultas del encuentro, efectuaron un diagnóstico con una referencia inequívoca al “Manifiesto Comunista” de Marx y Engels: “Un fantasma recorre el mundo: el populismo” (1969: 1).

En términos electorales, en el momento de celebrarse el acto académico el peso de los partidos populistas era más bien modesto. De media, en la década de 1960 el porcentaje de voto recibido por esa familia de partidos en las cámaras de representantes en Europa Occidental era del 5,4%. En la década de 2010, y con datos hasta 2017, se había doblado hasta alcanzar el 12,4%. Si en lugar de mirar el porcentaje del voto, reparamos en los escaños obtenidos, en el mismo periodo los partidos populistas han triplicado sus resultados: de un 4 a un 12,2% (Norris e Inglehart, 2019: 9). Algunos de esos partidos se adscriben a la fami-

lia ideológica de la izquierda. Son los casos recientes (al menos antes de gobernar) de Podemos en España, de Syriza en Grecia o de La France insoumise en Francia. Muchos más en número y en representación, sin embargo, son los partidos populistas de derechas, aquellos que excluyen o discriminan a un “otro” definido en términos étnicos, nacionales y/o religiosos. En un esfuerzo por cartografiar empíricamente ese panorama, Norris e Inglehart han identificado un total de 26 partidos en Europa Occidental, que ellos etiquetan como “populistas autoritarios”, a los que hay que añadir otros 27 en Europa Central y del Este (incluyendo a Turquía), en ambos casos con datos correspondientes entre los años 2000 y 2015 (2019: 235-238). Desde entonces los partidos populistas han seguido cosechando excelentes resultados en cuantos comicios electorales se han celebrado. Es el caso de España, donde en las elecciones legislativas de abril de 2019 irrumpió el partido populista de derechas Vox, con un 10,3 % de los votos, convirtiéndose de la noche a la mañana en la quinta fuerza política del país en número de votos y de escaños. Las dificultades para alcanzar un acuerdo de investidura que fa-

cilitase la formación de un gobierno obligó a la celebración de unas elecciones anticipadas, que tuvieron lugar en noviembre de 2019. Vox mejoró sus resultados hasta un 15,1 % de los votos, que le valió convertirse en el tercer partido del país. En Alemania el partido populista de derechas Alternativa por Alemania (AfD), al igual que Vox fundado en 2013, se estableció en las elecciones de 2017 como tercer partido tras alcanzar el 12,6 % de los votos. Gracias al acuerdo de coalición entre la CDU/CSU de Angela Merkel y el Partido Socialdemócrata, en la legislatura vigente la AfD es el principal partido de la oposición. A día de hoy, la AfD está representada en todos los parlamentos regionales del país. En cada uno de los cinco Länder del Este del país (exceptuando Berlín) supera el 20 % de los votos.

Así pues, ese fantasma del populismo al que se referían Ionescu y Gellner, y en particular en su versión derechista, no ha hecho sino expandirse por el mundo y sigue cotizando al alza. Vivimos, por decirlo con el título del reciente libro de Pierre Rosanvallon (2020), en “el siglo del populismo”. Su alcance trasciende los resultados electorales puntuales que puedan alcanzar sus manifestaciones concretas para afectar al mismo modo de preservar la convivencia entre diferentes (ese pluralismo intrínseco a todo orden social moderno) y de alcanzar decisiones vinculantes acerca de la articulación del todo social, que tal es la esencia de la política. El populismo ha convulsionado el escenario político. Así, en Francia, un país donde un partido populista ultranacionalista, el Frente Nacional (rebautizado en 2018 como Rassemblement National), se

ha convertido en un actor central del sistema político (segundo partido en las elecciones presidenciales de 2017 y primero en las europeas de 2019), hay estudios que muestran que la oposición entre “perdedores” y “ganadores” se ha superpuesto *de facto* al eje de conflicto clásico entre derecha e izquierda a la hora de orientarse en el escenario político (Algan et al., 2019; Rosanvallon, 2020: 83).

Variedades de populismo

El populismo no conoce fronteras. Populistas de derechas rigen los destinos de sus países (Donald Trump en EE.UU., Jair Bolsonaro en Brasil, Viktor Urban en Hungría o Rodrigo Duterte en Filipinas), o han participado en algún momento durante las últimas décadas en coaliciones de gobierno (en Suiza, Bélgica, Austria o Italia, por ejemplo). En otros muchos países, aun cuando no estén (todavía) en disposición de presidir repúblicas o de participar en coaliciones de gobierno, bien sea por su debilidad parlamentaria o por el establecimiento de medidas de afirmación democrática (los denominados “cordones sanitarios”) para mantenerles alejados de las instancias ejecutivas de la política, o por ambas razones, a estas alturas son ya capaces o lo han sido de condicionar de forma decisiva la agenda política y de ocupar la centralidad del tablero político (en Francia, Alemania, España o Gran Bretaña). Como quiera que sea, no cabe duda de que en el siglo XXI el éxito acompaña a los partidos populistas. Expresiones suyas se encuentran por doquier: en países protestantes y católicos; de Asia, Oceanía, América (donde se instauró el primer régimen populista en Argen-

tina de la mano de Juan Domingo Perón) y Europa; en el Este, el Sur o el Norte del continente europeo; en países con sistemas electorales proporcionales o mayoritarios; en democracias recientes o consolidadas; en sistemas federales o centralizados; en países grandes o pequeños. Por ceñirnos a Europa, si exceptuamos a Luxemburgo, Irlanda e Islandia, a la altura de 2020 no hay ningún país que no tenga una (o varias) expresiones del populismo en sus parlamentos. De ahí que no falte quien concluya que “el ascenso del populismo es el desafío más fundamental al orden postbélico desde la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética” (Galston, 2020: xxi).

En tanto que expresión política, el populismo se conjuga en plural. Las manifestaciones políticas del populismo admiten variaciones entre países, y también en un mismo país a lo largo del tiempo. Por limitarnos al caso español: no es lo mismo un populismo conservador (en lo social y cultural) y ultraliberal (en lo económico) como el que representa Vox que un populismo progresista como el que ha vehiculado Podemos, cuando menos antes de su incorporación al gobierno de España. Tampoco es lo mismo hablar del Frente Nacional o del Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) de hace varias décadas que hacerlo en nuestros días. No hay pues *un* populismo, sino *diferentes* concreciones históricas del populismo. La familia ideológica a la que se adscribe cada expresión, el contexto histórico, la situación geopolítica, el papel que desempeña la religión en la vida pública o el carisma de sus dirigentes, entre otras, son variables que inciden en la fisonomía que presenta el populismo en diferentes países a lo largo y ancho del mundo.

El populismo es un concepto elástico. Ofrece una etiqueta única, y en esa misma medida simplificadora, para apuntar a un conjunto de mutaciones que atraviesan las democracias contemporáneas. Y es que sin atender a la crisis de representación de las democracias liberales (manifestada por ejemplo en el declive de la forma partido), a la fosa abierta entre la clase política y la sociedad (la desafección ciudadana hacia la política y la volatilidad del voto de las que viene advirtiendo la ciencia política desde hace décadas) o al progresivo debilitamiento del eje de conflicto histórico entre izquierda y derecha, entre otras mutaciones de carácter político, resulta inexplicable la emergencia y consolidación de los partidos populistas. Por eso “quien quiera hablar del populismo, no debe callar sobre el liberalismo”¹, una propuesta explicativa causal ésta de fijar la atención en las fallas del sistema político liberal, en su cansancio, compartida por otros autores como Jan-Werner Müller, para quien “el populismo es la sombra de la democracia representativa” (2016: 18) o Fernando Vallespín y Máriam M. Bascuñán (2017).

A la hora de explicar el auge del populismo no solo hay que tener en cuenta las transformaciones de la democracia liberal. Hay además una serie de transformaciones estructurales que durante las últimas décadas han facilitado la apertura de una estructura de oportunidad favorable para que los políticos tengan éxito en apelar directamente a la ciudadanía. El sociólogo norteamericano Rogers Brubaker ha señalado algunas de ellas. En primer lugar, la lealtad y confianza en los partidos políticos se han erosionado y, en consecuencia, la

volatilidad electoral se ha incrementado, tal y como se evidencia en la disminución del apoyo a partidos existentes, incluso en su desaparición, y en la emergencia de otros nuevos que han convertido el panorama político en más disperso. Tomemos el caso de España, en forma alguna un caso singular en el panorama europeo. En las elecciones legislativas de 2000 los dos principales partidos, Partido Popular (PP) y Partido Socialista Obrero Español (PSOE), obtuvieron conjuntamente el 79,9 % de los votos; junto con Izquierda Unida, eran los únicos partidos de ámbito estatal. Dos décadas más tarde, PSOE y PP alcanzaron el 48,8 % de los votos, y los partidos de ámbito estatal ya eran cinco, al haberse sumado Vox, Unidas Podemos (con IU como uno de sus integrantes) y Ciudadanos. Similar es el caso alemán. En las elecciones al Bundestag de 2002 la Unión Cristiano Demócrata y sus aliados bávaros (CDU-CSU) y el Partido Socialdemócrata atrajeron de forma conjunta el 77 % de los votos; en 2017 era el 53,5 %. Una razón explicativa de fondo de tales desarrollos en el espacio político tendría que ver con el proceso de individualización, que ha erosionado las fronteras de clase, religión o ideología que vinculaban a comunidades enteras a ciertos partidos². Dicho proceso ha hecho que los individuos sean más receptivos estructural y culturalmente a las apelaciones directas al “pueblo”, ya no mediadas instituciones de intermediación, como son los partidos. En este sentido, los partidos de clase y confesionales son, definitivamente, instrumentos del pasado o, en cualquier caso, residuales. En segundo lugar, siguiendo a Brubaker, las nuevas tecnologías de la comunicación

(redes sociales, internet) han facilitado la emancipación relativa de los políticos de los partidos, estando ahora en disposición de apelar directamente al “pueblo”. Como último desarrollo estructural, Brubaker señala que la complejidad, opacidad y distancia de las estructuras de gobernanza basadas en el saber experto (la Unión Europea, dominada por “eurócratas”, es el ejemplo paradigmático) alimentan las demandas populistas de simplicidad, transparencia e inmediatez (2017: 369-371). Cuando a estas transformaciones estructurales de largo alcance se superponen circunstancias críticas específicas, como ocurrió con la crisis financiera global de 2008 y con la crisis de refugiados en Europa en 2015 (está por ver qué consecuencias dejará la pandemia del covid19 en el plano político), entonces se dan las condiciones de posibilidad para que se desate la “tormenta perfecta” (Ibid.: 371-379). Tal y como sostiene Brubaker, “[e]l repertorio populista está disponible de forma crónica en contextos democráticos contemporáneos, pero no se activa de forma crónica o uniforme” (Ibid.: 373). Las crisis de largo alcance abrirían, en este sentido, una ventana de oportunidad para la activación de un “momento populista” como el que atravesamos en la actualidad.

El precedente norteamericano: populistas progresistas y populistas de derechas

El populismo es una noción cargada de intencionalidad, un arma arrojadiza en la batalla política, y en esa misma medida resulta sospechosa. Pocas veces es reivindicada con orgullo; en cambio, a menudo se utiliza para estigmatizar al adversario.

“Quien coloca la etiqueta de ‘populista’ a otro, ha adquirido ventaja en términos políticos”, según Müller (2016: 16). Tal es el caso en Europa, porque en EE.UU. el populismo goza de una larga tradición sin venir necesariamente acompañada de estigma desde que a finales del siglo XIX empezase a circular en la prensa la denominación de “populistas” para referirse a un tercer partido que irrumpió en escena para competir con el demócrata y el republicano, el Partido del Pueblo (*People’s Party*). Fundado en 1892 con un programa que aspiraba a devolver el gobierno a la “gente sencilla” (*plain people*), el *People’s Party* declinó rápidamente después de que su candidato, William Jennings Bryan, perdiese las elecciones de 1896.

El caso norteamericano es ilustrativo de la variedad del populismo³. A lo largo del siglo pasado en EE.UU. han convivido dos tradiciones populistas que, en aras de la simplificación, se han venido a etiquetar como de izquierda y de derecha. Las dos afirman hablar en nombre de la amplia mayoría de estadounidenses que aman a su país y que trabajan duro por abrirse camino y culminar el “sueño americano”. Los primeros, los populistas progresistas, dirigen sus críticas “hacia arriba”, a las elites empresariales y a los gobiernos que habrían traicionado los intereses de los hombres y mujeres que desempeñan el trabajo productivo del país. Lo hacen en el nombre del “pueblo”, una apelación para denunciar las desigualdades sociales y económicas sin poner en cuestión el capitalismo, y sin referencia específica a la etnia ni la religión. Lo hacen también abrazando implícitamente una versión de “nacionalismo liberal” (Tamir, 1993) o de

“nacionalismo cívico”, entendido como “la creencia en la igualdad fundamental de los seres humanos, en el derecho inalienable a la vida, libertad y búsqueda de la felicidad de todo individuo, y en un gobierno democrático que deriva su legitimidad del consentimiento del pueblo” (Gerstle, 2001: 4). El candidato en los dos últimos procesos de elecciones a primarias del Partido Demócrata, Bernie Sanders, sería el exponente más reciente de esta corriente.

Quienes suscriben la segunda versión del populismo también responsabilizan a las elites corporativas y gubernamentales (la dimensión vertical del antagonismo) por socavar los intereses económicos y las libertades de la gente corriente, pero durante la mayor parte de la historia del país el “pueblo” al que han apelado y en cuyo nombre han alzado su voz ha hecho referencia a la ciudadanía de origen europeo (los “americanos reales”). Esta familia de populistas, como los progresistas, denuncia el antagonismo entre, por un lado, las elites que controlan los entresijos del poder y, por otro lado, el pueblo, pero lo enriquece con una crítica en la dimensión “horizontal”, discriminando entre los integrantes de la “América auténtica” y los inmigrantes que “desafían” su modo de vida y bienestar. En este último caso, el eje enfrentaría a los “establecidos” y los “forasteros”, por recurrir a la terminología de Norbert Elias (2003), bien que entendiendo en este caso a los forasteros como personas procedentes de países con culturas y/o religiones diferentes. Su nacionalismo ya no es cívico. En su lugar, abraza un “nacionalismo racial” que concibe al país “en términos etnorraciales, como un pueblo vinculado por una

misma sangre y color de piel, y por una aptitud natural (*inherited fitness*) para el autogobierno" (Gerstle, 2001: 4). Nutrido por trabajadores (muchos de ellos sindicados) y de miembros de la clase media, esta corriente surgió asimismo a finales del siglo XIX con el objetivo de prohibir el acceso al país de inmigrantes de origen chino y japonés. A finales de la década de 1940 el populismo, que hasta entonces era un movimiento más bien progresista en la estela del People's Party, empezó a adquirir tintes conservadores y xenófobos. Donald Trump es el principal modelo de esta corriente en nuestros días, tal y como se manifiesta en su condena a la elite global que impulsa las "fronteras abiertas" y posibilita que los inmigrantes "quiten" trabajos a los norteamericanos, reduciendo así su nivel de vida.

El populismo como tipo ideal: una conceptualización de mínimos

Una categoría camaleónica

Pero, ¿en qué consiste el populismo en tanto que tipo ideal? Nos enfrentamos con una categoría especialmente resbaladiza y de carácter camaleónico que, habida cuenta precisamente de la pluralidad de sus manifestaciones históricas y contemporáneas, no admite una fácil aprehensión. Resulta relativamente sencillo identificar los temas en torno a los que articulan su discurso y praxis políticas, dependiendo de las expresiones históricas del fenómeno: la patria, la seguridad o la corrupción. Que sus discursos y programas giren alrededor de esos temas no quiere decir que todos los populistas denuncien los mismos problemas, que lo hagan con la misma intensidad ni que los

enmarquen de forma compatible. Se trataría de resignificar "significantes vacíos", en la terminología del teórico político Ernesto Laclau, cuya característica principal es la indeterminación y que, por lo tanto, pueden ser rellenados con una multiplicidad de contenidos. El problema, claro, está en que dichos significantes estén ocupados desde tiempo inmemorial por una corriente o ideología particular y llegue otra, llamémosle "advenediza", que pretenda darle unos contornos nuevos. Más que "flotantes", por seguir con la terminología de Laclau, esos significantes estarían más bien "anclados".

Es lo que ocurre, por ejemplo, con la idea de patria. En el contexto español Vox y Podemos (integrante de la coalición Unidas Podemos) han rivalizado en torno a ella, pero qué entiende cada uno por patria es bien distinto. Para Vox se trata de una comunidad de destino en lo universal de existencia ancestral expresada en episodios históricos (la Reconquista, la Hispanidad o la Guerra de la Independencia, por ejemplo) y condensada en símbolos (el himno nacional, la bandera o Blas de Lezo) a los que se debe no ya respeto, sino reverencia y culto. Para Podemos, en cambio, la patria sería algo así como una comunidad de ciudadanos y ciudadanas que puja por acercarse a un horizonte de libertad e igualdad. La patria es un concepto clave en todo nacionalismo, también en el español; para cuando Podemos se embarca en la lucha por su significación y trata de rellenarlo con otros contenidos, puede que sea demasiado tarde: se trata de un concepto a esas alturas "saturado" y ya ocupado por el nacionalismo español. La seguridad es otro ejemplo de significativo vacío que admite una plu-

ralidad de énfasis y de contenidos: desde la visión securitaria de Vox, por un lado, a la defensa de Podemos de un concepto de seguridad que proteja a la ciudadanía ante situaciones de necesidad existencial (desempleo, vivienda, salud), por otro lado. Un último ejemplo ilustrativo de significativo vacío lo pudimos apreciar durante el estado de alarma para contener la pandemia del coronavirus: la exigencia de “libertad” al gobierno “socialcomunista” que, micrófono en mano, reclamaba un ciudadano en un Mercedes con chófer atravesando un barrio acomodado de una ciudad española de provincias dista un abismo de otra noción de libertad real para todos y todas planteada desde parámetros progresistas.

Una ideología política de gobierno

Es complicado llegar a una definición que de cuenta de la complejidad de la realidad política y social y agrupe a expresiones del populismo que, como decimos, presenta contornos distintos, en aspectos relevantes también encontrados. El desacuerdo encuentra su reflejo en las diferentes conceptualizaciones ofrecidas por algunos de los estudiosos más influyentes del fenómeno. Autores como Cas Mudde han postulado un “enfoque ideacional”. Según el politólogo holandés, el populismo es “una ideología fina (*thin-centered ideology*) que considera la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el *pueblo puro* frente a la *elite corrupta*, y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general (*volonté générale*) del pueblo” (2019: 7-8. Énfasis en el original; asimismo Mudde y Rovira Kaltwas-

ser, 2017: 5). Mudde suscribe una noción laxa de ideología, contrapuesta a otra definición, digamos, “robusta”, según la cual la ideología sería un conjunto de creencias que interpretan y evalúan el mundo de una forma pensada para dar forma, movilizar, guiar, organizar y justificar ciertos cursos de acción y para anatemizar otros. Toda ideología efectúa un diagnóstico de la realidad política, social y económica y propone una terapia o pronóstico para guiar, y en su caso rectificar, el orden existente. Los populismos, en este sentido, no constituyen *qua* populismos una ideología. La teórica política Chantal Mouffe se hace eco de esta idea con precisión. A su juicio, el populismo “no es una ideología y no se le puede atribuir un contenido programático concreto. Tampoco es un régimen político. Es una forma de practicar la política que puede adoptar varias formas ideológicas dependiendo del momento y el lugar, y es compatible con una variedad de marcos institucionales” (2018: 11).

El populismo, progresista o de derechas, cobija corrientes y orientaciones que divergen en aspectos y propuestas programáticas fundamentales. Cuando atendemos a los casos particulares, el populismo rara vez se presenta de forma pura, sino que fagocita elementos de otras ideologías para reforzar su armazón conceptual. Los contenidos del populismo suelen venir adheridos a “ideologías anfitrionas” (Mudde y Rovira, 2017: 6, 21) como el nacionalismo, el socialismo, el conservadurismo, el liberalismo o el fascismo. De ahí que el populismo venga adjetivado de diferentes maneras, según la ideología acompañante. No constituye el populismo, pues, una visión política del

mundo coherente, sino que más bien es una “lógica de acción política” (Carreira da Silva y Brito Vieira, 2019; Vallespín y M. Bascuñán, 2017: 55, 143) o un “marco discursivo” (Aslanidis, 2016) en el que el estilo y la retórica son más relevantes para acceder a su núcleo duro que los contenidos y las propuestas de políticas sustantivas. Por expresarlo en términos de Laclau, más que por ideología o por las políticas que propone, el populismo se caracteriza por “una lógica particular de articulación de los contenidos, con independencia de cuáles sean esos contenidos”; es decir, lo relevante no serían tanto los contenidos cuanto la forma de su presentación (2005b: 33 y 44). Para conocer la ideología de un partido o movimiento populista en concreto habrá que atender, entonces, a esa ideología anfitriona que dota de sustancia sus programas y propuestas políticas.

Hay autores que estrechan el campo de aplicación de la categoría de ideología y lo restringen al subsistema político. Desde esta perspectiva, el populismo sería una “ideología política de gobierno” (Norris e Inglehart, 2019: 68, 217) sobre *quién* debería ser el titular de la soberanía y *cómo* debería ser ejercido el poder legítimo. Rosanvallon, por su parte, ha criticado a los autores que se refieren al populismo como una ideología “débil” o “blanda” por tratarse de adjetivaciones valorativas para delimitar una “ideología que no ha sido formalizada ni desarrollada” pero que constituye “la ideología al alza en el siglo XXI” (2020: 14). Parecería entonces que Rosanvallon suscribe una noción “densa” de ideología. Sin embargo, en realidad Rosanvallon circunscribe su propósito de análisis del populismo

(por lo demás uno de los más esclarecedores que se puede encontrar en la ingente literatura sobre la materia) a efectuar una crítica detallada de la “teoría democrática que estructura la ideología populista” (Ibid.: 21). Si nuestra interpretación es correcta, entonces una crítica de este tenor resulta concordante con efectuar una crítica a la “ideología política de gobierno” a que se refieren Norris e Inglehart. En la misma dirección en contra de abordar el fenómeno populista como una ideología densa se pronuncian implícitamente autores como Aslanidis (2016) o Jan-Werner Müller, para quien “toda teoría del populismo es necesariamente una teoría de la democracia” (2016: 14).

Para el populismo, el “pueblo” debería de estar en disposición de expresarse de forma directa, sin mediaciones. Desde ese marco categorial se explica que muchos partidos populistas (en particular de la familia nacionalpopulista) aboguen por la implementación de mecanismos de democracia directa en forma de referéndums y de iniciativas legislativas populares. Sería la forma suprema de dar la voz al pueblo y de alcanzar la “voluntad general” (Rosanvallon, 2020: 37-45). Así lo recogen expresamente en sus programas el Frente Nacional francés, el FPÖ austriaco y Alternativa por Alemania (AfD), aunque no su análogo nacionalpopulista español, Vox⁴. En cambio, Laclau y Mouffe, teóricos del populismo de izquierdas, se muestran más reacios a la implementación de mecanismos de democracia directa, que solo sería aplicable a “espacios sociales reducidos” (1985: 185).

Pueblo, elite, antagonismo

Porque (tal y como acabamos de argumentar) no constituye propiamente una ideología, preferimos entender el populismo de forma minimalista como un “tipo de retórica” (Norris e Inglehart, 2019: 4, 217), “un repertorio discursivo y estilístico” (Brubaker, 2017: 360), una “estrategia discursiva” (Laclau, 2005a) o un “modo de persuasión flexible” (Kazin, 1995: 3) que apunta a *quién* debería gobernar y no tanto a *qué* deberían hacer quienes ostentan posiciones de gobierno. Su preocupación tiene más que ver con la legitimidad del orden político que con el contenido sustantivo relativo a qué decisiones tomar y qué políticas seguir. Desde este punto de vista centrado en el estilo, el populismo es un instrumento abierto a cualquier político y partido político.

Precisamente uno de los pilares que comparten todas las corrientes de la crítica populista es el cuestionamiento de la legitimidad del orden político liberal a la hora de conseguir de forma voluntaria la obediencia de su ciudadanía; el segundo pilar de una definición minimalista de populismo estriba en que la única fuente de legitimidad política en una democracia reside en el “pueblo”, el auténtico *quién* de toda retórica populista. Ya sea expuesto por partidos, movimientos o políticos populistas, este estilo retórico cuestiona tanto el grado de representación del poder en un sistema político, y por tanto la legitimidad de las decisiones vinculantes que se adoptan en las instancias representativas comisionadas para ello (en particular los parlamentos) como la implementación de dichas decisiones por parte del poder ejecutivo.

Desde EE.UU. a Alemania, desde Francia a Italia pasando por España o Hungría, es posible identificar una serie de rasgos o aspectos nucleares que nos permiten agrupar a sus manifestaciones políticas históricas y presentes bajo el manto de la categoría compartida de “populismo” (Kazin, 1995; Taguieff, 2012; Müller, 2016; 2019; Mudde y Rovira, 2017; Vallespín y M. Bascuñán, 2017; Norris e Inglehart, 2019; Galston, 2020; Rosanvallo, 2020). Por un lado, el populismo es un estilo político que tiene como elemento nuclear hablar y actuar en el nombre del “pueblo”. Dado que representar al pueblo es un elemento central del principio democrático, se impone añadir un segundo rasgo cualificador: el populismo se arroga la representación del pueblo al tiempo que efectúa una crítica radical a la “elite”, el “sistema”, la “oligarquía”, la “casta” o el “*establishment*”, percibida como un enemigo “escindido social y moralmente del mundo común” (Rosanvallo, 2020: 32). Entre los destinatarios de la crítica populista a las elites figuran personalidades políticas, económicas y culturales, medios de comunicación *mainstream* (descalificados como “prensa mentirosa”), expertos de cualquier ámbito del saber (el cambio climático sería un engaño urdido por ellos), intelectuales (“progres” en el vocabulario español; los herederos del espíritu de los *soixante-huitards* y *Achtundsechziger* en Francia y Alemania, respectivamente), artistas (“Hollywood”), altos burócratas de organizaciones internacionales (como la Unión Europea o la Organización Mundial de la Salud) y, sobre todo, los partidos políticos. Se trata de una crítica “hacia arriba” y guiada por una “lógica del resentimien-

to" (Carreira da Silva y Brito Vieira, 2019). Los integrantes de la elite serían individuos al servicio de sus propios intereses que, en esa misma medida, traicionan el ideal democrático formulado por Abraham Lincoln del gobierno del, por y para el pueblo (Kazin, 1995: 1). Fundada o menos fundada la satanización de la elite, la actitud crítica y vigilante frente a la pulsión liberticida que los detentadores del poder pudieran perpetrar en nombre de sus gobernados ha sido considerada históricamente desde la teoría política liberal como un indicador de salud cívica. Desde esta perspectiva, la vigilancia del poder por parte de la ciudadanía y de la opinión pública resulta una actitud necesaria para nutrir el ideal de un gobierno guiado por la búsqueda del interés general. Se trata de un medio para limitar las disfunciones del poder y remediar aquello que Pierre Rosanvallon ha denominado la "entropía democrática", esto es, el proceso de degeneración de la relación entre los elegidos y sus electores, entre los gobernados y sus dirigentes (2020: 249-250).

El planteamiento del presidente estadounidense ilustra el antagonismo entre pueblo y elites. Donald Trump escribió en un artículo de opinión que "el único antídoto a décadas de gobierno ruinoso por parte de un puñado de elites es una dosis audaz de soberanía popular. En cualquier tema importante que afecte a este país, el pueblo tiene la razón y la elite gobernante está equivocada. Las elites están equivocadas en impuestos, en el tamaño del gobierno, en comercio, en inmigración, en política exterior" (*The Wall Street Journal*, 14-V-2016). En su discurso de toma de posesión presidencial se reafirmó en esta línea: "Durante

demasiado tiempo, un pequeño grupo en la capital de nuestra nación ha cosechado las recompensas del gobierno mientras que el pueblo ha pagado los costes. Washington florecía, pero el pueblo no compartía su riqueza. Los políticos prosperaron, pero los trabajos se esfumaron y las fábricas cerraron. El *establishment* se protegió a sí mismo, pero no a los ciudadanos de nuestro país. Sus victorias no han sido tus victorias; sus triunfos no han sido tus triunfos; y mientras que ellos lo celebraban en la capital de nuestra nación, había poco que celebrar entre las familias luchadoras a lo largo de nuestro país. Todo esto cambia, empezando aquí y ahora, porque este momento es tu momento: te pertenece a ti"⁵. Cada familia populista, de izquierdas y de derechas, tiene sus propios adversarios hacia los que proyectar su resentimiento y sobre los que articular el antagonismo. Así, Mouffe define el populismo de izquierda como "una estrategia discursiva para la construcción de la frontera política entre 'el pueblo' y 'la oligarquía'" en aras de "la igualdad y la justicia social" (2018: 5, 6).

Que populistas de orientaciones ideológicas bien diferentes compartan una misma terminología y visión diádica (elites vs. pueblo, ambos contemplados como internamente homogéneos) es indicador elocuente de su pertenencia a una misma familia política. Tomemos como ejemplo una de las etiquetas empleadas por diferentes populistas, la de "casta". Se trata de un término recurrente entre quienes se autodesignan valedores privilegiados, a veces exclusivos, del "pueblo". Y ello en diferentes contextos históricos y políticos. Formó parte del vocabulario de Gabrielle D'Annunzio, naciona-

lista italiano y protofascista⁶: “Es necesario que la nueva fe popular prevalezca, por cualquier medio, contra la casta política que intenta prolongar por todos los medios formas de vida discapacitadas y dignas de desprecio” (en Scurati, 2020: 70). También ha sido utilizado en España por populistas de izquierdas (recuérdense las diatribas de Podemos en los inicios de su andadura contra la “casta” política y económica), pero también por su polo opuesto, por Vox. Su máximo dirigente, Santiago Abascal, escribe: “Las palabras de Su Señoría [se refiere a una diputada del Partido Popular. Nota: J. C.] probaban ya que el Estado de las Autonomías era ya el Estado de Bienestar de una casta que no miraba por lo de todos, sino solo por lo suyo” (2014: 172). En marzo de 2020, el líder ultraderechista acusó de “casta” al vicepresidente del gobierno y líder de Podemos, Pablo Iglesias, por no respetar la cuarentena causada por el coronavirus (su compañera y también ministra, Irene Montero, dio positivo en un test) y acudir al Consejo de Ministros⁷.

Si hay un adversario compartido por todos los populistas y exponente de la “casta”, son los partidos políticos establecidos. Ninguno de ellos sería merecedor de la confianza pública. No es circunstancial que en las denominaciones de los partidos populistas, en particular entre aquellas formaciones surgidas más recientemente, rara vez figure la palabra “partido”: son los casos de Podemos, Syriza (acrónimo de Coalición de la Izquierda Radical) o La France Insoumise, entre los populistas de izquierdas. Para ellos los partidos políticos son cómplices del fracaso a la hora de embridar la codicia de las grandes corporaciones, de rectificar las

desigualdades económicas, o de contener los excesos del capitalismo global, siempre apelando a los intereses del “pueblo”. De ahí la denuncia expresada en el “no nos representan”. Vox, Alternativa por Alemania, Frente Nacional/ Rassemblement national o Bündnis Zukunft Österreich (Unión por el Futuro, una escisión del FPÖ en 2005 liderada por Jörg Haider), en el polo nacional-populista, también rehúyen la etiqueta de partido en tanto que quintaesencia de la democracia liberal que detestan. Tampoco goza de mayor atractivo el campo de juego para el que están diseñados los partidos en primera instancia, las elecciones. En palabras de Mouffe, “las elecciones han dejado de ofrecer una oportunidad para decidir sobre alternativas reales a través de los ‘partidos de gobierno’ tradicionales. Lo único que ofrece la post-política es la alternancia de poder entre partidos de centro-derecha y de centro-izquierda”. Afirmación ésta que no debe ser entendida, en su caso, como una impugnación de democracia liberal, sino más bien como la búsqueda por “establecer un nuevo orden hegemónico dentro del marco constitucional liberal-democrático”, objetivo que no “requiere abandonar los principios liberal-democráticos de legitimidad”. La solución para Mouffe, en la estela del “reformismo radical” propugnado por Jean Jaurès, “no radica en abolir la representación sino en convertir a nuestras instituciones en más representativas” (2018: 17, 45, 46, 57).

Para los populistas, enfrente de la elite figura siempre el “pueblo”, en singular, cuyos “verdaderos intereses” habrían sido orillados por quienes dirigen el destino de sus países, un cuerpo virtuoso que no comparte

una misma condición estructural. De hecho, el populismo renuncia al análisis del mundo social en términos de clase, apostando en su lugar por la transversalidad (Mouffe, 2018: 6; Rosanvallon, 2020: 29). La categoría de “pueblo”, y por ende la de populismo, es profundamente ambigua y difícil de delimitar. Tal y como sostiene Brubaker, el “pueblo” puede ser empleado desde tres perspectivas diferentes: puede referirse a la gente sencilla (pueblo como “plebe”); al pueblo soberano (el pueblo como *demos*); y al pueblo como entidad cultural o étnicamente distinta (el pueblo como nación o *ethnos*). Hablar en nombre de la “gente corriente” enfrentada a “los de arriba” apunta a un enfoque redistributivo; hacerlo en nombre del pueblo soberano contra las elites gobernantes implica una política de re-democratización; y hablar en nombre de un pueblo diferenciado frente a grupos externos y amenazantes remite a una política de nacionalismo cultural o étnico (2017: 359). Al vindicar al pueblo como la única fuente de legitimidad (y no, por ejemplo, a una autoridad divina), el populismo suscribe lo que James Madison denominó el “principio republicano” según el cual un gobierno “deriva todos sus poderes directa o indirectamente del gran cuerpo del pueblo” (The Federalist Papers, nº 39). Según Taguieff, ser populista consiste en rendir “culto al pueblo” y a sus virtudes de autenticidad u honestidad, y se concreta en la afirmación de que el pueblo es el fundamento único de la política, porque “encarna al Salvador, a la providencia colectiva” (2012: 37, 39-40). “Conforme a la idea republicana –ahora es Jürgen Habermas quien lo formula–, el pueblo, por lo menos potencialmente presente, es el portador de una soberanía que por

principio no se puede delegar: en su calidad de soberano el pueblo no es representable” (1992: 364). Como hemos mencionado más arriba, mientras que el populismo de derechas tiende a excluir de la categoría de “pueblo” a los inmigrantes, contemplados como una amenaza a la identidad y bienestar de la nación, el populismo de izquierdas apuesta por establecer una “cadena de equivalencias” que incluya las demandas socioeconómicas de trabajadores, inmigrantes y clases medias pauperizadas, así como otras demandas “democráticas”, como las vehiculadas por la comunidad LGTB, con el objetivo de forjar una nueva hegemonía que de pie a una radicalización de la democracia” (Mouffe, 2018: 24).

A esta dicotomización del espacio social en forma de antagonismo entre “pueblo” y “elite” de que venimos hablando, Kazin añade un tercer rasgo, en realidad un corolario de la relación dialéctica entablada entre los dos actores en que polarizan la vida social y política: los populistas buscan socavar la legitimidad democrática movilizándolo al pueblo contra las elites (1995: 1). Esta visión antagonista de la política entre un “nosotros” (el “pueblo”) virtuoso y de valor moral superior, y un “ellos” (la elite) demonizado está en las antípodas de una interpretación liberal del conflicto político, siempre sujeto al compromiso de intereses encontrados alcanzado a través de un proceso deliberativo justo y abierto (Habermas, 1992).

Conclusión

El populismo no constituye una ideología en el sentido de que no ofrece un diagnóstico omnicompreensivo de la realidad política, social y económica, pero sí que ofrece una

ideología política que sostiene *quién* debería gobernar, y su respuesta es siempre la misma: el “pueblo”. Su visión del pueblo, resbaladiza y de contornos lábiles, permite escaso margen al matiz. Los populismos presentan al pueblo como una categoría homogénea, con escaso margen para la expresión de algo que es intrínseco a todo orden social moderno: el pluralismo. En el polo enfrentado al “pueblo” está la elite, ese conjunto de actores que protagonizan la vida política, social, económica y cultural, siempre alejado de los “verdaderos” intereses de la ciudadanía, siempre más guiado por sus propios intereses que por la consecución del bien general. Los dos vectores del “pueblo” y la elite,

antagónicos y antagonizados en todas las interpretaciones populistas, articulan el mínimo común denominador de lo que hemos presentado como un estilo político más que como una defensa sustantiva de programa o ideología alguna. Dichos vectores vinculan y justifican la pertenencia a una misma categoría analítica al populismo de derechas y al de izquierdas, pasados y presentes y en contextos geopolíticos diferentes. Se trata de un enfoque de mínimos para, desde ahí, ser capaces de profundizar en las propuestas sustantivas concretas que, históricamente, han vehiculado los distintos populismos en los campos de la política social, económica o cultural.

NOTAS

¹ Albrecht Koschorke, “Auf der anderen Seite des Grabens” (2018). Disponible en: <https://www.zflprojekte.de/zfl-blog/2018/08/30/albrecht-koschorke-auf-der-anderen-seite-des-grabens/>

² Desde la sociología se ha subrayado la multiplicación de las posibilidades abiertas al individuo para reconocerse a sí mismo como un sujeto autónomo de acción tras la pérdida de relevancia de los agarraderos identitarios disponibles en la sociedad moderna, la religión y la clase sobre todo. Para autores como Daniel Bell, Alain Touraine, Anthony Giddens, Ulrich Beck, Zygmunt Bauman, Alberto Melucci o Manuel Castells, la universalización de posibilidades para erigirse en individuos-como-proceso que se empeñan, en un esfuerzo inacabable e incompleto por definición, en “diseñar” su biografía dentro de un campo de constreñimientos y oportunidades –y este es el núcleo duro del proceso de individualización, o de individuación, tal y como ha sido estudiado por los sociólogos mencionados hace un instante–, viene de la mano del debilitamiento de las prácticas comunitarias en la modernidad. La atenuación de la lealtad partidaria no sería sino una consecuencia más de dicho proceso de individualización.

³ Las siguientes consideraciones sobre el populismo en EE.UU. descansan en: Kazin, 1995; 2016.

⁴ El compromiso presidencia de Marine Le Pen a las elecciones presidenciales de 2017 abogaba por la “proximidad democrática”, esto es: “que las decisiones sean tomadas lo más cerca posible de los ciudadanos y directamente controladas por ellos”. La propuesta se sustanciaba, por ejemplo, en la implementación de una “verdadero” referéndum de iniciativa popular. Véase: <https://rassemblementnational.fr/pdf/144-engagements.pdf>. En sentido similar, el programa vigente del FPÖ, aprobado en Graz en 2011, se refiere al “desarrollo de la democracia directa”. Véase: http://www.fpoee-moosdorf.at/downloads/2012_parteiprogramm_web.pdf. Alternativa por Alemania, por su parte, aboga en su programa por implementar “plebiscitos según el modelo suizo”. Véase: <https://www.afd.de/grundsatzprogramm/#langversion>

⁵ <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/the-inaugural-address/>

⁶ Según su biografía, “aunque D’Annunzio no era un fascista, el fascismo sí era dannunziano. Las camisas negras, el saludo romano con el brazo extendido, los cánticos y los gritos de guerra, la glorificación de la virilidad y de la juventud, la patria y el sacrificio cruento eran, todos ellos, elementos que ya estaban presentes en Fiume [ciudad hoy perteneciente a Croacia que fue ocupada por tropas irregulares lideradas por D’Annunzio reclamando su italianidad. Nota: J. C.] tres años antes de la marcha de Mussolini en Roma” (Hughes-Hallett, 2014: 12).

⁷ https://www.antena3.com/noticias/sociedad/santiago-abascal-ataca-a-pablo-iglesias-por-interrumpir-su-cuarentena-para-ir-al-consejo-de-ministros-casta_202003145e6d24c6cf7ab3000106e717.html

BIBLIOGRAFÍA

ABASCAL, Santiago (con Gonzalo Altozano): *No me rindo. Sin miedo contra ETA y frente a la cobardía política*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2014.

ASLANIDIS, Paris: “Is Populism an Ideology? A Refutation and a New Perspective”, *Political Studies* 64: 88-104, 2016.

ALGAN, Yann, BEASLEY, Elizabeth, COHEN, Daniel y FOUCAULT, Martial: *Les origines du populisme. Enquête sur un schisme politique et social*. París, Seuil, 2019.

BRUBAKER, Rogers: “Why Populism?”, *Theory and Society* 46 (5): 357-385, 2017.

CARREIRA DA SILVA, Filipe y BRITO VIEIRA, Mónica: “Populism as a logic of political action”, *European Journal of Social Theory* 22 (4): 497-512, 2019.

ELIAS, Norbert: “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros”, *REIS* 104: 219-251, 2003.

GALSTON, William A: *Anti-pluralism. The Populist Threat to Liberal Democracy*. New Haven & Londres: Yale University Press, 2018.

GERSTLE, Gary: *American Crucible. Race and Nation in the Twentieth Century*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001.

HABERMAS, Jürgen: *Faktizität und Geltung*. Frankfurt: Suhrkamp, 1992

HUGHES-HALLET, Lucy: *El gran depredador. Gabrielle D’Annunzio, emblema de una época*. Barcelona: Ariel, 2014.

IONESCU, Ghita y GELLNER, Ernest (eds.): *Populism: Its Meaning and National Characteristics*. Londres: Weinfeld & Nicolson, 1969.

KAZIN, Michael: *The Populist Persuasion. An American History*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1995.

KAZIN, Michael: “Trump and American Populism: Old Whine, New Bottles”, *Foreign Affairs* 95 (6): 17-24, 2016.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal: *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 1985.

- LACLAU, Ernesto: *On Populist Reason*. Londres: Verso, 2005a.
- LACLAU, Ernesto: "Populism: What's in a Name?", en: Francisco Panizza (ed.), *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, 2005b.
- MOUFFE, Chantal: *For a Left Populism*. Londres: Verso, 2018.
- MUDDE, Cas: *The Far Right Today*. Londres: Polity Press, 2019.
- MUDDE, Cas y ROVIRA KALTWASSER, Cristóbal: *Populism. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press, 2017.
- MÜLLER, Jan-Werner: *Was ist Populismus?* Berlín: Suhrkamp, 2016.
- MÜLLER, Jan-Werner: *Furcht und Freiheit*. Berlín: Suhrkamp, 2019.
- NORRIS, Pippa y INGLEHART, Ronald: *Cultural Backlash. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2019.
- ROSANVALLON, Pierre: *Le siècle du populisme*. París: Seuil, 2020.
- SCURATI, Antonio: *M. El hijo del siglo*. Madrid: Alfaguara, 2020.
- TAGUIEFF, Pierre-André: *Le nouveau national-populisme*. París: CNRS, 2012.
- TAMIR, Yael: *Liberal Nationalism*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1993.
- VALLESPÍN, Fernando y BASCUÑÁN, Máriam M.: *Populismos*. Madrid, Alianza, 2017.



POPULISMOAREN MENDEA?

JON SUDUPE

ROSANVALLON, Pierre: *Le siècle du populisme*. Histoire, théorie, critique.
Seuil, Paris, 2020, 209 or.

Mamu bat dabil munduan: “populismoa”. Leku guztietan hitz egiten da populismoaz, bai eztabaida politikoetan eta bai hedabideetan. Igotzen joan den olatu bat da. Etengabe ohartarazten digute “mehatxu populistaz”, halako izurrite ezezagun bat baltitz bezala. Aurrerakada ikusgarria izan du mundu guztian, Europan, Ameriketean, Asian nahiz Afrikan). Nonahi dago, eta inork ezin du azaldu nola hedatu den hainbeste. Baina, zer esan nahi du zehazki “populismo” hitzak? Ba al dago, benetan, munduko demokraziak arriskuan jar ditzakeen “mehatxu populistarik”?

Azken hauteskunde europarretan aurrerakada handia izan dute populista deituriko mugimendu politikoek. Geroztik, luze eta zabal hitz egin da fenomeno soziopolitiko honen nondik norakoaz. Harridura eta berebiziko kezka eragin ditu Kontinente zaharrea. Bi eratako erreakzioak eragin ditu, batik bat. Batzuei harrigarria gertatzen zaie, atzerapauso itxuragabea bai politikoki bai intelektualki. Eta mehatxatzen gaituzten arrisku larriez ohartarazten digute. Beste batzuek, aldiz, abagunetzat hartzen dute mugimendu hau; herriaren eta eliteen arteko oposizioa indarberritzeko baliagarria

delakoan daude. Askatasun eta justiziazko oldar osasungarria iruditzen zaie, zenbait pribilegiatuk ostutako boterea berreskuratzeko egokieratzat jotzen baitute.

Pierre Rosanvallon soziologo eta intelektual frantziar ezagunak beste ikuspegi batek aztertzen du joera berria bere *Le siècle du populisme* saiakera bikainean: gainerako azterketa guztiei falta zaien teoria politikoa lantzen du, historian kokatuz eta kritikatzuz. Serioski hartzen du, eta bere espezifikotasunari behatzen dio, ez baita zinez hausnartua izan. Populismoa ez da epifenomeno edo gorabehera soil bat demokrazia liberaren garaipenezko ibilbidean; politika ulertu eta praktikatzeko era berri bat esan nahi du “*culture politique originale*”. Rosanvallon ez da populismoaren aldekoa, baina seriotasunez hartu beharreko proposamen politikoa dela iruditzen zaio. Gertaera politikoen bilakaera ikusita, ez da gehiegikeria esatea “populismoaren mendean” bizi garela.

Populismoari aurre egiteko, ezagutu egin behar da aurrea; zer den eta nola jarduten duen jakin behar da lehenik. Populismoa –Marxek adierazi zuenez– ezarritako erregimen demokratikoaren porrotaren sintoma

eta itxaropen berri baten adierazpena da, aldi berean. Desilusio demokratikoaren, desberdintasun ikaragarrien, zokoratuen eta ikusezinen munduaren adierazgarri da. Kritika populistan eta hark eragindako itxaropenean badago egiazkoa den zerbait. Ez da gutxietsi behar, hortaz. Rosanvallonen iritziz, ideologia koherente bat da, demokraziaren ikuspegi indartsu eta erakargarria. Populismoa, demokrazia desilusionatuen *enfant terrible*, berau altxa dezakeen legamia izan daiteke.

Esan beharra dago aztergai korapilatsua dela. Joera politiko oso desberdinak nahasten baitira hor. Europako erdialdean eta iparraldean eskuin mutur xenoboia nabarmendu da gehienbat (Erresuma Batuan UKIP), eta hegoaldean, ezker mutur erradikala (Grezian Syriza eta Espainian Podemos). Populismo guztiak ez dira berdinak. Donald Trump eta Jean-Luc Mélenchon elkarrengandik urrun daude. Baina, nahiz eta batzuk eskuinekoak izan eta ezkerrekoak besteak, guztiek dituzte ezaugarri komun batzuk: alderdi tradizionaletik mesfidantza, klase politikoarekiko arbuioa, ordezkatzeko gaituen sistema demokratikoarekiko mespretxua, nazionalismoa eta halako antieuropeismo lauso bat... Alde horretatik, Europaren egonkortasuna astindu duen lurrikara moduko bat izan da populismoen gorakada (*"révolutionne la politique du XXIe siècle"*, dio Rosanvallonek).

Espainian, harrigarria izan da Podemos mugimendu berriaren ezusteko arrakasta. Pablo Iglesias lider karismatikoaren buruzagitzapean, herritar askoren ondoeza eta amorrazioa azaleratzen jakin du. Ilusioa piztu du hainbat talde eta sektoretan. Antagonismo sinple batean oinarritzen da haren

mezua: "la casta" da etsaia. Elite politiko eta ekonomikoa, alde batean; eta jendea, bestean. Sistemak huts egin duela dio, eta hutsetik abiatu beharra dagoela. Aldaketa ez, haustura eragin behar da. "Zerua ezustean eraso". Oraingo Podemos, baina, ez da hasieran ematen zuena. Alderdi neurritsuagoa bihurtu da, eta sozialistekin gobernatzen du koalizioan.

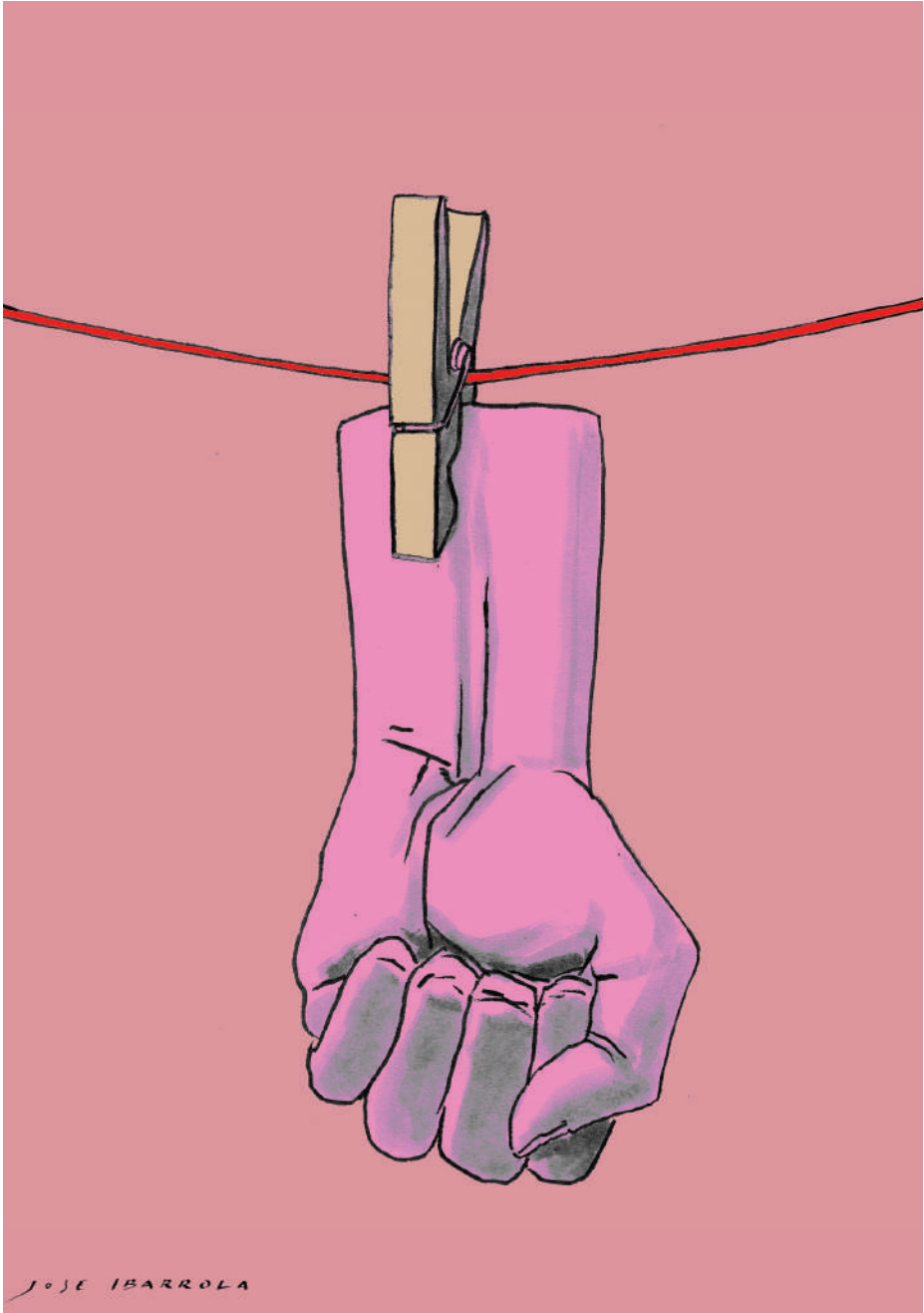
Hil berria den Ernesto Laclau filosofo post-marxista izan da ezkerreko populismoaren teoriko nagusia. Pentsalari argentinarrak esanahi oso bestelakoa eman dio hitzari. "Klase borroka" kontzeptua aldatu beharra dagoela adierazi du. Gizartean era askotako antagonismoak daude, eta ezin daitezke klase zapalkuntza hutsera murriztu. Eskakizun demokratiko eta popular desberdinak artikulatzeko, "populista" terminoa proposatu du: Herria eliteen aurka, populua bloke menderatzailearen kontra. Herria da subjektu berria, ez langile klasea.

Era horretan, Ernesto Laclauk zentzu guztiz positiboa eman dio populismoari. Badaki ez dela batere ortodoxoa ez ikuspuntu liberal demokratikotik ez marxistatik, baina "etsai komunaren kontra askotariko aldarrikapenak artikulatzeko" modurik onena irizten dio. Haren defentsan idatzi ditu *Hegemonia eta estrategia sozialista* eta *Arrazoi populista* izeneko saiakerak. Laclauk esplizituki babestu ditu "XXI. mendeko populismoak" (Venezuela, Argentina, Bolivia, Ecuador). Hego amerikako erregimen ezkertiarrek goraiatu ditu eta, azkenaldian, kirchnerismoarekin konprometitu da politikoki.

Populismoaren arazo nagusia bere sinpletasuna dela idatzi du J. M. Ruiz Soroa billbota-

rrak. Grinen eta emozioen mobilizazio etengabea oinarritzen da. Sinplea da demokraziari buruzko analisisian, sintomak kausatzat hartzen baititu. Sinplekerian erortzen da, hartara: sistemak du erru guztia. Soiltasuna, baita ere, lantzen dituen sentimenduetan: haserrea, amorrazioa, galtzaileekiko atxikitasuna, herri borroka. Arazo konplexuentzat irtenbide errazak eskaintzen ditu. "Herria" idealizatu ohi du, eta demokrazia liberala arbuaiatu. Herri subiranotasuna, Konstituzioaren eta erakunde politikoen aurka.

Demokrazia gaixo dagoenean edo huts egiten duenean, sortu eta hazten da populismoa. Ez da lan erraza, baina haren alternatiba izan daitekeenaren lerro nagusiak marrazten ditu Pierre Rosanvallonek: "demokrazia interaktiboa", "errepresentazio narratiboa", etab. Azken batean, demokrazia aurreratua eta justizia soziala dira erremedio nagusiak. Populismoan demokrazia birfundatzeko aukera ikusten du frantziar historialariak. Bere burua kritikatu eta berrasmatu beharra dauka demokraziak.



DA NORD A SUD, LA SCOMMESSA DELLA LEGA “SOVRANISTA” DI MATTEO SALVINI

ANDREA MICCICHÈ

Qualche giorno fa, in Sicilia, ha destato scalpore la decisione del Presidente della Regione Siciliana Nello Musumeci di attribuire l'assessorato ai Beni culturali e all'Identità Siciliana ad un esponente locale della Lega, Alberto Samonà. Una mossa che ha provocato forte indignazione in una parte dell'opinione pubblica regionale, mobilitatasi attraverso i social media e con una petizione online che ha raccolto l'adesione di ben 25 mila cittadini. L'identità padana e anti meridionale del leghismo, associata al patrimonio culturale siciliano, è apparsa a molti una sorta di oltraggio, un intollerabile paradosso, il simbolo di un cedimento ulteriore della politica regionale a tatticismi e interessi inconciliabili con quelli dell'isola. Oltre ai comprensibili aspetti simbolici, di cui scriveremo in seguito, la presenza della Lega nella maggioranza di governo nell'isola appare debolmente legittimata per via dell'operazione trasformista che ha consentito la formazione di un suo gruppo parlamentare all'Assemblea Regionale Siciliana. I rappresentanti leghisti sono stati eletti in altre liste di centro destra, prontamente abbandonate nel gennaio 2020 dopo che negli ultimi due anni la Lega ha mietuto successi su scala nazionale ed europea. In questo senso, anche il curriculum del neo assessore leghista appare coerente al profilo politico complessivo del governo regionale di centro-destra. Samonà è un giornalista professionista, con una consolidata frequenza negli ambienti della destra palermitana, nonostante un recente passato tra i 5 Stelle, ed è un uomo vicino al Presidente Musumeci, anche lui con le stesse origini nel Movimento Sociale Italiano (il partito neo fascista fondato nel 1946 dai reduci della collaborazionista Repubblica Sociale Italiana, dalle cui ceneri nel 1993 è sorta Alleanza Nazionale). Questi passaggi si leggono meglio, dunque, facendo riferimento al processo di ricollocazione che la destra italiana ha vissuto negli ultimissimi anni, con una Lega che ha raccolto un crescente consenso in Sicilia e più in generale nel Meridione. Alle elezioni politiche del 2018 ha eletto due deputati nell'isola e ottenuto più di 110 mila voti, pari a poco più del 5%. Il vero exploit si è avuto, però, alle elezioni europee di maggio 2019, quando la Lega ha raccolto in Sicilia quasi 320 mila voti, pari al 20,77%, e ha ottenuto complessivamente 455 mila voti (22,42%) nella circoscrizione insulare (che includeva anche la Sardegna), piazzandosi al secondo posto dietro al Movimento 5 Stelle ed eleggendo due europarlamentari. Come se non bastasse, Matteo Salvini ha ottenuto 244 mila preferenze nella circoscrizione, ed è stato di gran lunga il più

votato tra i candidati, surclassando Silvio Berlusconi (con 90 mila preferenze) e la sua Forza Italia (17% e un seggio nella circoscrizione), che qui hanno sempre avuto una tradizionale roccaforte. Un successo senza precedenti, insperato nelle dimensioni e che ha avuto esiti ancor più sorprendenti nel resto del Sud Italia (Campania, Calabria, Puglia, Basilicata, Abruzzo e Molise), dove la Lega ha conseguito 1.597.982 voti pari a al 29,16%, piazzandosi addirittura al primo posto. Un successo replicato, seppur in forme più contenute, nelle elezioni regionali in Calabria del 26 gennaio 2020, con una Lega in grado di ottenere il 12,2% ed eleggere 4 consiglieri, poco al di sotto di Forza Italia (12,3% e 5 consiglieri), partito a cui appartiene la Presidente della Regione Jole Santelli. Anche qui la Lega è entrata nella giunta regionale con un giornalista di destra, Nino Spirli, fervente cattolico, passato da Forza Italia e da Fratelli d'Italia (la forza politica di destra guidata da Giorgia Meloni, erede di Alleanza Nazionale) e a cui è stata attribuito l'assessorato alla Cultura, Commercio, Artigianato e Legalità.

Risultati che dimostrano, al di là delle polemiche, che la Lega non è più solo un partito territoriale che si identifica con gli interessi del Nord produttivo, descritto in opposizione a un Sud clientelare e assistito, ma è oggi un soggetto politico di ambito nazionale che prova, con alterni successi, ad ampliare il proprio raggio d'azione e il suo discorso pubblico. Un processo iniziato nel 2013 con la segreteria di Matteo Salvini e con un profondo rinnovamento del partito in termini di leadership, di classe dirigente e di linea politica. Ma andiamo con ordine.

Cronaca di un partito di lunga durata

La Lega è attualmente il più "antico partito" presente in Parlamento, capace di attraversare quasi 40 anni di storia italiana, di superare crisi politiche, istituzionali ed economiche, riuscendo, con alterne fortune, ad adattarsi alle diverse congiunture. Nasce ufficialmente nel 1991 riunendo alcuni movimenti autonomistici sorti negli anni Ottanta, tra cui la Lega Lombarda – che aveva già eletto i primi rappresentanti nel Parlamento italiano (1987) ed europeo (1989)– e la Lega Veneta. Con la guida di Umberto Bossi, il partito esprime una piattaforma autonomista-federalista e si fa portatore di una forte critica al sistema dei partiti, che ben si adatta al clima e al dibattito pubblico degli anni di Tangentopoli, quando le inchieste giudiziarie travolgono la Democrazia Cristiana, il Partito Socialista e i partiti minori di governo (liberali, socialdemocratici e repubblicani). Alle elezioni del 1992 la Lega ottiene 3.369.012 voti (8,65%) ed elegge 55 parlamentari, ma nella circoscrizione di Milano è il primo partito (conquista il 23% in Lombardia e il 18% in Veneto) e un anno dopo, alle elezioni comunali, riesce perfino ad eleggere il sindaco del capoluogo lombardo, già roccaforte socialista e città simbolo della cultura democratica italiana (di Milano si dice che è la capitale morale del Paese). Un exploit per un partito federalista, autonomista, anti meridionalista che, nell'analisi di Ilvo Diamanti (Meridiana, n. 16, 1993), si presentava come "un imprenditore della crisi del sistema politico" in grado di reinterpretare antiche e sopite contraddizioni della società italiana: "il contrasto centro-periferia, fra Nord e Sud, fra privato e pubblico, fra società civile e partiti tradizionali", e di assorbire proficuamente "i mutamenti che hanno attraversato la società italiana e in particolare le aree periferiche del Nord".

Nel 1994 la Lega si allea con Forza Italia di Silvio Berlusconi (nel Polo delle Libertà), che a sua volta nel Sud è alleata con la destra post-fascista di Alleanza Nazionale (Polo del Buon Governo). Una fragile coalizione che ha in Silvio Berlusconi il suo baricentro e che governa pochi mesi, fino al dicembre del 1994, prima di entrare irrimediabilmente in crisi per i guai giudiziari del Presidente del Consiglio e per i continui dissapori interni. Sono questi gli anni della svolta secessionista della Lega Nord, che nel 1996 diventa "Lega Nord per l'Indipendenza della Padania" e l'anno successivo "inventa" un Parlamento del Nord con tanto di deputati eletti (229) organizzati in fazioni rappresentative delle diverse correnti ideologiche locali, inclusi i cosiddetti comunisti padani, creati per maggiore rappresentatività e guidati da un allora giovanissimo Matteo Salvini, scelto probabilmente per il suo look anticonformista (C. Gatti, 2019). Il partito si dota di un giornale (La Padania) e di una radio (Radio Padania Libera), che saranno un megafono del discorso pubblico leghista e un eccezionale contenitore degli umori e delle idiosincrasie dell'elettorato leghista. Viene creata anche una Guardia Nazionale Padana, che è oggetto di un'inchiesta della procura di Verona e di un processo conclusosi definitivamente solo nel 2017 con l'assoluzione delle "guardie padane" imputate. L'invenzione della nazione padana e le spinte indipendentiste subiscono un deciso rallentamento già a partire dal 1999, dopo le elezioni europee, che vedono la Lega perdere consensi (4,50%) rispetto alla precedente tornata (6,58%), ma soprattutto rispetto alle elezioni politiche del 1996 (10,07%). Dalle elezioni regionali del 2000 ricomincia il riavvicinamento al centrodestra che, un anno dopo, porta alla riedizione di un governo Berlusconi, che con alterne vicende e una crisi di governo nel 2005, giunge a fine legislatura. Anche se in termini elettorali, le elezioni politiche del 2001 fanno registrare una sonora sconfitta per la Lega Nord che ottiene solo il 3,94% dei voti ed elegge 47 deputati, esclusivamente nei collegi uninominali (dove i candidati erano appoggiati da tutta la coalizione). Inizia, però, anche una stagione di governo che culmina in provvedimenti importanti, anche dal punto di vista simbolico, come la legge Bossi-Fini e la cosiddetta "Devolution". La prima interveniva drasticamente sui fenomeni migratori, subordinando l'ingresso in Italia al possesso di un contratto di lavoro e trasformando l'immigrazione clandestina in un reato. La seconda, invece, era una riforma costituzionale in senso federalista, che avrebbe dovuto attribuire un certo numero di competenze (Scuola, sanità, polizia locale) alle Regioni, oltre a ridefinire composizione e prerogative del Senato, ma che venne bloccata dal referendum confermativo del 26 giugno 2006. In vista delle elezioni generali di quello stesso anno, la Lega attenua la sua tradizionale impronta anti meridionale e stringe un'alleanza con il Movimento per l'Autonomia di Raffaele Lombardo, un partito autonomista sorto in Sicilia nel 2005 prendendo a modello la stessa Lega e che, soprattutto in alcune aree, farà registrare risultati sorprendenti (lo stesso Lombardo diventerà Presidente della Regione Siciliana nel 2008) prima di dissolversi per i guai giudiziari del suo leader (con le imputazioni di concorso esterno in associazione mafiosa e voto di scambio, processi che sono ancora in corso). Un'alleanza degli autonomismi, che però si rivela elettoralmente poco redditizia per la Lega, che fa registrare un deludente 4,58% (G. Gatta, 2012).

Dopo la caduta del governo di centro sinistra guidato da Romano Prodi, nel 2008, si torna alle urne e la Lega contribuisce all'ennesima vittoria di Silvio Berlusconi, conquistando l'8,30%

dei voti ed eleggendo 60 deputati. Il partito di Bossi si impone anche in regioni importanti come Veneto e il Piemonte e, soprattutto, comincia a raccogliere consensi anche nelle regioni del centro Italia, storici feudi della sinistra. Tuttavia, questa fase si interrompe bruscamente in seguito alle dimissioni di Berlusconi, indebolito dalle frizioni interne alla coalizione, dai propri guai giudiziari e soprattutto dell'esplosione della crisi del debito pubblico. Nelle vicende della Lega, però, ha un peso sicuramente maggiore l'inchiesta che tocca Umberto Bossi nel 2012, accusato, insieme ad alcuni suoi familiari e collaboratori, di truffa ai danni dello Stato in relazione all'utilizzo dei rimborsi elettorali. Uno scandalo che colpisce duramente un partito che aveva nel suo leader un riferimento indiscusso e indiscutibile e che, sin dagli anni Novanta, aveva fatto dell'invettiva "Roma ladrona", contro la corruzione del potere centralistico, uno dei fattori rilevanti del proprio successo in termini di comunicazione. La debolezza fisica di Bossi, già colpito da un ictus nel 2004, coincide con il declino della sua immagine politica, tanto da motivare una rivoluzione interna al partito, guidata in un primo momento da un leghista della prima ora, e Presidente della Regione Lombardia, come Roberto Maroni e poi da un giovane dirigente, ma anch'egli di lungo corso, come Matteo Salvini. Nel frattempo una serie di fattori interni e globali contribuiscono a creare le condizioni per una profonda mutazione del leghismo. Da una parte vi è la crisi economica con tutte le sue conseguenze sistemiche, incluse le pulsioni antipolitiche e antipartitiche che attraversano l'Occidente, mettendo in crisi sistemi politici di lunga durata (dalla Spagna alla Gran Bretagna, alla Francia); dall'altra, vi è la crisi del Popolo della Libertà (partito nato tra il 2007 e il 2009 dalla fusione di Forza Italia e di Alleanza Nazionale), con il graduale declino della leadership di Silvio Berlusconi e l'avanzata irresistibile del Movimento 5 Stelle, con la sua crescente domanda di cambiamento.

La Lega identitaria di Bossi, evoluzione di un discorso pubblico

In questi decenni la Lega ha proposto un'inedita identità politico-territoriale (prima le regioni, poi il Nord identificato con la Padania) costruita non su elementi etno-culturali, per quanto ci siano stati ripetuti tentativi in tal senso, ma piuttosto facendo riferimento a interessi economici concreti, storicamente minacciati da un nemico identificato di volta in volta con le regioni meridionali assistite e parassitarie, con lo Stato centrale dissipatore delle risorse prodotte nel Settentrione, e con i partiti, stigmatizzati in quanto simboli dell'inadeguatezza della

La Liga identitaria de Bossi, evolución de un discurso público

En estos decenios, la Liga ha propuesto una inédita identidad político-territorial (primero, las regiones; luego el Norte identificado con la Padania) construida, no sobre elementos étnico-culturales, por más que haya habido reiterados intentos en este sentido, sino más bien refiriéndose a intereses económicos concretos, históricamente amenazados por un enemigo, identificado, de vez en cuando, con las regiones del Sur asistidas y parasitarias, con el Estado central malversador de los recursos producidos en el Norte, y con los partidos, estigmatizados como símbolos de la

politica. Una comunità di interessi concreti, di rivendicazioni fiscali, di risorse prodotte e reclamate, che ha politicizzato con successo stereotipi diffusi sui meridionali –divenuti, come scrive Barcella (*Meridiana*, n.91, 2018), un “simbolo di abbruttimento, ignoranza, [...] disordine”–, facendone una rappresentazione di un’Italia patologica e inefficiente, antitetica ai valori del Nord produttivo e onesto. Sentimenti che hanno avuto maggior presa in territori che storicamente hanno conosciuto e subito l’emigrazione e in cui una parte dell’opinione pubblica ha finito con l’identificare la difesa delle culture locali con le paure legate alla perdita del benessere conquistato faticosamente. Domande e aspirazioni che divengono più forti in anni di crisi, e che trovano diretta espressione in una comunicazione strillata, in slogan come “Padroni a casa nostra” e “Roma Ladrona”, o in richieste altrettanto rituali, come quella di privilegiare i cittadini settentrionali nell’accesso ad alcune occupazioni (per esempio gli insegnanti), o ad alcuni servizi. Come ha fatto, solo per fare qualche esempio, il presidente della Provincia di Treviso Muraro, nel 2009, quando ha invitato la Confindustria locale ad assumere solo trevigiani e non meridionali, definiti peraltro “sanguisughe” (*Oggi Treviso*, 12 settembre 2009); o come l’allora deputato Matteo Salvini, quando ha proposto carrozze della metropolitana “per soli milanesi” (*La Repubblica*, 7 maggio 2009). Uno stile comunicativo e uno schema di azione che si applicano, ovviamente, anche agli extracomunitari, soprattutto quando l’antimeridionalismo subisce delle attenuazioni per ragioni di opportunità politica e quando la crescente attenzione dei

incongruenza de la política. Una comunidad de intereses concretos, de reivindicaciones fiscales, de recursos producidos y reclamados, que ha politizado con éxito estereotipos difundidos hacia los meridionales –convertidos, como escribe Barcella (*Meridiana*, n.91, 2018), en un “símbolo de embrutecimiento, ignorancia, [...] desorden”–, haciendo de él una representación de una Italia patológica e ineficiente, contraria a los valores del Norte productivo y honesto. Sentimientos que han tenido mayor incidencia en territorios que históricamente han conocido y sufrido la emigración y en los que una parte de la opinión pública ha terminado por identificar la defensa de las culturas locales con el temor a la pérdida del bienestar conquistado tan faticosamente. Preguntas y aspiraciones que se hacen más fuertes y reivindicativas en años de crisis, y que se expresan directamente en una comunicación provocativa, en lemas como “Amos en nuestra casa” y “Roma Ladrona”, o en peticiones igualmente rituales, como el favorecer a los ciudadanos del Norte el acceso a determinados empleos o servicios. Como ha hecho, sólo por citar algunos ejemplos, el presidente de la Provincia de Treviso Muraro, en 2009, cuando invitó a la industria local a contratar sólo a oriundos y no meridionales, denominados por lo demás “sanguijuelas” (*Oggi Treviso*, 12 de septiembre de 2009); o cuando, el entonces diputado Matteo Salvini, propuso vagones del metro “sólo para milaneses” (*La Repubblica*, 7 de mayo de 2009). Un estilo comunicativo y un esquema de acción que se aplican, obviamente, también a los extracomunitarios, sobre todo cuando el antimeridionalismo es atenuado por razones de oportunidad política y porque el creciente interés que muestran los medios de comunica-

media sui fenomeni migratori contribuisce a farne una delle fratture rilevanti del sistema politico nazionale.

D'altra parte, dal 2001 il tema immigrazione diviene un collante essenziale per l'identità flessibile e oscillante della Lega Nord, che contribuisce a spostare decisamente a destra un partito che in origine aveva raccolto molti consensi in uscita dal mondo democristiano in disfacimento, soprattutto in Veneto, tanto da far parlare di un "estremismo di centro" (P. Ignazi, 2003), estraneo alle tradizionali fratture del sistema politico italiano. Questo processo inizia a fine millennio, dopo la svolta indipendentista del 1996, quando, su alcuni temi concreti la Lega costruisce spazi di dialogo con la destra neofascista italiana. Nel 1998, per esempio, la Lega pubblica un pamphlet intitolato *Padania. Identità e società multiculturali*, che propone una ricostruzione complottista della società multiculturale e della globalizzazione. Nello stesso anno si impegna sul fronte immigrazione contro la nuova legge Turco-Napolitano approvata dal centro-sinistra, organizzando svariate iniziative (manifestazioni, raccolta firme per il referendum abrogativo, dibattiti) insieme a vari gruppi neo fascisti. Secondo Claudio Gatti (2019) questo spostamento a destra sarebbe anche il risultato di un'operazione di "entrismo" di militanti e dirigenti di chiara estrazione neo-nazista (il deputato Mario Borghezio ne sarebbe l'esponente più noto), iniziata già negli anni Ottanta e che gradualmente avrebbe cominciato a dare i suoi frutti.

Probabilmente, su questo più netto spostamento a destra ha più peso la nuova fase politica. La Lega Nord diventa una delle

con los fenómenos migratorios contribuye a hacer de él una de las razones para la división del sistema político nacional.

Por otra parte, desde 2001, el tema de la inmigración se ha convertido en un aglutinante esencial para la identidad flexible y oscilante de la Liga del Norte, que contribuye a desplazar directamente a la derecha a un partido que, en un principio, había recogido muchos consensos provenientes del mundo democristiano en decadencia, sobre todo en Véneto, hasta el punto de que se hablaba de un "extremismo de centro" (P. Ignazi, 2003), ajeno a las tradicionales fracturas del sistema político italiano. Este proceso comienza a finales del milenio, después del cambio independentista de 1996, cuando, sobre algunos temas concretos, la Liga construye espacios de diálogo con la derecha neofascista italiana. En 1998, por ejemplo, la Liga publica un panfleto llamado *Padania. Identidad y sociedad multiculturales*, que propone una reconstrucción de la sociedad multicultural y de la globalización. En el mismo año se compromete en el frente de la inmigración contra la nueva ley Turco-Napolitano, aprobada por el centro-izquierda; organiza diversas iniciativas (manifestaciones, recogida de firmas para el referéndum derogatorio, debates) junto a varios grupos neo fascistas. Según Claudio Gatti (2019), este cambio a la derecha sería también el resultado de una operación de "entrismo" de militantes y dirigentes de clara extracción neonazi (el diputado Mario Borghezio sería el exponente más conocido) que comenzó en los años 80 y que poco a poco iba a empezar a dar sus frutos.

Probablemente, la nueva fase política signifique un cambio más marcado a la derecha. La Liga Norte se convierte en uno de

componenti della Casa della Libertà che vince nettamente le elezioni del 2001 (ma, come già scritto, la Lega ha un risultato deludente), imponendosi soprattutto al Sud, in particolare in Sicilia dove la coalizione, trainata da Forza Italia, elegge addirittura 61 parlamentari su 61; ha un peso notevole anche la nuova situazione internazionale dopo i fatti dell'11 settembre 2001, con il tentativo tutt'altro che velleitario di far passare nell'opinione pubblica l'identificazione tra fenomeni migratori e l'ipotetica minaccia islamica in Europa. Ma vecchi e nuovi cavalli di battaglia si mescolano, alternandosi al pragmatismo di governo della Lega, che gli permette di far approvare la riforma costituzionale federalista tanto agognata (la già citata "Devolution") e di accettare, in sostanza, scelte di coalizione talvolta poco coerenti con il proprio discorso pubblico. Esempi sono l'approvazione della Costituzione europea del 2005 (anche se formalmente la Lega non vota a favore in Parlamento) o del Trattato di Lisbona del 2008 (in questo caso votando a favore), avvenuti con i leghisti al governo, nonostante l'atteggiamento perlopiù contestatario mantenuto nei confronti dell'UE, in nome, invece, di una ipotetica Europa dei popoli.

La Lega nazionale di Salvini, il nuovo corso

La rinnovata Lega di Matteo Salvini, dal 2013, si pone in parziale discontinuità con il discorso politico tradizionale del partito. Ne rielabora i contenuti in funzione dell'inedito contesto in cui si trova a operare, confermandosi ancora un ottimo "imprenditore politico della crisi". Sono numerosi i fattori che concorrono a mutare lo

los componentes de la Casa de la Libertad, que gana claramente las elecciones de 2001 (pero, como ya está escrito, la Liga tiene un resultado decepcionante), imponiéndose sobre todo en el Sur, en particular en Sicilia, donde la coalición, impulsada por Forza Italia, eligió a 61 diputados de un total de 61; la nueva situación internacional tras los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 tiene también una importancia considerable, con el intento, lejos de ser ingenuo, de hacer creer a la opinión pública que existe una relación entre fenómenos migratorios y la hipotética amenaza islámica en Europa. Pero viejos y nuevos caballos de batalla se mezclan, alternando con el pragmatismo de gobierno de la Liga, que le permite hacer aprobar la reforma constitucional federalista tan anhelada (la ya citada "Devolution") y aceptar, en esencia, opciones de coalición a veces poco coherentes con su discurso público. Algunos ejemplos son la aprobación de la Constitución Europea de 2005 (aunque formalmente la Liga no vota a favor en el Parlamento) o del Tratado de Lisboa de 2008 (en este caso votando a favor), con sus colegas del Gobierno, a pesar de la actitud más bien polémica mantenida con respecto a la UE, en nombre de una hipotética Europa de los pueblos.

Liga Nacional de Salvini, el nuevo curso

La renovada Liga de Matteo Salvini, de 2013, comienza a romper, aunque parcialmente, con el discurso político tradicional del partido. Sus contenidos se van reelaborando, de acuerdo con el nuevo contexto en el que actúa, y se confirma a sí mismo como un excelente "empresario político de la crisis". Existen numerosos factores que contribuyen a ese

scenario sociale e politico in questi anni: la persistente crisi economica in cui versano i Paesi occidentali; la ripresa impetuosa di sentimenti anti-partitici a distanza di quasi vent'anni dal crollo della cosiddetta Prima Repubblica; la nascita di nuovi soggetti politici, cosiddetti populistici, che, tra le altre cose, contestano radicalmente le classi dirigenti (la casta) e i partiti tradizionali, come Podemos in Spagna, i 5 Stelle in Italia o Syriza in Grecia. Hanno un peso anche le dimissioni del governo Berlusconi nel 2011, in seguito alla crisi del debito pubblico e alle pressanti richieste di risanamento del bilancio provenienti dalla BCE, a cui segue la nascita del governo tecnico di Mario Monti, che ricolloca la Lega Nord all'opposizione. In questo contesto si assiste anche al graduale, ma irreversibile, declino della leadership di Berlusconi e del Popolo della Libertà. Questo partito subisce una prima scissione nel 2010 con la nascita di Futuro e Libertà di Gianfranco Fini, e un'altra nel 2012 con la fondazione di Fratelli d'Italia, poi guidata da Giorgia Meloni. Questi rivolgimenti all'interno della destra italiana creano degli spazi inediti, tanto più interessanti se si considerano i contemporanei successi elettorali di forze come il Front National di Marine Le Pen o il Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ) di Heinz Christian Strache.

In questi anni e in questo particolare contesto, la Lega guidata da Matteo Salvini mette in secondo piano la sua identità territoriale e subnazionale a favore, invece, di un discorso nazionalista realmente inedito per questo partito. Una svolta "sovranista" che si rivela una condizione essenziale per conquistare consensi ben oltre le aree originarie

cambio in el escenario social y político de los últimos años: la persistente crisis económica en la que se encuentran los países occidentales; la recuperación impetuosa de los sentimientos antipartidistas casi veinte años después del colapso de la llamada Primera República; el surgimiento de nuevos sujetos políticos, llamados populistas, que, entre otras cosas, cuestionan radicalmente a las clases dirigentes (la casta) y los partidos tradicionales: Podemos en España, el Movimiento 5 Estrellas en Italia o Syriza en Grecia. Hay que considerar también la dimisión del gobierno de Berlusconi en 2011, tras la crisis de la deuda pública y las apremiantes solicitudes de consolidación presupuestaria del BCE, seguida del nacimiento del gobierno técnico de Mario Monti, que envía a la Liga del Norte a la oposición. En este contexto también hay una disminución gradual, pero irreversible, del liderazgo de Berlusconi y del Pueblo de la Libertad. Este partido se dividió por primera vez en 2010 con el nacimiento de Futuro y Libertad de Gianfranco Fini; y sufrió otra escisión en 2012 con la fundación de Fratelli d'Italia (Hermanos de Italia), luego dirigida por Giorgia Meloni. Estos cambios dentro de la derecha italiana crean espacios sin precedentes, aún más interesantes si consideramos los éxitos electorales contemporáneos de fuerzas como el Frente Nacional de Marine Le Pen o Freiheitliche Partei Österreichs de Heinz Christian Strache (FPÖ).

En estos años y en este contexto particular, la Liga dirigida por Matteo Salvini deja en segundo plano su identidad territorial y subnacional, a favor, en cambio, de un discurso nacionalista verdaderamente inedito para este partido. Un giro "soberanista" que se revela como una condición esencial para lograr consensos mucho más allá de las áreas originales

del Nord e per proporsi come partito di ambito nazionale in grado di competere per la leadership del centro destra e per il governo del Paese. Per far ciò Salvini non inventa nulla, ma riutilizza linguaggi e temi consolidati modificandoli in funzione dei nuovi obiettivi. L'enfasi sulla questione migratoria e la sua criminalizzazione, da questo punto di vista, è emblematica. "Prima il Nord" lascia il posto allo slogan "Prima gli italiani", divenendo parte essenziale di un discorso politico che individua nella nazione la nuova dimensione comunitaria minacciata da nemici esterni e che sposta il conflitto dal livello subnazionale a quello globale. I nemici, in fondo, sono quelli di sempre: gli immigrati (identificati con criminalità e terrorismo) che "invadono il Paese", l'Europa dei poteri forti, l'euro che espropria il Paese della propria sovranità e penalizza l'economia italiana, la finanza internazionale che specula sugli andamenti delle economie nazionali, l'Islam incompatibile con i valori occidentali. Tutti temi che si tengono l'uno con l'altro proponendo un'interpretazione complottista dell'economia, della politica, e financo della storia, che raccoglie dal web molte suggestioni, anche le più inverosimili, amplificandole e diffondendole ulteriormente. Basti pensare ai riferimenti leghisti al cosiddetto "Piano Kalergi", alla sostituzione etnica o "al genocidio delle popolazioni che abitano l'Italia da qualche secolo e che qualcuno vorrebbe soppiantare con decine di migliaia di persone che arrivano da altre parti del mondo" (Linkiesta, 28 settembre 2015), come sostenuto da Salvini il 15 agosto 2015 dai microfoni di Rai News 24. In questo senso, sono altrettanto significativi i reiterati attacchi alla figura del finanziere George Soros,

del Norte y para proponerse como un partido nacional capaz de competir por el liderazgo de la centroderecha y por el gobierno del país. Para ello, Salvini no inventa nada, sino que reutiliza lenguajes y temas consolidados, modificándolos de acuerdo a los nuevos objetivos. El énfasis en el tema de la migración y su criminalización, desde este punto de vista, es emblemático. "Primero el Norte" da paso al lema "Primero los italianos", convirtiéndose en una parte esencial de un discurso político que identifica a la nación con la nueva dimensión comunitaria, amenazada por enemigos exteriores y que desplaza el conflicto del nivel subnacional al global. En el fondo, los enemigos son los mismos de siempre: los inmigrantes (identificados con el crimen y el terrorismo) que "invaden el país", la Europa de las potencias fuertes, el euro que expropia al país de su soberanía y penaliza la economía italiana, finanzas internacionales que especulan sobre las tendencias de las economías nacionales, el Islam, incompatible con los valores occidentales. Todos los temas que se sostienen entre sí al proponer una interpretación de la conspiración de la economía, la política e incluso la historia, que recoge muchas sugerencias de la web, incluso las más improbables, amplificándolas y difundíendolas aún más. Solo piénsese en las referencias de la Liga del Norte al llamado "Plan Kalergi", la sustitución étnica o "el genocidio de las poblaciones que han habitado Italia durante algunos siglos y que alguien quisiera suplantarse con decenas de miles de personas que llegan de otras partes del mundo" (Linkiesta, 28 de septiembre de 2015), según lo respaldado por Salvini el 15 de agosto de 2015 desde los micrófonos de Rai News 24. En este sentido, son igualmente significativos los repetidos ataques a la

accusato di condizionare la politica italiana attraverso occulte manovre speculative e indicato come finanziatore delle ONG che soccorrono i migranti nel Mediterraneo, non per ragioni umanitarie, ma per contribuire all'invasione di massa dell'Europa, o allo scopo di creare una società aperta, senza confini, in cui siano liberalizzate le droghe, sia abolita la famiglia tradizionale e le differenze di genere, come affermato dallo stesso Salvini il 6 gennaio 2018, durante l'ultima campagna elettorale per le elezioni politiche (<https://www.facebook.com/watch/?v=10155399265928155>). Su un altro piano, ma con evidenti punti di contatto, va collocata la critica radicale alla costruzione europea, all'euro e alle politiche migratorie europee. Per quanto su questi temi siano frequenti le oscillazioni tra affermazioni radicali, e più modeste rassicurazioni rivolte alle istituzioni europee, talvolta nell'arco di una sola giornata. Come è avvenuto qualche mese fa, alla metà di febbraio del 2020, quando Salvini ha rilanciato l'ipotesi di una *Italexit* nel corso di una diretta facebook, mentre nelle stesse ore il numero due della Lega Giorgetti escludeva che l'uscita dall'Europa fosse un obiettivo politico del partito, invocando piuttosto cambiamenti e riforme all'interno dell'UE (*La Repubblica*, 15 febbraio 2020). D'altra parte, anche le insistenti e ripetute invettive contro le politiche europee sull'immigrazione confliggono evidentemente con il concreto impegno parlamentare di un partito che, con i suoi rappresentanti, non ha partecipato a nessuna delle riunioni di negoziato sulla riforma degli accordi di Dublino, come denunciato dall'eurodeputata Elly Schlein (*La Repubblica*, 13 giugno 2018).

figura del finanziere George Soros, accusato di condizionare la politica italiana a través de maniobras especulativas ocultas, como financiador de ONGs que ayudan a los migrantes en el Mediterráneo, no por razones humanitarias, sino para fomentar la invasión masiva de Europa, o para crear una sociedad abierta y sin fronteras en la que las drogas se liberalicen o se abolan. Diferencias familiares y de género tradicionales, como lo declaró el propio Salvini el 6 de enero de 2018, durante la última campaña electoral para elecciones políticas (<https://www.facebook.com/watch/?v=10155399265928155>). En otro nivel debe ser considerada, aunque hay puntos afines, la crítica radical de la construcción europea, el euro y las políticas migratorias europeas. Aunque la contradicción entre declaraciones radicales y garantías más modestas para las instituciones europeas sea frecuente, en estos temas, a veces el cambio es perceptible en un solo día. Como sucedió hace unos meses, a mediados de febrero de 2020, cuando Salvini planteó la hipótesis de un *Italexit* durante un Facebook en vivo, mientras que en las mismas horas el número dos de la Liga, Giorgetti, excluía que la salida de Europa fuera un objetivo político del partido, y, además, pedía cambios y reformas dentro de la UE (*La Repubblica*, 15 de febrero de 2020). Por otra parte, también las reiteradas e insistentes invectivas contra las políticas europeas de inmigración entran evidentemente en conflicto con el compromiso parlamentario concreto de un partido que, junto con sus representantes, no participó en ninguna de las reuniones de negociación sobre la reforma de los Acuerdos de Dublín, como denunció la eurodiputada Elly Schlein (*La Repubblica*, 13 de junio de 2018).

Su questi temi e con questo bagaglio, anche di ambiguità, la Lega ha costruito una relazione forte con le formazioni della destra –dalle già citate Rassemblement national (RN) e Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ), al Vlaams Belang (VB), al Alternative für Deutschland (AfD)– con cui ha costituito il gruppo parlamentare europeo Identity and Democracy. Così come ha stretto relazioni con Steve Bannon, l'ex consigliere strategico di Donald Trump, con il primo ministro ungherese Victor Orban e soprattutto con la Russia di Victor Putin, relazione quest'ultima che ha avuto strascichi giudiziari per l'accusa di finanziamenti occulti alla Lega provenienti da Mosca (*L'Espresso*, 11 ottobre 2019). Si è passati, dunque, dalla tradizionale fascinazione per l'indipendenza catalana, mai troppo ricambiata a dire il vero, affermata a più riprese e frequentemente con manifestazioni plateali –come quando nel 2013, in occasione della Diada, tutti i deputati leghisti si presentarono in Parlamento con una Estelada stampata sulla maglietta (*Le Foto del Corriere*, 11 Settembre 2013)– ai recentissimi tweet di soddisfazione per i successi elettorali di Santiago Abascal e della destra nazionalista spagnola di Vox (*El Periódico*, 27 aprile 2019). D'altra parte, anche su questioni come i diritti civili o la religiosità, la svolta conservatrice della Lega in questi anni non poteva essere più radicale, anche qui con manifestazioni esteriori sorprendenti, come la recente abitudine di Salvini di mostrare e baciare il rosario o di pregare in pubblico, persino in diretta tv (*La Stampa*, 30 marzo 2020). Un inedito afflato religioso che si rivolge in particolare a quegli ambienti del cattolicesimo più tradizionalisti e

Sobre estos temas y con este equipaje, también de ambigüedad, la Liga ha construido una fuerte relación con las formaciones de la derecha, desde los mencionados Rassemblement national (RN) y Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ), Vlaams Belang (VB), Alternative für Deutschland (AfD) –con la que formó el grupo parlamentario europeo Identidad y Democracia–. También mantiene relaciones con Steve Bannon, el ex asesor estratégico de Donald Trump, con el primer ministro húngaro Victor Orban y, sobre todo, con la Rusia de Victor Putin, la última relación que ha tenido consecuencias judiciales por la acusación de financiación oculta a la Liga desde Moscú (*L'Espresso*, 11 de octubre de 2019). Por lo tanto, hemos pasado de la tradicional fascinación por la independencia catalana, nunca demasiado recíproca a decir la verdad, afirmada en varias ocasiones y, con frecuencia, por medio de manifestaciones atrevidas, como cuando en 2013, con motivo de la Diada, todos los diputados de la Liga se presentaron en Parlamento con una *Estelada* impresa en la camiseta (*Le Foto del Corriere*, 11 de septiembre de 2013), a los recientes tweets de satisfacción con los éxitos electorales de Santiago Abascal y el derecho nacionalista español de Vox (*El Periódico*, 27 de abril de 2019). Por otro lado, incluso en cuestiones como los derechos civiles o la religiosidad, el punto de inflexión conservador de la Liga en estos años no podría haber sido más radical, incluso aquí con sorprendentes manifestaciones externas, como la reciente costumbre de Salvini de mostrar y besar el rosario o rezar en público, incluso en televisión en vivo (*La Stampa*, 30 de marzo de 2020). Una demostración religiosa sin precedentes, que se dirige en particular a aquellas áreas del catolicismo que son más

più critici nei confronti del papato di Bergoglio, soprattutto in materia di accoglienza e di immigrazione (*Il Giornale*, 18 gennaio, 2019).

Si comprende come la svolta nazionalista e conservatrice della Lega di Matteo Salvini, pur partendo da temi e idiosincrasie già presenti nel passato recente del partito, abbia permesso a questo partito di rivolgersi a un elettorato molto più vasto ed eterogeneo del passato, superando i limiti territoriali di un partito regionalista. In ciò ha avuto un ruolo anche il grande investimento in comunicazione della nuova segreteria di Matteo Salvini, con la creazione di un gruppo di esperti (la cosiddetta "Bestia") guidati dal consulente di immagine Luca Morisi. La "Bestia", secondo un'inchiesta della giornalista Milena Gabanelli (*Corriere della Sera*, 20 ottobre 2019), occupa quotidianamente 35 esperti digitali, impegnati a raccontare 24 ore su 24 l'attività politica e la vita privata del leader leghista. Niente è lasciato al caso, la comunicazione privilegia temi divisivi (#finalapacchia, #prima gli italiani e #portichiusi), attacchi frontali agli avversari, immagini di vita familiare di Salvini, preferibilmente legati ai figli, o tocca quei temi che risultano più discussi nella rete (dalla musica, al calcio, al lancio di un nuovo prodotto, al fatto di cronaca, al semplice gossip). La diffusione dei messaggi, secondo il report della Gabanelli, è resa più rapida e capillare da una platea di ripetitori digitali (un migliaio circa), che rilancia la comunicazione sui propri social con un effetto moltiplicatore che fa lievitare in maniera esponenziale visualizzazioni, condivisioni e like. Una macchina che utilizza canali fiancheggiatori, sondaggi

tradionalistas y más críticas con el papado de Bergoglio, especialmente en los temas referidos a la recepción de extranjeros e inmigrantes (*Il Giornale*, 18 de enero de 2019).

Se comprende que el cambio nacionalista y conservador de la Liga de Mateo Salvini, aun partiendo de temas e idiosincrasias ya presentes en el pasado reciente del partido, haya permitido a este partido dirigirse a un electorado mucho más vasto y heterogéneo que en el pasado, superando los límites territoriales de un partido regionalista. En esto tuvo un papel crucial, también, la gran inversión en comunicación de la nueva secretaria de Mateo Salvini, con la creación de un grupo de expertos (la llamada "Bestia") guiados por el asesor de imagen Luca Morisi. La "Bestia", según una investigación de la periodista Milena Gabanelli (*Corriere della Sera*, 20 de octubre de 2019), ocupa diariamente a 35 expertos digitales, comprometidos a contar las 24 horas del día la actividad política y la vida privada del líder de la Liga. Nada se deja al azar, la comunicación favorece los temas divisivos (#finalapacchia, #before italianos y #portichiusi), ataques frontales a los oponentes, imágenes de la vida familiar de Salvini, preferentemente relacionadas con los niños; o toca los temas que más se discuten en la red (desde la música, el fútbol, el lanzamiento de un nuevo producto, a las noticias, al simple chisme). La difusión de mensajes, según el informe de Gabanelli, se hace más rápida y generalizada por una audiencia de repetidores digitales (alrededor de mil), que relanza la comunicación en sus redes sociales con un efecto multiplicador que aumenta exponencialmente puntos de vista, comparte y me gusta. Una máquina que utiliza canales paralelos, encuestas *ad hoc* y perfiles de admiradores para

ad hoc e profilatura dei fan anche per cogliere gli umori dell'opinione pubblica e farne la base per le proprie esternazioni. Un modello di comunicazione aggressivo e informale, insomma, che "parla alla pancia dell'elettorato" sfruttando debolezze, paure, aspirazioni diffuse in ampi settori della popolazione, offrendo al contempo spiegazioni, soluzioni, capri espiatori buoni ad ogni latitudine e in ogni strato sociale: che sia l'immigrato, Soros, l'Europa nelle sue diverse rappresentazioni (l'euro, il burocrate, la BCE, la Germania della Merkel ecc..) o la globalizzazione che annichilisce le identità nazionali e impoverisce i lavoratori (a prescindere da quello che facciano). Ed è proprio su alcuni di questi argomenti –l'euroscetticismo, la critica ai partiti tradizionali, la questione migratoria– che la Lega ha trovato alcuni spazi di intesa con il Movimento 5 Stelle, creando le basi per il governo di coalizione varato il primo giugno 2018 ed entrato in crisi nell'agosto del 2019, dopo appena un anno. Una conclusione inaspettata dovuta ad un vero e proprio azzardo di Salvini, che ha depositato una mozione di sfiducia contro il proprio governo, sperando in elezioni anticipate (dopo il trionfo delle Europee), non considerando però l'ipotesi, poi verificatasi, di un accordo di governo tra il Movimento 5 Stelle e il Partito Democratico. A dimostrazione che la pratica politica è cosa diversa da un tweet.

Una conclusione

La Lega appare oggi un partito nazionale, nazionalista e chiaramente collocato alla destra dello schieramento politico, che ha riutilizzato esperienze e contenuti del

percibir el estado de ánimo de la opinión pública y convertirla en la base de sus efusiones. En resumen, un modelo de comunicación agresivo e informal que "habla al vientre del electorado", explotando debilidades, miedos, aspiraciones, se extendió por grandes sectores de la población, al tiempo que ofrecía explicaciones, soluciones, chivos expiatorios, buenos en todas las latitudes y en todos los estratos sociales: ya sea el inmigrante, Soros, Europa en sus diversas representaciones (el euro, el burócrata, el BCE, la Alemania de Merkel, etc.) o la globalización que aniquila las identidades nacionales y empobrece a los trabajadores (independientemente de lo que hacen). Y es precisamente sobre algunos de estos temas, el euroescepticismo, las críticas a los partidos tradicionales, el tema de la migración, que la Liga ha encontrado algunas áreas de entendimiento con el Movimiento 5 Estrellas, creando la base para el gobierno de coalición lanzado el 1 de junio. 2018 y que entró en crisis en agosto de 2019, después de solo un año. Una conclusión inesperada debido a una apuesta real por parte de Salvini, quien presentó una moción de censura contra su gobierno, con la esperanza de la convocatoria de elecciones anticipadas (después del triunfo del Campeonato de Europa), sin considerar la hipótesis, que posteriormente ocurrió, de un acuerdo de gobierno entre el Movimiento 5 Estrellas y el Partido Demócrata. Lo que demuestra que la práctica política es diferente que escribir un tweet.

Una conclusión

La Liga aparece hoy como un partido nacional, nacionalista y claramente situado a la derecha de la alineación política, que ha reutilizado experiencias y contenidos del pasado

passato per elaborare un nuovo discorso pubblico capace di attrarre consensi in ampi strati della popolazione e, a quanto pare, in ogni area del Paese. Il suo radicamento nel Meridione del Paese, però, così decisivo per imporsi come partito egemone del centro-destra, dipenderà dall'efficacia della sua comunicazione e dall'emersione di una classe politica locale ancora esigua e volatile. Il caso siciliano è significativo in tal senso. Dei 4 deputati leghisti presenti all'Assemblea Regionale Siciliana (dal gennaio 2020, come già scritto) uno si è defilato quasi immediatamente per far ritorno all'Unione di Centro da cui giungeva, mentre gli altri tre sono politici di lungo corso provenienti da partiti di centro o da Forza Italia (o da entrambi), nessuno dei quali eletto con la Lega nel 2017. Dei due parlamentari nazionali della Lega eletti in Sicilia nel 2018, uno (anch'egli passato dalla Democrazia Cristiana, dall'Unione di Centro, dal Movimento per l'Autonomia) ha abbandonato il gruppo parlamentare leghista nel settembre del 2019. A livello locale, una parte di questa nuova classe dirigente leghista, proviene da partiti di centro e di destra, e potrebbe essere naturalmente attratta da un soggetto come Fratelli d'Italia, che programmaticamente ha molti punti di contatto con la Lega, ma non ha un passato anti meridionale da far dimenticare.

È difficile, dunque, fare ipotesi sulla buona riuscita del processo di ampliamento in atto nell'isola. Anche perché una delle chiavi dei successi della Lega nel Nord, in tutti questi anni, è stata la capacità di esprimere classi politiche locali, in grado di costruire consenso e di mantenerlo nel tempo. D'altra parte la Lega è l'unico partito in Italia che ha mantenuto una reale presenza sul terri-

para elaborar un nuevo discurso público capaz de atraer consensos en amplios sectores de la población y, aparentemente, en cada área del país. Su arraigo en el sur del país, sin embargo, tan decisivo para imponerse como partido hegemónico del centro-derecha, dependerá de la eficacia de su comunicación y de la aparición de una clase política local aún exigua y volátil. El caso siciliano es significativo en este sentido. De los 4 diputados de la Liga presentes en la Asamblea Regional Siciliana (desde enero de 2020, como ya se ha escrito) uno se ha ido casi inmediatamente para volver a la Unión de Centro de la que venía, mientras que los otros tres son políticos de larga experiencia provenientes de partidos de centro o de Forza Italia (o de ambos), ninguno de los cuales elegido con la Liga en 2017. De los dos parlamentarios nacionales de la Liga elegidos en Sicilia en 2018, uno (que también pasó por la Democrazia Cristiana, la Unión de Centro, el Movimiento por la Autonomía) abandonó el grupo parlamentario de Ligas en septiembre de 2019. A nivel local, una parte de esta nueva clase dirigente de la Liga, proviene de partidos de centro y derecha, y podría ser naturalmente atraído por un sujeto como Fratelli d'Italia, programáticamente tiene muchos puntos de contacto con la Liga, pero no tiene un pasado antimeridional, que necesita olvidar.

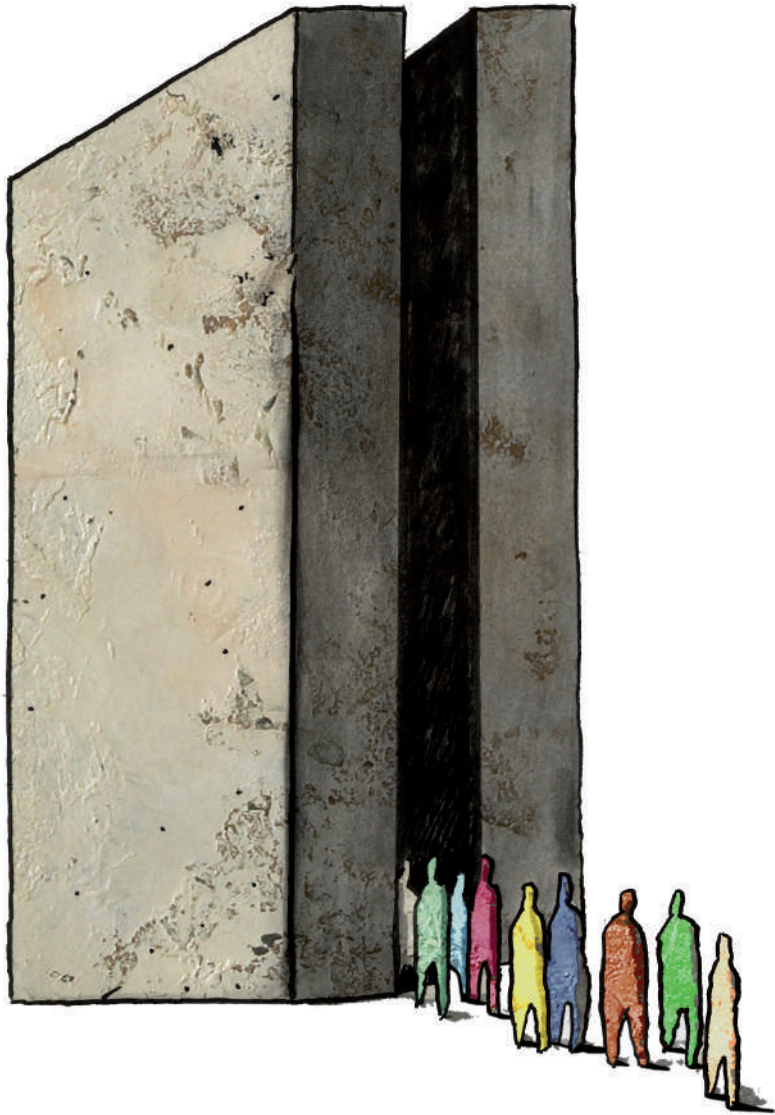
Por tanto, es difícil especular sobre el éxito del proceso de ampliación en la isla. También, porque una de las claves de los éxitos de la Liga en el Norte, en todos estos años, ha sido la capacidad de expresar clases políticas locales, capaces de construir consenso y de mantenerlo en el tiempo. Por otra parte, la Liga es el único partido en Italia que ha mantenido una presencia real en el territo-

torio, perlomeno al Nord, con una struttura organizzativa efficiente, seppur rigidamente subordinata alla sua leadership. Un aspetto importante, che in queste pagine non abbiamo potuto affrontare.

rio, al menos en el Norte, con una estructura organizativa eficaz, aunque rígidamente subordinada a su liderazgo. Un aspecto importante que no hemos podido abordar en estas páginas.

BIBLIOGRAFÍA

- BARCELLA P.: "Percorsi leghisti. Dall'antimeridionalismo alla xenofobia". *Meridiana*, No. 91, 2018.
- CAVAZZA S.: *L'invenzione della tradizione e la Lega Lombarda*, in A. Bonomi, P.P. Poggio, *Ethnos e Demos. Dal leghismo al neopopulismo*. Mimesis, 1995.
- GATTA G.: *Una Lega sotto la Padania, la razza nel discorso leghista lampedusano*, in, A. Curcio e M. Mellino, *La razza al lavoro*. Manifestolibri, 2012.
- GATTI C.: *I demoni di Salvini*. Chiare Lettere, 2019.
- DEL PALACIO MARTÍN J.: "La nueva Lega Nord", *Cuadernos de Pensamiento Político*, n. 46, 2015.
- DIAMANTI I.: "La Lega, imprenditore politico della crisi. Origini, crescita e successo delle leghe autonomiste in Italia", *Meridiana*, n. 16, 1993.
- ESCOBAR R.: "La battaglia della Lega" *Il Mulino*, n.4, 1999
- IGNAZI P.: *Extreme Right Parties in Western Europe*. Oxford University Press, 2003.
- PASSARELLI G., TUORTO D.: *La Lega di Salvini. Estrema destra di governo*. Il Mulino, 2018.



LOS ORÍGENES DE LA EXTREMA DERECHA EN EUROPA: LOS CASOS DE ITALIA Y FRANCIA

AITOR AURREKOETXEA

Una aclaración terminológica imprescindible

Cuando nos referimos a la extrema derecha debemos intentar acotar su significado, para no perdernos en la amalgama de expresiones dispersas que se designan con un mismo término, pero que en última instancia remiten a realidades políticas, no ya disímiles, sino en ocasiones claramente contrapuestas. Por supuesto, en este trabajo no se hará referencia al empleo habitual del término como un insulto de carácter oprobioso, para casi siempre asimilar al enemigo político con lo peor de la condición humana.

Así, atendiendo a su genealogía, podemos decir que el espacio que denominamos extrema derecha se delimitó históricamente como aquella posición política que a lo largo del siglo XIX se postuló abiertamente contra los dos tipos de materialismos conocidos; a saber, el de corte marxista rechazado por su internacionalismo antipatriótico, y el de corte burgués rechazado por su idolatría del dinero y su mercantilización de la vida y de las costumbres, y por tanto contrario a la vía del espíritu.

Fue Joseph de Maistre, máximo representante del pensamiento antimoderno, quien afirmó, tras los sucesos acaecidos en Francia en 1789, que la ruptura con la tradición era intrínsecamente perversa y que la revolución en sí misma suponía una involución moral sin precedentes, al considerar que sólo la ley natural y el modelo conocido como cesaropapismo podían garantizar la vida buena y ordenada de las gentes. Esta defensa de un orden preexistente, opuesto a las ideas ilustradas y laicistas, se mostrará desde sus comienzos claramente enfrentada a la democracia liberal, que al subvertir-invertir “el orden natural de las cosas”, acabó trayendo la decadencia que finiquitó el mundo de jerarquía y certidumbre del *Ancien Régime* que sus partidarios defendían ardientemente.

De este modo, debemos entender que la matriz de lo que hoy día llamaremos extrema derecha se encuentra en el odio acérrimo de individuos de extracción social diferente hacia el mundo moderno y sus cambios. Después, y como consecuencia de todo ello, la “avanzadilla” intelectual de estos sectores rabiosamente antimodernos, buscó un nuevo centro de gravedad

que compaginara su contemporaneidad con el pasado, una suerte de palingénesis que funcionará a modo de continuidad histórica, rescatando *lo mejor* de la tradición que la modernidad pretendería demoler.

Una taxonomía posible de la extrema derecha europea actual

En la actualidad, tal y como hemos señalado, la atomización de los fenómenos de extrema derecha en el contexto europeo occidental –EEUU, Latinoamérica y Europa del Este merecen un capítulo aparte– hace muy difícil establecer una taxonomía coherente de lo que la extrema derecha a día de hoy es. No obstante, antes de analizar en detalle el fenómeno de los orígenes de la extrema derecha en Italia y Francia, que son los lugares donde se fraguan los elementos que harán posible hablar de extrema derecha *estricto sensu*, esbozaremos algunas ideas generales que están presentes en todos estos fenómenos en su conjunto y recogeremos algunas otras ideas que son más bien características particulares de algunos de estos movimientos en su especificidad nacional o incluso geopolítica.

Así, casi todos los “movimientos nacionales” a los que convenimos de un modo confuso en denominar de “extrema derecha” pueden ser clasificados en uno de estos tres tipos:

1. Derecha pura o paradigmática

Estos fenómenos son en el marco geográfico europeo profundamente euroescépticos, es decir, enemigos de la idea de Europa como ente que trasciende los estados nación. Estos grupos se niegan a la cesión de soberanía que el proyecto de construcción europeo trae implícito y que a su parecer llevan a cabo las élites socio-liberales y oligárquicas de sus respectivos países, con el objetivo confeso de acabar con las viejas naciones europeas. Estos grupos son refractarios a la entrega a ese supraente comunitario y burocrático que es la Unión Europea, de cuestiones que consideran capitales para la supervivencia de los estados, como, por ejemplo, la política monetaria y la política de fronteras e inmigración, por señalar tan sólo algunas de las más delicadas.

Estos grupos, a diferencia de lo que sucedía en los años 30 del siglo pasado, donde el antisemitismo estaba presente en la sociedad a la que pertenecían, son más islamóforos que racistas y su miedo a la islamización de Europa es una bandera que levantan con éxito, al punto de defender a Israel en su lucha por la supervivencia frente a los países árabes. En este sentido, estos movimientos tienden a equiparar al islamismo con el nazismo, alejándose de este modo de posiciones antisemitas que consideran equivocadas y deplorables.

En cuestiones sociales, estos partidos pueden incluso ser partidarios del matrimonio homosexual o de un cierto “viejo” feminismo, vinculado a la idea de igualdad entre los géneros, que garantice el desarrollo en sociedad de todas las personas del modo más justo posible. Son o suelen ser homologablemente democráticos (no pretender acabar con las instituciones, aunque las critiquen severamente), y su defensa de la nación herida

por la globalización les convierte más en movimientos *epocales* de carácter nacionalista que en fenómenos de extrema derecha, tal y como se les pretende presentar generalmente por parte de una cierta izquierda urgida de enemigos especulares. En esta posición nos encontramos con fenómenos como el *Partido del Progreso Noruego*, la ADF alemana, el *Partido de la Libertad* de Austria, el partido de la *Libertad Neerlandés* o posiciones cada vez más pragmáticas del reconvertido FN francés.

2. Partidos neofascistas o de extrema derecha dura

Son movimientos que tienen su anclaje en los partidos tradicionales de ultraderecha, que van adaptando su ideario de intransigencia y odio de siempre a las nuevas realidades de su entorno. Así, su nacionalismo exacerbado no constituye una defensa de lo propio, sin perjuicio de lo extraño, sino que su vindicación patológica de la nación étnica les convierte en peligrosos discípulos de los movimientos de corte totalitario que tanto dolor causaron en el siglo pasado.

Son abiertamente racistas (antisemitas, antigitanos y anti toda suerte de minorías raciales que se encuentren en sus lugares de intervención). Por lo general, se miran en el espejo del supremacismo blanco para contener lo que consideran la invasión de Europa. Son homófobos, anti atlantistas o abiertamente anti USA (donde curiosamente el supremacismo blanco es bastante popular), y en el terreno económico se presentan como proteccionistas acérrimos, cuando no aislacionistas puros o llanamente defensores de la autarquía más pedestre. Sus seguidores (los menos ideologizados) provienen muy principalmente de sectores severamente golpeados por las sucesivas crisis económicas y, en ocasiones, tienen una retórica y también una praxis “revolucionaria” concomitante con la extrema izquierda, como por ejemplo sucede con la puesta en funcionamiento de comedores sociales etc.; eso sí, en su caso sólo para los llamados “nacionales”. Todos ellos tienen además una visión conspiranoica del mundo (en esto también coinciden con lo que piensa la extrema izquierda) y creen tener una función mesiánica que cumplir, cual es la de salvar a la patria de la confabulación de poderes ocultos que conspiran en la sombra, para acabar con su mundo de ensoñación y delirio.

Algunos de los partidos que podríamos enmarcar en este segundo grupo son: *Amanecer Dorado* en Grecia, El PNB en el Reino Unido, El *Partido Nacional Demócrata* en Alemania, el *Jobbik* húngaro o la AN en España, por citar sólo algunos de los más cercanos y conocidos, aunque realmente conforman una inabarcable constelación de grupúsculos mutantes.

3. Partidos híbridos de la primera y segunda posición

En este apartado de la clasificación, para delimitar a qué llamamos extrema derecha, encontramos grupos y partidos europeos que fundamentalmente son conservadores en

lo ideológico y que reivindican el componente cristiano (católico, ortodoxo o anglicano) como una de sus señas de identidad más características. Estos fenómenos también se postulan como euroescépticos, al entender que la actual Unión Europea traiciona las raíces cristianas sobre las que se fundamenta la grandeza de las naciones de la vieja Europa.

También son partidos o movimientos que rechazan abiertamente la inmigración, más por motivos culturales e identitarios (incompatibilidad de costumbres principalmente) que por otras razones, aunque también es cierto que, cuando asoman periodos de crisis como la del 2008 o la que está por venir en este 2020, las cuestiones económicas saltan a la primera línea de sus reivindicaciones bajo slogans del tipo “los nacionales primero”. En este ramillete de partidos que hemos convenido en denominar híbridos o mixtos se encuentra el grueso del FN francés, el Partido Popular Danés, el Partido Popular Suizo, Demócratas de Suecia, Concentración Popular Ortodoxa Griega, VOX y también la vieja escisión del ala escéptica de los *torys* británicos que dio en llamarse UKIP, y que llegó a convertirse de la mano de Nigel Farage en fuerza mayoritaria en el Reino Unido, liderando de un modo demagógico y cínico el conocido *Brexit*, cuyas consecuencias han resultado ser nefastas para todos los europeos y, especialmente, para los ciudadanos británicos.

La extrema derecha en Italia

Para comprender verdaderamente lo que es la extrema derecha, conviene detenerse en el caso italiano, por ser este el principal referente sociopolítico de este conglomerado tras la Segunda Guerra Mundial. El caso francés merece también una mirada aparte, pues pese a tener algunas semejanzas visibles con lo sucedido en Italia (la pujanza del *resistencialismo*, la depuración...), carece de un elemento decisivo para entender su auge; a saber, la existencia previa de un régimen como el de B. Mussolini que en Italia estuvo más de 20 años en el poder.

Quizá sea el cineasta Roberto Rosellini quien, en su cinta *Roma cita aperta*, mejor dibuje el panorama de una Italia recién liberada, pero arrasada tanto en su orografía, como también devastada en su paisaje humano por su contrato moral con el fascismo.

El fascismo italiano supuso en los años 20 y 30 el fenómeno político moderno por definición del primer tercio del siglo XX (el socialismo y el comunismo provenían del siglo XIX). De modo que se puede afirmar que el fascismo italiano, además de un movimiento de renovación, supuso el aldabonazo de salida de un espacio sociopolítico que buscaba una respuesta distante por igual del capitalismo imperante en el mundo, como del socialismo implantado en Rusia desde 1917.

Cuando en 1922 Mussolini toma el poder y crea el Estado Italiano, concluye con la fase final del Resurgimiento iniciado por Garibaldi y Mazzini, consiguiendo la unidad de Italia y vertebrando por vez primera en la historia el fragmentado territorio de “la bota” europea.

El Estado fascista se convirtió en un modelo a imitar en toda Europa, por los movimientos identitarios y de carácter nacionalista o abiertamente pannacionalista surgidos en el continente en ese convulso momento¹.

El fascismo en el poder modeló un Estado, el de las corporaciones, que bajo el manto protector de la idea de "La patria eterna e inmortal" aunaba capital y trabajo en una sola sustancia, eliminando de un plumazo la lucha de clases, hasta entonces bandera inequívoca de las organizaciones de la clase obrera. El fascismo consiguió hasta su entrada en la guerra, al lado de las potencias del eje, un desarrollo extraordinario de Italia, que hizo que muchas gentes del país trasalpino que, en un principio habían estado recelosas o incluso habían sido hostiles al régimen del *Duce*, se posicionaran claramente a favor del fascismo.

Esta adhesión mayoritaria de los italianos, y pese a posteriores decepciones con el fascismo, constituye la clave de bóveda que nos hará entender por qué después de la implacable derrota en la guerra las brasas de ese espacio político resurgirán en Italia antes que en ningún otro sitio. Cabría añadir que la entente del fascismo italiano con la Alemania de Hitler fue una unión en la que la parte italiana jamás se sintió del todo cómoda con la ideología nacionalsocialista a la que, en el fondo, y pese a ser atrapado por ella, siempre consideró bárbara².

El modo en el que la guerra terminó deja en Italia una sensación de estar nuevamente dividida, entre quienes habían luchado junto a los partisanos (los menos) y quienes habían pertenecido a la mayoría silenciosa que había avalado a Mussolini. Por tanto, se puede decir que en Italia el nacionalismo que había sido el impulsor principal del fascismo, queda herido de muerte con la liberación del país por parte de las tropas aliadas. Es en ese preciso momento donde entre los perdedores se incuba el resentimiento que hará que poco, muy poco después, el primer fenómeno nacional-populista de la posguerra se desarrolle, dando origen a lo que hasta el día de hoy conocemos como extrema derecha.

La Italia de posguerra

Como acabamos de señalar, en Italia los mecanismos inmunológicos del antifascismo a nivel europeo no se producen del mismo modo que en el resto del continente, puesto que el recuerdo "en positivo" del régimen anterior sigue afectando a millones de italianos que se sienten humillados por el modo en que terminó la guerra y por el horrible final que tuvo Mussolini linchado en Milán, mientras su cadáver y el de su amante Claretta Petacci eran vejados de un modo cruel por partisanos de la brigada Garibaldi del PCI.

Para muchos de los que en el futuro no tendrán empacho en considerarse neofascistas, el recuerdo de esos hechos y el del trato dispensado por la justicia a sus padres y amigos será fundamental a la hora de reivindicar, primero, el pasado heroico de sus antecesores y, después, una nueva era, en la que viejos camaradas y algunos intelectuales melancólicos del nacionalismo italiano impulsarán los que acabarán siendo los *Grupos de reagrupamiento italiano*, primeros embriones militantes del MSI.

En esta Italia *dopoguerra*, por un lado, nos encontramos con el poderoso PCI, fundado por A. Gramsci y a la sazón comandado por el imperturbable y diligente P. Togliatti, al que parte de los socialistas se sentían vinculados ideológicamente, como es el caso de Pietro Nenni, Lelio

Basso, Rodolfo Morandi o el mismo Sandro Pertini, futuro presidente de la República. Por otro lado, tenemos a la Democracia Cristiana que, al igual que sucederá en Francia con el MRP, se constituirá como el eje de contención real del social-comunismo pujante.

En las décadas siguientes, la Democracia Cristiana italiana desplegará una extensa red de comunicaciones auspiciada por el Vaticano, que abonará un potente interclasismo capaz de frenar el avance electoral del PCI. El papel de la iglesia católica y sus párrocos locales, como eficaces propagandistas de un populismo reaccionario y "amable", queda perfectamente reflejado en un pasaje de la película *Divorcio a la italiana* de Federico Fellini, cuando desde el púlpito el cura afirma que él no es quién para decir a quién votar, pero que anima a sus feligreses a que se decanten por un partido que sea democrático y también cristiano.

El prestigio del papa Pio XII (pese al intento de la izquierda de identificarlo con el nazismo) y la acción católica, con su malla de organizaciones asistenciales y educativas, colocará al frente de los sucesivos gobiernos italianos a una Democracia Cristiana que, hasta el estallido a principios de los años 80 de los escándalos del banco ambrosiano (directamente dirigido por el Vaticano) y sus conexiones con la red Gladio, la logia P2 e incluso la Mafia, gozó de un enorme predicamento entre las gentes "de orden" de todo el país.

Como es sabido, en Occidente, el período de posguerra trajo tiempos de severo anticomunismo (De Gaspari, el presidente italiano, es presionado por los EEUU para que no permita que el PCI siga colaborando con la DC en la reconstrucción de Italia), de planes Marshall y de incipiente proatlantismo (pronto nacerá la NATO), que siempre fue vista por la extrema derecha neofascista, tanto en Italia como en España y Francia, como una injerencia inaceptable del imperialismo yanqui, coincidiendo en esta cuestión nuclear con la extrema izquierda.

En este complejo e inestable tablero político la DC italiana satelizará operatoriamente a todos los partidos liberales, monárquicos y republicanos de derecha, que harán de este espacio el único capaz de disputar electoral y culturalmente con el Partido Comunista italiano y sus muchos apoyos en el movimiento obrero y sobre todo en el frente cultural.

En las elecciones de 1953, la DC extrae el 40 por ciento de los votos, mientras que el PCI saca casi el 23 por ciento de los sufragios, condenando al Partido Socialista a menos del 13 por ciento. Los liberales, socialdemócratas de centro y monárquicos consiguen entre todos ellos sacar un 10 por ciento de los votos y, por vez primera, la extrema derecha neofascista, que pese a discrepancias con el nombre se llamará definitivamente Movimiento Social Italiano (MSI), arranca un nada desdeñable 6 por ciento de los votos en todo el país.

La extrema derecha despliega su estrategia

El MSI asume el mito de la "comunidad popular" que el fascismo representó al menos hasta la republica de Saló, y "animado" por la estrategia comunista se plantea la reconstrucción de un nuevo "bloque histórico" del otro bando que no renuncie a nada.

Así, se debe apreciar que, en la Italia de posguerra, no sólo se levanta el mito del antifascismo, sino que nos encontramos también como reacción el nacimiento del posfascismo, una

ideología vencida, pero que será rescatada de las cenizas para la construcción de una nueva Italia que aprenda del pasado y que postule un "Nuevo Orden" europeo y después mundial.

Aunque para la mayoría de los italianos el ayer es un tiempo incómodo y a olvidar, para el espacio que alumbrará la nueva extrema derecha el pasado es algo a reivindicar, aunque asumiendo errores. Ésta es una particularidad italiana, la extrema derecha defenderá sin complejos que la doctrina del fascismo tiene muchos elementos positivos que deben ser rescatados y puestos a día.

El MSI se arroga como misión histórica esa puesta al día de lo mejor del fascismo; a saber, su carácter intrínsecamente italiano y muy especialmente su base popular. Será Giorgio Almirante, antiguo funcionario del régimen de Mussolini, el encargado de comandar esta operación de alcance.

No obstante, y como es sabido, los restos del fascismo italiano o son depurados tras la contienda o huyen al exilio. De este modo, en el país sólo se encuentra un reducido grupo de leales al *Duce*, que en general se moverán en los márgenes de la primera República. En este punto, cabe señalar uno de los principios fundamentales para definir a la extrema derecha (y que por otro lado tanto cuesta entender a la mayoría de los analistas), como es la cuestión de que este sector se presenta desde sus orígenes como un movimiento antisistémico y por tanto inasimilable. Y esto será así en toda Europa. Si no, no podemos hablar de extrema derecha y deberemos buscar otra definición para los grupos que, aunque participen de algunos de los postulados de la extrema derecha (política inmigratoria, proteccionismo...), no son estrictamente extrema derecha, puesto que validan e incluso acatan vehementemente las instituciones, como por ejemplo sucede en España con Vox y su defensa de la constitución y la monarquía parlamentaria.

Este asunto a mi juicio es capital, o son extrema derecha o son otra cosa; y lo son en función de su posicionamiento con respecto a su acatamiento de la legalidad vigente. La obstinación por meter a casi toda la derecha en el mismo saco supone la voladura conceptual del término extrema derecha y, lo que es más grave, dificulta extraordinariamente la comprensión del fenómeno.

En la Italia de los años 50, la presión atmosférica del antifascismo, que exagera su heroísmo, será uno de los banderines de enganche de los jóvenes *misinos*, que contraponen ese heroísmo partisano al de los fascistas caídos como patriotas en su lucha contra las fuerzas de ocupación, fuesen estas alemanas o americanas.

El posfascismo italiano, empero, entiende rápidamente que la vindicación del pasado no es suficiente para construir una alternativa creíble, y encontrará en el anticomunismo su verdadero estandarte legitimista. En Italia, y precisamente por la potencia del PCI, el anticomunismo se convertirá en una ideología capaz de hacer cooperar en una singular amalgama a todo el espectro ideológico a la derecha de los socialistas; y eso incluirá también al MSI, que, aunque opuesto al sistema, encuentra en esa lucha su principal razón de ser.

Sólo desde el planteamiento de frenar al PCI, el MSI gana respetabilidad en sectores de la derecha, que ven con horror la posibilidad de que Italia puede convertirse en una república

soviética por la vía de las urnas. Este *humus* antibolchevique permitió que el neofascismo pudiera desplegar su propia red de publicaciones *Rivolta Ideale*, *Meridiano d' Italia* etc., que le permitió una presencia moderada pero suficiente, para que nuevas generaciones de jóvenes educados en el anticomunismo, principalmente católicos radicales, se acercaran sin tapujos al movimiento neofascista, hasta el punto de que los *misinos* candorosamente pasaron a denominarse única derecha nacional.

1953-1968 el giro de la extrema derecha

Tras la muerte de Stalin en 1953, se produce por parte del PCI la asunción sin ambages del juego democrático (Eurocomunismo), haciendo que el partido se convierta *de facto* en una pieza indispensable del sistema republicano. En Italia, como en casi toda Europa, los planes de reconstrucción económica funcionan, y en todo el viejo continente –al menos en su parte occidental– se vive, pese a la guerra fría, un momento de expansión que trae aparejado un cambio de mentalidad. Nace de un modo claro la llamada clase media. Y los partidos políticos, y también el neofascismo, tienen que atender a esta nueva realidad.

La cultura de masas será uno de los caballos de batalla donde la extrema derecha pretenderá, si no disputar, sí cuestionar la hegemonía de la izquierda. El mundo de las fábricas con la llegada del automóvil para todos y la televisión, hacen que los obreros no sean ya necesariamente de izquierdas; y este campo es trabajado también por la extrema derecha que, aunque con muchos problemas, se atreve a ir a las empresas y presentar batalla en un terreno claramente hostil.

Los cuadros del neofascismo durante el fin de los años 50 y los años 60 pertenecen ya de un modo mayoritario a sectores que no han conocido el viejo fascismo, pero que no soportan la asfixiante presencia de la izquierda en los centros de trabajo.

Este dato es importante, pues señala claramente una ruptura generacional, que hará que el neofascismo *misino* poco a poco se desligue del pasado para plantearse nuevas estrategias de combate. En una década, Italia consigue un aumento de la renta superior a la que se había producido en los últimos 50 años, lo cual sirvió junto con los demás acontecimientos europeos (represión soviética en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968) para que Occidente mostrase al bloque del este la superioridad material, y no sólo moral del capitalismo frente al socialismo real.

En este ambiente, el PCI sufre una desmoralización paulatina motivada por la imposibilidad de alcanzar el poder por la vía de los votos, el partido socialista se muestra al alza y la DC consolida su hegemonía electoral. La extrema derecha por su parte se enzarza en un debate entre fidelidad a las esencias o posibilismo, que será una constante en este tipo de formaciones nacional-populistas y que en el caso del MSI le llevará a escisiones de todo tipo.

La idea de que había que establecer una alianza con la derecha es una tesis muy poco discutida en el MSI, a diferencia de lo que a la sazón sucede con otros fenómenos de extrema derecha continental, donde tal posibilidad es considerada tabú.

En este punto, la controversia interna en el MSI se establece en torno al hasta dónde debe llevarse a cabo dicha "alianza". Así, los sectores digamos más esencialistas y defensores de la mística y el simbolismo neofascista, serán los más críticos con el entreguismo de la dirección *misina* a la DC, que a su juicio desdibuja claramente las señas de identidad del movimiento original. En ese primer sector que llamamos esencialista habría que decir que tampoco habrá unanimidad, puesto que por un lado estarán los caracterizados como "revolucionarios", herederos del sector izquierdista del fascismo y, por el otro, los seguidores de Julius Evola, como Rauti o Erra, que defenderán posiciones tradicionalistas de revisión crítica del fascismo en torno al centro de estudios *Ordine Nuovo*, que se convertirá con el tiempo en el grupo articulado fuera del MSI más potente de la extrema derecha italiana, y cuya vocación será claramente europea.

Estos grupos, según Ferran Gallego³, deciden mantenerse en la marginalidad, para poder criticar con libertad las estrategias de los posibilistas. El propio G. Almirante admite que ser fascista y aceptar vivir en democracia supone una contradicción entre naturaleza y necesidad difícil de conciliar.

La nueva extrema derecha. Y la estrategia de la tensión

Por lo demás, en los años 60, los *misinos* se presentan a todas las batallas electorales, y en todas ellas rondan un escaso y desesperante 5 por ciento de los votos. En la izquierda durante todo ese período y animados por los procesos de descolonización del tercer mundo, surgen infinidad de grupos y grupúsculos que, hastiados del pactismo "estéril" del PCI, defienden la vía de la lucha armada para la conquista del poder proletario. Del mismo modo, en sectores cada vez más jóvenes y urbanos de la extrema derecha italiana se da por agotado el concepto de lucha anticomunista, para abrazar el más ajustado de lucha antisubversiva. Durante ese período aparecen un sin fin de grupúsculos extremistas que reprochan al MSI no haber querido o no haber sabido dar un golpe de estado que frene a las izquierdas. Estos grupos, como el mencionado centro de estudios *Ordine Nuovo*, la *Avanguardia Nazionale* de Stefano della Chiaie o la *Giovane Europa* de Giorgio Pisano, defienden que la lucha de Europa en estos momentos pasa por organizar la lucha antisubversiva, para evitar la desintegración de la civilización occidental.

Esta lucha antisubversiva es para todos los nuevos cachorros del neofascismo un combate que no es solamente italiano, sino que, a juicio de la *intelligentsia* de *Ordine Nuovo*, su carácter es de naturaleza planetaria, y en sus charlas y talleres definen este combate como la nueva guerra mundial en la que están inmersos.

Este discurso que con los ojos de hoy puede parecer un tanto disparatado, encuentra eco en sectores del ejército y de los aparatos de seguridad nacional, que tras la victoria del FLN en Argelia y de Castro en Cuba se preparan para combatir la nueva subversión urbana, para ello contarán con la inestimable colaboración de los correosos militantes de la extrema derecha. En este sentido, el modelo a seguir es el de la Grecia de los coroneles, donde en 1967 la trama

civil de la extrema derecha se implica en un golpe de estado exitoso llevado a cabo por el coronel Papadopoulos.

Desde esta perspectiva, resulta más sencillo entender porque las organizaciones “negras” de la extrema derecha italiana colaboraron en la lucha antiinsurgente con los regímenes autoritarios y dictatoriales durante los años 60, y sobre todo en los años 70. En España, por ejemplo, ayudando a montar los Guerrilleros de Cristo Rey y Fuerza Nueva o también en la lucha ilegal contra ETA y otras organizaciones antifranquistas, el propio Stefano della Chiaie se verá implicado en los sucesos de Montejurra, donde fueron asesinados varios carlistas contrarios a la perpetuación del dictador en el poder. También está acreditada su participación en la formación de los temibles escuadrones de la muerte montados por las dictaduras de Chile y Argentina durante los años 70.

En Italia la extrema izquierda, tras los sucesos de mayo del 68, se decanta por la estrategia de la lucha armada, rompiendo definitivamente con el PCI, que es visto por estos grupos como una “pata” más del sistema. Por parte de la extrema derecha y, como si de una imagen especular se tratara, los núcleos más radicalizados de este sector también se decantan por la estrategia violenta. De este modo, los dos polos autoexcluidos del juego político de sus mayores se lanzarán a una alocada carrera de crímenes y atentados, que dejó un balance de casi 400 muertos.

El MSI es visto por los nuevos neofascistas como la alternativa del sistema y no como la alternativa al sistema. En los primeros años de la década de los 70 se produce una voladura generacional, que lleva a estos sectores radicalizados a un terrorismo indiscriminado, que busca la intervención del ejército para poner orden en el país. El atentado de la Piazza Fontana de Milán el 19 de diciembre de 1969 marcó el pistoletazo de salida de esta terrible estrategia de la tensión. Andreotti llega al poder en 1972 y en 1974 se produce el atentado del *Italicus*. En 1978 tiene lugar el simbólico secuestro y asesinato de Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas, que sirve para declarar finiquitado el compromiso histórico entre la DC y el PCI, para acordar reformas y apuntalar el Estado. En 1980 la matanza de la estación de Bolonia por parte de un comando de Orden Negro autodenominado NAR (*Nuclei Armati Rivoluzionari*) remata esta locura criminal de la extrema izquierda y de la extrema derecha, para hacer caer el sistema republicano; los unos para convencer a las masas de la vía insurreccional y los otros para que el ejército intervenga e imponga un régimen autoritario que frene a la subversión. Los dos bandos se retroalimentan y compiten en crueldad a la hora de ejecutar sus acciones terroristas. Paradójicamente, en las elecciones de 1971 el MSI había sido capaz de protagonizar una subida electoral notable, consiguiendo casi el 9 por ciento de los votos.

Durante este período, el MSI refuerza su perfil social, que será una de las señas de identidad de la nueva extrema derecha, que visto su imposibilidad de liderar la operación Gran Derecha se acerca a una visión corporativista del trabajo, que resultó ser eficaz para su penetración social en sectores católicos del mundo obrero.

Por lo demás, vista la dificultad de construir nada eficaz extramuros de la casa común de la extrema derecha, muchos de los militantes de los años de plomo se reintegrarán durante los años 80 en el *nuevo* MSI. El movimiento sufre un goteo constante por la aparición de Democracia Nacional, y ya en los años 90 la aparición de nuevos movimientos populistas de carácter local, como la Liga Norte en Lombardía o grupos con otros idearios e intenciones de lo que la extrema derecha deba ser en el futuro, hacen que la fuerza del MSI vaya reduciéndose a lo local.

En esta aproximación a los orígenes de la extrema derecha italiana, que fue la más potente de Europa hasta la irrupción del FN francés –cuyas coordenadas de aparición trataremos de exponer a continuación– se encuentran las claves para entender la genealogía de los discursos de la extrema derecha que fueron exportados de Italia al resto del mundo, tal y como había sucedido con el fascismo nacido en el país trasalpino en los años 20 del siglo pasado.

Para el recuerdo del carácter indómito de la extrema derecha italiana, siempre quedará la combativa frase de Giorgio Almirante: *“Donde haya una piazza di sinistra habrá per sempre una piazza di destra.”*

El Frente Nacional francés

Antecedentes del FN

En Francia la extrema derecha tiene sus orígenes doctrinarios en la gran reacción que la revolución de 1789 llevó aparejada. Esta reacción frente a la caída del mundo del *Ancien Régime* estuvo encabezada por algunos pensadores anti ilustrados y reaccionarios, como el mencionado Joseph de Maistre, y estuvo avalada por el mundo católico que en Francia era abrumadoramente mayoritario. Esta distinción, pese al laicismo militante impuesto tras la revolución entre la Francia “ilustrada” y la Francia católica, se mantiene en el imaginario político de muchos franceses y ha llegado de un modo singular hasta nuestros días.

Esta pequeña reflexión tiene su importancia, pues para bucear en los orígenes de la extrema derecha francesa conviene siempre recordar su impronta católica y, también en la mayoría de los casos, su carácter antisemita que tan bien queda reflejada en el conocido y manido *affaire Dreyfus*.

En Francia, la Segunda Guerra Mundial finaliza con la liberación de París y también con un odio absoluto hacia el colaboracionismo del gobierno de Petain, otrora Gran Mariscal de Francia y símbolo de la traición a la patria tras el fin de la conflagración. Son tiempos de ajustar las cuentas con los *otros* franceses, son tiempos de depuración. Pero antes de entrar en materia conviene recapitular con brevedad sobre este asunto para saber realmente quiénes eran esos *otros* franceses.

La respuesta es verdaderamente lacerante y todavía hoy a muchos franceses les sigue “escociendo” la responsabilidad criminal de miles y miles de compatriotas con la ocupación alemana. Antes de eso se debe entender cuál fue el ecosistema político que posibilitó el advenimiento

de un “fascismo a la francesa”, que se convertiría en un símbolo y también en un mito de lo que la extrema derecha sería al menos hasta los años 70. Después y tras la aparición del FN, el movimiento, aunque fuese de un modo paulatino y no siempre convincente, fue poco a poco desprendiéndose de ese pasado incómodo que le acompañó hasta bien entrada la década de los 80.

En los años 20 y 30 del siglo pasado, el prestigio que en Europa tuvo el fascismo como modelo a exportar tiene su origen en la matriz mussoliniana, quien en menos de una década supo sacar a uno de los países más atrasado de Europa de su penosa situación. Además, el fascismo italiano evitó la revolución y dotó a su movimiento de una liturgia y una mística, *El culto del litorio* más potente y eficaz aún que la propaganda bolchevique; pues esta, la fascista, apelaba a la patria, mientras que la otra era de carácter internacionalista y por ende “antipatriótica”.

Estas ideas pronto fueron saludadas con entusiasmo por una parte de la Francia católica y campesina, y también por sectores de las capas urbanas modernas, que veían en el fascismo la posibilidad de un nuevo comienzo que recuperara la *Grandeur de la France* y que frenara la expansión de las izquierdas. Muchos intelectuales y escritores, algunos de gran prestigio como Drieu De La Rochelle, Robert Brasillach, único escritor fusilado tras la guerra, o el gran señor de las letras francesas Louis Ferdinand Céline, también se apuntaron al fascismo, los dos primeros a su secuencia más aventurera y estética, y el segundo movido por su furibundo antisemitismo a la deriva más derechista siguiendo la estela dejada por la tradición antijudía de muchos de los grandes escritores franceses del pasado como Charles Maurras.

De modo que antes de que los alemanes invadieran Francia y los gobernantes de Vichy, Petain, P. Laval etc. se avinieran a colaborar con el enemigo para “evitar un mal mayor”, el fascismo en Francia gozaba de envidiable salud. Se crearon multitud de grupos que imitaban a las escuadras italianas, que durante el período más lamentable y duro de la ocupación desembocarían en la creación de La Milicia, auténtica Gestapo francesa, que causó durante la guerra mucho dolor y sufrimiento en miles de compatriotas.

En este trabajo no podemos extendernos sobre el ideario de todos estos grupúsculos proto o filo-fascistas, pero sí querríamos dejar constancia de su existencia y destacar dos casos que son verdaderamente notables.

El primero es el de Jacques Doriot, joven metalúrgico que tempranamente se convierte en alcalde comunista de su localidad y también en el secretario general de sus juventudes. Doriot es considerado por el PCF de Maurice Thorez como un cuadro prometedor para el partido. En 1934 es enviado a Berlín para contactar con sus camaradas alemanes, y queda impresionado por los logros del nacionalsocialismo. Cuando vuelve a Francia, funda el *Parti Populaire Français*. Este partido de inspiración fascista se nutre de cuadros provenientes de la izquierda patriótica francesa y también de sectores escindidos del partido derechista Unidad Nacional, de individuos provenientes del movimiento de los Jóvenes Patriotas y, sobre todo, de sectores combativos de la *Action Française*. Doriot junto con sus compañeros Deat, Bucard y Brinon funda de este modo el primer partido francés de síntesis (izquierda-derecha) que aspira

alumbrar una nueva "aristocracia del espíritu" para que Francia recupere su grandeza. Este renacimiento de la patria sólo será posible para Doriot y sus camaradas en la nueva Europa y, por descontado, junto a la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. En 1941 Doriot se alista en la LVF (voluntarios franceses contra el bolchevismo) y parte a combatir a Rusia vistiendo el uniforme alemán.

El segundo caso que queríamos referir aquí está vinculado con el primero, a saber, la "gesta" en el frente del Este de la División Carlomagno francesa (que sustituyó en 1943 a la LVF). La odisea bélica de esta entregada división será uno de los pocos actos de heroísmo del fascismo francés que permanecerá durante décadas en la retina de toda la extrema derecha gala, convirtiéndose en el mito por excelencia de esta opción política.

El batallón *Charlemagne* se integra en las *waffen SS* como la división número 33 de granaderos y tras dos años de duros combates en el Este, sus últimos 500 combatientes de un contingente de 7500 hombres son enviados en abril de 1945 a la capital alemana junto con los restos de otras divisiones de voluntarios europeos contra el bolchevismo, entre los que también estarán 300 españoles de la Legión Azul (sustituta de la División Azul originaria). La batalla de Berlín (la madre de todas las batallas de todas las guerras) está a punto de comenzar, y al batallón al mando del comandante Henry Fenet se le ordena nada menos que defender el *Fuhrerbunker*. Allí en las postrimerías del escondite de Hitler y soportando el fuego incesante e infernal del Ejército Rojo, los franceses se baten heroicamente, hasta que finalmente y pese a que se negaban a capitular, los últimos 90 supervivientes son capturados por los soviéticos. Después de ser torturados, los divisionarios de la *Charlemagne* son extraditados a Francia, donde los que no son inmediatamente fusilados, son condenados a altas penas de prisión que cumplirán íntegramente. Este episodio de la historia es fundamental, pues en el inconsciente colectivo de la extrema derecha francesa siempre se encontrará la admiración y el respeto por estos soldados que, sin arrepentirse jamás, lucharon hasta el final por sus ideales cristianos y contra el comunismo.

La depuración y la IV República

El 26 de agosto de 1944 Charles de Gaulle entra en París antes de que los restos de la guarnición alemana se rindan. No quiere dejar de acrecentar su mito de primer hombre de la Resistencia. A la "orgia" de fraternidad de la liberación pronto le seguirá otra pulsión bastante menos noble. Su nombre, la depuración y, como el termino indica, consistirá en identificar y "juzgar" a aquellos "malos" franceses que han colaborado con el ocupante. Lo que A. Camus llamó "*tener que comprar la justicia con la sangre de los hombres*" define perfectamente lo que la lucha en la Resistencia representó para miles de franceses, que literalmente pagaron con su vida enfrentarse al invasor, mientras otros miles disfrutaban de los privilegios de la colaboración. De Gaulle, quien había repudiado el "realismo" de Laval y Petain, fue el héroe que como urdidor del Consejo Nacional de la Resistencia había sido condenado a muerte en rebeldía por Vichy. En Francia a diferencia de Italia la victoria no se vive solo como liberación, sino que

el odio hacia los traidores y cooperadores necesarios con las fuerzas alemanas hace que la liberación también tenga mucho de ajuste de cuentas entre compatriotas. La depuración, según cuenta Herbert Lottman, en realidad había comenzado en Argel en 1943, tan pronto como se restituyó la autoridad de la Francia Libre⁴. Pese a que De Gaulle quiso contener desde un comienzo los actos de venganza personal contra delatores, comerciantes enriquecidos por la colaboración, mujeres que se habían relacionado con alemanes etc., lo cierto es que no pudo evitar que los actos de venganza “popular” se sucedieran por todo el país, dando lugar a delitos y crímenes que en ocasiones nada envidiaban a los cometidos por *les miliciens*.

Estos episodios también quedarían gravados de un modo muy marcado en muchos franceses que habían tenido una vinculación blanda y por supuesto también dura con el régimen de Vichy. Nuevamente, y como ya vimos en el caso italiano, se reproduce esta relación binaria de enjuiciamiento moral entre el resistente bueno y el colaboracionista malo, y además en el caso francés (elemento este que no estaba en el caso italiano) traidor a la patria. De poco valdrá la defensa que los colaboracionistas harán explicando que su “connivencia” con el enemigo fue para que Francia no fuese conquistada a sangre y fuego. Ese supuesto patriotismo al que ya nadie atiende es calificado de alta traición, y así será juzgado por los tribunales de la nueva legalidad republicana. A nadie le interesará que la mayoría de los franceses lo único que quería era sobrevivir y, por eso, aunque a regañadientes “aceptaron” lo que la ocupación del país suponía. Son tiempos de saldar cuentas, y en Francia, pese a que la ocupación alemana no alcanzó ni por asomo el grado de barbarie que tuvo en los territorios del Este, los tribunales franceses se aplicaron con decisión en el empeño de juzgar a los colaboracionistas, y de paso también a muchos “tibios” que no habían hecho nada más que intentar vivir como si no pasara “nada”. La ola del *resistencialismo* lo inundó todo, y quien más quien menos buscaba un vínculo con la Resistencia que durante la guerra había sido claramente minoritaria. El propio Sartre, a diferencia de A. Camus, no participó de un modo activo en la organización clandestina; y, sin embargo, se le proclamó como uno de los grandes resistencialistas. En su descargo hay que decir que, cuando participó en los tribunales que enjuiciaban a intelectuales colaboracionistas, siempre mantuvo una actitud de comprensión sincera de la naturaleza humana, que le llevó por ejemplo a mostrarse contrario al fusilamiento de Brasillach, mientras su compañera Simone de Beauvoir encabezaba el sector que reclamaba mano dura contra los fascistas.

En cuanto al panorama político tras la contienda, cabe destacar que en 1947 el gaullismo se nuclea en el RPF, mientras que el PCF (el partido de los fusilados es su segundo nombre) intenta encontrar su sitio en este confuso panorama, igual que les sucede a los radicales, socialistas y democristianos que se dan cuenta tarde de que la retórica grandilocuente de De Gaulle los margina, al patrimonializar la idea de una Francia mejor a través del *Rassemblement*.

Los restos de la extrema derecha francesa se encuentran en las prisiones y en unas pocas organizaciones clandestinas que temerariamente se atreven a desafiar la nueva unanimidad antivichy.

El RPF se conforma como un polo autocrático y de masas que pilotará este nuevo tiempo con la ayuda de un puñado de hombres valiosos: George Pompidou, Jacques Soustelle, Michel Debré o André Malraux, que conseguirán que las clases medias no proletarias se identifiquen mayoritariamente con el movimiento gaullista.

El anticomunismo se impone también en Francia y paradójicamente esta ola de conservadurismo posbélico prestigia al PCF, cuyo papel heroico en la Resistencia había sido sorprendentemente amortizado, haciendo que por reacción figuras como Sartre ingresen en el partido.

Mientras, a los restos de la extrema derecha no sigue quedándoles en este ambiente de desolación y derrota de sus ideales, más que dar testimonio de su honor mancillado por la acusación de traición que pesa sobre sus espaldas. Los grupos semiclandestinos de la extrema derecha de los años 50 acometen cada uno por su lado una reflexión crítica sobre el pasado, y especialmente sobre la naturaleza foránea de sus antiguos referentes, para finalmente sentar las bases de lo que debe ser un renacer inequívocamente patriótico que se resume en su slogan "Francia primero". Esta travesía en el desierto tiene un carácter catárquico que, con algunas excepciones, les hace abandonar su tradicional propensión al nihilismo, para plantearse una efectiva actualización de su espacio político. Grupos como la Alianza Democrática de Flandin, Unidad Campesina de Paul Atier, Renovación Republicana de la Libertad (en realidad más derecha dura que extrema derecha, y que con el tiempo se disolverá en el gaullismo) son algunos de los pequeños partidos que sin tener el corpus de doctrina que tendrá la organización Orden Nuevo del divisionario Binet, pertenecen todos ellos al bando de los "humillados" por la liberación. Son los "malos franceses", los otros, precisamente ellos, nacionalistas furibundos son considerados por el resistencialismo traidores a la patria, una característica más de la singularidad francesa. Los verdaderos neofascistas franceses que durante toda la década no superan los cinco mil activistas se agrupan en organizaciones paramilitares, como el grupo *Jeune Nation* de los hermanos Sidos, en cuya revista *Peuple de France et d'outre-mer* se defenderá la francofonía y la unidad del imperio francés (Indochina y Argelia estaban cerca ya de perderse...).

Argelia fue, sin duda, el polvorín donde Francia volvió a dividirse, pero esta vez no entre derechas e izquierdas, sino entre partidarios de su independencia y contrarios a la misma. El comité de defensa de la Argelia francesa creado en 1956 agrupa a ex fascistas y a héroes de la resistencia, como Bidaut y otros miembros jacobinos de todos los partidos del mapa político francés: socialistas, comunistas, gaullistas, intelectuales de la derecha radical además de algunos voceros de la extrema derecha intelectual.

Argelia es la ocasión que se le presenta a la extrema derecha para redimirse y limpiar su pasado, presentándose ante los franceses como la vanguardia del sano nacionalismo que dicen defender, esta vez oponiéndose a la descolonización. El FLN argelino desata una dura campaña de atentados que salpica la metrópoli y cuenta con el apoyo de la extrema izquierda que en Francia siempre fue muy numerosa.

La represión es de igual dureza y las evidencias de las torturas cometidas por elementos del cuerpo de paracaidistas y la élite de los servicios secretos franceses a los patriotas argelinos

remueve el Hexágono con una intensidad desconocida desde el final de la guerra, abismando definitivamente la distancia entre A. Camus y J.P. Sartre, aunque esta vez no quede claro que el autor del *Hombre Rebelde* esté atinado en sus declaraciones sobre la tortura a miembros del FLN. Raymond Aron, el gran referente moral de los franceses se posiciona también, aunque por motivos diferentes a los de Sartre a favor de la independencia de la colonia. En 1960 se produce la guerra de los manifiestos, primero "El manifiesto 121", donde los abajo firmantes defienden el derecho a la insurrección de los argelinos. Estampan su firma en él Sartre, Beauvoir, Breton, Sarraute, Duras, Truffaut, Sagan y Resnais. Después y como contestación al primero, "El manifiesto de los intelectuales franceses", donde se afirma que el levantamiento de Argelia es una guerra impuesta a Francia, y denuncian la existencia en suelo francés de una despreciable *quinta columna* antifrancesa. Firman este documento Gabriel Marcel, R. Nimien, Saint-Pierre, P. Gaxotte, P. Chaunu, R. Mesnier, H. Lapeyre, T. Maulnier J. Romain entre otros.

La acción-represión-acción se intensifica; y para combatir a los terroristas argelinos y sus defensores (desde *Les Temps Modernes* (la revista de Sartre) se había organizado una red de colaboración y encubrimiento en suelo francés de los comandos del FLN), el general Salam crea la OAS (Organización del Ejército Secreto). La OAS pese a que la guerra en Argelia concluye en 1961 continúa sus atentados terroristas, que lejos de hacer que la extrema derecha consiga un éxito en la metrópoli, lo único que hacen es acrecentar la imagen y el prestigio del general De Gaulle. Una vez más, los deseos de los neofascistas franceses se ven truncados, lo cual no es óbice para que la simpatía de muchos franceses por la OAS (aunque siempre minoritaria) sirva para dotar a este sector político de un nuevo discurso restaurador de su patriotismo, al oponerse a la desmembración de Francia. De este modo, y para participar en la nueva guerra psicológica contra la insurgencia, muchos militantes de extrema derecha, como los del Movimiento Popular 13 de mayo de Robert Martel o del Movimiento Corporativo de Bernard de Lefebvre, participan y dan cobertura a los jefes de la OAS, que siguen trabajando en nuevas estrategias de conspiración para subvertir el orden. Sin duda, de todos estos grupos el más destacable es el fundado por Joseph Ortiz y que pronto se conocerá como Frente Nacional Francés.

En estos comienzos de los años 60 se da un resurgir intelectual de la extrema derecha francesa con la aparición del denominado "manifiesto 60" y con la creación en el ámbito universitario de la UNEF y del FEN, sucursal juvenil del bisoño FN. La aparición de ese documento es fundamental porque en su redacción aparece por vez primera el término de "nueva derecha" (el mismo que utiliza hoy en día Steve Banon, asesor de Trump, Abascal y B. Urban, e impulsor de la universidad de la *nueva derecha* dedicada a formar cuadros a nivel internacional, y cuyo objetivo es dotar de discurso potente al social populismo identitario de nuestros días). Entre los firmantes del "manifiesto 60" estarán algunos de los neofascistas más activos y destacados de la extrema derecha francesa de los años 60 y 70, como por ejemplo François d' Orcival, y sobre todo el ubicuo Alain de Benoist⁵.

Las élites de la extrema derecha se centran en depurar su discurso a favor de un renacer cultural de Francia que claramente se opone al Mercado Común, por ser el artefacto más eficaz para la rápida disolución de la Francia eterna. A estas tesis anti-Jean Monnet se abonaron al-

gunos viejos gaullistas, como por ejemplo los reunidos entornos a Patria y Progreso, de donde saldrán los *gurús* del pensamiento económico de la extrema derecha que en los años siguientes se nucleará alrededor del FN.

Se debe señalar que entre los “colonos” de Argelia estas organizaciones fueron tempranamente bien acogidas y mejor financiadas por mecenas nostálgicos de la Argelia francesa, progenie exótica de este renacimiento nacionalista.

Nacimiento y consolidación del FN

Tras los sucesos revolucionarios de mayo del 68 que habían atemorizado a la Francia silenciosa, se convoca en París una multitudinaria manifestación que De Gaulle sólo capitalizó a la corta, y en la que una impresionante multitud de parisinos sale a la calle pidiendo orden y seguridad. El dirigente neofascista Duprat en un diagnóstico acertado afirma que la base social de la extrema derecha estaba en dicha movilización. Había llegado la hora de organizar en serio una alternativa nacional, dejando a un lado el fascismo melancólico en el que se habían movido los grupos de extrema derecha hasta entonces. En 1969, tras la participación de centenares de jóvenes neofascistas en la represión parapolicial contra estudiantes izquierdistas, nace en torno al círculo *Europe Action* el grupo *Ordre Nouveau*, verdadero laboratorio de ideas de lo que pronto iba a ser el FN.

Orden Nuevo y sus líderes de extracción intelectual preparan el terreno y diseñan el anteproyecto de un proceso constituyente para la creación de un polo nacional eficaz y de masas, que acabe con la atomización de este sector de derecha dura y que extirpe de su seno a los molestos grupos nacional-revolucionarios, como el formado por el escritor Jean Mabire y Pierre Bousquet.

Son tiempos de posgaullismo radical. En 1972 por fin ve la luz el *Front National por l'unité Francaise*, más conocido hasta el año 2018 como Frente Nacional (FN), cuya presidencia alcanza Jean Marie le Pen, antiguo diputado derechista en la Asamblea Nacional y duro combatiente anticomunista curtido además en las guerras de Indochina y Argelia.

En 1974 con el apoyo de viejos gaullistas el *liberalismo avanzado* de Giscard d'Estaing desbanca a Pompidou al frente de la V República. Pronto aparecerán disensiones dentro de la derecha, que harán que J. Chirac cree el RPR destinado a no mucho tardar a amalgamar un nuevo centro derecha. En la izquierda, el PCF se *estanca* en las elecciones de 1979 con el 20 por ciento de los votos, mientras que el PSF comienza a remontar de la mano de F. Mitterrand, que pronto se hará con la presidencia de la República. El FN tras el giro al centro de la derecha tradicional empieza a tener un espacio cada vez más amplio entre sectores de derecha populista que huyen del viaje al centro del Gaullismo. Además, en Francia la cuestión de la inmigración empieza a finales de los años 70 a ser una baza electoral de primer orden, que catapultará al FN en la próxima década y que hará que este conecte con las clases más desfavorecidas que ven en la inmigración un peligro eminente para su ya depauperado estatus. En 1981 Mitterrand llega al poder de la mano de los comunistas, y este hecho hará que el FN sea

bien visto por parte de sectores de la derecha que en otra coyuntura jamás se hubieran visto tentados a acercarse a Le Pen. Por vez primera los vasos comunicantes entre amplios sectores de la vieja derecha gaullista y el nacional populismo *lepenista* funcionan para sorpresa de politólogos y analistas políticos, que no se creen el ascenso del FN. Esta idea de contención de la izquierda por parte de una opción autoritaria de derecha dura se irá consolidando durante la década de los 80 y siguientes. La gente pierde el miedo a votar a la extrema derecha y, pese a toda suerte de cordones sanitarios propuestos a derecha e izquierda para contener su expansión, el FN se mostrará como una opción refugio en tiempos de crisis, no sólo económica, sino también de identidad como por ejemplo la provocada por la desaparición del franco ya en los albores del siglo XXI.

Desde las direcciones políticas de los partidos de derecha se pone en marcha una operación para mantener al FN en la marginalidad, que fracasa estrepitosamente produciéndose en 1984 un *sorpasso* del FN al PCF que deja en estado de shock a todo el *establishment*.

Comienzan los años del liderazgo carismático de Le Pen, que se convirtió por momentos en el político más conocido de Francia. Sus astracanadas a lo D. Trump eran corregidas por su segundo de abordo e ideólogo del partido Bruno Mégret. El movimiento durante los años 80 debe hacer verdadero funambulismo político para atraer y sobre todo rechazar a individuos y grupos de todo pelaje que se contraponen y se repelen entre sí; a saber, neonazis, católicos integristas, monárquicos o el de los autodenominados "argelinos puros".

En 1988 Le Pen se presenta a las elecciones como única alternativa, haciendo ver que los otros cuatro candidatos eran valedores del sistema y que simplemente se complementaban. El, por el contrario, fue visto por vez primera como opción creíble para millones de franceses. La desenvoltura y habilidad de Le Pen le otorgó un 50 por ciento del protagonismo mediático, de tal suerte que retando descaradamente a sus rivales los obligó a posicionarse sobre los ejes que al FN interesaban.

Esta forma de hacer política, que en realidad es lo que ahora llamamos *antipolítica*, dará sus frutos; y los mensajes xenófobos y antieuropeístas se cuelan en el discurso de casi todos los partidos que temen la demagogia populista, y que en vez de enfrentarse a ella la asumen en dosis homeopáticas. Así, la transversalidad, el marcar la agenda, la impone el FN. Esto no solo sucede en la arena política, sino que la opinión pública y la sociedad se enzarzan en cuestiones que al principio no eran problemáticas, pero que se vuelven peligrosas cuando la extrema derecha incendia el tablero para introducir discordia en la sociedad.

El sistema francés de segunda vuelta ha perjudicado claramente al FN en todas las elecciones habidas en los últimos 30 años. En este sentido debe entenderse también el enfado del FN con el sistema representativo francés, que hace que su discurso además de por convicción sea también un discurso que por pragmatismo o supervivencia se presenta combativo con el *statu quo*. Para todo ello el FN utiliza de manera patrimonialista símbolos "sagrados" de todos los franceses, como son la figura de Juana de Arco, la bandera tricolor o La Marsellesa, por apuntar sólo los más categóricos. El FN además hasta el año 2000 defenderá la necesidad de

que se produzca en el país una nueva revolución francesa que acabe con el régimen democrático por corrupto y antifrancés. En este sentido, cabe decir que las élites económicas (pese a tener generosos financiadores) nunca han apostado por el FN, por considerar al movimiento una fuente de inestabilidad que de llegar al poder provocaría un cataclismo económico con su proteccionismo trasnochado y su rechazo a la globalización.

Un contexto propicio para un nuevo FN

En 1990 se produce un cambio de estrategia en el FN, inspirada principalmente en la idea de que el movimiento debe ser ante todo una alternativa nacional y no nacionalista. La desintegración del bloque del este hace que surjan con fuerza opciones nacionalistas en los países de la órbita soviética que potencian el discurso identitario del FN. Al igual que para el pensamiento liberal son tiempos de globalización y apertura de fronteras, para la extrema derecha (y una parte de la izquierda, aunque por motivos diferentes) son tiempos de repliegue y antiglobalización.

En 1993 B. Mégret presenta el programa del FN *300 mesures pour la renaissance de la France*, donde se exponen los ejes sobre los que pivotará este renacimiento francés liderado por el FN: inmigración (primero los nacionales), recuperar la cultura francesa como elemento fundamental de la identidad, incorporar elementos que la izquierda considera suyos, como la lucha por el medioambiente, el combate contra la inseguridad ciudadana, la fraternidad entre los franceses y un vago concepto de prosperidad que remite a un sencillo *hacer las cosas bien*.

En definitiva, el viejo programa de la extrema derecha, eso sí, retocado con un barniz contemporáneo; y lo más novedoso, un discurso realmente pugnaz con algunas de las banderas de la izquierda que requerirá un alambicado cambio de estrategia.

A finales de la década el FN es ya el partido de la clase obrera, habiendo vaciado de votos al PCF, cuyo electorado espantado por la globalización y el miedo a perder lo que tiene, le lleva a abandonar el "partido de los fusilados", que a ojos de muchos se ha convertido en un "club selecto" de intelectuales y funcionarios donde apenas quedan proletarios. Hay otra lectura del voto obrero al FN, que advierte que ese voto trabajador nunca fue de izquierdas y que el votante de izquierdas no votaría jamás al FN. A nuestro juicio, este análisis "corrector" supuestamente fino no se ajusta a lo acontecido, puesto que aceptar esta versión sería tanto como afirmar que el obrero que votaba al PCF se ha refugiado en la abstención para siempre. Esto es mucho decir, sobre todo porque el viejo voto del PCF siempre fue un voto combativo que difícilmente iba a mantenerse per se en el "conformismo" de la abstención.

El análisis, pese a que algunos les escueza, es que la Francia "que madruga", los excluidos del sistema, obreros, trabajadores de baja cualificación y muchos parados, encontraron en el FN una opción que hablaba de sus problemas (aunque con la demagogia habitual del nacional populismo), mientras la izquierda se miraba el ombligo jugando a buscar lo que las cosas deben ser, en vez de atender a lo que las cosas son.

Esa necesidad de tener una cita con la realidad es precisamente lo que los damnificados por la globalización le pedían a la izquierda y la izquierda no supo ver. Es tan sencillo como que cuando tu abandonas las banderas que te han hecho posible, llega otro, en este caso el FN, más descarado y lenguaraz si cabe, y te “roba la cartera”; así de sencillo, para el que sepa verlo sin prejuicios.

Aquí más bien compartimos la clasificación que hace Michel Soudaisvii de la sociología electoral del FN; a saber, según este autor esta opción recibe al menos cuatro tipos de sufragios: uno, el de los jóvenes y parados sin expectativas de futuro; dos, el sufragio de identidad perteneciente al bloque de la comunidad nacional populista; tres, el obrero que tiene miedo a que el que llega el último le quite lo poco que tiene; y cuatro, el voto de protesta “reaccionario” que observa desesperado cómo el orden, la jerarquía y la autoridad se han perdido de un modo calamitoso.

Crisis y metamorfosis del FN

El primero de mayo de 1996 el FN lleva su propia pancarta a la manifestación obrera de París; eso sí, con la imagen de Juana de Arco bien visible, fundiendo así las luchas por la justicia social y el patriotismo de siempre. El movimiento se abre a la sociedad civil y se incorpora a través de diferentes estructuras a sectores, como el sindicalismo (CNTS), el de trabajadores autónomos y pequeños empresarios, o el de la policía. Se reivindican del *ninismo* “*ni gauche ni droite*” y sus actualizados mensajes contrarios a la inmigración ilegal consiguen llegar a la sociedad francesa con una fuerza no conocida hasta entonces.

No obstante, en 1997 el FN se debate nuevamente entre qué hacer con la izquierda cuando esta en la segunda vuelta se bate con la derecha. *Le Figaro* lanza un “capote” a Le Pen, para que no permita que triunfe la izquierda, y describe “afectuosamente” al FN como la otra derecha, concediéndole una respetabilidad que muchos dentro del movimiento lepenista habían deseado largamente.

El proyecto está necesitado no ya solo de una renovación, sino también de una sucesión que B. Mégret va a intentar liderar. Pero Le Pen, “el viejo león”, no quiere ser un Fini o un Herder que llegaron al poder cambiando su ideario, y acusa a Mégret de liquidacionista. En 1998 el sector de Mégret tras graves acusaciones es excluido definitivamente del partido y funda el MNR.

En el año 2002 un Le Pen ya casi anciano obtiene casi cinco millones de votos, dejando pasmado a Lionel Jospin (PS), que no entiende lo que está sucediendo en Francia con el voto de la ultraderecha. Pasar a la segunda vuelta contra Chirac será el canto del cisne del viejo Le Pen. Tras pugnas con su hija de carácter personal y también ideológico en el año 2011, el FN proclama presidenta nacional a Marine Le Pen, que llevará al partido a nuevas cuotas de éxito, que culminarán con el pase a la segunda vuelta, esta vez frente a N. Sarkozy en 2016-2017. Había nacido una nueva líder (la doncella de Orleans) que dotará a la extrema derecha de un discurso populista eficaz donde “el partido de los descontentos”, como pasará a ser conocido el nuevo movimiento, buscará en la sociología del capitalismo *millennial* su nueva razón de ser.

Según un último estudio sobre el nuevo FN (ahora RN), más de un 30 por ciento de sus votantes preguntados por su posicionamiento en el eje ideológico tradicional, se considera indubitablemente de izquierdas.

En cualquier caso, Parece que establecer una genealogía de la extrema derecha en Italia y Francia es imprescindible para conocer verdaderamente las raíces del nuevo nacional populismo, que sin duda bebe de la turbulenta historia del viejo continente. Esta precisamente ha pretendido ser nuestra aportación, la de ubicar y hacer cognoscible esta generalmente no bien analizada secuencia del extremismo político europeo.

NOTAS

¹ Para profundizar en las fuentes relativas a los orígenes del fascismo en Italia ver: Aurrekoetxea Aitor *Futurismo y Fascismo. Estéticas y Poéticas de la modernidad, 1909-1922*, Comares, Granada, 2019. Capítulo II.

² Esta cuestión es extraordinariamente peliaguda. Aquí sostenemos que el fascismo y el nacionalsocialismo fueron dos fenómenos radicalmente disimiles en multitud de cuestiones algunas tan significativas como el *supremacismo* racial o el diseño de un Estado totalitario. Para más información ver: Aurrekoetxea Aitor, *Futurismo y Fascismo. Estéticas y poéticas de la modernidad 1909-1922*, Comares, Granada, 2019, p.177.

³ Gallego Ferran, *Democracia y extrema derecha*, De Bolsillo, Barcelona, 2007. p. 227. iv Ibidem, p. 227.

⁴ Lottman Herbert, *La depuración*, Tusquets, Barcelona, 2007. p. 224.

⁵ Gallego Ferran, *Democracia y extrema derecha*, De Bolsillo, Barcelona, 2007. p.124. vii Ibidem, p.389.

BIBLIOGRAFIA

AURREKOETXEA, A, *Futurismo y fascismo, estéticas y poéticas de la modernidad 1909-1922*, Comares, Granada, 2019.

COHEN-SOLAL, Annie, *Sartre 1905-1980*, Edhasa, Barcelona, 2005.

GALLEGO, F, *Democracia y extrema derecha*, De Bolsillo, Barcelona, 2007.

LÉVY, Bernard-Henri, *Las aventuras de la libertad*, Anagrama, 1992.

LOTTMAN. H, *La depuración (1943-1953)*, Tusquets, Barcelona, 2007.





ESTE
MENDEBALDEA



CERNUDA

EXILIO Y DESEO, VIDA Y DESTINO

FELIPE JUARISTI

1

El exilio es una amarga realidad desde la antigüedad hasta nuestros días. Siempre ha habido exilios. El exilio demuestra la fragilidad del ser frente al poder o frente a las circunstancias derivadas de dicho poder. Nadie o casi nadie va al exilio voluntariamente, sino que acuciado por fuerzas mayores se ve obligado a ello.

Cuando la libertad del artista se ve amenazada sólo hay dos opciones, acomodarse y asumir la falta de libertad, para preservar su obra, que en el caso de los artistas críticos adquiere la forma de un exilio interior, o, por el contrario, luchar, lo que le lleva generalmente al exilio, a la cárcel (otra denominación del exilio) o al cadalso.

El exilio es una forma literaria, además de una forma imaginada; y es sobre todo forma de la memoria.

Como forma literaria la inventó e inmortalizó el poeta latino Ovidio por medio de sus libros *Tristes y Pónticas*.

Fue a finales del año 8 de nuestra era cuando supo que el emperador Augusto le había condenado a abandonar Roma y a trasladarse a Tomos, la actual Constanza. El poeta se encontraba entonces en la isla de Elba, que más tarde acogería al exiliado Bonaparte, porque isla es sinónimo de exilio, como se dio cuenta el poeta Edmond Jabès.

“Haznos mediante una imagen, ver el exilio”, le pidieron

Y dibujó una isla. Y explicó:

“La palabra es una isla.

El libro es un océano poblado de islas.

El libro es un cielo acribillado a estrellas.

La isla, la estrella son figuras del exilio.

El océano, el cielo son exilio en el exilio

*y también ley de exilio.
El exilio está en la ley; pues la ley
es libro
En la palabra”.*

Las elegías de Ovidio escritas en el destierro fronterizo han sido un modelo muy imitado, a partir de la Edad Media, sobre todo. Casi todos los poetas errantes o clérigos expulsados de sus países durante esta época toman las elegías de Ovidio como modelo de su poesía. La influencia de Ovidio en Racine es innegable, así como la ejercida sobre el poeta Francisco Sánchez Barbero, condenado al presidio de Melilla, que escribió la *Epístola a Ovidio*. Los poemas del destierro del Duque de Rivas son deudores de Ovidio. Todo poeta que una vez en su vida se haya sentido desterrado o exiliado, acaba desarrollando una poética del exilio.

También se ha criticado la actitud y el tono de Ovidio. Constantin Paustovski, que vivió en Odessa en 1921, decía que nunca había comprendido por qué el Mar Negro le pareció tan triste, porque a él le había parecido uno de los mares más estimulantes y alegres.

Ovidio escribió sus *Tristes* con la conciencia del romano que vive en Roma, para un romano que en Roma se imaginaba con horror la vida en la frontera con los escitas.

Ossip Mandelstam, poeta que conoció y murió en el destierro, escribió su propio *Tristes*. Su voz es al principio ovidiana y quejosa, pero desde el fondo brota una alegría incontrolable.

*He estudiado la ciencia de las despedidas
en nocturnos lamentos con la cabeza descubierta.
Los bueyes rumian y la espera se prolonga,
en mi última hora de guardia en la ciudad
Y respeto el ritual del canto del gallo,
Cuando, con el equipaje de la tristeza auestas,
los ojos enrojecidos por el llanto escrutan la lejanía,
y los ayes de las mujeres se mezclan con el canto de las Musas.
¿Quién puede saber, cuando oye la palabra adiós,
qué clase de separación le aguarda?*

Partir al exilio era, lo supo Mandelstam, partir hacia la muerte. Ovidio jamás volvió a Roma; Mandelstam tampoco volvió a su ciudad natal; Dante murió fuera de Florencia. Su gran obra, *La Divina Comedia*, está escrito en el exilio. Sandor Marai, escritor húngaro exiliado, nos da a entender que el exilio se convierte en condición humana. Cuando Hungría se convirtió en una república democrática socialista, o sea comunista, Sandor Marai, escritor famoso en su

tierra natal, con su mujer y su hijo adoptivo, se marchó a otro lugar. Vivió en París, Londres, Salerno, Canadá y San Diego, donde se quitó la vida de un disparo, el año 1989, un poco antes de que cayera el muro de Berlín. Tenía noventa años y hacia poco que había quedado viudo.

Ha habido otros escritores famosos que en un momento de su vida tuvieron que acogerse al exilio. Jonathan Swift, J. J. Rousseau, Voltaire, Madame de Stael, Lord Byron, Víctor Hugo, Blanco White, Dostoievski, D. H. Lawrence, James Joyce, Unamuno, Thomas Mann.

Ha habido místicos del exilio como un tal Hugo de Saint Víctor, quien escribió lo siguiente: "La perfección se alcanza cuando el hombre considera el mundo entero como exilio".

Pocos escritores conozco que no hayan reflexionado alguna vez en su vida sobre la condición del exiliado.

Brodski, por ejemplo, decía lo siguiente: "En primer aspecto, *exilio* abarca, si acaso, el momento preciso de la salida, de la expulsión. Lo que sigue es, a la vez, demasiado cómodo y demasiado autónomo para ser llamado así, ya que supone una pena abarcadora".

Goytisolo es el escritor contemporáneo que más ha reflexionado sobre el tema. Leo en el libro *Juan sin tierra*: "El exilio te ha convertido en un ser distinto, que nada tiene que ver con el que conocieron: Su ley no es tu ley; su fuero no es tu fuero; nadie te espera en Itaca: anónimo como cualquier forastero, visitarás la propia mansión y e ladrarán los perros".

Otra definición, referido al exilio español tras la Guerra Civil, es la de Aranguren:

"Por esos mundos de Dios, desgarrada y amarga, anda la España peregrina, con todas las maldiciones del destierro sobre su cabeza. Dios les quitó a sus hombres el sosiego, como a casta maldita, pero no la inteligencia que conservan, más despierta y sensible por el dolor".

La obra de Cernuda no se puede entender, o no puede ser entendida, prescindiendo de los años de exilio, que fueron largos, desde 1938 hasta 1963. Hasta tal punto fue duro su exilio, en Londres y en Glasgow, ciudad que odiaba, por ser fría y húmeda, él, nacido en Sevilla, amante de la luz y del clima meridional.

Hay un poema en el libro titulado *Las nubes*, que se titula "Elegía española II", cuyos últimos versos muestran la nostalgia del exiliado.

*Si nunca más pudieran estos ojos
enamorados reflejar tu imagen.
Si nunca más pudiera por tus bosques,
el alma en paz caída en tu regazo,
soñar el mundo aquel que yo pensaba
cuando la triste juventud lo quiso,
tú nada más, fuerte torre en ruinas,
Puedes poblar mi soledad humana,*

*y esta ausencia de todo en ti se duerme.
Deja tu aire ir sobre mi frente,
tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
única gloria cierta que aún deseo.*

Es dura, sin duda, la vida del exiliado; más aún la del poeta que vive lejos de su tierra, lejos de su lengua, sin esperanza alguna de volver.

“No echo de menos un destino más fácil”, escribió Cernuda, hombre rebelde, hombre apasionado, hombre que chocó innumerables veces contra los muros de su prisión, en su afán de libertad, hombre que, una vez abandonada, jamás volvió a la tierra que lo vio nacer, hombre que perdió toda esperanza de volver.

Lo refleja el poema “Peregrino” del libro *Desolación de la Quimera*, último libro escrito por el poeta:

*¿Volver? Vuelva el que tenga,
tras largos años, tras un largo viaje,
cansancio del camino y la codicia
de su tierra, su casa, sus amigos,
del amor que al regreso fiel le espere.
Mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
sino seguir libre adelante,
disponible por siempre, mozo o viejo,
sin hijo que te busque, como a Ulises,
sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.
Sigue, sigue adelante y no regreses,
fiel hasta el fin del camino y tu vida,
no echas de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo nunca visto.*

2

Pero el exilio de Luis Cernuda no comenzó en el año 1936, sino antes, mucho antes, cuando todo su ser no se adecuaba a la realidad de su tiempo.

Lo escribió Gastón Baquero: "Su vida fue el largo peregrinar de aquel que ya se sentía desterrado, ya estaba en un exilio de naturaleza mucho más trágica y dolorosa que el exilio político".

Exilio interno, desapego, desesperación son sinónimos, en tanto que expresan la inadecuación entre la realidad que le rodea y el deseo de trascender dicha realidad; el deseo de ser él mismo, o como lo definiera Spinoza, el deseo de llegar a ser lo que era.

Toda filosofía vital es filosofía del deseo.

Los seres somos naturaleza, existimos en tanto sentimos placer y dolor. En tanto tenemos deseo.

En el comienzo era el deseo, que es tanto como decir que en el comienzo era la acción. Pues no hay deseo que no sea activo, de una manera u otra, ni acción que no sea deseada de una manera u otra.

Porque vivir es desear vivir. Y el deseo es la potencia que nos empuja a la vida, a durar dentro de los límites impuestos por el tiempo.

O como decía Pascal: "El deseo es la ley del mundo".

El deseo es la verdad del cuerpo y de la vida, la verdad del yo y de sus sueños, de sus pasiones y de sus actos, de sus alegrías y de sus penas.

El deseo es la capacidad de gozar. Y para el cuerpo y para el alma no hay alegría que no provenga del deseo, ni deseo alguno que no provenga de la alegría.

No hay deseo sin finitud, o como decía Eluard:

"el duro deseo de durar", o sea la vida.

Solo en la muerte hay ausencia de deseo.

Lo sabía bien Cernuda cuando escribió el poema titulado "Deseo"

Por el campo tranquilo de septiembre

Del álamo amarillo alguna hoja,

Como una estrella rota,

Girando al suelo viene.

Si así el alma inconsciente,

Señor de las estrellas y de las hojas,

Fuese, encendida sombra,

De la vida a la muerte.

Frente a la realidad del mundo, opone Cernuda la realidad de su deseo, que adquiere formas estéticas, éticas y, sobre todo, eróticas.

“Yo no me hice, y solo he tratado, como todo hombre de hallar mi verdad, la mía, que no será mejor ni peor que la de otros, sino sólo diferente”.

Cernuda renuncia a juzgar al mundo.

El bien no es nada, tampoco el mal. Pero hay deseo. Nada es justo, pero se puede desear la justicia. La belleza no existe, pero se puede desear lo bello. Pero no se desea lo bello porque sea bello, sino porque se desea se encuentra bella el objeto deseado. La belleza es consecuencia del deseo, porque el deseo dura más que la belleza.

Hay un poema de Cernuda titulado “Mutabilidad” que hace referencia a todo esto.

*Dime, hermosura,
por qué tu luz se mustia.
Dime, deseo,
por qué te olvida el cuerpo.
Dime, alma,
por qué tu voz se apaga.
Alma, deseo, hermosura,
son galas de las bodas
eternas con la muerte,
incolora, incorpórea, silenciosa.*

El erotismo es una de los modos que tiene el ser de volar, o utilizando una metáfora, de tocar el cielo con sus sentidos.

Decía Lucrecio que evitar el amor no era privarse del goce de Venus, al contrario, era tomar sus ventajas sin pagar por ello precio alguno. Lucrecio proponía hacer el amor sin amor, para sentirse libres; pues, en sus palabras “de la fuente de los placeres surge no sé qué amargura que tiene apresado al amante por la garganta hasta en los momentos más dulces”.

Para Cernuda la búsqueda del amor no es la búsqueda del bien, sino la búsqueda de la poesía que, en palabras de Wittgenstein, muestra todo, pero no enseña nada:

*Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,*

*y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu,
como leños perdidos que el mar anega o levanta,
libremente, con la libertad del amor,
la única libertad que me exalta,
la única libertad porque muero.*

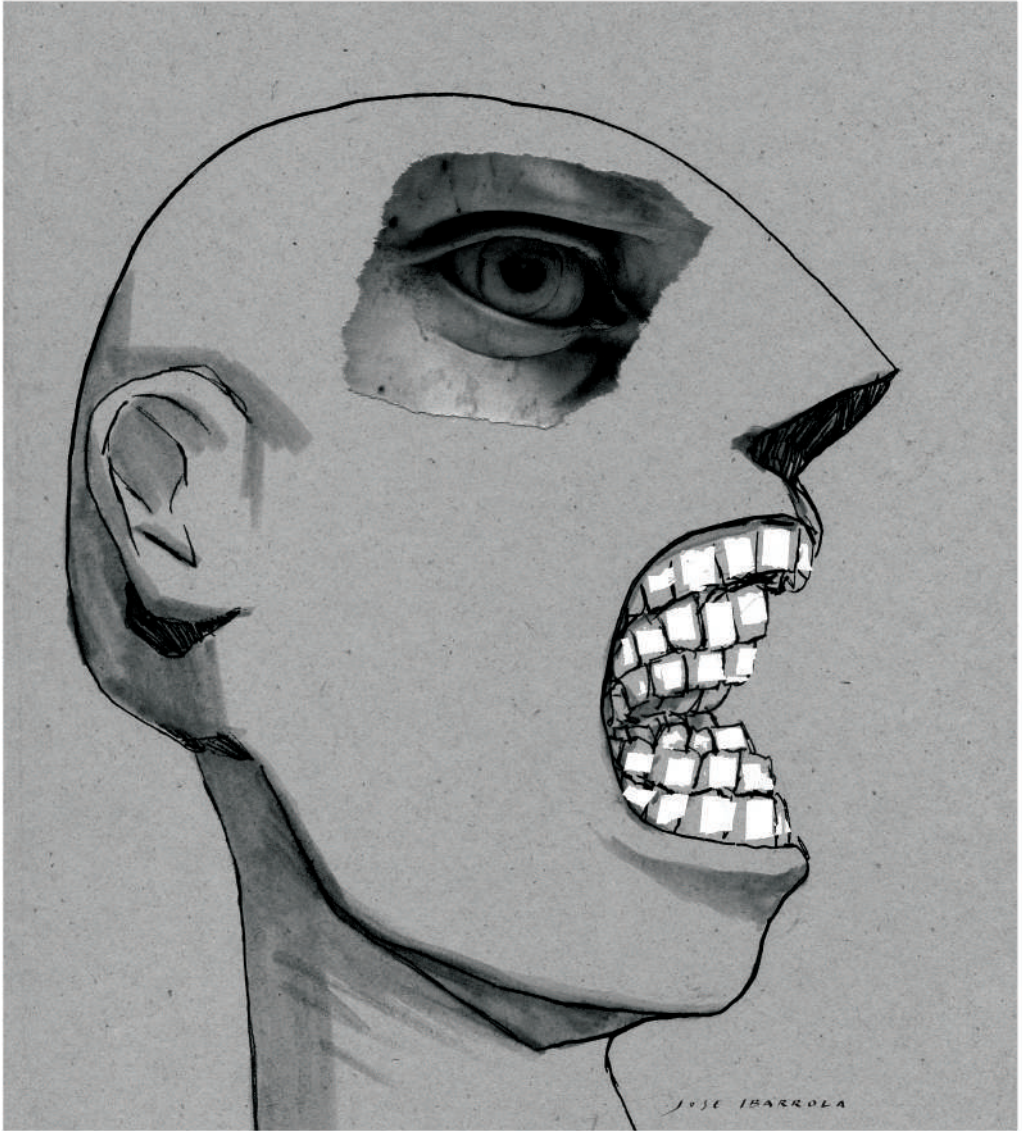
Para Cernuda el amor deja un poso amargo, porque se acaba, y después del amor queda el olvido, que es mas fuerte que el recuerdo, como lo recuerda en su poema "Donde habite el olvido", y porque amar es triste, tan triste como el ruido que hacen dos cuerpos cuando se aman.

Y amar debería ser alegre. Amor triste, amor desgraciado, es una contradicción. A no ser que esté acompañado de otros sentimientos como el odio, como la marginación.

Cada amor es uno y es diferente a los demás.

Como escribió Spinoza: "el amor es una alegría acompañada por una causa exterior".

Leyendo a Cernuda parece como si en la lucha entre la realidad y el deseo, triunfara la realidad.



AL ABRIGO

ELISA SÁNCHEZ PRIETO

Fragmento de "Al Abrigo", Editorial Suburbia ediciones, 2018

Y es que Juanpadre sabe, a ciencia cierta, que está en el lugar correcto, con la gente adecuada. Y busca la mano de Magdalena, que, cómo no, está, y se la aprieta y le da un abrazo y el tío José se une a ellos, a su abrazo, para darles la bienvenida, y la señora del tío José, que *también es mu sentía*, llora, y Magdalena pues ya no, y todos se toman unos anises y brindan por los presentes.

Y esa noche, sobre el suelo, vuelven a hacer el amor y ella levantándole la barbilla, le susurra al oído: "mírame, Juan de mi vida... mírame, mi amor, mírame fijo, y clávame, jajajajaj, eso que tienes entre las piernas." Y, él, pues él, le clava el brillo de sus ojos y la acaricia como si de barro se tratara, durante toda una eternidad... Y se revuelven y se abrazan mirando por los huecos del techado las estrellas y algún trocito de luna, rodeados de hijos,

y a partir de ahí tiran *palante*, hostias que si tiran *palante*...

Y todo lo celebran...

El día que...

El día que...

Aunque hay días que... Uffff.

Cuando su hogar está ya medio adecentado, Magdalena decide ir a la parroquia porque está harta de rezar sola. Llega ya empezada la misa, y vete tú a saber, si es el incienso, o la tranquilidad, o algo sobrenatural, o el calorcito, o el silencio, que la mujer entra en éxtasis, y después del disfrute y durante la bendición del vino aguada comienza a rezar en latín, a voces, sin cortarse, como poseída.

Offerimus tibi, Domine, calicem salutaris, y Josémaríapadre, congelando la elevación del cáliz en el aire, le grita: "¡señora!" y ella que, con el éxtasis o la posesión, o vaya usted a saber qué, no solo no oye, sino que grita más *tuam deprecantes clementiam: ut in conspectu divinae majestatis tuae*. Y Josémaríapadre: "¡Pero vamos a ver...! ¡Señoraaaaaa!" Y Maríamagdalena a brazos abiertos:

*pro nostra, et totius mundi
salute cum odore suavitatis
ascendatdeeee. Amén.*

Y el cura se acerca a ella, y ella se echa a temblar, si algo había aprendido, desde bien pequeña, es que nunca, nunca, nunca se debe poner en brete la voluntad de un cura, y menos la de un hombre. Ella pensaba que... y aunque se sabe culpable de hablar cuando no toca, de gritar en casa del señor, y de..., y de... echa a correr como alma que persigue el diablo mientras se envuelve en rápidas santiguadas. Ya resolverá este tema, que madre mía con cuantísimos frentes tiene que andar lidiando.

Poco tiempo después, cuando Maríamagdalena se entera por un telefonazo a *donde* la tienda de María la Tocinera... Que deja el recado un pariente de un pariente del pueblo que sabe, que alguien le ha dicho, que andan por El Pozo, porque ella correspondencia con la que fue sangre de su sangre, ni media... Bien, como iba diciendo, ese día se entera de la muerte de su padre y sin mucha pena, pero cargada de culpa, se acerca de nuevo a la parroquia a pedirle al padre, primero disculpas por hablar en medio de su misa, que ya le vale, *pero es que padre, no sé lo que me pasó, ando con tantas cosas en la cabeza, padre, padre yo le prometo que...* y segundo que tiene unos ahorrillos y que viene a comprar cincuenta y tres misas por el alma de su padre.

–¿Ni más ni menos? –le pregunta Josemaría padre tragándose la carcajada.

–Ni más ni menos, padre –repite poniéndose de rodillas y besándole la mano.

–Pero hija mía... ¿Qué haces?... Levanta del suelo... –Necesito salvar el alma de mi padre...

–Pero bueno, hija mía, ¿de dónde sales? –Y él le explica, y el padre le cuenta cómo funciona esa iglesia. Le habla con paciencia de cómo se mueve ese barrio, de cómo hay que moverse en el barrio. Y también le cuenta del Jesús revolucionario. Y de la lucha. Y le explica por qué el regaño de rezar en latín, y le explica el porqué de que no haya misas pagadas y... bueno, a ella no le cuesta nada, pero nada entenderlo. Y a partir de ahí sí que uña y carne, carne y uña... el padre y la Conversa... la Conversa y el padre... Ella le aguanta la mala hostia de sus dolores de barriga, y él a ella, pues... Nada.

Y Maríamagdalena, más tarde Magdalena, hoy ya y hasta el final de sus días, se convierte en "la Conversa".

Y olvidará las hostias de su padre. Y a su padre.

Y abandonará su culpa, su culpa, su gran culpa.

Y no tendrá más pecados de pensamiento. Ni de obra.

Ni de palabra.

Ni de omisión.

Y olvidará a la madre que la parió, aunque eso le cueste más. Mucho más.

Y pasará de que las blasfemias se le claven como puñales, a decirlas, incluso sin venir a cuento.

Y olvidará los latinajos del párroco de Mascaraque.

Y no pronunciará más las retahílas que les contaba al principio a sus hijos de que esta vida es tránsito, de que aquí se viene a sufrir para ganar el cielo. De que antes de llegar al cielo hay que pasar por el infierno.

Y a partir de ese día se reirá a mandíbula batiente y se levantará la falda a dos manos, para que se le airee el coño.

Y es que se lo lo ha dicho un hombre.

Y es que se lo ha contado un cura.

No vierte ni una sola lágrima en todo el proceso. Las concentra todas para convertirlas en lucha. Que hasta cuando llegaba la policía secreta ayudaba a que los curas se vistiesen de celebrantes (con lo que había sido ella) para ocultar el verdadero cariz de las reuniones. Curiosamente, la lucha y el comadreo acabaron convirtiendo el infierno, no sé si en el paraíso, que eso sería mucho exagerar, pero sí en algo bastante jugosito.

La vida es un no parar, pero va, va bien y de repente un día, se levanta por la mañana, sabiéndose embarazada.

-Pero a quién se le ocurre. -Ni que fuera cosa de una sola.

-Ya, pero ellos la meten y sansereníndelmonte... -Ufff...

-...Sansereníncortés.

- Pues yo hago lo del interruptus ese.

-Y eso, ¿qué es?

-...

-Pues eso es que cuando se van a correr hay que quitárselos de encima y... -... De dentro.

-¿???!!!

-Y así lo echan todo fuera.

-Y tú te quedas a dos velas.

-Ya, pero no te preñas.

-Eso también es verdad.

-...

-Ahhh, pero, ¿tú alguna vez te enteras de algo?

-... Pufff...

-... Na...

-Ni yo...

-...

-Mujer, es que entre que estás ahí pendiente de que no... -Y en tu caso también de que no te aplaste... -Jajajajajajaja. -Todas menos la Conversa.

-El caso es que yo ya...

-Ya mujer, puffff... A ver, ¿en qué mes estamos? ¿que estarás de...?

-A ver, marzo, abril... puffff... para noviembre. -...Naaa, es que hay que joderse, el joputa viene con las lluvias.

-Y con los barros.

-Y con los fríos.

Y como ya sabían el calendario Zaragozano les corrobora lluvias y barros para la fecha aproximada del parto:

-El mes de noviembre, es el mes consagrado a las almas del purgatorio...

-Vete al grano, coño.

-Luna llena en Tauro, el 14 a las 13:52... -Pero no te he dicho que vayas al grano... -Es que yo no sé leer saltando, lee tú... -Quia, si yo no sé ni ajuntar letras.

-Ya, pues entonces déjala a ella, mujer.

-Tiempo muy húmedo, de nublados o nieblas... Los vientos del sur serán desalojados por otros del noroeste cada vez más frescos o destemplados con nublados que descargarán algunos chubascos y nieve en las alturas. Noches húmedas y frescas con abundantes rocíos, escarchas y alguna helada.

Así del tirón, aunque todas ya sabían. Y la noche del catorce, la noche de la luna llena, la Conversa se pone de parto. No querían en épocas de barro, pero las cosas vienen como vienen. Podía haber parido en casa con una vecina partera, pero prefirió parir en el hospital. Las vecinas fueron lo más rápido que pudieron al dispensario entre el barrizal y los cascotes y avisaron para que mandaran una ambulancia pero la ambulancia no pudo entrar por entre el barro, entonces, incluido Josemaríapadre, la izaron en una silla de enea y la llevaron en volandas, entre trompicones y resbaladas, hasta la ambulancia pero cuando llegaron al hospital media cabeza del crío estaba fuera y la Conversa sin conocimiento, aunque antes de perderlo soltó: "es fácil ser bueno, lo difícil es ser justo. Victorhugo", la frase del día catorce de noviembre del calendario Zaragozano de 1972. Y las vecinas, hombro con hombro.

Y Juan, el marido, qué sé yo, por ahí andaría.

-Alteración genética -le dijo el médico a La Conversa. -¿Qué?

-Pues señora, que ha parido un síndrome de Down. -¿Un qué?

-Un niño mongólico, para que nos entendamos. -¿Y por qué?

–Todos somos hijos de Dios y a usted le ha tocado.

¿Que por qué le ha tocado? Porque es así la vida... porque Dios así lo quiere...

–Y una mierda –le grita ella al señor doctor con la poca fuerza que le queda– y una mierda pinchada en un palo y puesta al sol... Mi hijo ha nacido subnormal por el barro y la miseria que nos rodea. Que ya he parido a otros cuatro y están más que sanos. No lo adorne, haga usted el favor. Le digo yo a usted que es la puñetera miseria.

Y el señor doctor, ni corto ni perezoso, le contesta como no dándose por aludido:

–¿Cuatro ya?... Ay, mujer... si hubiera nacido bien ya te lo colocaba yo por ahí en una buena familia, y si te he visto no me acuerdo, que para el niño mejor y para ti, pues también. Pero con esa alteración me va a ser imposible. –Y la Conversa se revuelve de tal modo que escupe al señor doctor como si de una puta rabanera se tratara. Un *japo* en condiciones. De los verdes y densos. Y es que no había forma de quitarse ese constipadocabrón.

Al llegar al barrio, las vecinas la consuelan –Mira el Lele, mujer...

–...

–...

– Sí, mira el Lele lo bien que se busca la vida.

–...

–Y lo buena persona que es, que no todos tenemos que ser iguales.

–¿Sabíais que el Lele empezó vendiendo agua por las casas?

–Sí, de crío...

–Y cuando cobraba que se le llenaba la cara de sonrisa, al muy...

–Dicía: “Con casi tres pesetas, ya hay para algunas dichas.”

–...

(Y a la Conversa, maldita la gracia). ... (A una que no se le ocurre nada). (A otra que tampoco).

(Ni a la otra).

... (Y la Conversa acunando).

(Y por fin una cogiéndole al niño): “Este..., este no te ha salido con ojos de gato, ¿eh?”

–... Uuuuuuuuuuuuuuúíí.

–Es verdad, este tiene ojos de chino.

–Cacho putón, ¿qué habrás hecho tú por ahí?

Y todas, a la carcajada... Ufff, y arrullando al bebé..., al nuevo bebé, que ya es otro de la tribu..., que ya se le quiere, coño... Y con la sororidad de vecinas, no con el consuelo del doctor, se le pasó la tontería a la Conversa.

–A este, le vamos a poner... –mientras zarandea al niño.

–Le vamos a poner dos nombres –mientras la otra se lo quita.

–Sí, como los ricos –mientras la otra lo levanta, y el bebé hace una mueca, que parece que hasta sonrío.

–Eso, como si fuéramos ricos. –Y al toma.

–Y al dale.

–Y al anda...

–Jaleoooo–y a las palmas y al jolgorio. –Jajajajajaja.

–A tu ángel, le vamos a poner...

Y ahí están las mujeres, al jolgorio, al cuidado y al trajín y al tajo, porque los hombres o trabajaban y llegaban reventados a casa. O se tiraban a la bartola. O se iban al bar. O la tres cosas. También había alguno en la cárcel por asuntos políticos o por robos de chichinabo. Y ahí estaban ellas. Trabajando dentro y fuera, cuidando de los hijos, de los propios y de los de las vecinas, y ellas también eran las que iban a donde hubiera que ir. Embarazadas o con los hijos colgando. En pie durante horas frente al correspondiente ministerio donde plantear la reivindicación. Vociferando y peleándose con los guardias. Histéricas, se atrevían a llamarlas algunos. Otras se quedaban cuidando a los hijos más pequeños, y los mayores con las maestras, que hasta setenta niños tenían en aquel colegio en el turno de mañana y otros tantos en el turno de tarde.

Las más osadas, al autobús que iba de El Pozo a Atocha.

Y todas en manada a tomar el autobús. Que se nos veía de lejos, como si fuéramos una bandada de pájaros gigantes. En pie. Derechas. Echándonos las faldas a la cabeza para protegernos del sol o para cobijarnos. Al mismo paso. Al mismo ritmo.

–Pero señoras, que esta línea va a Atocha –decía Marianoautobusero cerrándonos las puertas. Y nosotras, con los zapatos limpios que llevábamos en el bolso, le aporreábamos las puertas.

–Que no, Mariano, que este autobús, hoy no va a Atocha, que hoy va al Ministerio de la Vivienda. –Y Mariano nos abría las puertas al grito de: “¡Señoras, esto es un secuestro!”-. Y nosotras y él a carcajadas... Y luego en el autobús, arrebujadas unas contra otras nos dábamos calor y fuerza a partes iguales... y le dábamos a la copla: “Ay, Mariano de mi vida, dime que sí..., por tu madrecita buena..., dime que sí..., que me vas a querer tanto como yo te quiero a ti”.

–Que no, hombre, que ya está bien, que una cosa es una cosa y otra es otra... Que traeros, bueno, que ya me la estoy jugando... pero esperaros a la puerta del Ministerio eso sí que no... Caray, que os bajo a todas, me cago en todo lo que se menea.

Y así, un día sí y otro también. Y un día al cine París o al campo del Rayo, y otro a recaudar dinero para sacar a los presos (que hasta colas para hacer donaciones).

Y es que, os lo digo como lo siento, ellas sostuvieron la lucha, si no nada de este milagro hubiera sido posible.

Y en medio de este polvorín, Antonio, el mayor de la Conversa, está desaparecido. Vive desaparecido. Ni colabora, ni ayuda, ni cuida a sus hermanos, ni hostias... Y mucho menos hace nada por los demás o por sus propios padres. Solo dice que se busca la vida...

Y es que dicen que las madres saben pero no quieren ver, porque el Antonio, con solo quince años, ya andaba metido en el mundo de la droga, y la Conversa a sus luchas y a sus quehaceres, porque a veces mucha preocupación, mucha preocupación pero gana por goleada el no querer ver. Y su padre, su padre, decir, dice poco o nada, y hacer, pues mucho menos, pero sí filosofea en sus escritos "...que había que tenernos callados (...) y es que había que hacer una transición tranquila, sin resentidos ni renegridos del otro lado de la vía (...) y aunque mi padre fuera de los vencidos, de los de la cáscara amarga (...) y hoy puedo sentir que sigo en el sitio adecuado, que he llegado a mi lugar (...) Y reflexionando sobre el sentido de la vida, blablablablabla." Pero a sus hijos, poco o nada. Y cuando la Conversa llega a casa y empieza a soltar por esa boca, y le salen sapos y culebras sobre los patronos, y se revuelve en retahílas contra el sudor de su frente, y le cuenta, y le grita, y le zarandea, y le..., y él, y él, la amansa, y él la tranquiliza, y cuando ya consigue con sus manos, sus miradas y sus caricias que se sosiegue, ella dice, ella comenta, al principio a voces, luego en voz queda y más tarde al susurro, que le dice que no sabe si están haciendo bien, el cambiar el verles crecer por el darles de comer a diario: "¿por qué dios mío, dónde andarán metidos todos el día?", pero la vence el sueño.

Y dos o tres meses antes de la entrega de las nuevas viviendas, de la entrega de las tan luchadas viviendas, una vecina llega llorando y con su hijo enganchado por los pelos. Se coloca frente a la casa de la Conversa, que hasta un jardincillo le ha montado Juanpadre en el lateral libre..., y comienza a gritarla a ella, pero para que todos los demás la oigan: "¡eeeh, Conversaaaaa!, eeehhhhh, que ya está bien de mirar *pa otro lao*... Mira, mira lo quel malnacido de tu Antonio le está haciendo a nuestros hijos..." y le lanza la piltrafa humana de quince años puesto hasta el corvejón... y le llora que hasta el detergente me roba para pagar al Antonio los picos... y le clama, pero mirando al suelo, que para qué les sirve tanta lucha si sus hijos son peleles abrazados a la heroína... y le dice, no, le grita que, no, ahora habla el colgado... y farfulla que se va a La Celsa, que allí no le dan la charla, y ella le zarandea, y pide a su hijo que la mire, que mire a su madre, que los desvelos que ha pasado para sacarle adelante, y el yonqui le pregunta que qué madre... y lo pregunta babeando y sonriendo... y se da la vuelta en un despiste de la mano-garra de la madre, mano pelada de la lejía y de tanto fregar en casas propias y ajenas... y según se vira le dice que él no tiene madre... que su madre está en La Celsa... y la vecina le engancha y le grita a la Conversa: "¡Esto es lo que ha hecho el camellazo de tu hijo con los nuestros, malnacida, hija de puta... Ojalá te pudras, tú y toda tu descendencia en el infierno..., que eres como la falsa moneda!"

Y la Conversa, pues la Conversa, pffff, se revuelve, pero bien..., todas sabían..., pero no se lo decían... Cómo iban a pensar que ella no sabía... Y dice, e intenta decir, que ella... "Pues claro que sabías", le grita la vecina enganchada al hijo, que sigue con una cara de gilipollas que no puede con ella.

Y la Conversa, hoy, no sabe qué hacer.

Y la Conversa, hoy, duda.

Y lo único que no duda es contarle o pedir ayuda a su marido. Total, ¿para qué?

Esto lo tiene que resolver ella, como casi todo, como todo... y se va a buscar a su hijo Antonio al barrio de bien, al barrio de los señoritos, y se le enciende la vida, y se le quema la sangre, y sale escopetada porque al final ha conseguido una dirección... que es donde duerme... que hace tiempo que no duerme en la habitación añadida con los ladrillos del señor José a los que hubo que quitar, con tanto esfuerzo, el cemento anterior, que ya de aquella ellos bien que reutilizaban, rehusaban y reciclaban, sin saberlo, por pura necesidad... Hace, y qué sabe ella, desde cuándo no duerme en casa, esa habitación que compartía con sus otros tres hermanos, que lo único que tenía eran estanterías. Y se va medio loca al barrio Salamanca. Y se va para encerrarle en casa. Atarle si es necesario. Y que todo lo tiene que hacer ella. Y que su padre, pues sentado en el sillón, que si ahora cojo un libro, que si ahora lo dejo perfectamente colocado y por orden alfabético, que si ahora echo un vistazo a este, pues hoy voy a hojear este... ahora escribo algo, al rato tacho ese algo... Una buena hostia a tiempo al Antonio y menos libros qu... Y cuando va a cruzar la vía, piensa que le va a dar tiempo o no lo piensa porque piensa en su hijo y en el hijo de la vecina, y luego en el suyo otra vez (bueno, en el suyo no deja de pensar desde que lo parió, que ya veía ella que era revirado de cojones, que maldita la hora, y maldita también la hora de cuando nos vinimos del pueblo no dejarle allí con mis padres, para no verles nunca más... Para no verles siempre). Y piensa en el de la vecina y en la vecina, que esa mujer, coño, que no lleva un hijo, que arrastra un pelele, cuánto dolor este hijo mío, la que ha organizado, menudo hijodeputa, sangre de mi sangre, maldito hijodeputa, asesino, se va a enterar... Este se entera por mis muertsioqueesteffffffiiiiiiipsppppsssssssssssssscrassssssssssss, pero se engancha...

... o...

... se tropieza con esos zapatos llenos de barro.

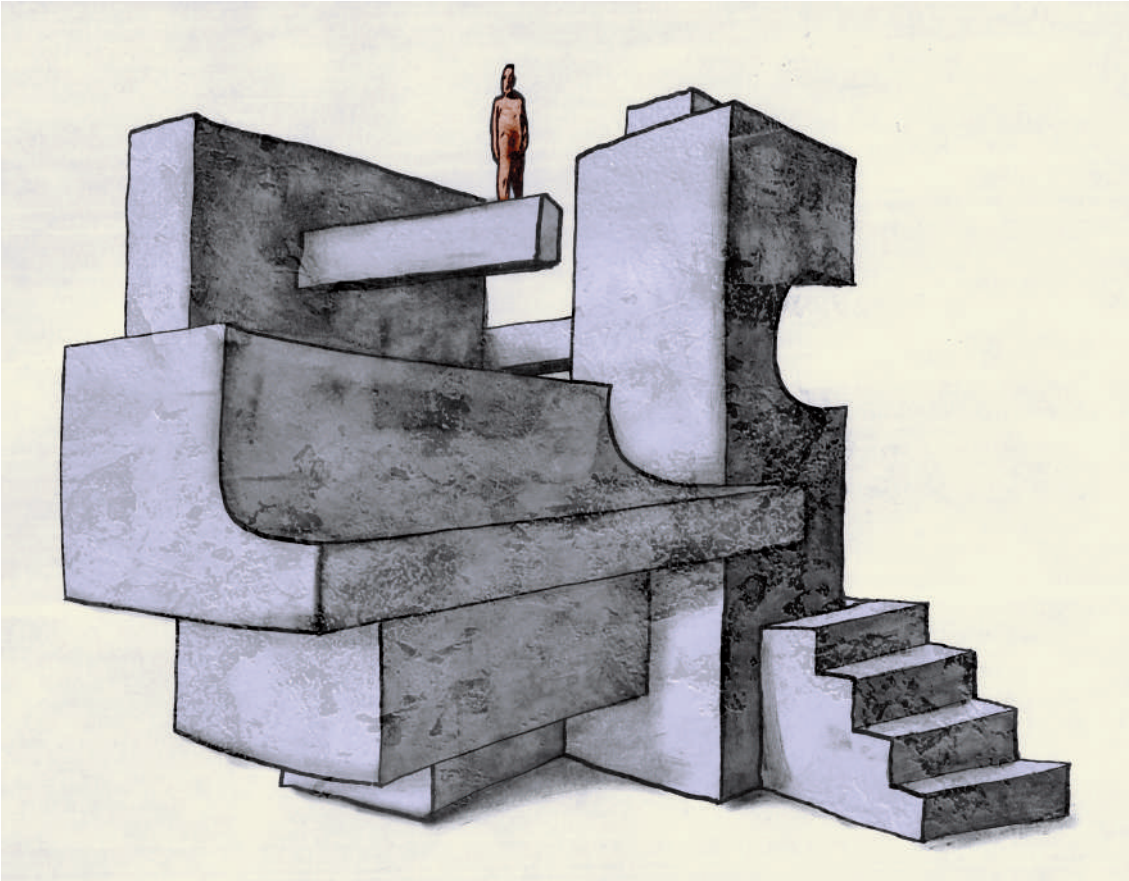
Y el tren la aplasta. Y ya.

Y la noticia de la muerte de la Conversa recorre todo el mundo conocido. De norte a sur y de este a oeste. Y el Lele de El Pozo, desencajado... pasando la mala nueva de voz en voz: *¿Quién dices que ha muerto? Sí, mujer, la Conversa. Pero será posible, Dios mío. Sí, mujer, esa que llegó al barrio besando los pies de los santos. Una meapilas, una maldita tragasantos. Que no, mujer, pero que luego poco menos que escupía en los altares. Ayvirgendelperpetuosocorro. ¿Quién dices que ha muerto? Esa que ahora ni loca con Dios quería hablar. Murió la*

Conversa..., y los que la conocían: *¿Pero qué dices? ¿Pero cómo?...* Y las que no la conocían, pues también: *¿Pero qué dices? ¿Pero cómo?...*

Coño, hostiasputas, que murió la Conversa, joder, que murió la Conversa... ¿Qué dices que ha pasado?... Y al traqueteo y a la retahíla: Que la Conversa..., que en la vía..., que en la maldita vía. Que ha muerto la Conversa. ¿Cuála? Sí, mujer, la que tenía un hijo que... Ay, pobre angelito, ¿qué va a ser de esa criatura? No, yo te decía el otro. Ahhhh... Ufff... Ya... Menudo elemento... ¿Y ese padre?... Puffff, ese padre ni fu ni fa.

Y el chucuchucutraca del tren hoy no adormece..., hoy no tranquiliza..., que el chucuchucutraca hoy, trae la muerte.



HADA DEL TEDIO

JAVIER ALCIBAR

Poemas para no volver, de Javier Alcibar. Ediciones Vitruvio, número 793 de la Colección Baños del Carmen. Premio de poesía Covibar-Ciudad de Rivas.

Me gustas cuando callas,
porque no tengo que oírte.
Tus palabras mágicas
te convierten en papagayo
revoloteador,
y a mí en langosta de un mar
sumergido.
Tu voz, que no me toca,
tiene la virtud de enmudecerme.

Nosotros, la historia

Los viejos
mueren
y nosotros
nos asomamos
a la muerte.
Los hijos
Crecen
Y ya son
nosotros,
los que fuimos.

Nosotros,
Tercos,
empeñados
en
vivir
donde
no es posible
permanecer.

Nosotros,
un tren
ciego,
que solo va,
sin vía,
sin parada,
sin destino.

Ser poeta también

Es estar maldito,
estar tachado,
estar borrado,
arrastrar una cruz
por una cuesta
como otro arrastra
unas palabras
o una cadena
o una vergüenza
o un perro
o una correa
o un collar
de perlas
o un cadáver
recién asesinado.

Ser poeta
también
muchas veces,
es arrastrar

tu propio cadáver
muchas veces
recién asesinado.
Y volver a nacer.

TODO SE IRÁ ACABANDO

KARLOS LINAZASORO

Poemas extraídos del libro *Todo se irá acabando*.
Ars Poetica, Oviedo, 2019.

No pude ser olvido.
Dice que no el olmo,
el chopo viejo, el tilo azul,
la mariposa que solo existe en el fresco.
Todo me ciega y me llena,
me hunde para alcanzar la copa más alta del cielo.
No recuerdo nombres,
Escribo siempre vencido por una emoción
Sin regreso ni conciencia,
Ciego, pero sé que estás ahí,
bajo el gingko amarillo y solitario,
como la ceniza que crece después de muerta,
esperando un pájaro con lengua de fuego,
algo donde mirarte para salvarnos,
un gesto de la rosa, un abril más enmadrado,
una semilla que volvió de donde nada vuelve.

La luz se enciende como una vena hinchada,
tumbada sobre sí misma hasta el abismo,
llena de hojas y de muérdago,
más azul que el propio olvido.
Las calles manifiestan su alegría,
Su línea de sombra inabarcable,
y la luz y nadie me llaman,
y la luz y nadie son la misma cosa.

Me dejo querer sostenido entre jazmines,
pinto imágenes dispersas, persigo aceras,
observo lo que invaden otros rostros.
De lo que soy va quedando el vuelo;
de lo que oigo va quedando nadie;
de lo que veo va quedando lo que la luz
esconde mansamente en sus esperas.

Tumbado sobre el césped recién cortado
observo la inminencia de las nubes,
el vuelo sin mapa de la luz, su vacío,
Y te oigo llegar, madura, apenas presentida,
como si fueras un roble lleno de vencejos,
un muro reposado en la incertidumbre.
Contigo ya me siento aurora y desaparece el mundo.
Nada más allá existe, es aquí el deseo,
la palabra que nos arraiga a la tierra y el fuego,
el musgo azul y el alambre dulce,
todo lo que los cuerpos nos regalan,
Todo, y escuchamos:
en el mundo no queda más voz que la nuestra.

Alguien me persigue.
¿Soy yo, eres tú?
No es nadie.
Sombras entre hayedos,
caminos incógnitos, grajos,
vientos, cenizas, brumas,
nada que no esté escrito en algún mapa.
Pero sigo, solitario, adelante.
Perderme y encontrarme,
viajar hasta el olvido último, y volver,
llegar a casa con el pánico ya destilado,
y amarte sin carcoma en las uñas,
como un niño ama su silencio.

MATER DOLOROSA: GALDÓS Y EL MITO DEL CARÁCTER NACIONAL EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

IÑAKI VÁZQUEZ LARREA

En 1970 Julio Caro Baroja publicaba *El Mito del Carácter Nacional*. En él se argumentaba que el carácter nacional español tiene un fundamento mítico, no científico. El presente ensayo es un breve recorrido sobre el uso y el abuso del concepto tanto en la Historiografía liberal como conservadora española, con especial énfasis en los *Episodios Nacionales* de Galdós:

“Considero, en efecto, que todo lo que sea hablar de “carácter nacional” es una actividad mítica; es decir, que el que habla o charla se ajusta a una tradición más o menos elaborada, sin base que pueda apoyarse en hechos científicamente observados y observables, tradición que tiende a explicar algo de modo popular y que de hecho cambia más de lo que se cree o dice”.

Según José Antonio Maravall:

“La nación era el marco general de la visión historiográfica”

Y Jon Juaristi afirma:

“Desde sus inicios la moderna historiografía española adoleció de un mito iniciático roussoniano, de contrato social entre ciudadanos. Los ilustrados prefirieron buscar una Arcadia medieval corrompida por males

exteriores legitimando legendismos particularistas basados en antañones crónicos”.

Tal y como afirma Álvarez Junco:

“Realizaban así los ilustrados una manobra típica de los nacionalismos, de proyección hacia el exterior del origen de los males propios, liberando al ente nacional de toda responsabilidad por sus infortunios pasados. La responsabilidad por las desgracias colectivas recaía sobre un elemento “extranjero”, en este caso una dinastía germano-flamenca. Aquella interferencia foránea torció el curso “natural” de España hacia la libertad”.

Jovellanos, a este respecto, ya hacía acopio del mito de *causa comunera* perdida, la causa medieval castellana vencida “por la intriga y la fuerza”, pero no por la “razón”, pues le avalaría el derecho de “supremacía” de una eterna nación ya preexistente.

Se trataría de una forma de justificar, no sólo la convocatoria de una asamblea representativa de la nación en 1810, sino también los radicales cambios institucionales y legislativos que se planteaban ante aquella asamblea. Se estableció como una verdad inconclusa que un sistema de limitación y control de los poderes y defensa de las liber-

tades ciudadanas no era ninguna novedad en España, sino que respondía a unas formas de convivencia que habían existido en la historia del país en los momentos en que este no había estado sometido a una dominación extranjera; es decir era justamente lo que se adecuaba al carácter y al genio nacional español.

La tradición historiográfica liberal decimonónica fue fiel a este patrón sin excepción. Aparentemente el desencanto liberal de Galdós en *Los Episodios Nacionales* nos acerca al naturalismo de Zola, pero no es sino el canto desesperado de la gesta de un pueblo heroico ahistórico "traicionado" por su élite dirigente.

En *Trafalgar*, dice Benito Pérez Galdós en boca de Don Alonso:

"El honor de nuestra nación está empeñado-contestó don Alonso-, y una vez metidos en la danza sería una mengua volver atrás. Cuando el mes pasado en Cádiz en el bautizo de la hija de mi primo, me decía Churruca: Esta alianza con Francia y el maldito tratado de San Ildefonso, que por la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy se ha convertido en tratado de subsidios, serán nuestra ruina, serán la ruina de nuestra escuadra, si Dios no lo remedia, y, por tanto, la ruina de nuestras colonias y del comercio español en América. Pero, a pesar de todo, es preciso seguir adelante".

En el episodio del *19 de marzo y el 2 de mayo*, el tono es aún más dramático:

"Animo hijas mías. No lloréis. En este día el llanto es indigno aun en las mujeres ¡Viva España! ¿Vosotras sabéis lo que es España?. Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas,

nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!".

Con el trascurso del relato los *Episodios* trazan rasgos esperpénticos (si bien Valle-Inclán nunca se identificó con ellos), hasta llegar a *Misericordia* (1987), testimonio máximo de su desilusión ideológica, donde España se trasmuta definitivamente en *Mater Dolorosa* (de ahí el tono religioso de la misma). Una madre patria, que yace agónica, pendiente de ser redimida y salvada.

A este respecto, *Nina* (protagonista de la obra) representa el *vía crucis nacional*, cuya dignidad mendicante otorga una brizna de esperanza a la resurrección esencialista de España: "Llegué hasta donde pude; lo demás hágalo Dios, si quiere".

Unamuno fue fiel a la tradición liberal en su concepto de "intrahistoria", el genio nacional traicionado por el supuesto fanatismo y absolutismo de los Habsburgo. Incluso Pidal habla de un espíritu nacional a partir del romancero, "máxima expresión del alma popular".

La supuesta excepción orteguiana resulta engañosa. De hecho, Ortega partía de la historicidad de la nación, había leído a Renan y hacía suya la idea del plebiscito cotidiano, para caer luego en un esencialismo agónico al considerar que España estaba "constitutivamente enferma" por el imperio de las masas y los particularismos. Lo cual aleja a Ortega de Renan para acercarlo a Herder o a Fichte, los padres del primordialismo nacionalista.

¡Y qué decir de la Historiografía conservadora! El nacional catolicismo canovista de

Menéndez Pelayo, para quien en su *Historia de los heterodoxos españoles (1880-1882)*, España era una, monolítica, católica, Imperial e inmutable: “España martillo de herejes, Luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio..., esa es nuestra grandeza y nuestra unidad. No tenemos otra”.

De ella se nutrió el clima intelectual que desembocó en el franquismo, que “heredó lo fundamental de la visión católica conservadora de la historia nacional elaborada en la segunda mitad del XIX, antológicamente ex-

puesta por Marcelino Menéndez Pelayo. Conocemos bien su idea central: España era una nación milenaria destinada providencialmente a la defensa de la verdadera fe, catolicismo romano, que había llegado a la hegemonía mundial cuando había sido fiel a esta misión y había decaído al desviarse de ella”.

Habría que esperar a José Antonio Maravall y Julio Caro Baroja (en la década de los setenta del siglo XX), para que el punto de partida de la historiografía española dejase de ser la identidad nacional.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ JUNCO, J., DE LA FUENTE MONGE, G.: *El Relato Nacional (Historia de la Historia de España)*. Taurus, Madrid, 2017

ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa (La Idea de España en el siglo XIX)*. Taurus, Madrid, 2001.

BAROJA, J. C.: *El Mito del Carácter Nacional*. Caro Raggio, Madrid, 2004.

BHABHA, K. H.: *Nación y narración (entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales)*. Siglo XXI, Madrid, 2010.

JUARISTI, J.: *Vestigios de Babel (Para una arqueología de los nacionalismos españoles)*. Siglo XXI editores, Madrid, 1992.

NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M.: *Suspiros de España (el nacionalismo español 1808-2018)*. Crítica, Barcelona, 2018.

PÉREZ GALDÓS, B.: *Misericordia*. Cátedra, Madrid, 1982.

PÉREZ GALDÓS, B.: *Episodios Nacionales*. Ediciones M Aguilar, Madrid, 1941.



SIMBOLISMO Y ESPIRITUALIDAD

ZIGOR PERALES HERNÁNDEZ

Sabemos que la palabra símbolo hace referencia a la reunión de dos elementos separados que previamente habían constituido una sola realidad. En la antigua Grecia se trataba de dos fragmentos de un objeto dividido con el fin de que los portadores de los mismos se reconociesen tras el tiempo en el que se encontraran a distancia. Dichos fragmentos debían coincidir al proyectarlos conjuntamente, *syn-ballein*, lo que mostraría su mutua pertenencia, garantizando que sus detentores eran o representaban a quienes en su día establecieron un pacto que les obligaría al volver a encontrarse.

La etimología del concepto de símbolo dice mucho sobre la visión subyacente a su utilización. En efecto, dado que en nuestra cultura filosófica se ha usado tal palabra para referirse a la relación entre la finitud de lo sensible y la dimensión infinita de lo incondicionado, absoluto o ideal, el origen del término nos enseña que cabe pensar nuestra relación con lo infinito o eterno como algo que previamente había sido posible y que por algún motivo se vio suspendido. Se trataría de restablecer el nexo de unión entre ambas dimensiones, como algo que naturalmente puede y debe suceder. Así, el

simbolismo o la creatividad simbólica sería el camino más evidente para la consecución de aquel anhelado retorno a la unidad.

La supuesta naturalidad de la relación entre la realidad sensible y su significado trascendental, sugerida ya por la etimología de la palabra, se refleja en el hecho de que cuando hablamos de simbolismo presentimos que el sentido al que apunta cada símbolo se apoya de algún modo en su substrato material y formal. Es como si a diferencia de los convencionales sistemas de signos, en los que las relaciones entre los significantes y sus significados son arbitrarias, lo simbólico prometiera un vínculo natural entre el significante y su significado. Una relación directa, aunque compleja gracias a la cual accedemos a aquello que no podemos abarcar o aprehender completamente, por ser de alguna forma infinito, pero que se deja contemplar y meditar a la luz del símbolo¹.

Luz y sombra

En la expresión “a la luz del símbolo”, nos valemos de una imagen cristalizada en la lengua para señalar todo aquello que nos permite ver la realidad de determinada ma-

nera. Esta "luz" es ya a su vez un término de carácter metafórico-simbólico, utilizado al hablarse del "Siglo de las Luces", por ejemplo. Se alude a la claridad del conocimiento frente al consabido obscurantismo de la época pre-moderna, aquella en la que el acceso a la verdad estaba reservado a los iniciados en los tipos de saber ligados al poder establecido. La luz del espíritu nos ofrecería experimentar como una evidencia aquello que se afirma conocer, superando el criterio de la tradición o de la autoridad como garantía segura e inequívoca de tal o cual afirmación. Y, sin embargo, sabemos que tal luz de la inteligencia o del saber es una facultad que se dirige, en potencia, hacia una transparencia prometida, pero que viene siempre acompañada de una "sombra" sin la que difícilmente podemos concebirla ni experimentarla, el no-saber correlativo a la dimensión finita de nuestra condición humana.

En efecto, podemos pensar que el ideal regulativo de un conocimiento absoluto guía nuestros pasos, mientras multiplicamos las informaciones y su pertinente modelización, pero constatamos que, en la práctica, se trata de un movimiento relativo, situado en el terreno de problemas concretos que confrontamos en el contexto de nuestras vidas y dominios del saber. El proceso del conocimiento avanza por hipótesis, deducciones y experimentaciones, deudor de una serie de hallazgos y circunstancias que permiten al sujeto abrirse camino en medio de interrogaciones y de dudas. De ahí que la visión de una vida humana exenta de preguntas y de relación con el misterio constituya prácticamente una contradicción en sí. Entendiendo por "misterio" aquello a lo que la luz del espíritu apunta y sugiere, pero que se resiste

a revelarse de un modo completo y unívoco, porque su esencia depende del juego de aparición y ocultamiento que constituye el ser de cada fenómeno. Se trata de lo que puede ser imaginado, intuido, deseado..., y que se manifiesta como llamada a la que respondemos mediante las diferentes disciplinas del saber, así como mediante la creatividad simbólica.

El simbolismo tiene que ver con la aspiración a la integración de esa zona de la experiencia que se nos escapa en la vida profana y ordinaria, donde cada proposición teórica y práctica emerge sobre un fondo de ambigüedades y de límites. Emanada de un deseo que responde a la conciencia de la finitud, en tanto que seres sensibles y mortales, al tiempo que capaces de presentir e imaginar universos que esperamos que de algún modo nos proyecten más allá de la contingencia de nuestras vidas. Así, podemos pensar que la creación simbólica nace con la conciencia del tiempo y de los límites que éste representa en nuestra existencia como seres humanos. Es una facultad que procura la reconciliación con la finitud, integrando la experiencia singular en una dimensión que alcanza a darle un horizonte al permitirle trascenderse a sí misma. Encarna, pues, una potencia espiritual que aspira a asumir la sombra, esto es, aquello que escapa al conocimiento directo, en el seno de una existencia que camina en medio de una dinámica permanente de recreación del sentido.

Unión e instante-eternidad

Las prácticas simbólicas se despliegan en ámbitos de muy diferente naturaleza: desde la religión hasta el arte, pasando por los juegos y la fiesta. Un equipo de fútbol,

por ejemplo, puede simbolizar a su modo la unión de una comunidad, con independencia de orígenes y condiciones, así como de los conflictos que atraviesan la vida del grupo. Tal unión es expresada por los colores, el himno, los jugadores míticos, la emoción por los triunfos y derrotas. El propio juego es ya la ilustración de un hacer en el que el talento individual se pone al servicio del interés colectivo. Asimismo, en el caso de una gran victoria, responde al deseo de trascendencia en el tiempo, al posibilitar la identificación con un acontecimiento que se proyecta históricamente, pudiendo ser recordado durante generaciones². El carácter lúdico de tal práctica no le resta importancia, muy al contrario, a su valor como proyección simbólica de un mundo de emociones, recuerdos, experiencia compartida, etc. Precisamente es su dimensión gratuita, el hecho de que como juego nada aporte a las necesidades biológicas, lo que denota su naturaleza simbólica relacionada con lo anhelado más allá de las leyes de la supervivencia.

En efecto, a diferencia del universo de actividades asociado al trabajo –en el sentido más común del término, entendido como esfera de actividades necesarias para la vida–, el juego, el arte y la religiosidad nos encaminan hacia aquello que trasciende el sistema de necesidades naturales, dirigiéndose hacia lo que, gracias al lenguaje, y desde la conciencia de la finitud, emerge como mundo de la actividad espiritual. Se trata de prácticas culturales que invitan a la imaginación creativa del sujeto consciente de los límites y de su deseo de trascenderlos, concentrando en un determinado espacio-tiempo una imagen viva de aquello hacia lo que tiende el querer humano como tal,

más allá de las leyes biológicas y materiales. En este sentido, podemos aventurar que la unión a la que eminentemente nos dirige la experiencia simbólica es la que reúne el instante vivido con algún tipo de acceso a la eternidad o, mirado desde otra perspectiva, la singularidad de cada experiencia con su alcance más universal y profundo.

No en vano, la experiencia vivida en el transcurso de la actividad simbólica se desarrolla en el marco de una temporalidad por la que todo aquello que es vivido lo es desde el punto de vista de su valor en sí, tanto como de su utilidad o sentido teleológico. En el preciso instante en que una danza comienza, por ejemplo, cada movimiento expresa algo que remite a la comprensión sensible del mundo y de la vida en ese momento. Es como si todo el tiempo de la obra se condensara ya en el primer gesto, a modo de imagen fractal de una danza completa que a su vez representará la totalidad de la experiencia, sólo que cada vez con mayor complejidad. Una obra de arte cuida de que cada parte se deba igualmente al todo, procurando siempre que el espíritu estético de la obra, esto es, su estilo, se haga presente en toda ella. En la propia forma de cada detalle se expresa un aura que remite al significado general de la obra, porque, en cuanto actividad simbólica, el substrato formal se encuentra directamente relacionado con aquello que es significado, y el sentido se insinúa ya en la materialidad de cada instante.

Esta correspondencia entre la dimensión micro y macro de la experiencia en la obra de arte se debe a la cualidad reconciliadora de la experiencia simbólica, donde el tiempo y el espacio siempre son vividos desde el punto de vista de la totalidad, a la vez que

desde su particular situación puntual. Se trata de dar cauce al deseo de comprensión global del sentido de la vida y, para ello, el significado es sugerido de forma holística en cada elemento de la creación simbólica. De manera que, a diferencia de la actividad técnica, en donde lo realizado lo es por mor del objetivo determinado buscado, aquí cada detalle encarna un mismo principio que ilumina y vivifica cada uno de nuestros pasos. Todo instante y lugar es ocasión propicia para la celebración de aquella visión que orienta y da sentido a la existencia como tal, desde el punto de vista de su integración dinámica.

Lenguaje, transmisión, creatividad

Se ha escrito que el ser humano es habitante del lenguaje y que el lenguaje lo habita a su vez, constituyéndolo como persona. La adquisición del lenguaje da acceso a la humanidad con sus aptitudes para el aprendizaje, la memoria y la imaginación. Es decir que lo que implica el fenómeno del lenguaje supera el contenido semántico de cada intercambio de mensajes, pues otorga al sujeto el don de la comunicación y de la representación, la capacidad para concebir signos con los que dar cuenta e interpretar su propia experiencia. Lo habilita para el movimiento dialéctico entre la singularidad de cada instante y la universalidad de las palabras o signos con los que abordarlo y comprenderlo. Lo lleva, en suma, a experimentar su existencia como un constante entrelazamiento entre lo que vivencia y lo que dice, esto es, una permanente conversación con los otros y consigo mismo como ser portador y morador del lenguaje.

La incursión en el universo del lenguaje supone asimismo una puerta abierta a la experiencia simbólica. El mundo de los signos le

sirve al sujeto para orientarse en la vida práctica, social y cultural, y, al mismo tiempo, lo interpela invitándole a vivenciarlo desde una perspectiva que trascienda su mera utilidad. Algo le hace sentir que ciertos signos no precisan de una referencia exterior determinada para gozar de significado, pues son capaces de incorporar y sugerir la vivencia inmediata, aunque no exenta de interpretación, de su sentido. Los juegos y fiestas, las prácticas artísticas, los rituales y oraciones configuran una esfera de la experiencia cuyos signos apuntan a un referente que trasciende cualquier objeto mundano. Se trata de acercarse a aquello que aspira a afirmarse más allá de toda necesidad o ley física, sobrepasando la economía de la pura supervivencia. Por lo que el fin buscado, como la excelencia en el juego, la belleza y lo sublime, la santificación o la iluminación, adviene en el camino de la pura celebración de la vida humana junto a los otros y ante el desafío de la alteridad. Lo que se dirime es la forma de comprender y amar la vida, interiorizando que el misterio de la existencia admite una interpretación activa capaz de encontrar y recrear su sentido a pesar de los límites del conocimiento.

Cuando el niño juega e inventa historias, el artista recrea su percepción del mundo y el ser humano medita sobre el milagro de la vida, el sujeto de estas actividades se trasciende a sí mismo, vislumbrando una realidad que aumenta el valor de la experiencia. La pasión lúdica, la fascinación poética y la sed espiritual visualizan un universo gracias al cual la finitud temporal es transfigurada. Esta disposición a la trascendencia proviene del lenguaje y de las narraciones transmitidas por los otros en el comienzo de la vida, así como de las prácticas observadas en la

sociedad en la que se crece, sin que ello sea óbice para la aportación de la revelación y la creatividad personales. En efecto, el sujeto puede recrear su relación con el universo simbólico, porque la imaginación productiva se mantiene activa más allá de toda respuesta mecánica previsible. Es un don que forma parte de la naturaleza humana en general, aunque por supuesto puede ser más o menos admitido y cultivado³.

Las sociedades se caracterizan por una serie de prácticas simbólicas en las que se reconocen sus miembros, esenciales en la conformación de la llamada identidad cultural, e igualmente comportan diversas comunidades que cultivan diferentes prácticas más o menos extendidas y entreveradas. Cada sujeto habita así en un contexto cultural que le sugiere determinadas formas de experiencia simbólica, pero que permite a cada persona realizar una vivencia singular de esta dimensión de la existencia humana. Si observamos el ejemplo de la fiesta del carnaval, contemplamos claramente ese margen para la creatividad, que en este caso se experimenta de un modo explícito, porque tal celebración conlleva ya el sentido de la alteración de las pautas y normas habituales⁴. Sin embargo, esta eclosión institucionalizada de la diferencia puede ser considerada como el emblema de una dimensión humana presente durante toda la vida, que hace de la misma una ocasión constante de recreación del sentido de la existencia mediante la creatividad simbólica.

Simbolismo, interpretación, espiritualidad

La aptitud espiritual implica que cada sujeto aborda y vive la dimensión simbólica desde su singular experiencia e inspiración⁵.

Aunque esta facultad se encuentra en cada ser humano, conocemos épocas y latitudes que la ensalzan y otras que la confían a determinadas figuras tutelares que tienen la potestad de ejercerla. En cualquier caso, la evolución de las culturas pone de manifiesto la universal inclinación humana a la conformación de cosmovisiones reflejadas en mitos y rituales, monumentos y otras formas simbólicas que han llevado a las diferentes sociedades a representarse el sentido de su existencia mediante propuestas compatibles o contradictorias entre sí. La pluralidad de culturas y de períodos en el interior de cada una de ellas da testimonio de esta potencia creadora de valor simbólico.

La dificultad para la valoración positiva de esta pluralidad consiste en que, al querer ponernos en contacto con una dimensión que de algún modo trasciende la contingencia, las formas simbólicas pretenden comunicar con una realidad absoluta y, por lo tanto, no arbitraria, no intercambiable. Esto se verifica muy especialmente en todo aquello que tiene que ver con la esfera religiosa, aunque también en el contexto de determinadas manifestaciones culturales que tienden a dibujar la identidad de una comunidad. Si la forma y la materia del símbolo, como decíamos, vehicula soberanamente el sentido, en nombre de la gravedad e importancia de este último se tratará siempre de preservar la propuesta simbólica en su estado primigenio. Así los dogmas, lenguas litúrgicas y el llamado "Símbolo de la fe" del catolicismo, por ejemplo, han perdurado en el tiempo atravesando los siglos, del mismo modo como el himno de cualquier país tiene igualmente vocación de eternidad y no se cambia ni se transforma fácilmente, etc.

En los universos del arte y del juego este apego a las concretas formas simbólicas tiende a desdramatizarse, pues se encuentran liberados de la voluntad de dar cuenta de un modo puramente sagrado del sentido de la existencia. Esto ocurre con mayor claridad desde que en Occidente las esferas culturales entraron en un proceso de diferenciación y secularización, de manera que, así como las ciencias han progresado con independencia de la visión metafísica de la religión dominante, el arte y las prácticas lúdicas han concebido sus propios modos de interpretación y exploración de la existencia. En efecto, sabemos que en las sociedades pre-modernas la conexión orgánica entre todas las actividades de la cultura es notable, por lo que cualquier tipo de arte y juego se debe a la cosmovisión reinante. Una vez flexibilizada tal implicación, el sujeto de tales espacios de la cultura ha gozado de un mayor margen para la experimentación, en un ejercicio de libertad que igualmente ha favorecido la adopción de una relación menos dogmática y autoritaria con los principios de la vida religiosa.

Es comprensible que la experiencia de lo simbólico se vea caracterizada por la devoción hacia determinadas formas, porque como decíamos antes la relación con los símbolos implica una intuición inmediata y global del sentido de nuestras vidas, lo que nos hace sentir que una determinada formación simbólica es, debido a su singularidad, irremplazable. Así, por ejemplo, un texto revelado, una lengua como emblema de la identidad cultural, o nuestras formas de conmemorar los momentos más importantes de la vida. Se trata de puentes que, en principio, nos unen con aquello que nos da raíces

y sentido, por lo que queremos cuidarlos y no reducirlos a algo desechable según el vaivén de gustos y situaciones momentáneas. Esta relación fuerte no elimina, sin embargo, la mencionada creatividad por la que aun en directa filiación con una práctica simbólica dada, cada sujeto puede vivirla desde su propia interioridad e interpretación personales.

La espiritualidad puede ser invocada como instancia que nos invita a ver en cada creación simbólica una pregunta que nos es destinada de forma única y singular, y que, por lo tanto, demanda y admite una evolución permanente por nuestra parte. Si bien cada experiencia conlleva un contexto social y cultural que nos empuja a vivirla según lo que se espera de nosotros, gozamos asimismo de un margen de recreación de la misma que nos hace enfrentar cada práctica simbólica desde una intransferible mirada que la completa y engrandece. En el transcurso de la experiencia simbólica se da cita un devenir dialéctico por el que la persona en su integridad se moviliza y es transformada por tal experiencia, a la vez que propone una lectura de la misma que actualiza y modifica su significado. Este proceso implica que el sentido existencial al que se apunta es una promesa recibida y mantenida por el propio sujeto, con su forma única de solidarizarse y responsabilizarse con el mismo⁶.

Absoluto y pluralidad

Aunque consideremos que cada sujeto aspira a identificarse con alguna imagen de lo absoluto o infinito, mediante la que trascender su conciencia de la finitud, al mismo tiempo cabe comprender que, tras el advenimiento de la modernidad, se proponga

hacer de este proceso un camino por el que avanza desde la conciencia de su libertad y de su valor como persona. Este movimiento hacia un horizonte de reunión de lo absoluto y el sí mismo implica la afirmación de la singularidad de cada sujeto, a la vez que una interdependencia o comunión que hace de tal vínculo una nueva realidad tan importante como la primera⁷. Ahora bien, podemos preguntarnos si la reivindicación de una visión personal dentro de la experiencia simbólica supone, en cierto modo, la devaluación del valor otorgado a esta última, en la medida en que es considerada sagrada o al menos trascendente a una subjetividad efímera y desconexa.

En efecto, en tanto en cuanto las prácticas simbólicas han evolucionado correlacionadas con las estructuras de poder de cada sociedad, las heterodoxias han sido concebidas como fuente de discordia y de posible desintegración de la comunidad. Quien cuestionaba las creencias era visto como agente de disgregación del mundo de normas y valores existentes. Sin embargo, la emergencia de la democracia en sus diferentes épocas, así como las mencionadas secularización y diferenciación de las esferas de valor, han ido engendrando un universo cultural en el cual es posible cuestionar lo dado y preguntarse por diversas formas de abordar el significado de nuestra existencia en sus ámbitos de expresión. En este contexto, lo que hace que una determinada propuesta de sentido adquiera relevancia es algo que puede ser apreciado precisamente también en la medida en que enriquece la percepción y concepción del mundo con nuevos matices o principios de interpretación⁸.

La visión del mundo centrada en la prioridad de la tradición y del ser colectivo va cediéndole espacio a la importancia del propio juicio en la interpretación del universo cultural. Tal novedad subvierte la jerarquía de valores por la que se rige el éthos de nuestras sociedades, aun y cuando se trate de una revolución que resulta contrarrestada o equilibrada permanentemente por las tendencias conservadoras opuestas, debido a que el ser humano se debe constitutivamente a su pasado tanto como a lo que puede proyectar hacia el futuro. Lo fundamental en este contexto es que dicho proceso de autonomización abre las puertas a una recreación personal del sentido de cualquier propuesta o identificación simbólica que se pretenda definitiva e intocable.

Es comprensible que esta nueva configuración sea considerada problemática, debido a la necesidad de contar con una referencia constante en su propio seno, si no queremos que lo recreado o interpretado provenga de una pura fantasía arbitraria y efímera. Si, como decíamos, hay en lo simbólico un substrato material y formal que nos remite a su significado de un modo más o menos intuitivo e inmediato, ello indica que nos hallamos ante una experiencia que parte siempre de una realidad que, en cierto modo, nos antecede, como el propio lenguaje o los sistemas de signos nos anteceden y configuran como sus hablantes. El peligro estaría pues en ignorar la dimensión trascendental de lo que nos permite elaborar poéticamente su sentido. Eso que puede ser llamado como "sagrado" es precisamente el aspecto indisponible, soberano, de aquel bien a partir del cual nos constituimos como sujetos y que, por lo tanto, no podríamos

amoldar radicalmente a nuestro criterio desde una experiencia totalmente individual y autosuficiente.

La relación abierta con toda propuesta simbólica y el reconocimiento de su carácter, resistente a la reducción puramente subjetiva de su sentido, pueden ser conciliados en la comprensión de nuestra existencia como una suerte de permanente diálogo. Un diálogo o conversación en sentido amplio, que implica la relación permanente del sujeto con aquello que lo precede y sobrepasa y que, en cierto modo, forma parte de sí mismo. Un diálogo pues con los otros y con la cultura en toda su complejidad, a la vez que consigo mismo gracias a la reflexión. Porque la libertad entendida como interpretación y apuesta personal sólo puede existir desde la relación con aquello que nos es dado o donado y que, sin duda, impone unos límites e, incluso, sugiere un sentido previo a tal libertad. La libertad podrá sublimarlos y hasta jugar con tales límites, pero no ignorarlos, ya que es a partir de ellos como la libertad se conoce a sí misma⁹.

Aunque la espiritualidad libre acoge las propuestas simbólicas y las recrea desde su propio camino de descubrimiento y afirmación, asistimos a una elaboración de lo que viene dado por la propia cultura y experiencias. No parece pertinente reivindicar o suponer una invención total que omita aquello que nos hace humanos, como lo es la transmisión de lenguas, imágenes y símbolos de la vida y de su sentido. Así pues, retomamos la cuestión previa acerca del grado de relativización de cualquier contenido de orden simbólico que se sabe recreable o criticable. Y podemos aventurar que lo que en nuestra época hace sagrado a un bien cultural es ser

un horizonte de cuestiones que nos abre de una forma irremplazable al mundo. Esto es, su cualidad de camino único, aunque interpretable, de afirmación de nuestra condición humana y su aspiración a una vida que trascienda la finitud.

Caminos del sentido

Podemos afirmar que la religiosidad, tal y como es vivida por muchas personas en nuestros días, ha ido interiorizando su dimensión poética, manifiesta en el hecho de que hasta los más antiguos dogmas admiten un principio de interpretación y expresión personales; así como en el fenómeno del llamado sincretismo, según el cual los sujetos pueden adoptar prácticas o elementos simbólicos de diferentes tradiciones¹⁰. Al mismo tiempo, el arte como tal apunta, al menos desde el romanticismo, a lo que no es reductible a ninguna instrumentalidad, educando nuestra visión de la conciencia humana y su deseo de unión como un fin en sí mismo, valor incondicional que puede ser objeto de admiración y reverencia. Un valor "absoluto" que, sin embargo, se expresa de diferentes formas y celebra la pluralidad de propuestas culturales y simbólicas, porque es desde este reconocimiento de la diversidad como es posible acceder a un caminar en libertad y responsabilidad personales.

Que la pluralidad, en cuanto tal, no puede ser la respuesta que resuelva la cuestión del sentido de la existencia parece algo evidente. Sin embargo, es bien posible que forme parte de la respuesta, ya que a través de ella se manifiesta eminentemente el carácter dinámico de la experiencia simbólica y su espiritual interpretación y encarnación. Es decir, la diversidad cultural e intersubjetiva

muestra el devenir complejo y, a veces, contradictorio, por el que los humanos tratamos de dar sentido a nuestra existencia. Ya que, a diferencia de un programa algorítmico, capaz de resolver grandes problemas de cálculo, nuestra condición conlleva la facultad de plantear nuevos problemas y de reinterpretar los principios que nos permiten estructurar nuestra experiencia. Y la pluralidad es un fenómeno que nos invita a aceptar y reconocer este camino abierto de exploración de mundos posibles y de un sentido integrador a la vez que tolerante¹¹.

La búsqueda del sentido de nuestra existencia encuentra en la experiencia simbólica un aliado capaz de religar la finitud con algún tipo de trascendencia. Sabemos que este camino es colectivo e individual, tradicional y creativo, reuniéndonos con los semejantes vivos y con los que fueron, a partir de nuestra singular experiencia. De modo que es plausible que un aprendizaje permanente de nuestros días consista en apreciar el valor único de cada propuesta simbólica desde el reconocimiento y la libertad. Conscientes de que si bien cada práctica simbólica goza de un aura irremplazable, al mismo tiempo ha visto la luz en algún momento del tiempo y el espacio humanos, y su propia existencia no niega necesariamente otras experiencias coetáneas o venideras, ni la propia multiplicidad de interpretaciones de la misma. La devoción por una forma simbólica se acompaña ciertamente de la lealtad a la hora de volver a ella para profundizar en su sentido. Sin embargo, es desde la libertad y el conocimiento como podemos apreciar, captar y hasta recrear lo que de mejor hay en ella para cada una de nuestras vidas.

La insistencia en imponer, por ejemplo, una religión, unas costumbres y una única lengua puede ser entendida como la pretensión de hacer comunidad, de evitar la disolución anómica de la sociedad en una masa de individuos incomunicados. Sin embargo, esta solución o reacción deja de lado la grandeza del principio de autonomía, consistente en la libre adhesión reflexiva a lo que se presenta como valor simbólico que identifica y reúne a los sujetos. Un principio que requiere de un trabajo permanente de armonización entre la afirmación de la propia sensibilidad, percepción y juicio y la receptividad hacia el bien transmitido por la cultura y la experiencia simbólica.

Esta especie de dialéctica se encuentra ya implícita en la caracterización realizada sobre el simbolismo por determinadas corrientes. En efecto, el universo de lo simbólico como decíamos, no se deja reducir a un simple medio que significa algo totalmente exterior a sí mismo, como en el caso de los sistemas de signos convencionales. El símbolo transporta en su seno una matriz de significado que, como escribió Paul Ricoeur, nos "hace pensar", nos invita a contemplarlo o escucharlo, y a tratar de ahondar en su transparencia tanto como en su enigmática opacidad¹². Así, en el caso de las obras de arte y de la cultura festiva o lúdica, y, por supuesto, en el de un conjunto de creencias y prácticas de carácter religioso. Se trata de comprender y desplegar su potencial de significado en el transcurso de la propia vida, siendo imposible agotar su sentido y, por ende, imponerlo a los demás, porque lo esencial es la vivencia personal en su propio dinamismo.

La naturalidad con la que el universo simbólico nos mueve a experimentar su

sentido ha podido llevar a creer que ciertas propuestas simbólicas son las únicas que merecen crédito. Es como si esa inmediatez fuera el signo de su veracidad, a la vez que de su limitación interna, porque puede hacer que la identificación con una religiosidad y unas costumbres, por ejemplo, se produzca al precio de ver en las demás algo que nos es profundamente ajeno, indiferente o hasta hostil. De manera que ese haz de luz que aporta la experiencia simbólica, si bien nos brinda la ocasión de caminar por la vida con un referente de sentido global en el que ir profundizando, al mismo tiempo puede cerrarnos las puertas de otras formas de experiencia dadoras de sentido. Nos mueve en una dirección y podemos olvidar que hay matices y grados dentro de ella, a la vez que hay otras vías que nos pueden desvelar orientaciones asimismo prometedoras.

La adhesión tradicionalista al valor de lo sagrado puede denunciar como ligereza e inconsecuencia la visión abierta y no excluyente, aquí sugerida, de nuestra relación con lo simbólico. En efecto, si la voz divina o la esencia de un pueblo han promulgado que tal dogma religioso, costumbre o lengua son la llave misma de nuestra identidad, ¿cómo considerarlas desde la libertad de quien aprecia y conoce, pero también recrea e interpreta con un alto grado de autonomía? Es como si la prueba de la fidelidad pasase por la exclusividad y la interpretación repetitiva y obediente. Sin embargo, este planteamiento es, en sí mismo, ilusorio, porque toda cultura evoluciona, con mayor o menor celeridad. Además, una vez conocido el paradigma de la libertad moderna y perdida la ingenuidad primaria en nuestra relación con lo simbólico, es posible recuperar nuestra capacidad

de escucha y atención hacia esta dimensión constituyente de nuestra humanidad, desde una libertad personal e intersubjetiva que justamente pone a prueba la profundidad y autenticidad de nuestra relación con ella.

Libertad

La libertad con relación al universo simbólico supone una experiencia de la inmediatez a la vez que de la distancia. Lo que se nos presenta y lo que recreamos es una vía de acceso a lo que nos trasciende como individuos, a esa dimensión de la existencia que se asimila con algo que en cierta forma es eterno e infinito. Mas, aunque este deseo de fusión con el bien que encarna la respuesta a nuestras perplejidades es perenne, siempre se podrá pretender que tal o cual religión, por ser una revelación verdadera, no equivale a una práctica donde la proyección e interpretación del sujeto es tan importante como la potencia de significación de lo simbólico. Es cierto que aquí nos encontramos con el núcleo de un problema de difícil solución. Sólo podemos reivindicar la nobleza de una aproximación en libertad a esta cuestión, ya que gracias a ella alcanzaremos a saber si lo vivenciado responde a un genuino impulso espiritual de reconocimiento del universo simbólico con el que nos identificamos y no al miedo o la ignorancia, o a la necesidad de aceptación por el entorno social y el poder¹³.

La espontaneidad con la que lo simbólico nos habla puede derivar de la inercia de la cultura, las costumbres y el entorno conocidos. La tarea de comprensión en libertad tiene que ver con el discernimiento acerca del lado más auténtico de esta experiencia y el condicionado por la propia finitud. Rei-

vindicar, por ejemplo, que en la enseñanza pública se acceda a una historia cabal de las religiones en plural, que las lenguas vehiculares puedan ser varias, que los estudiantes sean invitados a aceptar la diversidad de orientaciones sexuales e identidades de género –ligadas a determinada imagen simbólica de la diferencia sexual y de género como correlato de una supuesta naturalidad o creación divina–, responde a una forma de ver, en nuestra relación con lo simbólico, una oportunidad para abrirnos al mundo y a los mundos posibles. Sin que ello impida elegir después la mejor manera de sentirnos realizados, identificándonos más con un camino que con otro. Al fin y al cabo, si las culturas y civilizaciones son también mortales, los universos simbólicos pueden ser vividos desde la humildad y generosidad de quien los reconoce y celebra aceptando la multiplicidad de sus formas, vivencias e interpretaciones.

Esa parte de oscuridad que decíamos que los símbolos integran en sí mismos, al ir más allá de lo racional y empírico, procurando sugerir una forma de aquello que supera nuestra finitud, puede ser pensada igualmente como la sombra o el oscurantismo que sólo un camino dinámico de conocimiento y recreación de lo simbólico puede interiorizar y superar. Frente a la idolatrización de un universo simbólico determinado, su institucionalización excluyente y rígida, cabe imaginar y defender la apertura hacia la alteridad interior al propio simbolismo, que permite su interpretación y recreación personales, y hacia la de otros sujetos y culturas. El fanatismo puede ser definido como la estagnación del proceso de interpretación creativa de lo simbólico, cuando una imagen determinada de lo divino, de la cultura

propia, etc. se vuelve absoluta, sin matices ni atención hacia su propia complejidad interna y la existencia de otras propuestas simbólicas¹⁴.

Sabemos que la tecnología multiplica y acelera las posibilidades y que, por lo tanto, puede ser utilizada tanto positiva como negativamente. Del mismo modo observamos el mundo simbólico como espacio de expresión del anhelo de trascendencia, que puede ser habitado por propuestas y prácticas incluyentes desde una idea de diversidad, o excluyentes a partir de una mirada autocentrada y fuerte de la identidad. La propia noción de espiritualidad puede ser acaparada por quienes se arrojan el derecho a hablar e imponer en su nombre, por lo que, más que promover los clásicos valores y propuestas simbólicas, resulta pertinente apelar a la facultad humana de comprenderlos y recrearlos desde la libertad personal. Las prácticas artísticas, lúdicas y filosóficas son idealmente aptas para transmitir esta aproximación a la cuestión y constituyen una referencia en la vertiente educativa. Mientras la religiosidad, aunque en muchos lugares regrese a planteamientos arcaicos, debe ir profundizando en la tolerancia y la libertad de conciencia.

Tras el trauma cosmológico de saber que nuestro planeta no preside el universo, el biológico de conocer nuestros orígenes animales y el psicológico de reconocer el ascendiente de nuestras pulsiones sobre nuestro comportamiento y pensamiento, el “desencantamiento del mundo” descrito por Max Weber nos fue sumiendo en el melancólico pragmatismo de la racionalidad instrumental. Las concepciones revolucionarias utópicas tomaron el testigo de nuestra proyección hacia un futuro de progreso, hasta que víc-

timas de su propia divinización de la razón se rindieron al paradigma de la democracia liberal. Hoy estamos huérfanos de certezas ideológicas y asistimos a la inquietud cada vez más universal sobre la salud del propio planeta, las desigualdades sociales y los derechos humanos.

El nuestro es un presente globalizado de frágiles equilibrios, tentado por el regreso a las puresas culturales y religiosas como solución de repliegue, con su culto a un mundo simbólico imbuido de autoritarismo. Sin embargo, más allá del cinismo y el relativismo materialistas, también puede ser tiempo para la recreación de una cultura simbólica humanista, desde las nociones de fraternidad plural y de co-pertenencia a un planeta que, en sí mismo, por su singularidad en el universo, emerge como una imagen evocadora de nuestro viaje por la vida hacia un futuro desconocido y abierto.

En este horizonte de re-ligación con uno mismo, los semejantes y la naturaleza en la

búsqueda de un sentido que trascienda la finitud, nuestro desafío está en desarrollar una sensibilidad ética que, también en el campo de la recepción, interpretación y producción simbólicas, proponga un espacio universal de encuentro desde la pluralidad y la libertad, no ya de las comunidades sino de las personas en su irreductible singularidad y complejidad. La humanidad se va reconociendo como una, como bien anticipó Teilhard de Chardin, y, al mismo tiempo, su diversidad representa un bien inagotable. Es la imagen viva del universo simbólico como promesa de un sentido que se vive y experimenta en el instante presente y durante toda la existencia que recrea y ahonda en sus significados. Habitantes del lenguaje y de diferentes lenguas, nos resta la tarea de superar la maldición de la torre de Babel y acoger libremente la enseñanza pentecostal, según la cual el Espíritu habla a cada persona en una lengua diferente, sin dejar de ser único y congregador.

NOTAS

¹ Sobre el origen y el sentido culturalmente extenso del concepto de símbolo, así como sobre el término espíritu o espiritualidad, nos remitimos a la obra de Eugenio Trias. Puede consultarse, entre otros títulos, el imponente *La edad del espíritu*, Barcelona, Destino, 1994. Véase asimismo: Gilbert Durand, *L'Imagination symbolique*, París, PUF, 2008 [1964]; Tzvetan Todorov, *Théories du symbole*, París, Seuil, 1977.

² Claro está que ser recordado durante generaciones no es lo mismo que acceder a la eternidad. Ahora bien, lo que importa es la vivencia por la que la propia finitud experimenta su propio trascenderse, mediante un acontecimiento que hace que el sí mismo se sienta proyectado hacia una realidad más allá de su presente vital. La dimensión simbólica de este tipo de acontecimientos es la responsable de que las generaciones se sientan reunidas por una gesta deportiva.

³ Castoriadis es uno de los autores que mejor ha incidido en la dimensión perentoria de lo que llama "imaginación radical", por la que la constitución y evolución de lo "social-histórico" responde a una dinámica abierta, nunca completamente predeterminada por leyes de tipo natural y necesario. Cf. Cornelius Castoriadis, *L'Institution imaginaire de la société*, París, Seuil, 2006 [1975].

⁴ La fiesta del carnaval puede ser pensada como la simbolización de la capacidad humana de proyectarse en formas de vida alternativas a la que su finitud le ha asignado. Supone igualmente la exaltación de los sentidos y de las diferentes artes, en una celebración colectiva de la vida humana bajo todas sus formas y aceptando de buen grado la influencia de diferentes horizontes culturales. Ruy Castro describe de manera excelente la importancia de esta fiesta en Río de Janeiro, en *Carnaval no fogo*, São Paulo, Companhia das letras, 2003.

⁵ Desde “el espíritu [que] sopla donde quiere” del Nuevo Testamento [Juan 3:8] hasta la espiritualidad sincrética de la Nueva Era, pasando por el Espíritu de la fenomenología de Hegel, el término hace referencia a un principio de comunicación con aquello que nos trasciende y hacia lo que tendemos como sujetos “espirituales”, es decir, como portadores del mencionado principio que incluye la inspiración y la intuición tanto como la razón, y que nos lleva a saber comprender e interpretar el universo simbólico.

⁶ Evoquemos aquí a Umberto Eco, quien en el terreno del arte expone la explicitación, característica de la cultura contemporánea, del diálogo abierto entre las obras y sus receptores, llamados a realizar “actos de libertad consciente”; un fenómeno posibilitado por la dimensión simbólica del arte. Cf. Umberto Eco, *Obra abierta*, Barcelona, Seix Barral, 1978 [1962]. Asimismo, Ricœur desarrolla la interacción entre las narraciones literarias y los sujetos que las interiorizan e interpretan, mostrando que el sentido circula y es creado en esa relación de ida y vuelta. Cf. Paul Ricœur, *Du texte à l'action –Essais d’herméneutique II*, París, Seuil, 1986.

⁷ Recordemos el sugerente “principio de individuación” de Jung, la evolución que debe llevar al sujeto a conocer y realizar su “sí mismo”. Formaría parte de este proceso la interiorización personal de los llamados arquetipos, es decir las imágenes fundamentales sobre la vida heredadas de la historia de la especie y de la cultura, que orientan al sujeto en su existencia. Esta recreación se da cita en su creatividad simbólica, consciente u onírica, basada en su imaginación e intuición tanto como en su capacidad racional. Cf. Carl Gustav Jung, *Realidad del alma*, Buenos Aires, Losada, 2003 [1957], pp. 159-184.

⁸ Antonio Casado da Rocha nos ofrece una lúcida reflexión sobre la relación entre la creación poética y la cultura democrática en *Una casa en Walden –Sobre Thoreau y cultura contemporánea*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2017, pp. 103-118. Una de las virtudes de lo poético estribaría en su ser puente entre las subjetividades y sus diferentes culturas y concepciones del bien, favoreciendo una interpelación mutua, gracias a la cual crece el horizonte de lo vivido y comprendido.

⁹ Pensemos en Hans-Georg Gadamer y su filosofía hermenéutica con la que se propone explicitar y facilitar tal diálogo en el interior de la tradición. En efecto, para este autor debemos tener siempre presente la tradición en la que evolucionamos, cuyos principios y cuestiones nos estructuran. Lo que no impide que puedan y deban ser interpretados y actualizados al filo de la temporalidad en que se proyectan y encarnan. Cf. *Verdad y método I –Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1999 [1975], pp. 344-370. Ahora bien, el multiculturalismo, intensificado por la tecnología y las migraciones, hace que el diálogo deba producirse más que nunca igualmente entre las diversas tradiciones y sus intérpretes.

¹⁰ Es verdad que en nuestros días observamos un retorno de prácticas e interpretaciones altamente dogmáticas y fundamentalistas de las religiones, así como de las identidades culturales. Sin embargo, cabe pensar que esta reacción al multiculturalismo no hace sino confirmar la fuerza del proceso de apropiación autónoma de todo contenido cultural; sin dejar de reflejar asimismo la importancia que el universo simbólico continúa revistiendo para los grupos humanos.

¹¹ Esa pluralidad, también interna al propio sujeto, es maravillosamente tematizada por el poema “Traduzir-se” de Ferreira Gullar, donde el arte es convocado como potencia capaz de simbolizar, esto es de reunir paradójicamente, las contradicciones de la subjetividad: “Uma parte de mim / é todo mundo: / outra parte é ninguém: / fundo sem fundo // Uma parte de mim / é multidão: / outra parte estranheza / e solidão. // Uma parte de mim / pesa, pondera: / outra parte / delira. // Uma parte de mim / almoça e janta: / outra parte / se espanta. // Uma parte de mim / é permanente: / outra parte / se sabe de repente. // Uma parte de mim / é só vertigem: / outra parte, linguagem. // Traduzir-se uma parte / na outra parte / –que é uma questão / de vida ou morte– / será arte?” –Ferreira Gullar, *Na Vertigem do Dia*, São Paulo, Companhia das Letras, 2017 [1980], pp. 30-31.

¹² Paul Ricœur, “Le symbole donne à penser”, *Revue Esprit*, juillet/août, 1959, pp. 60-76. Como dice el autor, el símbolo es donador de sentido, nos invita a comprender el mundo siguiendo una determinada orientación e intuición, pero al mismo tiempo nos llama a pensar con cierta libertad sobre lo evocado o sugerido, porque su esencia donadora de sentido es inagotable y por tanto nos interpela como sujetos responsables de su interpretación. Este autor resume a la perfección la cuestión que nos ocupa en estas páginas, al reivindicar la vía de “una interpretación que respete el enigma original de los símbolos, que se deje enseñar por él, pero que, a partir de ahí, promueva el sentido, forme el sentido, desde la plena responsabilidad de un pensamiento autónomo [...] es el problema de saber cómo un pensamiento puede ser a la vez *vinculado* y *libre*, cómo la inmediatez del símbolo y la mediación del pensamiento se mantienen juntas”, *Ibid.* p. 68.

¹³ Hacemos nuestras las palabras de Joseph Campbell, en el epílogo de su gran obra *El héroe de las mil caras*, cuando reivindica la refundación de nuestra relación con lo sagrado y lo simbólico interiorizando el valor de la libre personalidad, frente a los paradigmas premodernos que ponían todo el acento en la importancia de salvaguardar al grupo y sus estructuras: “Ningún ideal ni institución temporal de cualquier tribu, raza, continente, clase social o siglo, puede dar la medida de la inagotable existencia divina de múltiples maravillas que es la vida en cada uno de nosotros” –*Le héros aux mille et un visages*, París, OXUS, p. 519.

¹⁴ En su ensayo sobre el valor de determinadas palabras esenciales y su uso poético, Luis García Montero muestra un doble peligro de nuestras sociedades contemporáneas. Frente a la era del vacío consumista, desintegradora del sentimiento de pertenencia y de una concepción global y esperanzada de la historia, el regreso a identidades aporéticas que se escudan en lo propio sin querer observar lo intrincado y provisional de toda forma concreta de existencia, olvidando la importancia del autocuestionamiento y la hospitalidad. Cf. *Las palabras rotas*, Madrid, Alfaguara, 2019, pp. 46 y 47 entre otras donde trata sobre esta cuestión.

BIBLIOGRAFÍA

- CAMPBELL, Joseph: *Le héros aux mille et un visages*. París, OXUS, 2010 [1949].
- CASADO DA ROCHA, Antonio: *Una casa en Walden –Sobre Thoreau y cultura contemporánea*. Logroño, Pepitas de calabaza, 2017.
- CASTORIADIS, Cornelius: *L’Institution imaginaire de la société*. París, Seuil, 2006 [1975].
- CASTRO, Ruy: *Carnaval no fogo*. São Paulo, Companhia das letras, 2003.

- DURAND, Gilbert: *L'Imagination symbolique*. París, PUF, 2008 [1964].
- ECO, Umberto: *Obra abierta*. Barcelona, Seix Barral, 1978 [1962].
- FERREIRA GULLAR, José Ribamar: *Na Vertigem do Dia*. São Paulo, Companhia das Letras, 2017 [1980].
- GADAMER, Hans-Georg: *Verdad y método I –Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1999 [1975].
- GARCIA MONTERO, Luis: *Las palabras rotas*. Madrid, Alfaguara, 2019.
- JUNG, Carl Gustav: *Realidad del alma*. Buenos Aires, Losada, 2003 [1957].
- RICOEUR, Paul: *Du texte à l'action –Essais d'herméneutique II*. París, Seuil, 1986.
- “Le symbole donne à penser”. *Revue Esprit*, juillet/août, 1959.
- TODOROV: *Théories du symbole*. París, Seuil, 1977.
- TRIAS, Eugenio: *La edad del espíritu*. Barcelona, Destino, 1994.





ESTE
EKIALDEA



1916: PATRICK PEARSE Y LA REBELIÓN DE PASCUA IRLANDESA

IÑAKI VÁZQUEZ LARREA

“Nuestros positivistas aprenderán metafísica de la misma manera que nuestros pacifistas aprenderán a hacer la guerra. Nuestros positivistas aprenderán metafísica disparando sus fusiles”.

Charles Peguy (nacionalista francés).

“Algunos nunca pensaron en la victoria/Pero desfilaron para morir/Para que el espíritu irlandés prevalezca/para que el corazón de Irlanda se ensanche/Y después de todo, ¿quién sabe lo que vendrá después/Fue Patrick Pearse quien dijo/que cada generación debe derramar su sangre por Irlanda”.

W. B. Yeats.

El vértigo del sacrificio

Del patriarca del republicanismo radical irlandés, diría Yeats que poseía el “vértigo de su propio sacrificio”. Probablemente, Pearse alimentó ese vértigo desde su temprana adolescencia, cuando en su regazo materno fue educándose en la liturgia patriótica feniana. Las leyendas nacionalistas de su octogenaria tía Margaret tenían poco que ver con las *fairy/tales* victorianas. Eran, en suma, historias de muerte y redención patriótica, donde el héroe nacionalista siempre se veía abocado a un final trágico y solitario, la búsqueda obsesiva de la muerte para que el honor de la desvalida Eire no fuera mancillado por los desmanes del opresor inglés.

El propio Pearse daba cuenta en 1906 de esa dependencia emocional materna que marcará el resto de su vida: “Ella (la tía Mar-

garet) amaba a todos aquellos que habían dado su vida por Irlanda. Desde los antiguos héroes de antaño, hasta aquellos patriotas de mi linaje materno que murieron en 1798, o estuvieron en prisión en 1867. En su corazón siempre hubo un lugar para los *Fian-na* (casta legendaria de guerreros celtas) de Fionn y los fenianos de John O’Mahony”, (Dudley Edwards, pág. 8).

De su padre, Pearse mantenía un oscuro y distante recuerdo; resaltaba, eso sí, sus virtudes de artesano inglés influenciado por la corriente artística neogótica. Hablaba con corrección de James, un escultor inglés que emigró a Irlanda a principios de la década de los setenta. Un hombre apegado a una tradición liberal que, no obstante, decía sentir simpatías por el nacionalismo constitucionalista irlandés, que habría de integrar a

Irlanda “como un igual” dentro de la estructura Imperial Británica. James Pierce cambiará de apellido y de religión poco antes de iniciar su segundo matrimonio con Margaret en 1876, de cuyo seno nacerá Patrick Pearse, tres años después.

Desde su niñez, Pearse siempre mostró predisposición por encarnar y hacer real el relato mitológico materno. Antes incluso de hacer mención a la gran segunda “revelación patriótica” en la *Christian Brother School*, Pearse ya sentía la necesidad de observarse en el epicentro de una dramatización personal de carácter trágico. Shakespeare y Cuchulain, el semidiós celta que da su vida por el Ulster en el relato mitológico del *Tain* irlandés, son los objetos de fantasía predilecta del joven Pearse, mucho antes de que el segundo pasase a encarnar las virtudes de su proyecto educativo en *St. Enda*.

En 1891, Pearse ingresa en los *Christian Brothers*, las escuelas católico/nacionalistas donde se educaron gran parte de los futuros protagonistas de la rebelión de Pascua de 1916. Desmond Ryan, un estudioso de la vida de Pearse, sostiene que el paso por los *Christian Brothers* marcó sobremanera la evolución política de Pearse. Por un lado, Pearse criticó sus métodos de enseñanza que priorizaban la instrucción memorística por encima de cualquier otro criterio educativo. Ello se debía, a su entender, a una “remora materialista británica” que amenazaba con acabar con la “pureza espiritual del genio nacional irlandés”, algo que Pearse hará público y manifiesto en uno de sus últimos ensayos, *The Murder Machine* (La máquina de matar), a principios de 1916.

Por otro lado, el propio Pearse recuerda en muchos de sus escritos la influencia que

uno de sus profesores, el Padre Craven, tuvo en su propia persona. La anécdota favorita de Pearse sobre su paso en los *Christian Brothers* era aquella en que Craven interrumpió la lectura de una redacción, en la que él mismo ensalzaba la grandeza de la armada Imperial Británica. El padre Craven apeló a la conciencia del pequeño Patrick, reiterándole que la armada Imperial no era sino un instrumento para explotar y sojuzgar a otros países, entre ellos a la propia Irlanda. Para un adolescente aún fascinado por la lectura de *Little Folks*, revista de línea jingoísta, que haría las delicias del propio Kipling, aquel episodio fue definido en términos de “auténtica revelación patriótica”.

En 1893, Pearse comienza a estudiar gaélico, al tiempo que se sumerge en el legendismo ossiánico y el esencialismo celta anglófobo que por aquel entonces era instigado por Douglas Hyde. Estudios que posteriormente le llevarán hasta los *Gaeltatch* de Connacht (de la mano de John Synge), donde observará cómo el gaélico agoniza ante la indiferencia absoluta de la joven generación post-hambruna. Al igual que Synge o Yeats, Pearse consideraba los *Gaeltatch* como el último vestigio de la otrora esplendorosa civilización gaélica. Podía pasarse horas maravillándose con historias campesinas reales o inventadas, pero éstas siempre habían de pasar por un filtro ideológico romántico nacionalista. El filtro de un hombre que llegaba a definir como “traidores a Irlanda” a aquellos campesinos gaélicos hablantes que, por su situación de miseria, se veían forzados a abandonar su país.

Pearse poseía una concepción tremendamente agónica y esencialista de la nación irlandesa. La muerte del gaélico, como ge-

nuino vehículo del *ethos* nacional irlandés, equivalía a la muerte de la nación irlandesa. Concepción esta última que le lleva a una absoluta predilección por la acción, que frenética y desesperadamente traslada al ámbito educativo.

En *An Claidheamh Soluis* (agosto de 1904) semanario de la Liga Gaélica, de la que pasará a ser miembro en 1896, deja clara esta estrecha correlación entre lengua, como *Volkgeist*, y necesaria "supervivencia nacional": "El idioma se revela a sí mismo en todas las artes, en todas las instituciones, en toda la vida interna, en todas las idas y venidas de la nación", (Dudley Edwards, pág. 255).

La predilección por la acción se articula en Pearse por la conciencia de la muerte inmediata de la nación irlandesa: acción, inicialmente en el ámbito educativo, como instrumento de adoctrinamiento nacionalista, y que, al fracasar, deviene en acción militar redentora.

Inicialmente, Pearse defendió el autogobierno, siempre y cuando los nacionalistas irlandeses mantuviesen un férreo control del sistema educativo que garantizase la reserva del "genio nacional irlandés", es decir, la inculcación de su propia versión exclusiva de "irlandesidad real". Será el profundo sentimiento de fracaso, tras la bancarrota financiera de St Enda, lo que le atraiga a la misión "suicida" de la IRB (Hermandad Republicana Irlandesa).

Tal determinismo voluntarista sólo es entendible en la mente de alguien que considere como necesaria la plasmación política de su cosmovisión nacionalista. Efectivamente, Pearse no sólo consideraba que la suya era

una "misión sagrada", sino que su religión secular tenía de aliado a Dios y a la Historia: "Salvemos la lengua, la leyenda gaélica, junto con todo el tesoro de espiritualidad irlandesa impregnado en su mente durante miles de años, y habremos salvado a la nación irlandesa. La causa del *gael* es sagrada", noviembre de 1904.

Pearse creía en la veracidad del mito nacionalista y sentía una necesidad imperiosa de "vivir el propio mito", de fusionarse estéticamente con él, incluso con su propia muerte. Llegó a defender a capa y espada que las historias de Finn y sus guerreros celtas eran ciertas, en un estudio para el *Gaelic Journal* de 1900, al modo que lo hicieron otros historiadores irlandeses del siglo XVII y XVIII, como Keating, O'Donovan o Curry, pero más allá de ello, necesitaba que la Irlanda moderna se adecuase al mito y, en el momento en que no lo hizo, Pearse sólo supo recrearlo a través de la gestación de una *Pasión Nacional*, donde él, como el Cristo en el Calvario, redimiría a una Irlanda pecadora que pretendía perpetuar su alianza con Inglaterra, traicionando así el mensaje de los "evangelistas nacionalistas" que habrían revelado la palabra de Dios a "la nación crucificada". Los Wolfe Tone, Robert Emmet, Thomas Davis y Mitchell.

Tal y como señala el historiador irlandés Ruth Dudley Edwards: "Pearse era un hombre al que siempre le gustaron las respuestas simples, fundamentales y absolutas; odiaba la espesa falta de certeza que rodeaba la historia de Irlanda y estaba firmemente convencido de que Irlanda poseía la más larga y gloriosa historia del mundo. Pero por encima de todo, Patrick Pearse quería creer en los grandes héroes del pasado. Necesitaba de

grandes símbolos de nobleza, de coraje y determinación para compensar la cantidad de arribistas y gentes de poco carácter que le rodearon a lo largo de su vida”, (Dudley Edwards, pág. 38).

En 1898, Pearse lanza durísimas críticas al proyectado *Teatro Nacional Irlandés*. Críticas de las que se retractará posteriormente, tras conocer personalmente a W.B. Yeats. Por aquel entonces, Pearse consideraba inconcebible que el teatro nacional se dejase en manos de una élite intelectual protestante angloparlante sospechosa, cuando menos, de “anti/irlandesidad”. Como Denis Patrick Moran, consideraba que los márgenes de “irlandesidad” se restringían al estrecho molde de un ente étnico suprahistórico de atributos inmutables, *gael*, católico y anglófobo, al que los protestantes podrían adherirse siempre y cuando renegasen de Inglaterra. A los ojos de Pearse, esto es lo que hizo Yeats con su gran drama nacionalista, *Catalina de Houlihan (1902)*. En su *Spiritual Nation*, febrero de 1916, Pearse nos habla de una Irlanda personificada y de la influencia de *Kathleen Ni Houlihan* en su propia persona: “Cuando era niño tenía la certeza de que existía una mujer que se llamaba Erin. Si Mr Yeats hubiera escrito *Kathleen Ni Houlihan* entonces, y yo lo hubiera visto, no lo hubiera concebido en modo alguno como una alegoría, sino como la representación de algo que bien pudiera suceder en cualquier momento y en cualquier casa”, (Sean Farrell, pág. 34).

Para 1902, Pearse ya era una figura respetada en La Liga Gaélica y los vínculos nacionalistas de Dublín. Sin embargo, las agrias disputas en La Liga, el nuevo fracaso del proyecto autonomista de 1906, y

sobre todo la intuición de que los intentos por recuperar el gaélico chocan con un nulo atractivo social, comienzan a exasperar a un hombre obsesionado con la unidad de acción nacionalista. Sus escritos comienzan a reflejar una “lógica de desesperación agónica”, certificando incluso la práctica muerte de la nación irlandesa. Ese mismo año Pearse llegará a afirmar: “El anochecer perdura demasiado en Irlanda. El sol se puso centenares de años atrás. Las preciosas nubes del día partieron, y la oscuridad se adueño de la tierra. Las canciones de los pájaros, el sonido de las harpas, desaparecieron entonces. El país está mudo; está dormido”, (Sean Farrell, pág. 58).

St. Enda y la fascinación de la sangre derramada por los inocentes

Casi al mismo tiempo del retorno a Irlanda de Thomas Clarke, un histórico dentro de los estrechos vínculos de la IRB, y el primero en tomar la Oficina Postal el lunes de Pascua de 1916, Pearse pone en marcha su proyecto educativo que habría de servir de referente para futuras generaciones de irlandeses. El objetivo de St. Enda era “inculcar entre mis alumnos el deseo de pasar sus vidas trabajando en nombre de sus ancestros y de su patria, y en el caso de ser necesario, incluso de dar la vida por ella. No podría desear a mis alumnos un destino más feliz que morir en nombre de algo auténticamente verdadero”, (Dudley Edwards, pág. 255).

Pearse comienza a verse a sí mismo en el epicentro de una tragedia griega, con la fatalidad de cualquier personaje de Shakespeare, donde su muerte, “la sangre derramada por los jóvenes y los inocentes”, es la

llave para salvar el honor de la nación irlandesa. Este proceso se traduce en un paulatino culto a la violencia como instrumento de purificación redentora, en la asunción del papel de Mesías, donde las analogías entre su proyectado martirio patriótico y el Calvario de Jesucristo comienzan a ser comunes.

Por ejemplo, el traslado de St. Enda a las colinas dublinesas de St. Hermitage en 1910, obedece no ya solo a la veneración que Pearse sentía por Robert Emmet (Emmet vivió en aquella mansión de reminiscencia anglo/irlandesa), sino a una identificación mimética con la fatalidad de un héroe patriota, que a ojos de Pearse dirigió una insurrección “a sabiendas” de que esta estaba abocada al fracaso.

El propio Pearse hizo mención al proceso que le habría de llevar a la fusión estética con el mito nacionalista: “No estoy seguro de si esto sólo obedece a una evolución que se viene manifestando dentro de mí, o es una obsesión pasajera. Quizás deviene de una asociación natural con estas viejas piedras y árboles. En Cullenswood House solía hablar a mis alumnos de Cuchulain y la primavera gaélica. Últimamente les hablo de Robert Emmet y de nuestros modernos héroes nacionales. Cuchulain era entonces nuestra gran inspiración. Sin duda alguna ha sido el espíritu de Robert Emmet el que me ha guiado hasta estas colinas”, (Sean Farrell, pág. 135).

Hasta la práctica bancarrota financiera de la escuela, a fines de 1912, Pearse profundizará en la lectura de intelectuales nacionalistas fenianos, como Thomas Davis, Fintan Lalor o Mitchell. Pero será la *Autobiography* de Wolfe Tone la que deja una huella imborrable en la mente de Pearse.

En la Pascua de 1911, Pearse representa la *Pasión de Cristo* con los alumnos de St. Hermitage. La atracción por el simbolismo místico de la figura de Cristo será algo que le acompañará a partir de entonces hasta su temprana muerte. En *An Ri* (El Rey), la secuencia dramática recrea la lógica litúrgico/devocional católica en la que Pearse comienza a descifrar el ideario nacionalista feniano.

El drama, representada a fines de 1911, nos sitúa en la Irlanda monástica medieval. Los súbditos discuten las tremendas derrotas sufridas por el rey Gael. El Abad explica que son fruto de la propia ineptitud del rey y que Dios jamás aceptará la bienaventuranza de un reino regido por “manos corruptas” (símbolo de la decadente Irlanda moderna que mantiene su alianza con Inglaterra). La tensión dramática se acelera cuando el Abad ofrece la sucesión al trono al alma más pura del grupo o *Giolla Na omh* (Siervo de los Santos), un niño carente de ambición política. El niño, aún intuyendo una más que probable muerte, acepta la carga (la Cruz de una nación pecadora). El niño muere en la batalla, pero guía a sus tropas al triunfo, con lo que su muerte es, ante todo, un símbolo de santificación, purificación y redención nacional.

En resumen, el drama da cuenta de tres importantes aspectos del pensamiento pearseano. Una creciente fascinación por la idea del sacrificio en el Calvario, en la medida en que *Giolla* personifica al Cristo que tiene que morir para salvar y redimir a su pueblo. Supone, a su vez, la reafirmación de la idea de la pureza esencial de la niñez y de la necesidad de sacrificar a los jóvenes y a los puros para rescatar a una

nación decadente. La violencia, como instrumento de redención personal y nacional, con dimensiones escatológicas, empieza a capturar el espíritu de un Pearse abrumado por unas deudas que sitúan a la escuela al borde del cierre. Apesadumbrado por su propio fracaso personal, se acerca a la IRB. A fines de 1912 habla de la necesidad de violencia si el gobierno liberal de Asquith falla en su promesa de otorgar el *Home Rule* (autogobierno) a Irlanda.

“Si nos engañan otra vez, existe una organización en Irlanda, a la que yo perteneczo, que aconsejará al pueblo irlandés no volver a consultar nada con el Gaul (extranjero), a responder con la violencia. Debemos hacer entender a los ingleses que, si nos traicionan otra vez, Irlanda se teñirá de rojo”, (Sean Farrell, pág. 205).

1913, Pearse ingresa en la IRB

En septiembre de 1912, los tambores de guerra resuenan por todos los rincones de Irlanda. Ese mismo mes, los Unionistas firman la *Solemn League and Covenant*, por la que cerca de 400.000 protestantes del Ulster se comprometen a luchar contra el autogobierno irlandés. El *Home Rule, Pope Rule* (autogobierno, gobierno del Papa) adorna los estandartes orangistas en Belfast. En enero de 1913, el Consejo Unionista del Ulster crea la UVF (Fuerza de Voluntarios del Ulster), una milicia al mando de Edward Carson. La exclusión temporal del Ulster del proyectado autogobierno irlandés comienza a planear en la agitada vida política irlandesa.

Cuando en abril de ese año escribe para el semanario de la IRB, *The Irish Freedom*, Pearse no oculta su fascinación ante el grado

de militarización de la sociedad irlandesa en la antesala de la *Gran Guerra* europea. Pearse sostiene que el derramamiento de sangre es algo esencialmente “santificador y purificador”.

“Me siento feliz de ver a los Orangistas armados. Es esperanzadora la visión de armas en manos irlandesas. Me gustaría ver a la AOH (Antigua Orden de Hibernia) armada. Me gustaría ver a los trabajadores del Transporte armados. Me gustaría ver a todos y cada uno de los ciudadanos irlandeses armados. Debemos acostumbrarnos a la visión de las armas, a pensar en armas, a utilizar armas. Podemos disparar a la gente equivocada en un principio, pero el derramamiento de sangre es algo esencialmente santificador, purificador. La nación que considera esto como el culmen del horror ha perdido su virilidad. Existen cosas infinitamente más horribles que el derramamiento de sangre. La esclavitud es una de ellas”, (Collected Works of Padraic Pearse, pág. 58).

Los anhelos de Pearse encontraban eco en la IRB, para quien había llegado la hora de crear unas milicias nacionalistas en respuesta a la movilización Unionista en el norte de Irlanda. La iniciativa vendrá, no obstante, del partido autonomista que se muestra proclive a apoyar a Inglaterra en la *Gran Guerra*. El artículo de Eoin Macneill en el semanario de la Liga Gaélica en octubre de 1913, *The North Began*, será el preludio de la creación, un mes más tarde, de los *Irish Volunteers* (Voluntarios Irlandeses). Para entonces, las actividades de la Liga Gaélica carecían de sentido para Pearse. Había llegado la hora de que la “semilla” plantada por la Liga floreciese en forma de “acción revolucionaria violenta”. Ésta es la tesis ma-

nejada en *The Coming Revolution* (La revolución que viene), muy poco antes de ingresar en la IRB en diciembre de 1913: "He llegado a la conclusión de que La Liga Gaélica es una fuerza obsoleta. Estoy feliz por ello".

La génesis de la guerra santa (la oración ante la tumba de O'Donovan Rossa, 1 de agosto de 1915).

En febrero de 1914, Pearse viaja a los Estados Unidos, en un afán por estrechar vínculos con los sectores nacionalistas radicales de la diáspora irlandesa en América. *Clan na Gael* recibe con entusiasmo a un hombre cuya oratoria parecía no tener mucho que ver con la realidad de una Irlanda que abría sus brazos al autogobierno, además de la latente amenaza de secesión de un Ulster predominantemente protestante.

En el discurso de Nueva York se observa claramente una tensión aguda entre "lo que era Irlanda" y "lo que debería ser" a los ojos de Pearse. La perenne necesidad de fusionarse con el mito, sublimando toda contradicción a través del culto irracional a la violencia y elevando la tradición feniana a la condición de mensaje divino, de verdad teológica situada fuera de los márgenes de cualquier discurso racional. Cuando Pearse habla de Irlanda, simplemente proyecta, habla de él. Se trata de una abstracción metafísica moldeada al antojo de sus propias convicciones ideológicas. La nación sólo podrá estar en manos de los que, como él, creen en la fe de Emmet, la fe feniana. Los paralelismos con el irracionalismo totalitario postromántico de Sorel resultan casi inevitables: "¿Me pedís que os hable de la Irlanda de hoy? Os diría que existen claros signos de que una nueva generación parece dispuesta a seguir la vieja senda dictada por

otros. El hecho es que existe toda una generación dispuesta a reafirmar la fe feniana, la fe de Emmet..., y sinceramente no concibo la forja de una nación sin hombres armados, no concibo la supervivencia de una nación sin soldados que la custodien", (Dudley Edwards, pág. 407).

Pearse se muestra proclive a una *guerra santa*, donde Irlanda como portadora de la "palabra de Dios" y encarnación de todas las virtudes cristianas debe lanzar la "ira divina" contra el representante del mal en la tierra, Inglaterra. La lucha es enmarcada dentro de un dualismo antagónico de dimensiones escatológicas. Irlanda es la encarnación del "bien absoluto", Inglaterra del "mal absoluto". La guerra étnica, la de los portadores de la verdad patriótica revelada, es además intemporal o eterna, como la lucha de los mensajeros de Cristo contra las fuerzas del mal, y ésta sólo cesará cuando Inglaterra sea finalmente derrotada: "Perseguimos a Inglaterra como una presa. Permanecemos al acecho y caeremos sobre ella como un ladrón lo hace por la noche. Y algún día la sorprenderemos con la ira de Dios. No es que seamos apóstoles del odio. ¿Quiénes sino nosotros, los irlandeses, hemos defendido con más vehemencia la caridad cristiana en la tierra? Pero el Cristo que dijo: Mi paz os dejo, mi paz os doy, es el mismo Cristo que dijo: No os traigo la paz, sino la guerra. No puede existir paz entre el bien y el mal. Entre la verdad y la falsedad, entre la justicia y la opresión, entre la libertad y la tiranía. Entre ellos sólo puede existir una guerra eterna, hasta que la verdad prevalezca, hasta que se reestablezca la justicia, hasta que la libertad sea ganada", (Dudley Edwards, pág. 405).

Cuando Pearse regresa a Irlanda en la primavera de 1914, ya no hablaba de la conveniencia de una insurrección armada. La cuestión para él, era simplemente de cómo y cuando ésta iba a llevarse a cabo. A esta labor se dedicará concienzuda y minuciosamente a partir de entonces. La ortodoxia feniana, ante la inminencia de la *Gran Guerra* jugaba además a su favor, “*England’s difficulty, Ireland’s opportunity*” (las dificultades de Inglaterra, un beneficio para Irlanda).

El discurso de Pearse chocaba con la realidad irónica de que los primeros brotes insurreccionales provenían del Ulster. En mayo, el autogobierno irlandés pasaba a categoría de ley, pese al obstruccionismo *Tory*, tradicionalmente aliado con los sectores unionistas más intransigentes. El Consejo Unionista organiza el embrión de un Gobierno Provisional del Ulster, apoyándose en el paramilitarismo lealista de Edward Carson. Tras el *Motín de Curragh* (por el que el ejército británico se negó a coaccionar a un *Ulster leal*), resultaba evidente que el gobierno británico pretendía la exclusión temporal de al menos seis de los nueve condados del Ulster del *Home Rule*, ante lo que Asquith consideraba como un riesgo real de guerra civil a gran escala en Irlanda.

El riesgo era real, al menos a los ojos del líder del Partido autonomista irlandés, Redmond, para quien los *Irish Volunteers* no eran un mero cuerpo miliciano de emulación sectaria. Redmond juzgaba necesaria la participación nacionalista en la guerra, para hacer ver a Inglaterra que el autogobierno era compatible con la lealtad a la Corona y al Imperio, y concebía al cuerpo como un instrumento de reconciliación entre unionistas y nacionalistas en el contexto de un esfuerzo de guerra común, (Paul Bew, pág. 233).

Ésta parecía ser la visión de la absoluta mayoría de nacionalistas en septiembre de 1914, tras la escisión de los *Volunteers*. Cerca de 200.000 irlandeses apoyaron a Inglaterra en la *Gran Guerra* al amparo de las tesis redmontistas, mientras que el sector no intervencionista, liderado por Eoin Macneill, apenas sumaba los 3.000 miembros. Pearse trabajó en la organización del sector disidente de los *Volunteers* con el objeto de que éste quedase supeditado a las tesis insurreccionales de una IRB que, por aquel entonces, contaba con cerca de 2.000 miembros. Pearse, capturado absolutamente por el espíritu de Emmet, ignora la problemática del Ulster.

Sus análisis oscilan entre la convicción *naive* de que la movilización lealista no merece preocupación alguna, o que, en cualquier caso, ésta podría ser instrumentalizada por la propia IRB, aunque a fines de 1914 resultaba evidente que Carson había puesto a disposición del ejército británico las milicias de la Fuerza Voluntaria del Ulster (UVF) para luchar por la Corona en el continente europeo. Para entonces nadie, a excepción de la IRB y el propio Pearse, era ajeno al hecho de que la partición de Irlanda resultaría inevitable.

Según Pearse: “Los rifles Orangistas otorgan dignidad a su causa. Esos rifles pueden sernos de utilidad algún día. En el peor de los casos podrían provocar la salida de Edward Carson del Ulster. En el mejor de los casos podrían ser disparados en las afueras del Castillo de Dublín. El día pasado un editor del Sinn Fein escribió que cuando los rifles orangistas abran fuego sobre las tropas del rey de Inglaterra, será deber de todo nacionalista unirse a ellos. Las negociaciones con los orangistas podrían abrirse de la siguiente manera: estáis rigiendo un Gobierno Provi-

sional en el Ulster, lo convertís en el Gobierno Provisional de Irlanda, y nosotros no sólo lo reconoceremos, sino que lo obedeceremos”, (Proinsias Mac Aonghusa, pág.125).

A inicios de 1915, la IRB controlaba tanto la Liga Gaélica como el sector anti-Remond de los *Volunteers*. El 1 de agosto de 1915, Pearse se encumbra finalmente como el representante más renombrado del republicanismo irlandés violento. Ante la tumba del feniano O’Donnovan Rossa proclama que la muerte del héroe patriota es lo que da vida a una nueva nación purificada, libre de pecado, un Nueva Irlanda nacida de la mortaja del Cristo nacionalista redentor feniano. La legitimidad última de la acción revolucionaria violenta, la *guerra santa* contra Inglaterra, emana del ejemplo de las “tumbas de los fenianos muertos”. De la “vanguardia apostólica” que sufrió el martirio para rescatar a un pueblo *gael* en pecado mortal por su conexión inglesa: “La muerte es fuente de vida; y de las tumbas de las mujeres y hombres patriotas fenianos emanan naciones vivas. Ellos piensan que han pacificado Irlanda. Ellos piensan que han pacificado a la mitad de nosotros e intimidado a la otra mitad. Creen tenerlo todo previsto, todo calculado. Pero necios, necios, necios ellos. Nos han dejado nuestros fenianos muertos, y mientras Irlanda haga honor a estas tumbas, Irlanda sin libertad, jamás estará en paz”, (Proinsias Mac Aonghusa, pág. 157).

Hacia la Pasión Nacional de Pascua (24 de abril de 1916)

“Me he reunido esta Navidad con los fantasmas. Fantasmas de hombres muertos que han delegado su confianza en nosotros los vivos. Los fantasmas acarrear proble-

mas, en una casa o en la familia, tal y como nos lo hizo saber Ibsen. Existe solo una manera de aplacar al fantasma. Debes hacer lo que te dice. Los fantasmas de la nación te piden a veces que hagas grandes cosas. Deben ser aplacados, sea cual sea el coste, Patrick Pearse, *Ghosts, 25 de diciembre de 1915*.

Poco antes de que Pearse convocara a los “fantasmas de la nación irlandesa” en la Navidad de 1915, escribe *The Synger*, una pieza teatral estrenada tras la muerte del autor. *The Synger* es la escenificación dramática de su propia vida y muerte, la puesta en escena de lo que bajo la óptica pearseana habría de ser la Rebelión de Pascua. En ella Pearse nos habla de su propia muerte, fusionando, una vez más, mística católica y tradición feniana. El propio Joseph Mary Plunkett (uno de los signatarios del Gobierno Provisional de la República proclamado en abril de 1916), se refería a *The Synger* en los siguientes términos: “Si Pearse estuviese muerto, la obra hubiese causado sensación”, (Sean Farrell, pág. 212).

La obra nos relata la historia de un líder revolucionario, Mc Dara, que sacrifica su vida por Irlanda. El mensaje central de la obra es que el temor a la muerte desaparece cuando el héroe patriota posee la firme convicción de que Dios está “del lado de los *Gael*”. La comparación del martirio patriota con el de Cristo en el Calvario, incluso la identificación del líder feniano con el propio Jesucristo, es una constante: “Un hombre puede liberar a un pueblo tal y como Jesucristo redimió al mundo. No llevaré espada alguna, iré a la batalla con las manos desnudas. Permaneceré erguido frente a los *Gaul* (extranjeros), tal y como Cristo fue

crucificado, desnudo frente a los hombres”, (Collected Works of Patrick Pearse, pág. 67).

Tras *The Synger*, en Pearse la fusión entre doctrina feniana y mística católica alcanza su punto más álgido. En *Ghosts*, diciembre de 1915, Pearse llega al extremo de identificar la religión católica con todas las virtudes del ideario patriótico revolucionario feniano. La doctrina nacionalista es elevada a la categoría de “religión divina”. La consecuencia de ello es doble. Primero, la definición de “pueblo/nación irlandés” sobre la base de un criterio etnicista, con atributos inmutables: *gael*, católico y anglófono, base última del genuino *Volkgeist* irlandés. Segundo, la necesaria asunción de la doctrina nacionalista como elemento definidor de “irlandesidad real”, previa sacralización absoluta del ideario feniano: “Como una religión divina, la liberación nacional lleva la señal de la unidad, de santidad, de catolicidad, de sucesión apostólica. De unidad, porque concibe a la nación como una unidad: de santidad, porque es en sí misma sagrada y porque santifica a aquellos que la sirven; de catolicidad porque aúna a todos los miembros de la nación: de sucesión apostólica, porque la aspiración de su liberación pasa de generación en generación a partir de los padres de la nación”, (Dudley Edwards, pág. 489).

Fue el propio Pearse el que delimitó la fecha de la insurrección en la Navidad de 1915. Abría de hacerse real el domingo de Pascua de 1916. Símbolo de martirio, rendición y resurrección nacional (posteriormente pospuesta el lunes 24 de abril). Lo que Pearse proyectaba era la recreación dramática de esa “Pasión Nacional” que, obsesivamente y con desesperación, dibujaba en

su creación literaria. Esta vez llevada a la vida real, en las propias calles de Dublín. En enero el proyecto insurreccional pasa a estar controlado por un selecto comité dentro de la IRB (una minoría, dentro de la minoría) a la que se une James Connolly en febrero.

Pearse se lanza frenéticamente a la escritura de su propio testamento político. El 1 de febrero escribe *The Separatist Idea* (La idea separatista), el 13 de febrero escribe *The Spiritual Nation* (La nación espiritual) y el 31 de marzo *The Sovereign People* (El pueblo soberano).

The Sovereign People es de todos ellos el que merece un estudio más detenido, teniendo en cuenta la influencia que dicho escrito tuvo en la formulación ideológica *Provo* (nombre familiar del IRA en Irlanda del Norte) en los primeros años de la década de los setenta. Pearse ahonda en la sacralización/catolización de los evangelistas del góspel patriótico irlandés. Wolfe Tone, Thomas Davis, Mitchell y Fintan Lalor. De este último extrae los ribetes socializantes de su doctrina nacionalista argumentando, *grosso modo*, que toda conflictividad social habría de diluirse en el ideario armónico de la liberación nacional.

Véase en este sentido, un fragmento extraído del *Sovereign People* que resume esta idea a la perfección: “Después que en Dios, creo que la problemática esencial reside en el mal derivado de la dominación extranjera. Irlanda no volvería a la hambruna debido a sus fértiles valles. Una Irlanda libre sería del todo autosuficiente. Promocionaría su comercio, su agricultura, sería capaz de una administración racional de sus recursos. Educaría a sus trabajadores, a su policía, a sus jueces. Se gobernaría a sí misma, de la

misma manera que lo haría un gobierno de ángeles o arcángeles”, (Collected Works of Patrick Pearse, pág. 123).

Por último, Pearse deja claro quién conforma “el pueblo” que tendría legitimidad para regir los destinos de la Nueva Irlanda nacida de sucesivas *Pasiones Nacionales* por la liberación nacional: los fantasmas de los mártires muertos en el Calvario (Pearse, en este caso) y los seguidores de su ejemplo apostólico. La vanguardia militar feniana capaz de interpretar las “voces de la nación”. Ellos serán los señores de la “Nueva Irlanda”. Mitchell y Tone son descritos como “Mesías enviados a traer la palabra de Dios a los irlandeses”:

“Que Dios habló a Irlanda a través de Tone y a través de todos aquellos que después de Tone han recogido su legado, que las enseñanzas de Tone y de ellos son grandiosas y verdaderas, y que ninguna otra enseñanza sobre Irlanda merece ser escuchada, es una cuestión en la que he puesto todas mis esperanzas, tanto mortales como inmortales. Invito a los hombres y a las mujeres de mi generación a que aglutinen todas sus esperanzas mortales e inmortales en mi persona”.

Por último, Pearse advierte sobre quiénes serán los señores de Irlanda cuando ésta sea libre. “Que nadie se equivoque sobre quiénes serán los señores de Irlanda cuando sea libre. El pueblo será dueño y señor. El pueblo que lloró en Getsemaní, el que siguió el camino del Calvario, el que murió desnudo en la cruz, el que descendió al infierno, resurgirá glorioso e inmortal, se sentará a la derecha de Dios, quien decidirá por fin juzgarlo, en juicio justo y terrible”, (Conor Cruise O’Brien, pág. 123).

Muy pocos días antes de la insurrección, Pearse escribe uno de sus últimos poemas. *The Fool* (El Idiota). Pearse arremete contra aquellos que en vida le consideraron un visionario. En el poema se adivina un irremisible deseo de muerte ante la conciencia de que Irlanda se resiste a hacer real su imaginario. Su muerte no sólo servirá para recrear la fe feniana y perpetuarla en el futuro, fusionándose estéticamente con un mito que le dará inmortalidad, sino para ahogar un profundo sentimiento de desesperación y fracaso personal, descrito desde un universo narcisista como *un fracaso nacional*. Esta lógica de desesperación es narrada de la siguiente manera: “He malgastado los espléndidos años/ que Dios dio en mi juventud/ intentando llevar a cabo cosas imposibles/ Considerándolas yo únicamente como merecedoras de atención/Fue una estupidez o una gracia divina/Que ningún hombre, solo Dios sea quién me juzque/¿Pero y si el sueño se hace realidad?/¿y si miles de irlandeses por nacer deciden entrar en esta casa moldeada en mi cabeza, el noble hogar de mi pensamiento?/ Dios, he apostado mi espíritu/He apostado las vidas de los míos en nombre de la verdad, de la terrible palabra/ No recordéis mis fracasos/Recordad mi fe”, (Sean Farrell, pág. 67).

Macdonagh, Plunkett y Connolly (signatarios del Gobierno Provisional proclamado por los insurgentes) compartían la misma angustia pearseana. En palabras de Irwin Thompson: “Todos ellos compartían el deseo de vivir el mito, la necesidad de verse inmersos en un drama martiroológico de dimensiones cósmicas, exagerado incluso para un periodo de claros tintes románticos. En el caso de, al menos, dos de ellos, la trayec-

toria personal reforzó aún más la pose dramática. Plunkett era un hombre muy joven, tenía 28 años cuando murió, pero era físico. Pearse no tenía nada por lo que vivir, y pensó que el sacrificio martiroológico le otorgaría la inmortalidad que tanto anhelaba”, (Irwin Thompson, pág. 78).

Lo mismo cabría observar en James Connolly. En febrero de 1916 su republicanismo socialista ya se había dejado fascinar por el vértigo del suicidio redentor pearseano: “De forma profunda ha penetrado en el corazón de Irlanda un claro sentimiento de degradación entre sus gentes. Una degradación tan profunda y humillante que solamente la poderosa marea roja de la guerra en suelo irlandés podrá permitir que la raza irlandesa recupere su dignidad perdida. Sin el más mínimo atisbo de irreverencia, con toda humildad y respeto, podría decirse de manera justa que, en nuestro caso, sin derramamiento de sangre, la redención no es posible”, (Conor Cruise O’Brien, pág. 123).

El lunes de Pascua de 1916, medio millar de miembros de la ICA (Ejército Ciudadano Irlandés), liderada por Connolly, disidentes de los *Irish Volunteers* (Voluntarios Irlandeses), y fenianos de la IRB (Hermandad Republicana Irlandesa), se dirigen a la atónita ciudadanía dublinaesa tras hacerse fuertes en la Oficina Postal de Sackville Street. Pearse lanza una declaración por la que millares de irlandeses cavarán *sus propias tumbas en los años venideros. La declaración tiene un marcado tinte pearseano*, con claras reminiscencias de Yeats. Los patriotas fenianos se arrojan el papel de intérpretes de las necesidades de la patria y el pueblo irlandés. La legitimidad de la insurrección proviene de Dios, la Historia y las tumbas de los patriotas

irlandeses muertos, mientras que Irlanda es a su vez representada como una deidad femenina a la que se debe un sacrificio redentor: “Irlandeses e irlandesas, en nombre de Dios y las generaciones de irlandeses muertos, de quienes la patria hereda su antigua tradición de virilidad, Irlanda, a través de nosotros, emplaza a sus hijos bajo su bandera y proclama su libertad”.

La Declaración fue firmada por siete signatarios: Patrick Pearse, James Connolly, Thomas Clarke, Sean Mac Diarmada, Eamon Ceannt, Thomas Mac Donagh y Joseph Plunkett. Pearse se autoproclamaba como presidente del Gobierno Provisional de la República y comandante en jefe del recién creado Ejército Republicano Irlandés (IRA). Tras cinco días de resistencia numantina, los insurgentes se rinden a las tropas británicas que hacen valer su aplastante superioridad numérica. Dieciséis de los insurgentes serán juzgados y condenados a muerte, entre ellos Patrick Pearse, que es fusilado el 3 de mayo de 1916.

Tras su muerte fueron miles de irlandeses los que pretendieron hacer real la “casa/patria” vislumbrada por Pearse. Como en el poema, *The Fool*, “nadie se acordó de sus fracasos, sino de su fe”, y del arroyo sangriento de Sackville Street emergió una nueva generación de irlandeses dispuestos a matar y morir por la República de 1916.

Quizá sea Sean O’Faolain, (militante y propágandista del IRA durante la guerra anglo/irlandesa 1919/1921), en sus memorias, quien mejor defina el espíritu que cautivó a los sucesores de la *Pasión Nacional* pearseana: “Yo era Irlanda, el guardián de su fe, el hombre solitario que mantendría el espíritu republicano vivo, el que mantendría la última llama encendida ante el gran ico-

no, incluso en el caso de que el resto de irlandeses olvidará o renegará del góspel que nos había sido revelado a partir de 1916. Creía firmemente en el dogma que para entonces ya se había instalado entre nosotros, de que una minoría puede imponerse sobre los deseos de una mayoría, de que el pueblo no tiene derecho a estar equivocado. Como todos los idealistas me estaba convirtiendo en un ser cruel, melancólico y carente de piedad", (Dudley Edwards, pág. 279).

El influjo de su pensamiento político, según el politólogo irlandés Padraig O'Malley

fue aún mayor: "Al definir el nacionalismo en términos de lengua y religión, excluyó a cerca de una cuarta parte de la población de la nación irlandesa (en referencia a los protestantes del Ulster), la partición mental precedió a la partición en el mapa. Al insistir en la cultura gaélica como denominador común de irlandesidad negó la diversidad cultural que era, y sigue siendo, la raíz del problema irlandés. Al equiparar catolicismo y nacionalismo, hizo de la religión un vínculo de afiliación política", (Padraig O'Malley, pág. 345).

BIBLIOGRAFÍA

BEW, P.: *Ideology and The Irish Question (Ulster Unionism and Irish Nationalism 1912-1916)*. Clarendon Press, Oxford, 1994.

Collected Works of Patrick Pearse, Political writings and Speeches. Phoenix Co Ltd, Dublin, 1975.

CRUISE O'BRIEN, C.: *Ancestral Voices, Religion and Nationalism in Ireland*. Poolbeg, Dublin, 1994.

DUDLEY EDWARDS, R.: *Patrick Pearse, The Triumph of Failure*. Faber and Faber, London, 1979.

FARRELL MORAN, S., 1997, *Patrick Pearse and The Politics of Redemption (The Mind of Eastern Rising, 1916)*, The Catholic University of America Press, Washington D.C.

IRWIN THOMPSON, W., 1976, *The imagination of an Insurrection*, Inks, Dublin.

MAC AOUNGHUSA, P., 1967, *The Best of Pearse*, The Mercier Press, Cork.

O'MALLEY, P., 1990, *The Uncivil Wars; Ireland Today*, Beacon Press, London.

VÁZQUEZ, I., 1998, *Dochum Gloire Dé Agus Onora Na Heireann: por la Gloria de Dios y el honor de Irlanda*, BITARTE (Revista cuatrimestral de humanidades), Año 6, N 16, Donostia.

VÁZQUEZ, I., 1999, *La guerra santa: Patrick Pearse y la reformulación de la tradición feniana*, BITARTE (Revista cuatrimestral de humanidades), Año 7, N 18, Donostia.



NUEVO FEMINISMO

LUIS ROCA JUSMET

PÉREZ, Loola: *Maldita feminista. Hacia un nuevo paradigma sobre la igualdad de sexos.* Seix Barral, Barcelona, 2020.

A pesar de su juventud, Loola Pérez (Molina de Segura, 1991) ha publicado una novela, *Suicida (no profesional) busca puente*, colabora en periódicos (*El Mundo*, *El Confidencial*). También está implicada en múltiples proyectos (*Mujeres jóvenes de la Región de Murcia: 8 de marzo* o *AngelBlau España*, una asociación contra el abuso sexual infantil). Además, es graduada en Filosofía y trabaja como integradora social y sexóloga educativa.

Loola Pérez se embarca con este libro en una empresa tan necesaria como arriesgada: desde las filas del feminismo atreverse a poner orden desde el sentido común. Podemos discutir lo que es el sentido común, pero hemos de presuponer que existe. Desde Heráclito, que hablaba del *Logos* compartido, se plantea la existencia de una racionalidad humana que va más allá de los relativismos culturales. Es necesario aceptarlo, porque es la única manera de poder construir algo común después de haber elogiado tanto las diferencias. Lo que hace Loola Pérez es cuestionar desde el feminismo la ideología hegemónica en el movimiento, que es el feminismo de género. Pero no sólo esto, sino también el oportunismo de lo políticamente correcto: “todos somos feministas”.

Loola Pérez defiende un feminismo que es claro: el que reivindica la igualdad de derechos y oportunidades entre mujeres y hombres. Ni más ni menos. Esta es su lucha. La autora ve en este movimiento (aparte de perderse en discusiones bizantinas) dos peligros: el de generar una cultura del odio y el de caer en un nuevo puritanismo.

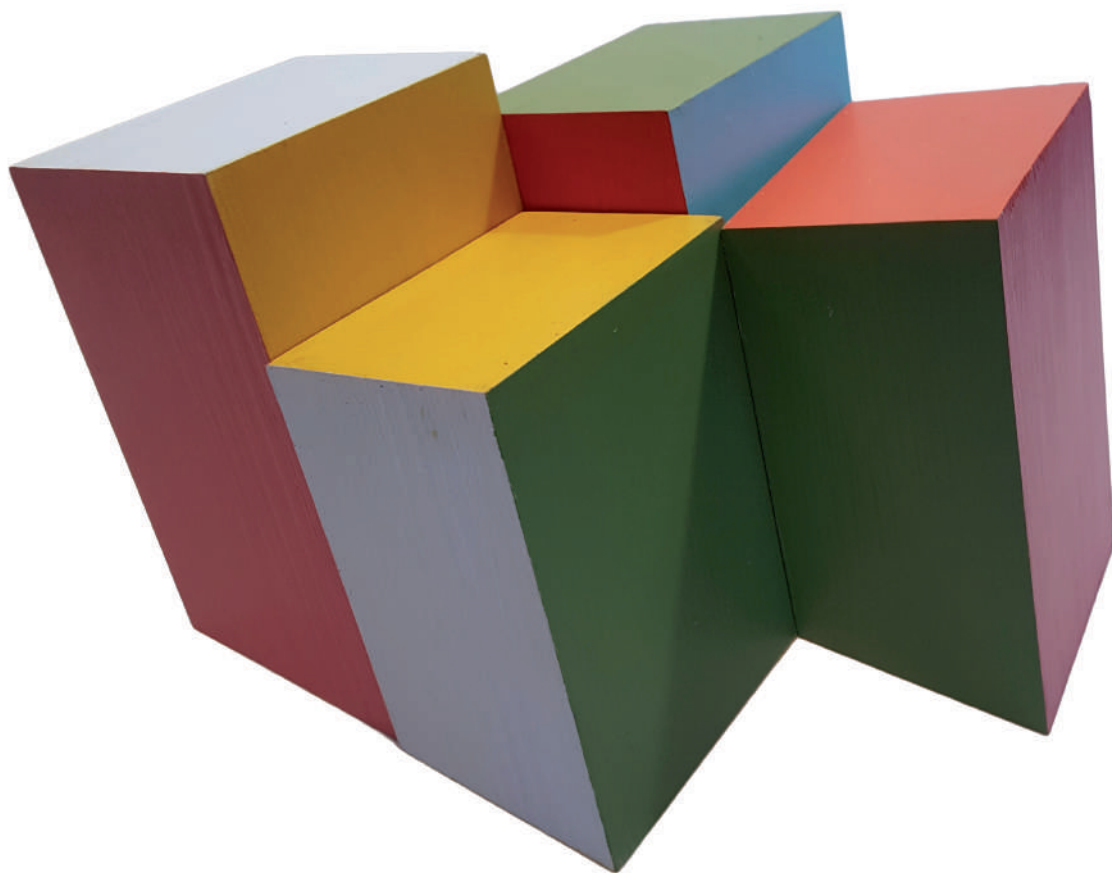
El libro está dividido en nueve capítulos, en los que, con un lenguaje claro y a la vez riguroso, va adentrándose de manera personal en temas polémicos sobre los que muchas veces se pasa de puntillas, o se cae en un discurso moralista, como son la problemática de la pornografía y la prostitución. Loola Pérez argumenta sin prejuicios, intentando ver todas las aristas y huyendo de respuestas dogmáticas. Sabe de lo que habla y se nota. Busca además apreciar los matices en unos temas que tienden a la polarización y al sectarismo.

A lo largo de la lectura del libro, comprobamos que la autora no es solo una feminista, sino también, en el mejor sentido del término, una liberal. Recogiendo lo mejor del liberalismo, que es la defensa del sujeto singular y su elección de vida y de las libertades individuales, sobre

todo la libertad de palabra. Con tantos fundamentalismos de todo tipo que nos inundan, esta perspectiva liberal aparece como una brisa de aire fresco. Y me ha salido aquí un concepto que sintetiza bien este ensayo: su frescura.

Al final del libro, y a modo de epílogo, Loola Pérez apuesta, manteniéndose en el justo equilibrio de quien se define sin querer imponer. Lo hace por una serie de propuestas que para ella marcarían lo que sería el mejor itinerario para el futuro del movimiento feminista.

Me parece, en definitiva, un libro que casi consideraría imprescindible para aclararse en el bosque de los movimientos feministas actuales y las problemáticas implicadas. En esta defensa entusiasta tan sólo plantearé dos reservas. La primera: las breves, pero negativas, alusiones al psicoanálisis. Me parece que el psicoanálisis tiene mucho que aportar, si no lo identificamos con sus versiones más simplistas, que son a las que parece aludir la autora. La segunda es que Loola Pérez no entra en un tema que me parece fundamental a la hora de centrar el debate, que es si estamos o no en una sociedad patriarcal. Hay alguna alusión, pero quizás merecería entrar en el tema con más profundidad. En todo caso, y esto lo digo sin reparos, un libro que merece ser leído por cualquier interesado en la problemática actual del movimiento feminista.



SUR
HEGOA



AVES DEL PARAÍSO

MANUEL LEZERTUA

La novela *Aves del paraíso* de Luisa Etxenike no es propiamente un relato, sino la continuación del compromiso ético que conforma su biografía. Por lo tanto, es un libro difícil, porque nace y vive de la introspección crítica. Y es tanto más difícil porque no se trata de ahondar en la experiencia existencial de una persona que recupera, a duras penas, su pasado, enfrentándose a olvidos, equivocaciones, miradas en la dirección equivocada, silencios interesados o desvíos de atención. Nos hallamos, más bien, ante una persona, el protagonista de la novela, sumida en un proceso agónico de asunción de errores, tanto propios como ajenos. Por ello, no es, insisto, un libro fácil.

Se puede tener la tentación de leer este relato como la parábola de un pueblo, como el *mito de una caverna*¹ de la que es tan difícil como imprescindible escapar para ver la luz del día y los brillantes colores de la realidad (en este caso, de Euskadi). Pero nada es gratis en el devenir humano; por eso, el precio de los olvidos es el recuerdo.

No se trata de una historia personal. El protagonista no tiene nombre. Bueno, sí, se llama Miguel, pero de ello no nos enteramos hasta bien entrada la novela, en un contexto, como veremos, bien diferente. Cuando el lector entra en contacto con él, no tiene ya ni identidad. La he perdido o quizás nunca la tuvo. Tiene que (re)construirla. Sólo le queda una amargura que no puede endulzar ni con múltiples botes de mermelada. Tiene pues que aprender a saborear la amargura, no para disfrutarla, que es precisamente lo que hacemos cuando nos regodeamos en ella, sino para conocer la profundidad de su paladar. Al principio *todo lo humano le es ajeno*². En su haber solo tiene unos recuerdos inconexos: una espinosa castaña, una llave olvidada, una fecha exacta y un nombre. *En su soledad*, como Antonio Machado, *ve cosas muy claras que no son verdad*³. Para salir de ahí necesita al otro, a alguien con quien construir el diálogo, para que el monólogo interior no se apodere de la realidad. Y con el otro recuperará su nombre propio: Miguel puede ser Miguel, porque existe Agustín.

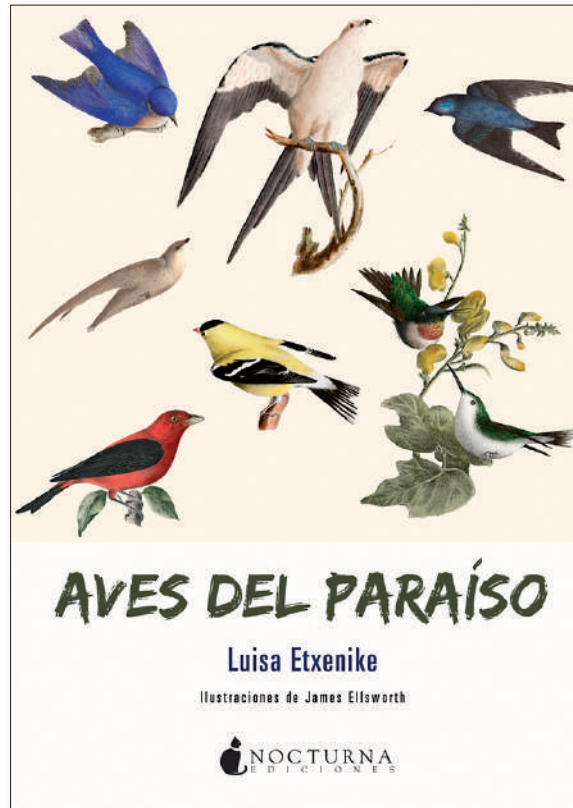
El narrador o, por mejor decir, la narradora, intenta alejarse del relato, pero la angustia es tan grande que termina identificándose con el personaje: "Andar toda la noche no le ha calmado. Aún le duele el pecho", (p. 24). La narradora ha anidado en la mente del

personaje, lo que se conoce como “el narrador acorde”, quizá por hacerle compañía. Y así, lo acompaña durante todo el relato hasta el momento en el que es capaz de enfrentarse con una parte de su realidad de una manera que machaca la decisión tomada: “Y él en el sueño no la ha cogido; se ha despertado antes. Pero la coge ahora de la caja fuerte./ Y acaba de vestirse./ Y abre el garaje./ Y arranca el coche que no ha usado en meses./ Y con el motor encendido...”, (p. 72). Necesitará, no obstante, el protagonista algo más que la mano amiga de la narradora para superar el conflicto. Necesita al otro, como ya hemos dicho, para construir el diálogo. V. Aleixandre ya nos había mostrado, si no el camino, al menos, una vereda:

*Cuando, en la tarde caldeada, solo en tu gabinete,
con los ojos extraños y la interrogación en la boca,
quisieras algo preguntar a tu imagen,
no te busques en el espejo,
en un extinto diálogo en que no te oyes.
Baja, baja despacio y búscate entre los otros.
Allí están todos, y tú entre ellos.
Oh, desnúdate, y fúndete, y reconócete.
Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con mucho amor y recelo al agua,
introduce primero sus pies en la espuma,
y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se decide⁴.*

El relato se divide en dos partes similares. Casi al final de la primera se desvela uno de los orígenes del dolor: “Entonces también había gente que vivía de vigilar y gente que moría de ser vigilada”, (p. 51). La consciencia, tanto la individual como la colectiva, sabe ya a dónde dirigir la mirada. Por eso es un libro tan doloroso como necesario, tan difícil como imprescindible. “Porque saber revienta la memoria”, (p. 100).

El libro de Luisa Etxenike evoca, a mi juicio, de manera elíptica, una cuestión muy controvertida en el ámbito de los Derechos Humanos. Se suscitó con fuerza en relación con los crímenes del nazismo: ¿Existieron solamente culpas individuales de los dirigentes nazis, de los gobernantes del III Reich? ¿De los perpetradores o gestores del Holocausto? ¿O existió, también, una culpa colectiva del pueblo alemán (o, al menos, de parte de él), por haber callado, tolerado, aclamado los actos de atrocidad, como clamó la juventud contestataria alemana de los años 70 u y 80 del pasado siglo? “Un padre sin voz en tantas conversaciones de adhesión a la violencia; presente en tantos homenajes a presos; indiferente tantas veces ante un nuevo atentado. Sin ni siquiera la coartada de la convicción”, podemos leer en la página 79.



Aves del paraíso evita hablar de culpa o culpabilidad colectiva por actos ajenos. Prefiere hablar de la vergüenza individual que siente Miguel por los actos de su hijo “y por no haberle sabido enseñarle, siento su padre, a defender la vida. La suya y la de cualquiera”, como leemos en la página 114. Pero, como ha declarado la propia Luisa Etxenike: “A través de lo singular, la Literatura trata de alcanzar lo colectivo”⁵. La vergüenza que siente Miguel le atenaza el pecho, le impide respirar, obligándole a caminar sin descanso. No consigue verbalizarla y deambula noches enteras sin rumbo, en ausencia total de contacto con el resto de los seres humanos, viviendo como un eremita y alimentándose de mermelada, con ensoñaciones suicidas, durmiendo en cartones en el suelo...

El estilo de la autora es pretendidamente sobrio. Es directo, desnudo, desarbolado y contundente. Ya hemos visto en las citas anteriores que se desliza como una guillotina: “Alguien no quiere morir, quiere su vida, y otro le pega un tiro en la cabeza. O más; los tiros que haga falta. Sin arrepentimiento”, (p. 55). Acción directa en las palabras, en la sintaxis, en las ideas.

El periplo vital de Miguel muestra un camino durísimo desde la vida de eremita que he descrito hasta la consciencia de que tiene que desprenderse de sus viejas plumas para realizar un largo viaje que le devuelva la vida. En ese proceso encuentra una primera tabla de salvación: un libro: *Aves del Paraíso*. Emerge ahí, en mi opinión, el valor catártico de la literatura, tan cercano a la trayectoria de Luisa Etxenike.

De su lectura Miguel extrae los primeros pasos de su retorno hacia la vida. El primer reclamo que más tarde se convertirá en el canto que deberá pronunciar ante Igor, su hijo. Los animales, por tanto, dan vida a la obra. Un sinfín de ellos, en particular las aves, acompañan su lectura. El erizo da tormento al corazón del primer protagonista, la serpiente anuda su angustia. Y la *sterna paradisaea*, el charrán del paraíso, da nombre al relato. El protagonista ha aprendido en la *Guía de aves* que "las crías de somormujo aprenden a nadar casi desde que nacen porque sus padres les enseñan, transportándolos sobre sus espaldas", (página 92), cosa que él, Miguel, no supo hacer con su hijo.

También aprende algo que lo devolverá a la vida: que los charranes árticos o *sterna paradisaea* son las aves con la migración más larga, pues pueden recorrer más de 38.000 kilómetros cada año: "Va a ser un largo recorrido, ya lo sé. Pero los pájaros hacen viajes más largos. Incluso los pequeños. Hay uno, del tamaño de una paloma más o menos, que recorre toda la distancia entre los dos polos cada año", (p. 115). Mudar no es fácil, pero es indispensable para vivir, después de episodios de deshumanización como el vivido.

"He hecho lo que tenía que hacer". Es la formulación que Miguel escucha repetidamente de labios de su hijo, cuando acude a cantarle la vergüenza que siente por lo que el terrorista hizo y representa. Esta frase repetida *ad nauseam* por Igor, representa una expresión de la llamada ética del deber, que ha provocado a lo largo de la Historia innumerables injusticias. Hamlet debió de pensarlo cuando mató a Claudio. Y Pétain en 1940, por ejemplo, o Pinochet en 1943. Ya lo había dicho Maquiavelo: "*Esto es algo que merece ser notado e imitado por todo ciudadano que quiera aconsejar a su patria, pues en las deliberaciones en que está en juego la salvación de la patria, no se debe guardar ninguna consideración a lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso, sino que, dejando de lado cualquier otro respeto, se ha de seguir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad*"⁶.

Luisa y Agustín vienen a decirnos que no siempre es así, que la mayor parte de las veces, si no siempre, no es así. Que conviene consultar con el otro y con los otros para salir de nuestras cavernas interiores y sacar a la luz, lo que oculto parece indiscutible. Ese es el sentido de la verdadera democracia, más allá de las instituciones y más acá de las pasiones que engendran las patrias. Y si no hemos estado demasiado acertados, a cada poco pasa un tren, que podemos tomar en múltiples estaciones, si no estamos dotados para migrar kilómetro tras kilómetro por no ser ave del paraíso.

NOTAS

¹ El conocidísimo *mito de la caverna* se puede consultar en los primeros párrafos del libro VII de *La República* de Platón.

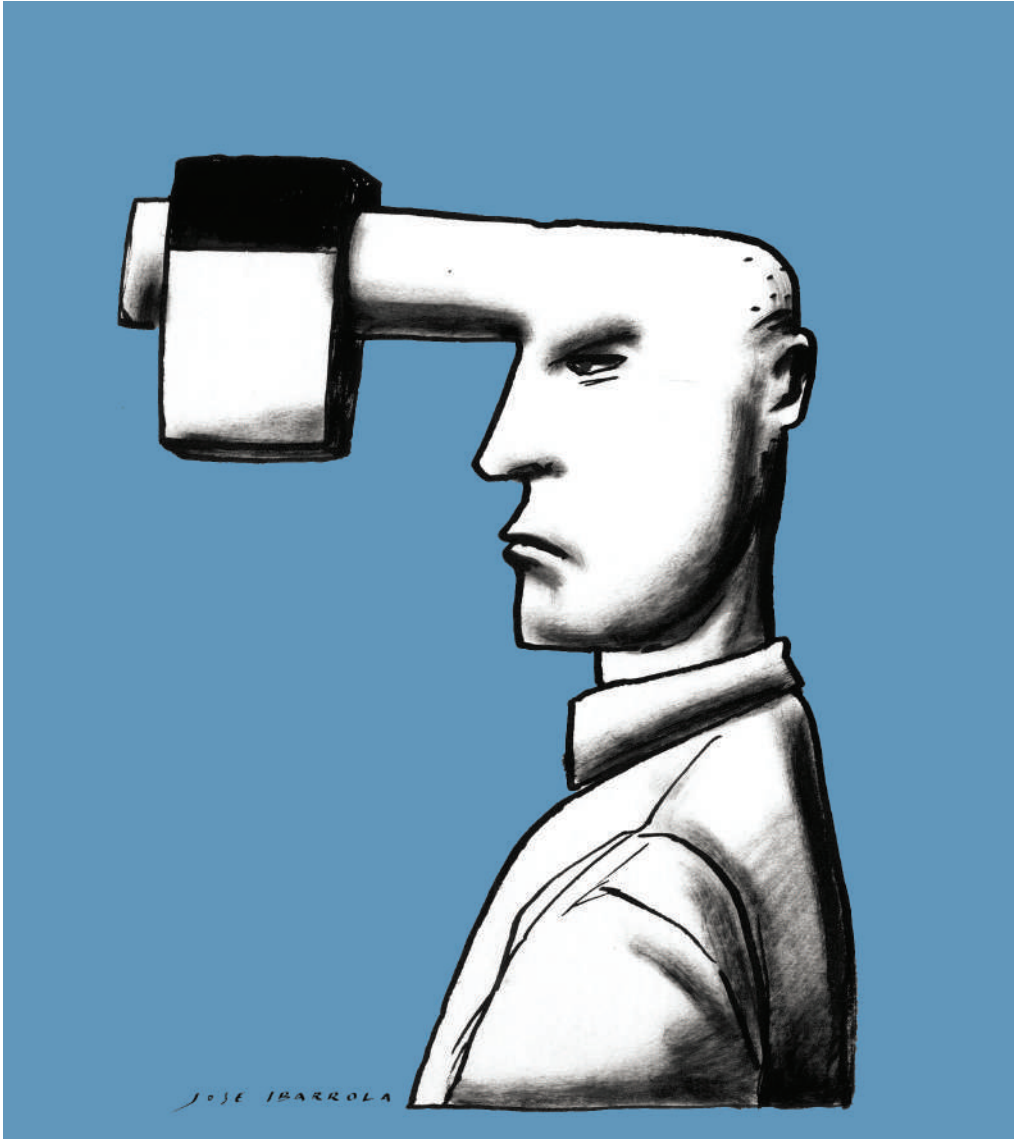
² *Homo sum; humani nil a me alienum puto*. Terencio, *Heautontimorumenos*, I,1,77, en Terencio, *Comedias*, Cátedra, Madrid, 2001.

³ *En mi soledad/ he visto cosas muy claras,/ que no son verdad*. A. Machado, *Proverbios y cantares*, XVII.

⁴ Vicente Aleixandre, *“En la plaza”*, *Historia del corazón*, v. 25-35 (1954).

⁵ Titular de *El Correo Español-El Pueblo Vasco* del 29/01/20 en la recensión de la obra que hace Natxo Ortuondo.

⁶ Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (lib. III, cap. 41: *“Que la patria se debe defender siempre con ignominia o con gloria, y de cualquier manera estará defendida”*). Traducción de Ana Martínez Arancón, Alianza editorial, Madrid, 1987.



ITALIA COMO REFERENCIA

JOSU DE MIGUEL BÁRCENA

COSTANTINI, L.: Aquí mando yo. Historia íntima de Podemos.
La esfera de los libros, Madrid.

Luca Costantini es un periodista joven que hace periodismo viejo. Aclaremos esta afirmación: en tiempos de activismo comunicativo, donde la opinión y la aseveración inundan periódicos, televisiones y redes sociales, aún existen profesionales que dan importancia a los hechos y elaboran verdadera información. El autor de este libro es un bolonés licenciado en ciencias políticas y doctor en historia por la UNED, que ha trabajado en *El País* y que, en estos momentos, realiza su actividad profesional en el diario digital *Vozpopuli*. Nos presenta aquí una historia "íntima" del fenómeno Podemos. Lejos de lo que pudiera parecer, no estamos ante meros cotilleos, sino ante la narración pormenorizada de la construcción de un proyecto personal e ideológico que básicamente gira en torno a la figura hegemónica y carismática de Pablo Iglesias.

Se nota que Costantini tiene formación académica, pues en la primera parte del libro desmenuza teóricamente cuáles son los orígenes del partido morado. En tal sentido, destaca como clave el paso de Iglesias durante su año de Erasmus en la ciudad italiana de Bolonia. Habitualmente, se tiende a pensar que la latitud cardinal, para entender

el populismo de izquierdas en España, es Latinoamérica y su conexión con el chavismo venezolano y el peronismo argentino. Es muy probable que el peso de esta conexión recaiga más en Errejón y su pasión por las tesis de Laclau y Mouffe, lo que en parte explicaría la tormentosa ruptura final con el propio Iglesias. Lo cierto es que este último casi nunca se ha movido políticamente de sus lecturas y experiencias personales en el país transalpino: comunismo tamizado por las tesis de Negri y Hart, movimientos sociales antiglobalización, e interés por una comunicación política que todavía estaba en pañales en España.

Porque en verdad, si algo aprendió Iglesias en su paso por Italia es la importancia fundamental de la comunicación –y en particular, de la televisión– en la política contemporánea. Costantini adivina que el mayor impacto de los años de juventud de Iglesias quizá no fue el postmarxismo, sino el cambio de modelo espoleado y capitaneado por Silvio Berlusconi, tanto en lo personal como en lo profesional. No extraña, desde este punto de vista, que el líder de Podemos simultaneara desde el principio sus clases en la Universidad Complutense con product-

ras modestas de televisión, donde realizaba programas enormemente populares en las redes sociales. La construcción de la figura se terminó de cincelar y consolidar cuando algunos canales de televisión decidieron promocionar el producto en el marco de una ira colectiva que iba a ser el alimento emocional de la nueva generación de indignados nacida con el 15-M.

El título del libro también responde a una de las lógicas internas del nuevo populismo: lo personal es político. Quizá de manera involuntaria, el autor da con la tecla al destacar que en Podemos la politización de lo íntimo es importante para describir su propia transformación y explicar la tendencia de sus intelectuales a moverse en los márgenes de una biopolítica que acepta que cualquier plano de la vida debe de ser motivo de escrutinio público: véanse, en tal sentido, algunos proyectos normativos que tratan de regular las relaciones sexuales a partir de cánones moralistas que creíamos superados. Con la politización de lo personal se emprende en España una transformación de la política que termina por dinamitar los escasos cimientos liberales que pudiera atesorar nuestro país en lo que respecta a la formación, entre otras cosas, de una esfera de opinión construida con rigor y profesionalidad. Desde hace años, el socavamiento simbólico del

contrario, la polarización y la rabia como motor de lo que Sloterdijk llamaría “negocios thymóticos”, son la seña de identidad de una forma de hacer política que entraña el riesgo de que se traslade finalmente a la propia sociedad.

En verdad, la construcción de Podemos ha obedecido a una serie de circunstancias personales que han rodeado la afirmación de un liderazgo indiscutible –el de Iglesias– donde, como revela Costantini, no había lugar para disidencias. Los amoríos de juventud se mezclan con los intereses de cada una de las facciones, mientras que las amistades verdaderas se desmoronan, como consecuencia de un culto al poder que poco o nada tiene que envidiar a las vicisitudes y el *modus operandi* del viejo comunismo. El libro pone además sobre la mesa algunos datos inquietantes sobre las conexiones financieras de Podemos y la forma sorpresiva en la que un grupo de chicos de la Facultad de Políticas termina siendo uno de los partidos más votados en las sucesivas elecciones generales, autonómicas y municipales. Sombras que, pese a que no se concretan, demuestran que la sociedad española estaba deseosa de renovar su clase política al precio de olvidar los parámetros de responsabilidad que deben regir cualquier sistema democrático.

LA MASACRE QUE MARCÓ LA TRANSICIÓN

LUIS ROCA JUSMET

GALLEGO LÓPEZ, Manuel: Los abogados de Atocha. Catarata, Madrid, 2019.

Tras nueve años de investigación, Manuel Gallego López nos expone en este libro el resultado de sus investigaciones, con todos los documentos policiales y de la instrucción sumarial, sobre el trágico atentado a los abogados del despacho laboralista de Atocha, en la noche del 24 de enero de 1977. Pero no se limita a ello, sino que nos permite contextualizarlos en los convulsos momentos que se aprobó la Ley de la Reforma Política en referéndum y que estaban se liquidando las instituciones franquistas, que la policía y la extrema derecha se aliaban en acciones brutales contra los manifestantes que querían la democracia y que el GRAPO se dedicaba a secuestrar a personalidades importantes del Régimen y atentar contra las Fuerzas de Orden Público. Igualmente nos explica que las consecuencias de la violencia de los actos de la ultraderecha dieron efectos adversos a los esperados, ya que al poco tiempo se legalizó el Partido Comunista de España. Finalmente, el autor se arriesga a desmentir la hipótesis que sostiene que la masacre de Atoche forma parte de una estrategia escalonada que culminará en el intento del golpe de Estado del 23-F. Para él, no hay una relación entre ambos sucesos, más allá de ser dos intentos

de evitar la consolidación de una democracia en España. Los atentados de Atocha los interpreta como una acción desesperada de grupos de extrema derecha que contemplaban, imponentes, el desmantelamiento del franquismo. Lo que sí considera que existía Manuel Gallego era una trama negra en la que estaban implicados sectores de la policía y estos grupos violentos de extrema derecha. Que contaban, además, con la impunidad de un sector importante del sistema judicial. La huelga de transportes tenía un enorme peso simbólico, ya que era la caída del último reducto del poder franquista en la negociación laboral.

El libro está muy bien estructurado, dividido en cinco capítulos. El primero trata sobre la violencia política en la Transición por parte del aparato policial y los grupos de extrema izquierda y de extrema derecha; el segundo, el preludeo de la masacre. El tercero, sobre la semana negra del 23 al 28 de enero de 1977: dos secuestros por parte del GRAPO de personas relevantes del franquismo, el asesinato de dos jóvenes de izquierda y el atentado contra las fuerzas de orden público por parte del GRAPO. Todo ello en el clima enrarecido de la reforma política y

de la huelga de transporte privado. El cuarto capítulo es el que trata directamente la masacre de Atocha y de la detención, sumario y juicio de los autores. El capítulo quinto, finalmente, acerca de la complicada legalización del partido comunista.

Un libro necesario para recordarnos que la Transición fue compleja, difícil y con graves episodios de violencia; que el aparato sindical, judicial y policial franquista se opuso en todo momento a que se llevara a cabo; que hubo una violencia ultraderechista

muy intensa, del que la masacre de Atocha sólo fue el episodio más significativo. Y que no solo fue ETA, desde el bando contrario a Franco, la que desencadenó actos terroristas terribles que objetivamente se aliaron con las fuerzas más reaccionarias, sino que aquí también el GRAPO jugó un papel especialmente nefasto. Un buen trabajo de Manuel Gallego López, que ha sido posible por las ayudas de CCOO, la Fundación Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo y la Fundación Abogados de Atocha.

HABLANDO CON RAFAEL BENGOA

FELIPE JUARISTI

Rafael Bengoa ha sido uno de las personas más solicitadas por los medios de comunicación en estos últimos tiempos. Primero vino la pandemia, luego el confinamiento, cada cual en su hogar; luego el desconfinamiento. Por último, la normalidad, si es que puede denominarse así. Han sido tiempos duros para todos, pero, sobre todo, para los que han sufrido, viendo que los seres allegados morían y no había manera de consolarlos ni de consolarse. Rafael Bengoa es doctor en medicina; durante el mandato de Patxi López fue Consejero de Salud y Consumo. Conoce los entresijos de la sanidad mundial, por haber trabajado durante quince años en la OMS (Organización Mundial de la Salud). En esta entrevista nos recalca la necesidad de preservar lo público, de mantener el estado de bienestar.



¿Qué ha supuesto esta pandemia para el mundo conocido?

Una sacudida, obviamente, clínica, sanitaria y social en el sentido de que hemos visto un grupo, mejor dicho, un sector de la sociedad, el de los trabajadores del sector salud y social de los servicios sociales, darnos una lección de solidaridad. Victoria Camps ya nos advertía que lo colectivo estaba desapareciendo, y que dominaba nuestra forma de razonar era el individualismo.

Este grupo del sector salud y social nos ha demostrado que estamos muy interrelacionados, que nos necesitamos unos a otros. Sería interesante mantener viva esa fuerza y que la gente entendiera qué se puede construir sobre eso.

Por otro lado, la sociedad civil ha respondido ante una amenaza común. Ha aceptado un confinamiento y encierro como nadie hubiese podido imaginar hace unos meses. Es gracias a eso que se ha controlado la epidemia. En el desconfinamiento será necesario mantener una buena parte de ese comportamiento.

Los optimistas afirman que la sociedad va a salir más fortalecida después de esta crisis, que seremos mejores y más solidarios. Los demás dicen que eso no va a suceder, que la sociedad no va a cambiar. Lo cierto es que hay ahora más incertidumbre que antes de la pandemia. ¿Qué necesitamos en el futuro?

Yo creo que la sociedad de bienestar saldrá reforzada, más que la sociedad en general. Personalmente, no creo que haya un gran cambio en el comportamiento de la sociedad en general ni un nuevo contrato social.

En psicología hay un sesgo que se llama sesgo a la normalidad. Estamos programados los humanos para ellos. Nuestra tendencia mental es querer volver a la normalidad. Nos da seguridad. Ese sesgo humano juega en contra de nosotros en la fase de desconfinamiento ya que provocará rebrotes del virus.

Sin embargo, sí es positivo que resulte reforzado el estado de bienestar, la sanidad pública, los servicios sociales, la educación. En una crisis donde ha habido tanta incertidumbre y en un entorno económico muy duro debemos de poder pensar cuando nos levantamos a la mañana que tenemos esa red pública de protección. Eso nos aporta cierta seguridad. Eso no se da en muchos países, algunos bastante más ricos que nosotros.

Tiene que salir fortalecida por una intervención política organizada y estratégica. Veremos si están a la altura.

Ya sabíamos que necesitábamos reforzar el estado de bienestar. Se estaba debilitando. Se había normalizado con un modelo de residencias y de servicios sociales deshumanizado y desconectado de la red sanitaria. El precio que se ha pagado de esa normalización ha sido enorme.

En el Gobierno vasco, en la "Estrategia para afrontar el reto de la Cronicidad" de 2010, se indicaba la necesidad de integrar los servicios sociales y sanitarios porque son dos vasos comunicantes, y estos dos vasos tienen que convertirse en un servicio conjunto. El hecho de que un servicio dependa de la Diputación y el otro del Gobierno vasco es un mal modelo.

Habría que centralizarlos en el Gobierno Vasco y que hubiera un modelo único de prestación socio-sanitaria. Euskadi puede perfectamente ser la primera comunidad autónoma que lo logra.

Siempre que alguien se oponga a esta decisión, por razones de competencia, por alguna traba legal u oportunidad política, es necesario recordarles que el epicentro de la pandemia han sido las residencias y servicios sociales, es donde se han dado el 60 % de los fallecidos. ¡Creo que no es necesario tampoco insistir demasiado sobre la forma y la soledad en la que han fallecido esas personas!

Después de esta pandemia conviene hacerse unas preguntas.
¿Qué es lo básico? ¿Qué es lo público? ¿Garantiza lo público un mejor servicio?

En Suecia, el 50% de las muertes sucedidas en las residencias ha sido en instituciones públicas. En España en ambos tipos de residencias. Las residencias, sean públicas o privadas, han de tener mayor control de calidad. Lo que es importante es controlar la calidad del servicio de las residencias y lo que está ocurriendo en las mismas. Es más importante que su titularidad pública o privada.

Ese sector social tiene un gran potencial de creación de empleo. En un momento de desempleo creciente pienso que habría que apostar por la profesionalización del sector de los cuidados.

En relación a la sanidad es evidente que en esta próxima etapa se debe reforzar la sanidad pública y muy especialmente la atención primaria.

¿Cómo valora la actuación de las autoridades? ¿Le parece de carácter práctico la centralización de las decisiones en el Gobierno del Estado? Se habla también de cogobernanza.

Se ha reaccionado tarde, pero bien. Es inevitable que, en un caso de pandemia, a nivel nacional se centralicen las decisiones, al menos en un primer tiempo. En la próxima pandemia (¡la habrá!) es importante evitar un exceso de micro gestión si se vuelve a apelar al estado de alarma. Cuando se ha centralizado lo que se debe tener es una visión de qué estructura hay que mantener y qué señales hay que dar a otros estamentos. En general, han intentado uniformar las actuaciones, tanto en el confinamiento como en el desconfinamiento. Era necesario, y es la manera de atender una epidemia en todos los países serios. Los países que han confinado han logrado mejores resultados que los han seguido una política errática. Al virus le benefician las políticas erráticas.

¿Cómo valora la actuación de la ciudadanía?

Hemos tenido uno de los confinamientos más largos y estrictos del mundo, incluido la vigilancia por las fuerzas de seguridad. Ha sido un confinamiento muy exigente, y la gente lo ha aceptado. Probablemente la gente intuya que eso es lo que haya que hacer.

Otra de las consecuencias ha sido el aprendizaje. La gente conoce más la amenaza, la enfermedad y la importancia de la higiene. La gente sabe que quizás va a haber más pandemia y eso exige tener unas condiciones mejores para no repetir.



Algo que se ha criticado mucho ha sido la falta de material para los sanitarios y médicos. ¿Cómo lo explica?

En el año 2005 yo estaba en la Organización Mundial de la salud (OMS), y sucedió el SARS (Síndrome Respiratorio Agudo Grave), el coronavirus anterior. Mi jefa en la OMS era la doctora Brundt-

land, anteriormente primera ministra de Noruega. Su actuación fue mucho más fuerte que la del actual director de la OMS. Dijo en aquella ocasión que era necesario prohibir la salida de aviones de Canadá y de China (los dos epicentros de la epidemia del SARS). Los países reaccionaron diciendo que la OMS no podía tener esa fuerza.

Ahora vemos lo que significa no haber tenido esa fuerza en esta pandemia. Obligaron a la OMS a ser una organización normativa, sin capacidad de intervención sobre el terreno. Los países resolvieron que solo tiene capacidad de intervención sobre el terreno el estado de cada país.

Y en el año 2005 hubo reuniones de expertos donde se vaticinaba la pandemia que vendría. Se decía que iba a ser una pandemia. Se creía que iba a ser una enfermedad respiratoria de transmisión de humano a humano, después de pasar del mundo animal, y se recomendaba que se fueran preparando los países. No se preparó nadie.

Cuando nadie está preparado, falta equipamiento de protección, faltan recursos humanos, falta todo.

A partir de ahora es necesario tener planes de contingencia para esos equipamientos se puede producir localmente y rápidamente en caso de necesidad.

¿Estamos preparados para otra pandemia?

A nivel mundial no estamos preparados. Aunque hemos tenido cierta mortalidad, la tasa de mortalidad de este virus no es muy alta finalmente. El siguiente puede ser igual o más mortífero. Creo que tenemos que ir preparando para el peor escenario posible.

En este caso se ha roto el dique; se han roto las barreras de protección y de alerta global y es necesario reconstruirlas. Unas son na-

cionales, otras internacionales. Esto está explicado en la web como "Covid-19 y queso suizo".

Siempre se ha dicho que el Sistema Vasco de Salud es un buen sistema. ¿Cómo valora la respuesta a la pandemia?

El Sistema vasco ha aguantado la peor embestida de toda su historia y ha aguantado bien, gracias al comportamiento de los profesionales y a su sacrificio. Lo que ha movido a unos profesionales mal equipados a arriesgar su vida en ese entorno, sea en Euskadi, en Cataluña o Madrid es una fuerza moral que habíamos subestimado. Es una fuerza que está ahí y que no hay que dar por supuesto. Es necesario cuidarla.

En términos organizativos, hubiera habido menos mortalidad en las residencias y entre la gente que vive sola, si hubiéramos tenido los servicios sociales y sanitarios integrados. En el modelo que tenemos, separación entre Diputaciones y Gobierno Vasco, es más difícil prestar un servicio unificado sobre el terreno. Hubiéramos sabido que se estaban descompensando clínicamente muchas personas y se hubiera actuado antes. Euskadi puede ser la primera comunidad autónoma que logre un mejor modelo asistencial para su población. La solución no es ideológica. Se puede asumir por todos.

¿Habrá una vacuna a corto plazo?

Va a haber varias vacunas. Va a haber cuatro o cinco. Hay acuerdos entre la industria farmacéutica y varios países para producir un billón de vacunas, en un mundo de siete billones. En Euskadi hace falta vacunar al 60 o 70% de la población, para conseguir la inmunidad de grupo.

Las noticias sobre vacunas son buenas; de hecho, son mejores para la vacuna que para los medicamentos necesarios cuando uno está infectado.

El virus sigue muy activo. La pandemia sigue más viva que nunca a nivel mundial. No servirá de mucho vacunar a una comunidad autónoma o todo un país, si el virus sigue circulando como lo hace en la actualidad por toda la tierra. La vacunación debe ser global y será un esfuerzo mundial, como se hizo por la OMS en el caso de la viruela que está prácticamente desaparecida gracias a un proceso de vacunación mundial.

Esta nueva enfermedad no la vamos a hacer desaparecer, pero sí podemos conseguir que se convierta en endémica, controlada, como lo hacemos con la gripe.

Creo que aprenderíamos más sobre lo que ha pasado y habría mejor preparación futura si se analizará lo que ha ocurrido de forma imparcial y despolitizada. No es lo que se está haciendo en nuestro país. Necesitamos un informe que indique: ¿qué ha pasado aquí? ¿por qué ha pasado lo que ha pasado? ¿qué vamos a hacer para que no vuelva a suceder? En Nueva Zelanda y en Gran Bretaña se han creado grupos independientes e imparciales para responder a esas preguntas.

Desde su experiencia, ¿qué países han respondido mejor en esta pandemia?

La pandemia de 1918 fue global y se pueden extraer lecciones importantes. Por ejemplo, en los EEUU, en las ciudades donde se entendieron muy bien los políticos, la policía, los responsables educativos y otros el desconfinamiento fue más rápido y hubo menos mortalidad. En Pittsburg y en Filadelfia se entendieron muy mal entre ellos y el confinamiento fue más largo y hubo más mortalidad. En Nueva Zelanda, en la pandemia actual, la unión política ha logrado resolver antes la situación.

La unidad política es un instrumento más contra el virus. España, en ese sentido, es un mal ejemplo en la actualidad

La unión política también será necesaria para recuperar el pulso económico del país, no sólo para controlar la epidemia. El em-

pobrecimiento del país puede tener un impacto importante sobre la mortalidad. La pobreza resultante producirá enfermedades y la enfermedad produce más pobreza. Es un círculo vicioso que hay que romper.

En toda esta epidémica se le ha pedido responsabilidad a la sociedad civil y ha respondido de forma eficaz. Ahora toca corresponder a los políticos y ser responsables en lo suyo. Resultaría sorprendente que la sociedad fuera responsable, pero no el ámbito político.



COLABORADORES / PARTE HARTU DUTE

Andrea Miccichè. Actualmente es profesor titular en la Universidad de Enna "Kore". Se ha ocupado principalmente de Historia de las autonomías regionales en perspectiva comparada, Historia de Sicilia en la época republicana e Historia de la España contemporánea, con especial atención a los temas del nacionalismo, del socialismo español y vasco y, finalmente, de los procesos de migración interna durante Franquismo. Su última monografía, *La Sicilia e gli anni Cinquanta. Il decennio dell'autonomia* fue la ganadora del premio Anci-Storia.

Gaur egun, irakasle titularra Enna "Kore" Unibertsitatean. Ikuspegi konparatu batetik begiratzuz, erregio-autonomien Historiaz aritu izan da, baita Siziliako historiaz ere garai errepublikanoan eta Espainia garaikidearen historiaz ere. Bereziki aztertu ditu nazionalismoa, espainiar eta euskal sozialismoa eta, azkenik, Frankoren garaiko barne-migrazioak.

Xabier Casals. Historiador y profesor de la Facultat de Comunicació i Relacions Internacionals Blanquerna-URL. Su tesis analizó la evolución del neonazismo español y fue publicada en 1995 con el título *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995)*. Así, tras su estudio sobre el neonazismo, ha publicado *La tentación neofascista en España* (1998). Es autor de la primera aproximación biográfica académica al dictador Miguel Primo de Rivera, en la obra de la colección cara y cruz: Xavier Casals/Ramón Tamames, *Miguel Primo de Rivera* (2004). Ha estudiado la evolución y el cambio político en Cataluña en *El oasis catalán (1975-2010): ¿Espejismo o realidad?* (2010), señalando la irrupción de partidos populistas y sus causas.

Historiagile eta irakasle Comunicació i Relacions Internacionals Blanquerna-URL Fakultatean. Espainiako nazismo berria aztertu zuen tesian: *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995)*. Horretaz aparte *La tentación neofascista en España* (1998) argitaratu du. Kataluniari liburu bat eskaini dio: *El oasis catalán (1975-2010): ¿Espejismo o realidad?* (2010).

Steven Forti. Nació en Trento. Se doctoró en Historia en el año 2011, por la Universidad Autónoma de Barcelona: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Oscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* (2014), en la que trata el tema del tránsito hacia posiciones fascistas de políticos de izquierda en el periodo de entreguerras. En 2017 publicó en coedición, junto a Enric Ucelay da Cal y Arnau González i Vilalta, *El proceso separatista en Cataluña. Análisis de un pasado reciente* (2006-20017).

Trenton jaioa. Historiako doktore, 2011z geroztik, Bartzelonako Unibertsitatetik: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Oscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* (2014). Bertan aztertzen du nola ezkerreko politikariek jarrera faszistak hartu zituzten.

Luis Roca Jusmet. Escritor, autor de *Redes y obstáculos y Ejercicios espirituales para materialistas. El diálogo (im)posible entre Pierre Hadot y Michel Foucault*. Su blog es: Materiales para pensar (<http://luisroca.blogspot.com>) y su correo lroca13@gmail.com.

Idazle, *Redes y obstáculos y Ejercicios espirituales para materialistas. El diálogo (im)posible entre Pierre Hadot y Michel Foucault* liburua ren egile. Blog bat du: Materiales para pensar (<http://luisroca.blogspot.com>).

Giancarlo Minaldi. Giancarlo Minaldi es Profesor Titular en la Universidad de Enna "Kore". Sus principales intereses de investigación son: partidos políticos italianos, políticas públicas locales y políticas de migración. Entre sus publicaciones más recientes hay que destacar: con Sorina Soare, "Entre la innovación y la normalización: la representación política del Movimiento 5 Estrellas en Sicilia", en *Meridiana*, n. 96, 2019, págs. 63-84.

Enna "Kore" Unibertsitateko Irakasle Titularra da. Ikerketa lerro hauek ditu gogokoenak: Italiako alderdi politikoak, herri arloko politika publikoak eta inmigrazio-politikak. Argitaratutako lanen artean aipagarrienak: Sorina Soarekin batera, "Entre la innovación y la normalización: la representación política del Movimiento 5 Estrellas en Sicilia", *Meridiana*, 96 zbk., 2019, 63-84 orr.

Sorina Soare. Es investigadora en la Universidad de Florencia. Sus principales intereses de investigación son: partidos políticos (organización, miembros), populismo y activismo ambiental. Entre sus publicaciones más recientes hay que destacar: con S. Gherghina, "The organization of Romanian parties abroad", in Tudi Kernalegenn & Émilie van Haute (eds.) (2020), *Political Parties Abroad. A New Arena for Party Politics*, Routledge, pp. 77-95

Florentziako Unibertsitateko ikerlari. Ikerketa lerro gogokoenak hauek ditu: alderdi politikoak (antolamendua, kideak), populismoa eta ingurumen-aktibismoa. Argitaratutako lanen artean aipagarria da: S. Gherghinarekin batera, "The organization of Romanian parties abroad", in Tudi Kernalegenn & Émilie van Haute (eds.) (2020), *Political Parties Abroad. A New Arena for Party Politics*, Routledge, pp. 77-95.

Julie Ward. Miembro del Labour Party. Desde el 02-07-2019 al 31-01-2020 ha formado parte de la Alianza Progresista de Socialistas y Demócratas en el Parlamento Europeo. Ha sido vicepresidenta en la Comisión de Cultura y Educación (22-07-2019/ 31-01-2020).

Labour Partyko kidea. 2019-07-02tik 2020-01-31 bitartean Europako Parlamentuan aritu izan da. Kultura eta Hezkuntza Batzordeko lehendakari ordea izan da (2019-07-22 / 2020-01-31).

Jesús Casquete. Profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la UPV/EHU, y *fellow* del Centro de Estudios sobre Antisemitismo (ZfA, Berlín). Entre sus monografías cabe destacar: *El poder de la calle* (Madrid, 2006) y *En el nombre de Euskal*

Herria. *La religión política del nacionalismo vasco radical* (Madrid, 2009) y el libro de fotografías *Berlin, 1. Mai. Un ritual político en el nuevo milenio* (Leioa, 2009). Actualmente trabaja en una monografía sobre las Tropas de Asalto nazis (SA) en la República de Weimar.

Pentsamendua eta Mugimendu Sozial eta Politikoen Historia irakaslea da UPV/EHU Unibertsitatean. Monografiaren artean aipagarriak dira: *El poder de la calle* (Madrid, 2006) y *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical* (Madrid, 2009) y el libro de fotografías *Berlin, 1. Mai. Un ritual político en el nuevo milenio* (Leioa, 2009).

Jon Sudupe. Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación. Ganador del Premio Eus-kadi de Ensayo en 2013. Ganador en el año 2018 del premio de Ensayo Ricardo Becerro de Bengoa, con su libro *HOMO LOQUENS. Hitz egiten duen animalia*.

Filosofía eta Hezkuntza Zientzietan lizentziatua. Euskadi Saiakera saria irabazi zuen 2013. ean. 2018an Ricardo Becerro de Bengoa Saikaera saria eskuratu zuen *HOMO LOQUENS. Hitz egiten duen animalia* liburuarekin.

Aitor Aurrekoetxea. Doctor en Filosofía y profesor de Estética y Teoría de las Artes y también Historia del Pensamiento en UPV/EHU. Publicaciones destacadas: *Estetika modernoaren inguruan hainbat hausnarketa* (2012), *Prismas críticos. Lecturas sobre T. W. Adorno* (2015).

Filosofiako Doktore eta Estetika eta Arteen Teoria irakasle, baita Pentsamenduaren Historia irakasle ere UPV/EHUan. Idatzi dituen liburuen artean, aipagarrienak: *Estetika modernoaren inguruan hainbat hausnarketa* (2012), *Prismas críticos. Lecturas sobre T. W. Adorno* (2015).

Borja Barragué. Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto y en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor de Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España).

Zuzenbidean lizentziatu, Deustu Unibertsitatean; eta Zientzian Politikoetan ere bai, Madrileko Unibertsitate Autonomoan. Zuzenbide Filosofia irakasle da Espainiako UNEDen.

Elisa Sánchez Prieto. De profesión maestra. Ha escrito las siguientes novelas: *Arena en los ojos*, Ediciones irreverentes (2015); *Al abrigo*, Suburbia ediciones (2018).

Ogibidez irakasle. Honako nobela hauen egile da: *Arena en los ojos*, Ediciones irreverentes (2015); *Al abrigo*, Suburbia ediciones (2018).

Javier Alcibar. Es autor de varios poemarios: *El baile de los cojos*, Pamiela, Pamplona, (2000), *De inciertos destinos*, Bassarai, (2002). En noviembre de 2004 publica su primer trabajo discográfico como cantautor, *La sombra y una más*. Con *Poemas para no volver*, ediciones Vitruvio (2020), ganó el Premio de Poesía Covibar-Ciudad de Rivas. Su último disco se titula *Como si nunca hubiéramos venido*.

Poema liburu hauen egilea dugu: *El baile de los cojos*, Pamiela, Pamplona, (2000), *De inciertos destinos*, Bassarai, (2002). 2004ko azaroan bere lehen diska argitaratu zuen: *La sombra y una más. Poemas para no volver* poema liburuarekin (ediciones Vitruvio, 2020), Covibar-Ciudad de Rivas Poesia Saria irabazi zuen. Azken disaka: *Como si nunca hubiéramos venido*.

Karlos Linazasoro. Uno de los escritores más prolíficos en euskara. Sus últimos libros son: *Lurra bere erro gorrira*, Balea Zuria (2018) y *Todo se irá acabando*. *Ars Poetica*, Oviedo, (2019).

Liburu askoren egilea da. Azken lanak, poesia arloan: *Lurra bere erro gorrira*, Balea Zuria (2018) y *Todo se irá acabando*. *Ars Poetica*, Oviedo, (2019).

Iñaki Vázquez Larrea. Doctor en Antropología Social y Filosofía por la UPV/EHU. Profesor de Historia en el IES EGUZKITZA de Irún.

Antropologia Sozial eta Filosofiako Doktore. Historia Irakaslea Irungo IES EGUZKITZAn.

Zigor Perales. Doctorado en filosofía, tesis titulada *Ética y muerte en la obra filosófica de Albert Camus*, defendida con mención "Cum Laude" en la UPV/EHU, San Sebastián, 22 de junio de 2012.

Filosofiako Doktore. *Ética y muerte en la obra filosófica de Albert Camus* da bere tesia.

Manuel Lezertua. Licenciado en Derecho. Es el ararteko desde el 28 de mayo de 2015. Ha trabajado como abogado en el Gobierno Vasco, y como letrado en el Tribunal Contirucional de Estrasburgo.

Zuzenbidean lizentziaduna da eta Legeriako master bat egin zuen Londresko Unibertsitatean 1983 eta 1985 artean Eusko Jaurlaritzaren abokatu gisa hasi zuen bere lan-ibilbidea eta gero Estrasburgora joan zen Giza Eskubideen Europako Auzitegiko eta Auzitegi Konstituzionaleko letradu moduan lan egitera. Europako Kontseiluaren Finantza-kriminalitatearen kontra borrokatzeko Alorreko buru izan da, eta erakunde horretako aholkulari juridiko. 2015eko maiatzaren 28an Ararteko izendatu zuten.

Josu de Miguel Bárcena. Profesor de Derecho constitucional, Universidad de Cantabria. Ha sido profesor de Derecho Constitucional en la UPV/EHU y en la Universidad Autónoma de Barcelona, investigador en la Universidad de Bolonia, Italia. Ha publicado, junto al profesor Javier Tajadura Tejada (Coords.): *Justicia Constitucional y Unión Europea*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008. Y ha escrito numerosos artículos sobre el estado constitucional europeo, sobre el tema de "Constitución y Democracia", sobre los estados autonómicos. También ha escrito muchos artículos en *El Correo*, entre otros medios.

Zuzenbide Konstituzional Irakasle, Kantabriako Unibertsitatean. Ikasgai horren irakasle izan da Boloniako Unibertsitatean, Italian, eta Bartzelonako Unibertsitate Autonomoan.

Rafael Bengoa. Nació en Caracas, en el año 1952. Fue Consejero de Sanidad y Consumo (2009-2012), durante la legislatura en la que Patxi López fue designado lehendakari. Es doctor en Medicina por la UPV/EHU, y tiene tres masters, realizados en las Universidades de Londres y Manchester. Trabajó para la OMS (Organización Mundial de la Salud) durante quince años. Es uno de los fundadores de Osakidetza (Servicio Vasco de Salud).

Eusko Jaurlaritzako Osasun eta Kontsumoko sailburua izan zen 2009tik 2012ra arte, Patxi Lopez Eusko Jaurlaritzako lehendakari zela. Ez dago ezein alderdi politikotara afiliatuta. Medikuntzako doktorea da UPV/EHU Unibertsitatean, eta hiru master Londres eta Manchesterreko unibertsitateetan eginda. Deustuko Unibertsitatean Ospitale Kudeaketako diploma ere badu. Munduko Osasun Erakundean (OMS) hamabost urte egin zuen, Osakidetzaren sortzaileetako bat da, eta Osasun Saileko hainbat kargutan lan egin du.





